

Este libro fue escaneado por el Archivo de Folklore Boliviano, como parte de nuestra misión de poner todas las obras del folklore boliviano en formato digital.

El Archivo de Folklore Boliviano se dedica a la preservación y diseminación de todos los aspectos del folklore y la tradición boliviana, especialmente mitos, leyendas, historias, y cuentos populares. Tenemos oportunidades de formar parte del voluntariado: muchas tareas, como convertir este mismo PDF a un libro digital, requieren solo de 5 a 10 horas de trabajo, por lo que los voluntarios reciben un reconocimiento permanente en nuestro sitio web y en el libro digital.

Visite nuestro sitio web para obtener más información:

www.archivodefloreboliviano.org

PQ
781
P22

D. L. 1304 — LA PAZ

- * — Primera edición: 2000 Ejemplares.
- * — Empresa Editora: **"Renovación" Ltda.**
- * — Es propiedad del autor
- * — Derechos reservados por:
Editorial **"Puerta del Sol"**.

ANTONIO PAREDES CANDIA

LAS MEJORES TRADICIONES Y LEYENDAS DE BOLIVIA



Ediciones "PUERTA DEL SOL"

Casilla 2188 — La Paz - Bolivia

1973

PQ
781
P22

LAS MEJORES
TRADICIONES
Y LEYENDAS
DE BOLIVIA

245
05



DEDICATORIA:

A mi hijo Luis William con profunda
ternura.

A.P.C.

PQ
781
P22

NATANIEL AGUIRRE

Don Nataniel Aguirre Gonsález Prada, ilustre escritor boliviano, nació el 10 de octubre de 1843 en Cochabamba y murió el 11 de septiembre de 1888, en la ciudad de Montevideo del Uruguay.

Cultivó la historia, la novela y la tradición. Su obra no es extensa pero sí valiosa en el quehacer cultural boliviano. Sobre todo su novela "JUAN DE LA ROSA: MEMORIA DEL ULTIMO SOLDADO DE LA INDEPENDENCIA", constituye la cúspide de su producción. No en vano ha soportado los embates del tiempo y de la crítica, colocándose en primera línea del acervo literario de Bolivia; y de la América del Sur.

Haciendo parte de esta antología, insertamos "LA BELLISIMA FLORIANA", ejemplo en su género por su estructura, la galanura del lenguaje y aun por el tema tan bien escogido; que a decir de José Roberto Arze, el último comentarista y bibliógrafo de la obra de Aguirre, "viene a ser casi pieza obligatoria de cualquier colección de tradiciones bolivianas".

PQ
781
P22

THEORY OF LITERATURE

The theory of literature is a branch of knowledge which deals with the general principles and laws governing the creation, development, and reception of literary works. It is a discipline that seeks to understand the nature and function of literature in society and culture.

The theory of literature is a branch of knowledge which deals with the general principles and laws governing the creation, development, and reception of literary works. It is a discipline that seeks to understand the nature and function of literature in society and culture.

The theory of literature is a branch of knowledge which deals with the general principles and laws governing the creation, development, and reception of literary works. It is a discipline that seeks to understand the nature and function of literature in society and culture.

LA BELLISIMA FLORIANA

(Episodio de costumbres de la Villa Imperial de Potosí a fines del siglo XVI, tomado de donde verá el curioso lector).

I

De cómo una disputa provincial entre españoles de ogaño puede más que el interés de la Historia para hacer que se exhumen algunos manuscritos de la Biblioteca del Real Palacio.

El autor de los anales de Potosí, hablando del año del Señor de 1598, recuerda que la Villa Imperial alcanzó entonces "su mayor perfección y grandeza"; nos dice que "tenía ya sus dos leguas de rodeo, 594 calles y 16.000 casas"; y a renglón seguido, como cosa muy notable, pero demasiado sabida en aquel tiempo, agrega que "este mismo año acaecieron los extraños sucesos, que refieren los autores, de la bellísima doncella Floriana".

Y ved ahí que, entre la prosa más árida de una crónica, se viene a encontrar el misterio tentador de todo un poema. ¿Quién era esta doncella de superlativa belleza? ¿se ocultaría bajo esa denominación la verdadera de una dama de gran pró, ya que Floriana equivale a fulana, según Harzem-

buch en su *Reina sin nombre*? ¿cuáles fueros los extraordinarios sucesos de su vida que llamaron la atención de graves cronistas y doctos escritores, hasta el punto de que les consagrasen un lugar en sus valiosos manuscritos?

¡Ay! si don Bartolomé Arranz de Ursua y Vela (ó Martínez y Vela, como se le quiere llamar al frente de los anales) sospechara un solo momento la triste suerte que correrían las crónicas de los autores a que se refiere y la historia que él mismo compuso de la Villa Imperial, cuidárase muy bien de ser más expícito y hasta de no abreviar su apellido en el único escrito de su mano que ha logrado caer hasta ahora en las de don Vicente Ballivián y Rojas, que lo ha dado a la luz pública, para salvarse de que los venideros le acusásemos de presentarnos tan buenas cosas en un crepúsculo más enojoso que el limbo, y de privarnos del gusto de inscribir con seguridad su verdadero nombre entre los ingenlos que honran nuestra literatura nacional. Pero, como el buen señor no tuvo el don de la noble vista para saber que las crónicas del coloniaje, verdadera edad media de estas Américas, debían sepultarse por largos siglos en los archivos de la metrópoli o de colecciones particulares, con excepción de los referidos anales, preciso es hacerle justicia y muy cumplida a ese respecto, por grande que haya sido la mortificación que, sin quererlo, ha causado a muchos y, especialmente, a nosotros, en esto de doña Floriana.

La cosa no era para menos, según dirán nuestros lectores y, sobre todo, nuestras discretas lectoras: tratábase de una bellísima doncella, mejorando lo presente; de extraños sucesos en los que sin duda tendría parte muy principal el dios niño de las saetas; y nos llegaba la noticia en la florida edad en que se sueña con Eloisa, Virginia y Atala. ¡Qué no hubiésemos hecho antes de ahora por descorrer el velo de la misteriosa Floriana! Nos sentíamos con ánimo para arremeter con una esfinge, como el desventurado Edipo; para penetrar a un castillo encantado, como el buen caballero de la leyenda escocesa; y, lo que es más inaudito en nieto de castellano, para dar pruebas de heroica paciencia alema-

na, descifrando el mas roído y empolvado pergamino de un archivo español. Mas, nunca pudimos hacer ninguna de estas cosas, tanto porque no había más esfinge ni encantamiento que los inofensivos anales, mudos ya para siempre sobre el caso, cuanto porque viajar a la Península era para nosotros, aun en este siglo del vapor, empresa punto menos dificultosa que subir a la luna, sobrados como nos veíamos solamente de ilusiones.

Hoy día, aunque tarde, cuando la misteriosa Floriana "visitaba ya rara vez nuestros sueños", la casualidad ha venido a satisfacer de un modo inesperado nuestros deseos.

Es el caso que, trabándose en España reñida disputa y sangrientas batallas a propósito de furores vascongados, ocurriósele a un castellano desempolvar ciertos manuscritos de la Biblioteca del Real Palacio, para probar a los vizcainos españoles, fraternalmente y con documentos irrecusables en la mano, que... "son desleales de tiempo atrás y raza de judíos, ni más noble, ni más limpia que la castellana"; y que al salirse airoosamente con la suya, nos saca de paso de tantas dudas y perplejidades, a cerca de la referida Bellísima doncella.

En efecto, entre los documentos publicados por el caritativo castellano, encontramos el episodio completo de doña Floriana, del que vamos ha hacer partícipes a nuestros jóvenes lectores. De buen grado querríamos ceder la palabra al cronista que lo refiere; pero las consideraciones de que en estos tiempos que alcanzamos suenan mal ciertas frases y modos de expresarse de aquellos de nuestros abuelos, y mas que todo la conveniencia de tratar con más espacio algunos puntos descuidados por el autor, nos han inducido a poner algo de nuestra cosecha que, si es malo pasará en gracias de la intención.

Donde el lector oirá de los labios de una doncella del siglo XVI un conocido verso de un famoso poeta de estos tiempos.

Don Alvaro Rosales Montero y doña Ana Quintanal, extremeños nobles, unidos entrambos en santo matrimonio, viéronse a estas Indias a fines del siglo XVI, siguiendo la corriente general en busca de fortuna; y fijaron su residencia en la Villa Imperial de Potosí, tan famosa entonces en el mundo entero por las riquezas proverbiales de su cerro, como ahora en el más reducido de las letras americanas por el rico filón de tradiciones y leyendas, explotado con diversa suerte por felices ingenios y medianos escritores, que de todo hay en la viña del Señor.

Corrido apenas un año desde su llegada, en día de pascua de Navidad y, por consiguiente en la estación de las flores, concedióles el cielo una hija, a la que "por ser ella misma una flor de rara hermosura y por el nombre de su madre", según dice nuestro cronista, llamáronla Floriana. La niña creció feliz y contenta bajo el amparo de sus padres, en el santo temor de Dios y adornada cada día de nuevas perfecciones, tanto en su persona como por sus virtudes. Hermosa, recatada y amable como ninguna, habría sido la más dichosa de las mujeres, si la felicidad corriese parejas en este valle de lágrimas con las prendas personales y merecimientos de cada criatura. Pero, ya sea por inescrutables juicios de la Providencia "las cosas más bellas de este mundo tengan siempre el peor destino", o ya porque realmente anduviese entonces suelta y clega la fortuna, cúpole la suerte más lastimosa que ha hecho célebre su nombre por sus desdichas.

Trece años tenía la doncella, cuando comenzaron a disputarse la posesión de su mano los más nobles y ricos caballeros de la Villa, y cuantos a éstos venían o pasaban por ella con cualquier motivo. Solicitáronla muchos por varias veces

de sus padres, sin obtener esperanza alguna; porque "éstos sabían que Floriana no pensaba tomar estado, ejercitada siempre en la virtud y recogimiento de su casa". Todos ellos rondaban incansables la calle, sin conseguir que la doncella se asomase a las ventanas, y a ninguno le fue dado traspasar el dintel de la puerta para hablarle. Los vecinos oían por las noches serenatas interrumpidas casi siempre a cuchilladas. Frecuentemente la luz del día vino a mostrarles las sangrientas huellas de las contiendas encendidas por los celos.

En la época a que se refiere el autor de los anales, distinguíanse entre la innumerable turba de pretendientes, por su constancia y méritos personales, don Julio Sánchez Farfán, corregidor de Porco, tan gallardo y apuesto joven como cumplido caballero; el capitán don Rodrigo de Albuquerque, notable personaje que había venido a levantar gente a su costa para el servicio del Rey en Chile; y el Gobernador del Tucumán, don Pedro de N (llamámosle así por que la crónica no dice su nombre) que al pasar por la Villa Imperial a la Ciudad de Reyes, a verse con el virrey, había admirado en una fiesta pública a tan sin par hermosura y sentídose encadenado al suelo en que moraba, olvidando los graves asuntos del gobierno. Floriana en la plenitud de sus encantos, perfectísimo dechado de belleza y de virtudes, seguía mostrándose sin embargo más insensible y desdeñosa que nunca a los halagos del amor. Por otra parte, sus padres alarmados por aquel asedio incesante de la casa y hasta por el clamor del vecindario, "doblaron su recogimiento, tanto, que los días festivos a solo el alba se presentaba en las calles para ir a misa".

El amor desesperado debían buscar naturalmente alianzas en la inexpugnable fortaleza; y los consiguió un día por el medio que llamaba infalible Filipo de Macedonia, y que los amantes, muy doctos en todo como es sabido, suelen emplear constantemente, sin estudiar, muchas veces, las máximas de tan famoso querrero. Una criada, mestiza, muy despierta, ganada por el gobernador de Tucumán, se dió modo de introducir en el libro de oraciones de Floriana, cierta misiva amorosa, que ésta leyó teñida del vivísimo carmín del rubor

P2
781
P22

sus mejillas de azucena, y arrojó en seguida "al fuego de un brasero que cerca de allí le deparó su enojo".

Ignórase a punto fijo lo que la tal misiva contenía, pero que ella no fue tan conmovedora y comedida como era de esperar, siendo inspirada por tal belleza y dirigida a tan discreta y recatada doncella, harto claro lo demuestra la noble respuesta que la cupo y que ha logrado salvarse íntegra del olvido para perpetuar lección de atrevidos galanes y provechosa enseñanza de inexpertas muchachas, que se hallan frecuentemente expuestas a semejante peligro.

Floriana había escrito con mano trémula de indignación las siguientes palabras:

"Señor mío: Hanme dicho que el cielo os negó el nacer de nobles padres, y yo así lo creo, porque lo acredita la desatención de vuestro papel; más, él tuvo su merecido, porque semejantes liviandades no merecían otra cosa que el fuego".

Don Pedro, que debió ser tan presuntuoso como descortés, ofendióse en extremo de esa contestación. Burlado en su amor, si aun merece este nombre el fuego impuro que abrasaba su pecho, sólo dió oídos a su orgullo lastimado. Se imaginó que don Alvaro hubiese dicho a su hija que no era digno de pretender su mano, por no ser de tan clara estirpe como ella, y resolvió en él "sacándole al campo a reñir sobre el caso".

No tardó la ocasión en mostrarse propicia a su intento. Supo un día que don Alvaro debía ir a San Clemente, donde acostumbraba pasearse, y allí se dirigió ciego de furor, para esperarle y provocarle como tenía resuelto.

Ajeno de lo que pasaba llegó muy pronto al dicho paraje el padre de Floriana, y fue grande su sorpresa al ver al gobernador trastornado por la ira, que le salió al encuentro procurando manifestarle su resentimiento, pero sin acertar más que a injuriarle con descomedidas razones. Le ovó en silencio hasta que hubo concluído, costándole no poco trabajo en-

terarse de lo que aquel se quejaba; disculpóse en seguida como leal caballero; acusó de todo el mal a la osadía de don Pedro; y, como en aquellos tiempos a palabras tales sucedía siempre la razón del acero, no paró en desnudar la espada y cruzarla al punto con la de su inesperado adversario.

Dios sabe cual habría sido el fatal resultado del singular combate, si no se hallasen cerca de allí casuales testigos que, sin notarlos entrambos caballeros, los vieron acometerse como cristianos y agareno, o para valernos de una comparación más propia del tiempo y del lugar, como castellano y vascongado.

Era aquella la época del año en que los habitantes de la Villa Imperial solían concurrir a San Clemente en busca de solaz y distracciones, costumbre que, según creemos se conserva aún entre sus descendientes y que debe dejar en su ánimo fuertes impresiones para toda la vida. Se nos ha referido (y lo repetimos de paso por vía de ilustración) que un notable potosino suspiraba tristemente a las faldas del Vesubio, ante el panorama más encantador del mundo, y que preguntándole un amigo por la causa de aquel suspiro, contestó sin vacilar "¡Oh! si pudiera hallarme en San Clemente!...

Dos señoras, que allí gozaban de esa felicidad, que harto comprendemos por el amor de la patria, acudieron presurosas a interponerse, no sin peligro, entre los combatientes; y "se dieron tan buena maña" que consiguieron separarlos por un momento. Mas, todos sus esfuerzos habrían sido inútiles, —porque porflaban en volver a acometerse, y especialmente don Alvaro, herido ya a las primeras, aunque no de gravedad, si no acudiese más gente al lugar de la lucha, obligando a los adversarios a irse cada uno por un lado, pero no sin prometerse venganza para la primera ocasión.

Entre tanto, Floriana, recogida en su cuarto y entregada como de costumbre a esas labores de pasatiempo de las damas de su clase, no sospechaba siquiera el peligro que corrían su buen padre y su propia fama. Oulen sabe no pensa-

P2
781
P22

ba ya ni remotamente en el osado gobernador, que juzgaba curado de su indigna pasión por el merecido desdén, cuando vió llegar a don Alvaro descompuesto, pálido y ensangrentado.

Llena de sobresalto quiso precipitarse al punto en sus brazos, inquiriendo por la causa de aquel trastorno.

—Padre y señor, ¿quién ha podido injuriaros de esa suerte? —comenzó a decir la desgraciada; pero se detuvo y retrocedió asustada ante un ademán imperativo del irritado caballero.

Expúsole éste en breves palabras lo ocurrido en San Clemente, y paso a "darles muchas y muy sentidas reprensiones", echándole en cara su silencio y la reserva que había guardado con él y su buena madre en aquel delicado asunto. "Ardiendo en ira" por lo que sabía de la conducta indigna del gobernador, pero reportándose cuanto pudo, como hija sumisa y cariñosa, le oyó Floriana hasta que hubo terminado, y se disculpó en seguida, diciendo que había querido evitarle el enojo de saber el caso, y que por otra parte, no esperaba de ningún modo que don Pedro tomase tan insensato partido, cuando era de suponer que sufriera más bien en secreto el castigo de su falta.

Un tanto calmado con esto, el buen caballero se retiró a luego del cuarto de su hija, dejando a ésta entregada a diversos sentimientos que alternativamente atormentaban su pecho. Unas veces el dolor la sumergía en un mar de lágrimas, y otras el deseo de la venganza la envolvía en una hoguera que secaba el llanto de sus ojos. Ya pensaba solamente en la aflicción de sus padres; ya daba oídos al grito de su honra ofendida, figurándose con razón que su nombre corría por la Villa, mancillado por la calumnia, que encontraría una poderosa aliada en la envidia. —Creemos (aunque se le olvidó consignarlo a nuestro cronista) que, acusando entonces de todo el mal a su funesta belleza, se dijo con amargura, pues, nadie pudo decirlo con más fundamento que ella.

¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

La maissa cordera se torna leona.

No sabemos si después de los sucesos que llevamos referidos, pensaba el gobernador desistír de sus criminales intentos, para seguir su camino a la Ciudad de los Reyes, dejándose ya de indignas liviandadas. Lo más probable, sin embargo, es que el presuntuoso caballero conservase aún la esperanza de subyugar a la altiva doncella; porque en hombres de su carácter el necio amor propio no descubre las imperfecciones, ni la fealdad de las faltas cometidas, más bien considera a éstas últimas como nuevos merecimientos, pudiendo decirse de él, con todo fundamento, que tiene realmente ojos que de lagañas se enamoran. Don Pedro se halagaba pues, acaso, con la idea de que Floriana no vería en su conducta más que la violencia de la pasión que le había inspirado, y que se ablandaría al cabo, hasta el punto de reconocerse esclava de su voluntad.

Mas, sea de esto lo que fuere, no pasaron dos días desde su riña con don Alvaro sin que se hallase perdido el seso, más confiado y envanecido que nunca. Y es el caso que aquella criada mestiza que antes había sobornado, se presentó en el momento más inesperado en su casa, y le dió a solas cierto recado, que pronto adivinarán nuestros lectores, mereciendo en cambio una abundante propina, y ¡cosa inaudita de parte de un hombre de tal suposición y tantas campanillas! una cariñosa palmada en la mejilla.

No bien llegó la noche, salió nuestro gobernado de su casa embozado en luengo manto y calado el sombrero hasta los ojos, recatándose cuanto podía para no ser detenido en la calle por gente importuna: y se fue en derechura a la de su ofendido contrario don Alvaro. Llegó pronto a una tienda que al lado del portal había: la abrió con una llave que llevaba en el bolsillo, y penetró en ella, cerrando tras sí la puerta y dejándola solamente entornada. —Al mismo tiempo, como

si quien le esperaba hubiese observado sin él notarle su llegada, se abrió también otra puerta fronteriza de la tienda que comunicaba a ésta con la casa, y dió paso a una mujer que, lejos de recatarse por su parte, se adelantó al encuentro del caballero con la cabeza erguida y dejando caer al suelo su mantilla.

—¡Era la bellísima Floriana! Vestía sencillamente de blanco sin atavío ninguno; su larga y abundante cabellera de un negro resplandeciente, flotaba a sus espaldas, retenida tan sólo a la altura de la nuca por un lazo encarnado; su rostro un tanto pálido, la mirada tranquila y profunda de sus grandes ojos, el porte en fin de toda su persona, comunicaban a su belleza la majestad de una diosa. —Al verla el gobernador se sintió todo él turbado como un vasallo ante su soberana; y con el sombrero en la mano inclinada la cabeza, apenas pudo saludarla, diciendo con voz trémula:

—“Señora, aquí tenéis a vuestro esclavo y fino amante”, palabra a las que nuestro sensato cronista quisiera que hubiese sustituido con más verdad éstas otras: “el indigno que dos veces os ha ofendido”.

Y esto mismo debió pensar la doncella cuando el eco solamente de la voz que le era odiosa, se transformó en un punto de Diana majestuosa que antes parecía, en violenta Némesis, ciega de furor.

Con mano convulsa de ira sacó, en efecto, una ancha y bien afilada navaja que en la manga llevaba, y “como una leona arremetió a cortarle la cara al gobernador”, gritando al mismo tiempo, sin cuidarse de que la pudiesen oír de la casa o de la calle:

—¡Mal caballero!, llevaréis en el rostro la marca de vuestra infamia.

El iluso amante no esperaba tan extraño recibimiento; no era él, como hemos dicho, nada receloso ni desconfiado en tratándose de su persona y de una conquista de amor. Pero por grande que fuese su sorpresa al ver sobre sí “aquel monstruo de belleza y de iras”, cuando se imaginaba encontrar una rendida paloma, no llegó hasta el punto de impedir

que procurase su propia conservación. De este modo, con la misma presteza que su hermosa enemiga trataba de ofenderle, rebatió por su parte el tajo con una mano y procuró hacerse para atrás, impidiendo el ver deshecho su rostro, mas no sin que la navaja penetrase en su palma hasta los huesos, ni sin que, tropezando en un madero que allí había, cayese él mismo pesadamente al suelo, donde al fin consiguiera Floriana su intento, si con un esfuerzo supremo no lograra levantarse él en seguida, requiriendo la daga de su cinto, para ofender a su vez con más furor a su contraria.

—“¡Traidora!” —exclamó con voz sorda, avanzando hacia ella en ademán que no permitía esperanza alguna de piedad, ni aunque Floriana la hubiese demandado entonces de rodillas...

La lucha no podía ser dudosa entrambos: la fuerza, la destreza, el arma... todas las ventajas estaban de parte del caballero.

¡Pobre incauta doncella! mejor fuera que nunca hubiese querido humedecer sus labios en el néctar envenenado de los dioses, tan caro en aquel tiempo a los mortales. ¡Oh, funesta pasión de la venganza! origen de la guerra interminable entre castellanos y vascongados, de las honrosas matanzas de Munaipata y de Guaina; de los crímenes de los Vicuñas; de...

Pero no nos entreguemos tan pronto a tan dolorosas exclamaciones; porque nuestra heroína era al fin mujer como todas, y no hay quien sepa salir más airoso que ellas de los trances más apretados. A falta de la fuerza podía valerse de la astucia, como hizo ciertamente, consiguiendo recobrar la ventaja en menos tiempo del que llevamos perdido.

Inspirada por el peligro se había apoderado, en efecto, de un lío de ropas que descubrió allí por su buena suerte, y lo había arrojado con tal acierto sobre el caballero, que logró envolverlo en éstas, de modo que le embarazaron la vista y los brazos a un mismo tiempo; y sin esperar a que pudiese librarse de aquel estorbo, tomó en seguida con ambas

menos el madero que en el suelo estaba, y descargó con él tan fuerte golpe en la frente y el pecho de Don Pedro, que lo vió desplomarse de espaldas, sin habla y sin sentido.

Acudieron en esto al ruido, por una parte las gentes de la casa y por otra muchos vecinos y transeúntes de la calle, y viendo al gobernador ensangrentado, sin señales de vida, juzgaron que acababa de pasar a otra mejor, con indefinible angustia de Floriana.

—"Le habéis muerto, señora", dijeron unos y otros a la doncella.

Y aterrada entonces por estas palabras, que confirmaban la idea terrible que ya había asaltado su mente, sólo pensó en huir de aquel sitio fatal, llevándose consigo el torcedor remordimiento, en vez de la satisfacción de la venganza que antes, al venir, se prometiera

IV

De qué modo aconteció a nuestra heroína el mismo percance que a la princesa Melisendra.

Grande era ciertamente el dolor que ahora sentía; pero nunca pudo igualarse al de don Alvaro y doña Ana, que fue inmenso cuando llegaron a informarse del suceso. Floriana saboreaba únicamente las heces más amargas de aquel néctar ponzoñoso de la venganza, de que antes hemos hablado; se horrorizaba de sí misma, como el armiño al contemplar una mancha en su resplandeciente blancura; mientras que sus desolados padres no sólo deploraron tanto como ella la falta que había cometido, sino que midieron también sus fatales consecuencias con ojos más acostumbrados a mirar las realidades de la vida. ¿Qué iba a ser de aquella hija de su amor que formaba todo su encanto y su orgullo? ¿La verían arrastrada brutalmente al encierro de los criminales por la mano de los alguaciles ¿contemplarían empañado en un momento

el antiguo lustre del blasón de su familia? ¿oírían su nombre, respetable hasta entonces, pronunciado por todas partes con tingida lastima o no disimulado desprecio? —Todas estas preguntas se les ocurrieron naturalmente, figurándose que otras tantas furias vengadoras venían a murmurarlas cruelmente a sus oídos.

Su primer cuidado fue en consecuencia mandar que se incomunicase la casa, cerrando las puertas que daban a la calle y asegurándolas por dentro lo mejor que se pudiese, para ganar tiempo y ocultar a la doncella o procurar su evasión, sin ser observados por gente importuna o sospechados por la justicia. Mas, no tardaron en comprender cuán difícil les sería conseguir lo uno y lo otro; porque Floriana desvanecida en brazos de su madre no podía darse cuenta del peligro, ni favorecer su propia salvación; y porque muy pronto oyeron gran tropel de gente que se aproximaba a la casa, con gritos muchas veces repetidos y cada vez más distintos de: "¡La Justicia! ¡el corregidor!".

Especialmente esta última palabra el **corregidor** ejerció al punto una influencia irresistible, verdaderamente mágica en el ánimo de cuantos la oyeron en la casa. Don Alvaro que se esforzaba por conservar su entereza como varón animoso, se quedó helado de espanto, su pobre esposa lanzó un grito de indefinible angustia, estrechando fuertemente a su hija contra su seno, cual si hubiese visto saltar ante ella a un león hambriento, para arrebatarse aquella presa, los criados tembloroso rehusan seguir cumpliendo las órdenes de sus amos; el mayordomo, anciano y fiel servidor, que acababa de dar vuelta a la gran llave de la puerta principal, huyó aterrado a ocultarse en lo más recóndito, sin atreverse a poner los pesados aldabones, como si ya hubiese cometido un crimen horroroso, y como si ya le siguiese el verdugo con la cuerda en la mano para colgarle; de todos los labios salieron, en fin, estas palabras:

—¡No hay esperanza!

Y era que por entonces regía interinamente la Villa Imperial el famoso Oidor don Juan Díaz de Lupidana, inexorable

P2
78
P21

y celosísimo magistrado, a quien tendremos ocasión de conocer con más espacio en lo sucesivo, bastando por ahora a la inteligencia de nuestro fiel relato, el apuntar ligeramente el terror que infundía su nombre.

Resonaban ya fuertes golpes en las puertas mal cerradas de la casa, cuando los padres de Floriana resolvieron hacer un supremo esfuerzo por salvarla, cada uno por su parte y según se lo inspiraba el conflicto del momento. El anciano don Alvaro se ciñó una larga tizona de Toledo y embrazó un antiguo escudo, que pendían de la pared al lado del retrato de un su abuelo conquistador de Granada, proponiéndose defender hasta la muerte el único asilo posible de su hija; y la infeliz madre, puesto el corazón en Dios, intentó aún por última vez sacar a la doncella del letargo fatal que imposibilitaba su fuga. Postróse en consecuencia de rodilla ante el estrado en que dejó a Floriana extendida; estrechó fuertemente una mano de ésta contra su corazón que parecía saltársele del pecho, y la llamó por varios veces con ese acento de madre desesperada que el hijo no puede, no, dejar de oír ni en el fondo del sepulcro, y que reanimó al cabo a la doncella.

Volvió ésta en efecto al uso de sus sentidos como de un sueño profundo, sin poder coordinar sus confusas ideas; razón por la cual doña Ana tuvo que recurrir todavía a ese poder inmenso del amor materno, para explicarle el peligro que la amenazaba, con palabras intraductibles que, copiadas fielmente por el cronista, hubiesen bastado para laurearlo entre los poetas más sublimes del mundo. La desesperación de sus padres, de que ella era causa, la propia humillación, el oprobio que la amenazaba, se presentaron entonces a la mente de Floriana que, por una nueva reacción, volvió a ser la altiva y animosa dama que vimos salir al encuentro del gobernador.

Con voz tranquila suplicó a sus padres que procuraran estorbar todavía la entrada a los que en su demanda venían, y sin esperar la respuesta corrió a arrojarle de una ventana que caía a un oscuro callejón a espaldas de la casa, mien-

tras que don Alvaro, su esposa y los criados se apresuraban a cumplir la instrucción que les había dejado, sintiéndose ya reanimados por la esperanza de verla en salvo.

No era muy alta la ventana, y la infeliz fugitiva pudo haber llegado al suelo sin grave daño, si no le ocurriese —¡oh, desventura!— el mismo accidente que cuenta el romance de la princesa Melisendra, cuando quiso descolgarse del balcón a la grupa del caballo de su enamorado esposo don Gaiferóz, pues se le asió ni más ni menos el faldellín de un madero saliente del marco de la ventana, y se quedó pendiente en el aire, sin poder valerse ella misma, ni aun pedir socorro, más desgraciada en esto que la hija putativa del gran Emperador Carlo-Magno, a la que pudo socorrer al menos en el instante su señor natural y valeroso caballero.

V

De quien tuvo entonces la gloria de don Gaiferóz, y de como es imposible que dos rivales procedan de concierto en los trances más apretados.

En este punto nuestro cronista pasa a darnos cuenta de lo que sucedió entre tanto en casa de don Alvaro, gravísima falta de atención para la dama que abandona en trance tan lastimoso; pero de que merece entera disculpa, si se reflexiona que pudo apresurarse el mismo a descolgar a Floriana, después de más de un siglo en que pasaba aquello, y que, por consiguiente, se vió en la necesidad de seguir el hilo de los sucesos para llegar naturalmente al desenlace de esta aventura. Y tanto es así, que por más esfuerzos que hemos hecho por nuestra parte, para no incurrir en la nota de descortesía a los ojos de las hermosas lectoras de "La Revista" no hallamos más recursos que implorar su perdón y continuar transcribiendo la crónica en el orden que la compuso el autor

El formidable don Juan Díaz de Lupidana había logrado por fin penetrar al patio de la casa precedido de cuatro hombres que le alumbraban el paso, y seguido de una multitud de alguaciles armados hasta los dientes y de gente curiosa y comedida, como siempre sucede en casos semejantes. Demudado por la cólera, con la vara en lo alto, —aquella vara simbolo de la autoridad y la justicia, que él sabía empuñar mejor que Minos su cetro—, el Oidor daba miedo a cuantos le veían, y aterró al infeliz don Alvaro que rindió a sus pies ti-zona y escudo, prefiriendo detenerlo con ruegos y lamentos, lo que hizo también doña Ana, cayendo de hinojos y estrechando sus rodillas.

Pero aunque los padres de Floriana no pudieron más que ganar el tiempo que fue preciso para que los rudos alguaciles los separasen a viva fuerza del paso del corregidor, a una orden terminante que éste les dió en seguida, ese tiempo precioso fue bien empleado por la mestiza que conocemos; pues consiguió deslizar algunas palabras al oído de una persona amiga que entre la gente curiosa descubrió por fortuna.

Más listo que la justicia había velado el amor aquella noche, como todas, con los ojos fijos en casa de la doncella; y de esta suerte no fueron de los últimos en acudir al ruido del suceso muchos caballeros que hacían la consabida ronda, y entre ellos don Julio Sánchez Farfán y el capitán Alburquerque; los cuales caballeros, con el egoismo propio de los enamorados, se felicitaban acaso de encontrar una ocasión vanamente deseaba hasta entonces, de acreditar su pasión a los ojos de la ingrata señora de sus pensamientos.

La criada que los conocía a todos, no vaciló un momento en la elección, y acercándose a don Julio, le dijo que Floriana podía necesitar de auxilio; por lo que convenía buscarla en el callejón a donde la había visto arrojarle desde la ventana. —¿Por qué se apresuró a comunicárselo a él y no a otro alguno, al capitán Alburquerque, por ejemplo, que había seguido con ansiedad todos sus movimientos? ¿sabía la mestiza que los servicios de don Julio serían más agradables a su

señora?— Estas y otras cuestiones que se nos ocurren ahora de un modo al parecer inoportuno, son de la mayor gravedad para nosotros, como verán después nuestros lectores. Mas, ya que don Julio no espera a que se lo digan dos veces, ni se detiene un instante con inútiles preguntas, corramos tras de él y de su rival Albuquerque, quien debe haber sospechado la verdad con las peripecias que el amor presta a los que bien lo sienten.

Cuando el favorecido caballero llegó al pie de la ventana, la cuitada doncella respiraba ya apenas, ahogada por la sangre que afluía a su cerebro; visto lo cual por él, se apresuró a hacer lo mismo que don Gaiféroz con Melisendra, tomándola de los brazos y atrayéndola fuertemente, para desgarrar el faldellín que estorbaba su descenso. Pero, como don Julio no cabalgaba un robusto corcel que sostuviese su propio peso y el de la dama, sucedió que al desplomarse ésta, perdió el buen caballero el equilibrio, y rodó junto con ella por el suelo, al propio tiempo que llegaba a aquel sitio el capitán que le seguía las pisadas, y que se apresuró a envolver en su capa a Floriana, procurando levantarla en sus brazos:

No bien logró ponerse en pie don Julio, advirtió aquello con enojo. En el momento en que se halagaba con la idea de ser el único salvador de la doncella y cuando esperaba ya encontrar por la gratitud un acceso a ese corazón cerrado a las protestas y ruegos del amor, veía presentarse a un nivel odioso, para compartir con él tan envidiable gloria y rarísima fortuna. Por su lado, el capitán no podía resignarse a abandonar la palma de la victoria, deseoso más bien de arrebatársela de entre las manos, como lo demostraba la prontitud que había puesto en seguirle, inspirado por los celos. —En cualquier otra situación esos dos hombres fuertes y animosos podrían felicitarse de propender al mismo fin, doblando los medios de alcanzarlo (tratándose de una arriesgada empresa de guerra por ejemplo); pero en aquel instante, sin desconocer los peligros que rodeaban a Floriana, la presencia de cada uno de ellos debía ser insoportable para el otro. Si por un milagro de prudencia entre rivales, hubiesen resuelto salvar

juntos a la doncella, no habrían hecho, tampoco, más que dilatar el momento fatal de la ruptura; porque cada una de las miradas de aquella, la más leve atención de su parte con uno de ellos, habría sido un tormento peor que la muerte para el que se creyese desdeñado.

—Paréceme, caballero, que está demás uno de nosotros en este sitio, —dijo don Julio al de Albuquerque, desenvainando la espada.

—Cabalmente pensaba en lo mismo, y os lo dijera en idénticas palabras a las vuestras, si antes no fuera preciso auxiliar a esta señora—, contestó el capitán, poniéndose en guardia.

Y tuvo entonces lugar una espantosa lucha entre las sombras de la noche, en ese estrecho callejón que apenas ofrecía espacio a entrambos caballeros para moverse o parar los golpes del adversario; lucha que Floriana no podía seguir con la vista en sus peripecias, pero que ella conocía que se verificaba, por el cliquetis de los aceros, sin tener fuerzas para estorbarla, ni pedir auxilio; que ciertamente lo hiciera si le fuera posible moverse o dar voces, aun a riesgo de atraer sobre sí el mismo peligro de que antes huía.

Por otra parte, aquel extraño combate no fue de larga duración; y no tardó en oír la doncella una voz moribunda que decía:

—Muerto soy... ¡confesión!

Sucediose un momento de silencio pavoroso, al cabo del cual distinguió el ruido de los pasos de un hombre que se le aproximaba. ¿Era don Julio? ¿era el capitán Albuquerque? ¿deseaba Floriana que fuese el primero o el segundo? ¿le era esto indiferente? —Como ven nuestros lectores, no podemos prescindir de formular preguntar preguntas de ese género, en cualquier ocasión que se nos ofrezca; pero sin llegar aun a ningún resultado; porque la crónica que seguimos, guarda un silencio que nos desespera a este respecto. Sin embargo, aun después de dos siglos y medio que han pasado desde entonces, parecenos sorprender un suspiro que se es-

capó del pecho de la doncella, aliviándola de una extraña pesadumbre, cuando reconoció al vencedor.

Era éste el de Sánchez Farfán, que se apresuró a ofrecerle la mano con respeto, rogándola al mismo tiempo que se alejase con él de aquel sitio, para salvarse de sus perseguidores. Pero ella lo rehusó, pidiéndole que la dejase abandonada a su destino; porque la nueva desgracia de la que había sido causa involuntaria, le indicaba claramente, a su parecer, que no debía sustraerse a una justicia superior a todo poder humano.

Don Julio no lo consintió, como es fácil comprenderlo, ni lo consintiera en ningún caso, aun a riesgo de acarrearle el odio de Floriana en lugar del afecto que esperaba; y como se oyese ya en aquel instante ruido de gente y de armas, no vaciló en arrastrar consigo a la doncella, huyendo por la parte opuesta, sin saber precisamente a dónde se encaminaba.

Llegaron así en breve espacio a un solar encerrado entre las altas paredes de las casas vecinas y el profundo barranco del arroyo que separaba la ciudad propiamente dicha, de las cabañas habitadas por los indígenas trabajadores de las minas. Al reconocerlo el caballero se sintió desconcertado por un instante; porque estaba persuadido de aquel lugar no tenía más entrada ni salida que la del oscuro y estrecho callejón, por donde sin duda venían el corregidor y sus agentes, o al menos una parte de éstas, como pudo observarlo en seguida. ¿Vería burlados sus esfuerzos por la extraña fatalidad que perseguía a la doncella?...

—¡No, por mi alma! —exclamó el animoso don Julio, tomando resueltamente el único partido que a su entender le quedaba; y envolviéndose el brazo izquierdo con la capa, desenvainó otra vez la espada enrojecida por la sangre de su rival, mientras decía a Floriana:

—Mi deber es salvaros, señora, a pesar vuestro, del mundo entero y del destino. Ruégoos que procuréis ocultaros en lo más sombrío de este sitio, mientras vuelvo a buscaros; pero si me lo impide un poder superior... la muerte, por ejemplo, recordad alguna vez que os he amado, de tal

modo que solo vivi para consagraros mi alma por el placer de amaros, sin la esperanza de ser correspondido.

Floriana comprendió entonces la magnánima resolución del caballero; quiso impedirla, comenzó a decirle que no tentase a la Providencia, cuya mano veía ella distintamente; más, nada pudo conseguir de él, porque ya se había apresurado a volver sobre sus pasos, y lo vio internarse otra vez en el callejón por donde había venido.

Llegado que hubo don Julio a la presencia de los alguaciles, detúvoles con un ademán imperioso, diciéndoles en seguida:

—¿Buscáis, por ventura, al matador del capitán don Rodrigo de Alburquerque? Pues entonces, tenéislo delante de vosotros, dispuesto a probaros con la espada en la mano, que lo mató como bueno, en leal combate.

Y sin esperar a que volviesen de la sorpresa que les había causado la aparición de aquel hombre y sus extrañas palabras, arremetió contra ellos con tal denuedo, que logró abrirse paso por entre sus filas, y se alejó de prisa, esperando con razón que le siguiesen, lo que ciertamente hicieron avergonzados de que un solo caballero se burlase de tal modo de más de diez agentes de la justicia, exponiéndolos al enojo del severo corregidor.

Nunca huyó caballero alguno con más placer ni satisfacción que don Julio aquella noche. A cada paso que avanzaba, a cada vuelta de esquina que hacía, corriendo siempre en dirección opuesta, al sitio en que había dejado a Floriana, se felicitaba más de la ligereza de sus piernas; él, que hasta entonces sólo había creído que un hombre de su clase debía fiarse únicamente en su animoso corazón y la fuerza de su brazo.

Cuando al cabo de algún tiempo logró, por último, que los sabuesos de don Juan Díaz de Lupidana, perdiesen su pista y desistiesen de su persecución, mohinos y desconcertados, determinó volver al solar, rodeando una gran parte de la ciudad, sumida ya en el silencio del reposo, después de la agitación y el ruido de los pasados sucesos. Pero en

vano busco allí a Floriana que había desaparecido; en vano recorrió aquel sitio a la luz del alba que comenzaba a blanquear el horizontes; en vano la llamó por repetidas veces, sin oír más, que el bramido del torrentoso arroyo, acrecido por las lluvias, en su lecho profundo.

V I

Como el niño Amor embazó bonitamente una flecha en el corazón de un juez prudente y respetable, y le hizo cometer los desaciertos que han comprometido su buen nombre ante la Historia.

¿Qué había sido de la bellissima doncella? Ni las pesquisas del amor, ni las de la justicia, de don Julio o del formidable corregidor, tuvieron resultado alguno satisfactorio a ese respecto, por más de una semana. La explicación del enigma estaba reservada a otro poder que cuenta siempre con agentes más listos de su parte, como se comprobó entonces del modo que verán nuestros lectores.

“Tenía el gobernador de Tucumán un sobrino azoguero notable y muy influyente por supuesto, que formó querella contra Floriana, y apretaba en que fuese buscada y puesta en prisión”, mientras que el mal ferido y peor burlado tío yacía en el lecho, devorado por la fiebre. El tal sobrino prodigó a manos llenas el dinero, con la confianza de que nunca le faltaría éste en sus arcas, afluyendo a ellas de las prodigiosas entrañas del cerro proverbial; pagó espías, compró delatores, y no tardó en ponerse al corriente de los pasos y el paradero de la que había osado insultar al que él apellidaba honra y prez de su familia.

Sería la hora de la queda de una noche lluviosa, más negra que boca de lobo, cuando por medio de uno de sus espías, acabó de reunir los datos que necesitaba, y resolvió encaminarse sin pérdida de tiempo a la morada del corregidor que no estaba lejos de la suya.

Don Juan Díaz de Lupidana había rezado el santo rosario con su servidumbre y tomado ya su jícara de chocolate; pero aun no pensaba en buscar el descanso del lecho a las fatigas del gobierno. Sentado delante de uno de esas braseros, usados todavía hoy mismo en la Villa Imperial, a falta de estufas o chimeneas, meditaba sobre los deberes que le imponía su cargo, con el codo apoyado en el brazo de su sitial y la frente en la palma de la mano. Recordaba que algún tiempo antes la Real Audiencia de La Plata había confiado a su prudencia y firmeza el gobierno de la villa, despedazada por los bandos de los castellanos y vascongados, y exasperada por "el natural codicioso y cruelísimas entrañas" de su predecesor don Juan Ortiz de Zárate; recorría en su mente las sabias medidas con que había restablecido la tranquilidad pública; interrogaba a su conciencia si había cumplido su deber, mandando colgar de la horca a muchos criminales, a los montañeses y manchegos cómplices del corsario Drake, y se respondía que el rigor de la ley había sido y era necesario para el buen servicio de Dios, del rey y de la sociedad; se facilitaba de la aprobación que habían merecido sus actos de la corona; se imaginaba que pronto sería llamado a la Península, para ocupar un puesto en el Real Consejo de Indias; oía las bendiciones del pueblo, sus lamentos y sollozos al abandonar la villa para encaminarse a España... Pero en ese instante una idea horrible que le acosaba sin descanso, volvió a asaltar su imaginación, disipando sus ensueños. —Descompuesto por la ira, lanzó un juramento, se levantó del sitial, y recorrió a grandes pasos la estancia, diciendo en voz alta estas y otras entrecortadas razones:

—¡Un alto funcionario de la corona puesto a dos dedos del sepulcro por una niña mimada y despreciable!... ¡burlado yo por primera vez!... ¡yo, el Oidor Lupidana! ¿Qué dirá la Audiencia? ¿qué pensará el virrey? ¿qué cuenta podré dar al soberano?

—Diréisles que la culpable ha expiado su crimen. Os basta extender la mano para cogerla, —contestó una voz desde la puerta.

El azoguero había llegado a ésta sin que lo sintiese el Oidor en su preocupación, y había percibido el monólogo, comprendiendo sin dificultad su sentido.

Un cuarto de hora después, el corregidor en persona, sin cuidarse de la lluvia, corría en dirección al barrio habitado por los indios **mitayos**, siguiendo los pasos del espía que puso a su disposición el **azoguero**, y seguido el mismo por sus más fieles corchetes, provistos de armas y linternas que ocultaban a precaución bajo sus capas españolas.

No podía perder un instante, so pena de verse burlado por segunda vez, según se lo había prevenido el sobrino del gobernador. Más, como nuestros lectores ignoran todavía lo que pasó a nuestra heroína desde la noche memorable en que la dejó don Julio en el solar, digámosle cuanto hemos averiguado a este respecto, mientras don Juan Díaz vuelva a apoderarse de ella entre las sombras.

Floriana, forzosamente abandonada por don Julio, había visto de lejos abrirse paso a su salvador por entre los alguaciles, y más tranquila por lo que a él concernía, procuró darse cuenta de su propia situación, recorriendo el solar donde se hallaba. Por lo pronto no descubrió puerta alguna, ni entrada practicable de ninguna clase en las altas paredes que lo cerraban por tres de sus lados. Era preciso vadear el arroyo; pero se hallaba henchido por el agua de una tempestad que había caído sobre las cimas de los cerros, y el barranco que le servía de cauce parecía cortado a pique, sin señal de senda por donde pudiese bajar la doncella.

—Dios lo quiere, —murmuró resignada a su suerte, y sentóse en una piedra, determinando esperar a su salvador o a sus perseguidores.

Oyó en esto un ruido extraño por el lado del arroyo, y siguiendo aquella dirección con los ojos, distinguió una figura humana, suspensa al parecer en los aires, sobre las aguas turbias y espumosas. ¿Era la sombra del gobernador que ella creía muerto? ¿por qué la perseguía en el momento en que deploraba más su crimen?—Ella no había querido matarle... se vió en la necesidad de proveer a su defensa... daría su

vida por reanlmarle, si antes no moria ella misma de dolor y remordimiento.

Un grito de terror se escapó de su pecho; se le erizaron los cabellos; sintió frio en el corazón y cayó desvanecida!

Al volver en si, se encontró acostada sobre una piel de llama, en una choza miserable de toscas piedras y rama-jes. A su lado velaba una india anciana, cubierta de andra-jos y excesivamente demacrada, en la actitud de las monias de sus abuelos, pudiéndosela tomar a ella misma por una momia recién exhumada de alguna huaca, a no ser el brillo de sus ojos clavados en la doncella. El hijo de esta infeliz que se encaminaba a las minas, para llenar la faena de la noche la había encontrado desmayada en el solar y conducídola a su choza, donde la dejó confiada a los cuidados de su madre, volviendo en seguida al rudo trabajo que le llamaba. Floriana le había tomado por la sombra vengadora del que élla creia su víctima, en el momento en que cruzaba el arroyo por sobre una larga viga atravesada en lo alto del barranco, especie de puente aéreo, del que solo podía hacer uso un hombre descalzo y acostumbrado como él a ese ejercicio.

Guarecida en la choza y fielmente servida por sus humildes huéspedes, tuvo la satisfacción de comunicarse con sus padres, y de saber por ellos que ni don Pedro ni el capitán don Rodrigo habían muerto de sus heridas, aunque ambos yacían en el lecho, siendo en extremo grave el estado del segundo. Más, como muy luego llegaron a su conocimiento las instancias del sañudo azoguero y las pesquizas del temible corregidor, determinó buscar un asilo en casa de una dama principal de la Plata, relacionada de su familia.

—Aquella noche, precisamente a la hora en que el magistrado venía en su demanda, sin cuidarse de la lluvia, la doncella disfrazada disponíase a sublr en una mansa mula que tenía del diestro el tímido mayordomo que conocemos, transformado en escudero de andante dama, a pesar del terror que le inspiraba la horca siempre lista en el gobierno interino del Oidor.

—Mañana tendré un asilo para llorar tranquila. ¡Ben-
ditas las sombras de la noche que protegen mi fuga! —pen-
saba la doncella.

Pero de entre esas mismas sombras protectoras bro-
taron a su vista los corchetes de don Juan Díaz de Lupidana;
se vió rodeada por ellos sin esperanza alguna de burlarlos
todavía, sola, abandonada por sus huéspedes y el mayordo-
mo, que habían huído, cual si el terror les prestase alas en
ese instante; la luz inesperada de las linternas hirió sus ojos,
deslumbrándolos súbitamente; se sintió, en fin, asida por una
mano de fierro, que oprimió su delicado brazo como una ar-
golla.

Estaba perdida sin remedio, a su juicio, como la palo-
ma convulsa en las garras del milano! Era inútil implorar com-
pasión o hacer un solo movimiento... ¿Qué rasgo de piedad
podría esperar de parte de aquellos hombres? ¿qué lucha
desesperada no habría servido únicamente para encender su
furor? No le quedaba, pues, más que dejarse conducir por
ellos sin contrariarlos, resignándose a sufrir en silencio las
inectivas y sangrientas burlas con que sin duda no tardá-
rían en abrumarla.

Y sin embargo, la doncella que esto pensaba, padecía
un error propio de su alma purísima, que no sospechaba si-
quiera el poder fascinador de la belleza; así que su asombro
llegó a ser mayor que su miedo, cuando sintió que aquella
mano que magullaba su brazo, se debilitaba por grados, des-
lizándose temblorosa, hasta que se posó ligera en la suya,
mientras que una voz tímida y llena de cariñoso respeto mur-
muraba, o más balbucía, estas palabras:

—Perdonadme, señora... ¡Ah, perdonadme! ...

Era que el íntegro, el severo, el inexorable Oidor don
Juan Díaz de Lupidana, el pacificador de la Villa Imperial des-
pedazada antes por los bandos de castellanos y vascongados,
el que hacía justicia con la horca levantada a las puertas de
su despacho, —había asido primero a "la niña mimada y des-
preciable" con toda la fuerza de que era capaz su mano dere-
cha, y la había visto después a la luz de la linterna que tenía

en la izquierda, pudiéndose decir que llevaba en aquella la justicia y que un mal genio gobernó la otra, ganando la ventaja.

¿Será cierto que en la peregrinación de la vida nos acompaña de un lado el ángel bueno, para guiarnos por la senda de la salvación, mientras que camina del otro el ángel caído, deseoso siempre de perdernos? ¿deberíamos creer que la mano siniestra, más torpe y débil, obedece al influjo del Enemigo? Cuestiones son éstas de tan elevada filosofía que no podemos tratar por ahora someramente, reservándonos dilucidarlas en un infolio separado; razón por la cual rogamos a nuestros lectores que vayan resolviéndolas como mejor se lo de a entender su conciencia.

Decíamos que el corregidor vió a la doncella, lo que es mucho; y réstanos añadir que la vió en traje de india acomodada, lo que es demasiado. No solo la vió, en efecto, **bellísima** como la había formado el Supremo artista en sus inscrutables designios, sino también —tengamos compasión de don Juan Díaz— en el traje más a propósito para realzar sus encantos; con el **acsu** y la **lliclla** de finísima lana de vicuña y alpaca, reservada antes para el uso exclusivo de las hermanas y esposas del Inca; dispuesta su hermosa cabellera en delgadas e infinitas trenzas, flotantes a sus espaldas; apenas calzados sus diminutos pies por las sandalias enchapadas de plata... ¿Qué más se necesitaba, por ventura, para transtornar la cabeza de un hombre, aunque fuese la de un provector Oidor de aquellos tiempos? ¿Vale acaso la toga más que la coraza de Aquiles, que no fue invulnerable a las saetas del maligno ceguezuelo? ¿no abrasa más fácilmente el fuego los añosos troncos de los árboles, que el tallo vigoroso lleno de savia de las plantas? "El niño Amor no quiso, en fin, perder la ocasión que se le ofrecía de triunfar de un alma de hombre como los demás, aunque era la de un juez prudente y respetable", según dice nuestro cronista, cuya autoridad invocamos todavía en caso de tanta gravedad.

—Perdonadme, señora... ¡oh, perdonadme!, —balbuceó, pues, don Juan Díaz de Lupidana, como queda dicho an-

teriormente; y con las razones más comedidas que le permitía su extraña turbación, rogó en seguida a la doncella que se dignase admitir su compañía.

Cuatro hombres se pusieron delante para alumbrarles, caminando para atrás o cuando mucho de costado; los restantes les siguieron a respetuosa distancia, alineados marcialmente como escolta de honor. Diríase que una Infanta de Castilla, recientemente arribada a la proverbial Potosí, había tenido el capricho de recorrer a esa hora el barrio más pobre y miserable de los indios, revestida en el antiguo traje de los **Coyas**, tan venerable para aquellos.

Y en verdad sólo está explicación hubiese podido satisfacer, también, a muchos vecinos de la villa que, al ruido de los pasos de tan sorprendente comitiva, asomaron la cabeza por el postigo de sus puertas, preguntándose inútilmente quién era aquella india de extremada belleza, digna hija del Sol, acompañada de tal suerte por el formidable don Juan Díaz, encorvado respetuosamente como un vasallo.

Solo uno entre todos adivinó, acaso, la explicación del enigma. Un rondador nocturno que a esa hora caminaba inquieto por las calles, lanzó en efecto una exclamación de alegría, al descubrir de lejos a la doncella; pero temeroso, sin duda, de que le reconociesen los corchetes, apretó el paso, perdiéndose entre las sombras.

¿Sería don Julio? ¿Sintió el Oidor estremecerse a la doncella cuando oyó aquella exclamación del rondador desconocido? Ya lo veremos oportunamente, poniendo por ahora punto a nuestro relato, a fin de abrir nuevo capítulo.

V I I

"Caer en las brasas".

Al día siguiente no hubo quien ignorase en la Villa Imperial la captura de Floriana y el lugar donde ésta se encontraba cautiva; porque tanto el sobrino de don Pedro que la

denunció al corregidor, como los padres de la doncella, informados por el mayordomo, tenían interés en divulgar el suceso, aunque por diversos motivos. El primero quería que fuese conducida inmediatamente al más inmundo calabozo de la cárcel pública, sin miramiento alguno, y los segundos imploraban la protección de sus amigos, a fin de que procurasen conseguir que volviese con fianza a su casa; pero nadie logró ver, ni obtuvo siquiera una promesa de audiencia del severo magistrado.

Sin embargo, era tal el respeto y hasta el terror que éste había infundido a todos con su notoria justificación y comprobada entereza, que nadie se atrevió a censurar su conducta, ni aún a concebir una sospecha del verdadero motivo por el que tenía presa a Floriana en su propia morada, contentándose cuando más con decir por la bajo:

—Ya veremos lo que resuelve su señoría, con el tino y acierto que le caracterizan en servicio del Rey y gobierno de la villa.

¡Ay! si le hubiesen visto entonces ¿qué habrían dicho de él los mismos que tan favorablemente le juzgaban? No sabemos si les hubiese causado disgusto, horror, desprecio o lástima; porque el venerado y temido Oidor que ellos acostumbraban contemplar bajo su gran peluca empolvada, revestido de la toga, con la vara en la mano, señudo, estirado y tieso, estaba a la sazón ridículo o espantoso, llorando a veces de rodillas como un niño, o amenazando otras como un furioso demente a la doncella, sin oír en cambio de sus lamentos y amenazas más que éstas u otras palabras parecidas:

"Don Juan, sois mi juez". "Don Juan, no sois ya mozo". "Me daís miedo y lástima, don Juan". "Mirad que me arrojo de la ventana, si no os marcháis".

Pasó un día y otro, una semana, dos, sin que nadie supiese lo que había resuelto el inexplicable carcelero. Al cabo de ese tiempo la mísera Floriana ya no reía o miraba con lástima al magistrado; un solo sentimiento, uno solo se había apoderado por completo de ella: el miedo, el terror de aquel

anciano grotescamente horrible, en el que se figuraba ver un monstruo, un demonio. Con las manos juntas le pedía que le enviase al encierro de los criminales, al calabozo de un asesino que le causaría menos espanto; le proponía que la hiciese colgar de la horca con el verdugo; oraba con fervor, pidiendo al cielo la muerte que la salvase de una afrenta. No le quedaba ya, sin embargo, ni el recurso de arrojarle del balcón para estrellarse en las baldosas de la calle; su carcelero había hecho poner fuertes rejas a la única ventana de su cuarto, y cuando no la importunaba de cerca, velava a la puerta, sin dejar por eso de rogar o amenazarla.

Una noche cayó a sus pies una piedra arrojada por la ventana; se inclinó vivamente, animada por una esperanza que no la había abandonado acaso, y descubrió un papel que envuelto a la piedra venía. Era una carta sin firma, sin inicial alguna: carta de amante celoso, desdénado, pero dispuesto al sacrificio. "Si vuestra voluntad no tiene parte en tan extraño cautiverio, llamadme, señora, y os salvaré a costa de mi vida que os pertenece", —decía aquel amante misterioso.

La doncella corrió al punto a la reja y, pegando el pávido y hermosísimo rostro a los hierros.

—Don Julio ¿estáis ahí? —murmuró con acento de profunda emoción.

Un hombre embozado salió al momento del portal fronterizo donde sin duda esperaba; vino a colocarse al pie de la ventana; y la cautiva y él cambiaron algunas palabras, en voz tan baja, que apenas parecía el susurro del viento entre las rejas.

Cuando el espantoso don Juan Díaz entró poco después en el cuarto, cuya llave tenía siempre consigo, como hemos dicho, se creyó transportado repentinamente al séptimo cielo desde el más profundo círculo del infierno, tan dulce fue la sonrisa con que le recibió la doncella, extendiendo una mano, que el ridículo viejo se apresuró a besar, cayendo de rodillas.

—Pienso, don Juan, que al cabo venceréis, —le dijo Floriana, aprendiendo a disimular en el conflicto; "pero con-

cededme todavía un plazo hasta mañana, para recibir mi última palabra".

VIII

Donde se prueba que no es una hipérbole de los poetas exhalar el alma en un beso.

Era noche de un viernes de cuaresma. Los criados del corregidor habían ido a oír ejemplos a la Compañía de Jesús, y no quedaron por consiguiente en la casa más que don Juan y la bellísima cautiva. Aquel necesitaba, es cierto, más que otro alguno escuchar dichos ejemplos, para salvar a su pobre alma de la perdición eterna; pero en nada pensaba menos que en esto empedernido y ciego, o más bien se encontraba en la absoluta imposibilidad de pensar en otra cosa que Floriana, tan resuelto a conseguir el amor de la doncella que, si el ángel de las tinieblas le pidiera en cambio esclavizarse a su capricho, no vacilará un momento en firmar con su sangre el pergamino tradicional del doctor Fausto.

No creía, tampoco, su causa tan desesperada, como ya sabemos, y se entregaba por el contrario a los más dulces ensueños de su imaginación, contando el tiempo que transcurría por los latidos de su pecho y repitiendo la palabra que había oído de la doncella: venceréis, don Juan, venceréis! En su impaciencia recorría a grandes pasos su estancia y hablaba en voz alta consigo mismo como un demente.

—¿Y por qué no? —¿qué importan mis canas? ¿qué mis arrugas? ¿no soy el hombre más poderoso de la villa? ¿no miro más alto, mucho más todavía? ¿Y quién podría, sobre todo, amarla como yo? ¿Sería ese un mancebo frívolo, inconstante y lleno de vida, por ventura? Pero ese mancebo no vería en ella su más sardiente, su último amor!...

Entre tanto don Julio subía a la reja por medio de una cuerda nudosa asegurada fuertemente a los hierros y limaba

dos barras para dar salida a Floriana, mientras que ésta acechaba a la puerta, temblando como la hoja en el árbol, pero resuelta a defender el paso con una daga que su salvador había puesto entre sus manos...

Terminado que hubo el caballero, llamó en voz baja a la doncella, y, pasando a su esbelto talle otra cuerda que tenía preparada, bajó en seguida a la calle para ayudarla en su descenso y recibirla entre sus brazos.

Pero, no bien puso los pies en el suelo Floriana, cuando el caballero se disponía a desembarazarla de la cuerda que rodeaba la cintura, se irguió ante el majestuoso, digno, admirable, deteniéndole con un ademán imperioso en tanto que le decía:

—Juradme que no ha de salir nunca de vuestros labios una palabra de amor, caballero... ¡jurádmelo! me entregaré a vos como a un hermano.

Don Julio inclinó la cabeza, cruzando los brazos sobre su pecho con un suspiro, mientras que Floriana hacía deslizar la cuerda a sus pies.

—¡Sea! murmuró en seguida, con tan triste acento, que parecía la palabra resignada de un hombre herido mortalmente en el corazón.

En ese momento una luz súbita iluminó la oscura calle en que se encontraban, y un grito salvaje de dolor y rabia, que nada tenía de humano, resonó en medio del silencio de la noche. Un brazo descarnado y velludo, provisto de una linterna, y una cabeza horrible de condenado, bajo un gorro piramidal de blanco lino, aparecían en la reja, por el mismo espacio por el donde salió la doncella. —Don Juan Díaz había percibido en medio de sus ensueños el ruido extraño que necesariamente causara aquella evasión, y corriendo al cuarto de Floriana se había sentido caer de su séptimo cielo en un abismo más hondo que el mismo infierno.

—Venid, **hermana mía**, —dijo don Julio a la dama, ofreciéndole el brazo para ayudarla; pero ésta apenas podía dar un paso o sostenerse sobre sus piernas, tanta era su debi-

lidad física a consecuencia del tormento moral que había sufrido en su encierro.

—Hermana, perdonadme, —volvió a decir entonces el caballero, levantándola en sus brazos; y huyó con ella entre las sombras, mientras que don Juan seguía aullando desde la ventana.

La doncella no había opuesto resistencia alguna a la acción de su salvador y, más bien rodeó su cuello con los brazos. Sentíase tranquila, dichosa tal vez, sobre aquel pecho valiente y leal que abrigaba por ella un amor inmenso, todavía sin esperanza. Se dejó conducir en silencio, con los ojos cerrados, como si quisiese reconcentrarse en sí misma, entregada a una muda oración en la que sin duda iba envuelto el nombre del caballero a la mansión del eterno... Pero al cabo de algún tiempo conoció que las fuerzas abandonaban a don Julio; los brazos de éste la estrechaban ya débilmente a su pecho; su respiración era más fuerte y anhelosa; se sintió, por último, depositada, con un supremo esfuerzo, sobre un poyo.

Vió entonces que se encontraba en un sitio que no le era desconocido. Era éste la plaza del Gato, que servía de mercado y que nadie podía visitar por la noche, no habiendo objeto para hacerlo. El caballero estaba de pie ante ella: la miraba en silencio con indefinible expresión de ternura, de amor, de angustia; pues todo esto se leía en sus ojos a la luz de la luna que brillaba en ese instante, en la quiebra de dos nubes sombrías.

Repentinamente abrió don Julio los brazos, lanzando un gemido; vaciló un segundo, y se inclinó sobre el seno de Floriana, cual si quisiese estrecharla aún contra su pecho, uniendo sus labios con los suyos.

La doncella sintió un ósculo helado en la mejilla, y levantándose sorprendida más que indignada, dejó caer pesadamente la cabeza, que iba a reclinarse en su regazo. ¡El buen caballero acababa de darle, sin embargo, toda el alma en ese primero y último beso del más constante y desdenado amor!

De lo que siempre calló doña Floriana.

Don Juan Díaz de Lupidana corrió inútilmente por las calles de la villa, seguido de algunos hombres que había logrado reunir precipitadamente, en busca, no de la justicia de que era ministro, sino de la venganza que necesitaba para aplacar el volcán que hervía en sus entrañas. Era ya muy tarde de la noche, cuando al pasar por la plaza del Gato, sombrío, desconcertado, espantoso como nunca, "llamó la atención de sus agentes el ladrido lastimero de unos perrillos en la oscuridad". Acercáronse dos hombres a aquel sitio y volvieron a comunicarle que allí había un cadáver".

—Veamos, —dijo el magistrado, obedeciendo a la costumbre de su cargo, y se aproximó a su vez con la linterna que aún llevaba el mismo en la mano. Pero apenas se inclinó a reconocerlo, lanzó una horrorosa carcajada.

—¡La traidora le mató! —dijo en seguida, volviendo a reír como un insensato.

Esa risa, ese grito estaban preñados de mil horrores ocultos en aquella alma, convertida ella misma en un genio del Averno. Floriana era culpable de un nuevo crimen; su rival había sido burlado de un modo más bárbaro que él mismo por la traidora; él, don Juan, podría perseguirla sin descanso a nombre de la justicia. . . . todo esto significaban aquella risa que envidiaría el ángel rebelde y aquella exclamación que parecía el rugido de una fiera.

Sin embargo, por más que hizo registrar el cadáver de don Julio, no se encontró herida alguna, ni otro signo que revelase una muerte violenta, como esperaba el magistrado.

—Le daría un filtro envenenado? . . .

Esta idea volvió a iluminar el rostro de don Juan con un resplandor del infierno, y le acarició durante toda la noche, para disiparse también al siguiente día; porque reconocido nuevamente el cadáver por facultativos, declararon és-

tos que no había huella de veneno, ni de enfermedad, y aquella muerte era un misterio.

Según las ideas de aquel tiempo esta palabra "misterio" significaba, no solo algo inexplicable y desconocido, sino también una cosa sobrenatural en la que se descubría la acción de la Providencia o de Satanás en persona. Para los lectores de nuestro siglo la ciencia ofrecería, acaso, alguna explicación satisfactoria, con el temible "mal de las montañas", el **soroche**, por ejemplo; pero nosotros creemos, más bien, que el enamorado caballero recibió ya la herida mortal, en el momento en que Floriana le prohibió para siempre hablarle de su amor. Su vida consagrada a ese único sentimiento, no tenía desde entonces ningún vínculo en la tierra.

Don Juan no pudo, pues, encontrar el pretexto de su venganza. Llamado poco después por la Real Audiencia, dejó tras sí recuerdos imperecederos en la villa; pero unidos ya a un nombre desprestigiado. Muy poco tiempo antes le había precedido por el camino el gobernador de Tucumán don Pedro de N., para morir oscuramente en La Paz, víctima de un tabardillo. —Del capitán don Rodrigo de Alburquerque, sabemos que murió también de la herida que le infirió don Julio, en la célebre noche de la primera evasión de Floriana.

Cuando ésta volvió a la casa paterna se notó con asombro que, conservando aún su extremada belleza, inspiraba ya únicamente un sentimiento de respeto y hasta de miedo, a cuantos la veían. Su rostro estaba pálido como el mármol; sus ojos miraban sin ver cuanto la rodeaban, y sólo brillaba en ellos un rayo de esperanza, cuando los levantaba al cielo. ¿Buscaba allí la patria primitiva, como ángel proscrito en el valle de las lágrimas? ¿no descubría, también, una sombra pálida que la miraba con amor y angustia, semejante al buen caballero en aquella noche que no le era posible olvidar?

"Muy más dura que el mármol y la roca" habría sido si no le amase... Pero ved aquí precisamente lo que calló para siempre doña Floriana.

ABEL ALARCON

Don Abel Alarcón de la Peña, poeta y escritor boliviano, nació el 10 de octubre de 1881 en La Paz, y murió el 20 de octubre de 1954, en la ciudad de Buenos Aires de la Argentina.

Abel Alarcón aún no ha sido debidamente valorado ni como poeta ni novelista. Con su obra ocurrió lo que es tradición en nuestro medio: o se eleva irresponsablemente a la altura del limbo a una mediocridad o se la denosta hasta enterrarla cien codos debajo de nuestras plantas a un verdadero valor. Y todo porque los comentarios se repiten de oídas, son el eco de algún decir referente al libro que circula, propalado por algún lector acucioso de conocer la bibliografía nacional. En Bolivia en general se lee poco y contadas personas con la propiedad que dá la lectura de una publicación pueden opinar sobre ella. Los más son repetidores de mala fe.

Alarcón es conocido más por poeta que novelista. Su primer libro publicado a sus 23 años es de poesías: PUPILAS Y CABELLERAS es el título; más tarde publica EL IMPERIO DEL SOL Y RELICARIO haciendo los tres tomos de poemas en sus 73 años de existencia. La otra parte de su producción en prosa, y prosa pulcra y merecedora de tomarse en cuenta y divulgarla. Pero a los hijos de esta patria se les metió en el entrecejo titularlo poeta, lo coronaron un buen día y al final lo murieron poeta.

Hay una anécdota en la vida de Alarcón digna de comentarse: la Alcaldía paceña en desusado rasgo de generosidad con intelectuales y artistas, un día entregó a don Abel Alarcón una casa para que la usara durante su vida, ya que la suya propia, pren-

P2
78
P2

dida a una montaña circundante, la mazamorra la había arrastrado llevándose con el lodo la hermosa biblioteca del autor. A esa casa el burgo y el vulgo también la llamó "la casa del poeta".

La poesía de Alarcón, ceñida a cánones tradicionales, pertenece a un romanticismo meloso e ingenuo en su concepción; de estilo llano, donde no se divisa ni en la lejanía la garra del auténtico poeta. Tiene todo el aire escolino y pocos versos. —muy pocos—, merecen subrayarse. No así su obra en prosa que luce el lineamiento de quien conoce el idioma en que escribe, a más de haberlo estudiado.

De toda la producción de Alarcón, en general de factura regular, sobresale un libro: ERA UNA VEZ..., conjunto de relatos de costumbres antañonas de la ciudad de Potosí, reunidos bajo un título sugerente y un subtítulo impropio. Habría sido preferible que el autor titulara TRADICIONES DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ a HISTORIA NOVELADA, ETC. Lo que hace Alarcón en esta obra es espigar las tradiciones potosinas ya publicadas y reescribirlas. Alarcón no entrega temática de primera fuente, él no recogió de boca del pueblo las historias, sino se valió de lo ya publicado para elaborar una obra literaria. Ciertamente vadeó bien el cauce y consiguió su objetivo, entregar una buena obra, saudosa de tiempos pretéritos, escrita pulcramente, de temática variada. En unos relatos la tragedia espeluzna y en otros campea lo burlesco, la historieta romántica, el personaje histriónico, pero en conjunto, el libro trasunta cariño del autor por el tema. Con este libro Alarcón se salva del olvido y será recordado en cualesquier historia de la literatura de Bolivia.

Alarcón en ERA UNA VEZ..., en lo posible sigue al estilo literario afin con la época en que se desarrollaron los hechos narrados. No abusa de los arcaísmos y algunas formas de expresión escogidas afortunadamente dan al libro aires de crónica.

La otra obra en prosa de Alarcón es DE MI TIERRA Y DE MI ALMA, cuentos; CALIFORNIA LA BELLA, novela; EN LA CORTE DE YAHUAR-HUACAC, novela; CUENTOS DEL VIEJO ALTO PERU, libro en que la base temática son el mito, la leyenda y la tradición nacionales. También escribió crónicas de viaje: CUADROS DE DOS MUNDOS y LA PERLA DE STYRIA.

DE "ERA UNA VEZ..."

ABEL ALARCON

Antes de que rayara el alba del día de la marcha del señor Poveda, Doña Laura saltó del lecho, contentísima, para preparar ella misma el desayuno y ordenar que saquen las bestias del corral, que era lo único que de su parte faltaba; pues la petaca de cuero de Santa Cruz estaba ya henchida con la ropa del caballero, y las alforjas con una doble merienda, y mostrando, por la comisura de su ancha boca, el cuello de cuatro botellas de un buen tinto moqueguano.

Pero en el momento en que acabó de calzar sus piecillos con las medias pajizas y echaba mano a los chapines con virillas, Don Pablo Jusepe se enderezó con su gorro de dormir, tan largo como una coraza, y le dijo, entre toses: ¿Para qué te levantas, Laura, mi hija?

—Pues para preparar el desayuno, ¿no estáis acaso de viaje?

—Es el caso que toda la noche tuve y tengo unos terribles flatos.

—Pues, haberme pedido una tisana.

—No quise; vosotras las jóvenes dormís como los ángeles y da pena despertaros.

—Pero, ahora, señor, tomaréis la tisana.

—Espera, Laura, todavía está oscuro... ¡Ay! ¡ay!... ¡ay!... Veremos si me pasan...

Sin hacerle caso, se metió en la saya, luego en su almilla de aguja y salió cubriéndose la cabeza con una manta.

—Es tan linda la bellaca. Bebo por ella los vientos y los elementos... ¿Y seré yo quien la deje a León para gozalla?... Pismenle, habránse entendido para profanar esta misma noche mi lecho... Cuando ella quiera hacelle saber que ya no viaja, no habrá cómo. Con la guarda de mi negro Damián, fiel compañero de tantos años, ¿quién sale? La otra gente de casa no me preocupa. El mulero Kusikanka, la Telésfora, la indiecita, todos están manejados por mi negro.

Así solloquiaba Poveda para su camisa de algodón, sin pensar en sacarse el gorro puntiagudo de dormir.

Después de haber hecho hervir el agua a vivo soplo de lumbre, y de preparar la infusión en la jícara, entró la limeñita:

—Aquí está la tisana, señor mío.

—Laura, brinquiño mío, gracias. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!... Veremos si con este se van los flatos. Ufff... ¡qué bueno! Es mate... uff... ¿Dijístele a Damián que ensille la tordilla?

—Voy, señor.

—Pero que le deje suelta la cincha, hasta que yo baje, y que vea si está bien herrada. Esto pudo habérsele olvidado al negro. Que apareje el frontino y que ensille para sí la alazana.

—María Santísima... almas del purgatorio... que se le pase el flato a este viejo y que se vaya —murmuró—, afuera, apretándose las manos y haciendo rechinar los dedos.

Cuando las campanas llamaron a segunda misa, o sea cuando el sol empezaba a descongelar la capa blanca de los tejados y a reir en los miradores, el señor Poveda, con toda la astucia que requería el caso, simuló son de marcha: con el cuello de lana de alpaca, el colete, los gregüescos de raja segoviana y la bota repolluda, tal que al encontrarlo así, Doña Laura sintió el alma vuelta a su cuerpo; y tanto más cuando le vió registrar sus gavetas, como quien quiera dar a sus queridas cosas el último vistazo, comprendiendo lo cual por final diligencia, la limeñita, prolija, hizo llevar al patio, con

Kusikanka, el almofrej y la petaca para el lomo del frontino; y las alforjas, para las ancas de la alazana. Bajó para ver los arreglos y halló al bribón del negro muy afanado, disponiendo ya el arreo de su mula.

—Apresúrate, Damián.

—Mi amita, luego tuditó listu.

El negro, con ayuda de Kusikanka, echó sobre el apa-rejo el almofrej y encima de este la petaca, y luego se entretuvo en cruzar lazo por aquí y lazo por allá, y en entrar y salir por bajo de la barriga del frontino, hasta que la limeñita, viendo que avanzaban las cosas, subió y... ¡Oh contradicción! miró a su cónyuge tendido en la cama, botas repolludas y todo, eructando y con las manos sobre el estómago:

—Otra vez, ¡ay! ¡ay! ¡ay!... vida mía... los flatos y... ¡qué dolores!

—Llamaremos pues al doctor Armuña

—¡Oh! no... brinquiño mío... Acordarse del refrán: Médico errados... papeles mal guardados... y mujeres atrevi-das... quitan las vidas.

—Pero el Doctor no yerra.

—Pudiera que conmigo... dejemos... ya pasará... a ver otro mate...

Entre echarse y levantarse hizo pasar la mañana, con lo que se frustró el viaje; y sobrevino la tarde larga, cada una de cuyas horas pasaba ahondando un puñal en el corazón de Doña Laura. ¡Quién pudiera salir!... ¡Quién pudiera escribir!... Entraba y salía de las habitaciones, sin encontrar una persona de confianza que le hiciera la merced de llevar un mensaje a aquel a quien había citado para después de la queda. Se asomaba y se desasomaba del mirador, sin que la suerte hiciera que él pase para entenderse con una seña. ¡Qué día aciago!...

Para disfrazar su angustia sonreía ante el viejo, y este, para acentuar su ignorancia, la llenaba de caricias.

En ese atardecer, la comida don Pablo Jusepe fue otro mate, pues dijo que curaría su estómago con el ayuno, y la limeñita apenas pudo pasar el cocido.

P2
78
P2

—Pismante, ¿por qué no comes un poco más, Laura, mi morenita?

—Señor, estoy preocupada por vos.

—¡Anda! Estoy ya mejorando, ¿no ves? El ayuno me ha hecho bien.

—Y si os vuelven los flatos?

—¡Pesía a tal! eructé ya bastante; siento que se me desinfla el estómago. Mañana estaré listo para viajar.

En la quietud vespertina, el toque de oración se esparció, se prolongó sonoro, y el efecto que produjo en la limeñita fue el de una mano helada que le estrujara el seno. Poveda signóse y, con la cabeza gacha, floreó con un rezo, hasta que interrumpió al calderón el segundo toque del angelus. La noche bajó del cerro y poco a poco se ensoñereó de la Villa.

A la luz amarilla de dos velas acentuábase la magra figura de Don Pablo Jusepe, que descansaba en una silla de vaqueta, con las manos cruzadas a la altura de las narices. Doña Laura, frontera a él, hallábase sentada en una petaca, con el cuerpo encorvado y una mano sosteniendo la frente, mientras los dedos de la otra iban acabando los flecos de un lado de la manta, agitados por la angustia.

Pasaron las horas en medio del sobresalto de ambos, el cual trataba de disimular el señor Poveda paseando de rato en rato por la estancia, y Doña Laura fingiendo bordar un cañamazo para un taburete.

En un momento en que cabeceaba en la silla de vaqueta, y la limeñita levantóse para decirle, tal vez, que se acueste, asomó por la puerta el negro rostro de Damián; y sus brillantes ojos hicieronle una guiñada. Salió la moza, y este sin decirle palabra, indicóle con el dedo el cuarto en el que había hecho entrar a Zúñiga, por encargo secreto de su patrón. Laura, ligera y de puntillas, llegaba a ese cuarto para hacer huir a su galán, cuando una vela lanzó una zona de luz sobre el corredor. Entró y, al ruido de pisadas que se acercaban, no tuvo más tiempo que para esconderlo y cerrarlo en la alacena, y coger el farol que el negro dejó en la habitación.

Don Pablo Josepe apareció con la vela en la mano... miró en torno y comprendió todo...

—Mi morenita, ¿qué hacías aquí?

—Sentí que crujía la puerta y vine a ver con el farol. Era nomás el viento.

—Yo sentí lo mismo, pismante. Norabuena, que no ha sido nada. Dende hace noches, temo que alguien venga en busca de los dos talegos llenos de piñas, que he escondido en esta alacena para tí, brinquiño mío.

—¿Quién ha de entrar, si el negro ha cerrado tan bien la puerta del zaguán?

—¡La mi hija! —exclamó colocando, con un golpe, el candelero sobre la mesa— ¡la mi hija! en estos tiempos, en que se ha llenado de gente tan perversa la villa, puede que se entren por el tejado. Pero ya veremos de asegurar esto —recalcó poniendo la mano en la alacena, mientras el terror empalidecía más el rostro de la limeñita—; ya veremos de asegurar esto. Ahora quiero decirte que con estos flatos que me han sobrevenido y con mis achaques, tengo miedo ir solo al valle, y será mejor que me acompañes tú.

—¿Y quien quedará a cuidado de la casa?

—No hay quién. Tal es la verdad. En llevando al negro, como es menester, dejar a los otros es lo mismo que dejar a nadie. Vayamos, pues, todos y dejemos bien cerrada la casa.

—Ansi será, pues, señor.

—Agora daremos órdenes. ¡Damiaaán! ¡Damiaaaaán!...

—Voy a buscar al negro, tal vez se ha dormido.

—Espera, ya vendrá; tiene un oído de mastín. Deja ese farol en el suelo, que te va incomodando.

Al agacharse, la saya le ciñó un poco más abajo de la bien formada cadera, y una llamarada de deseo brotó de los cansados ojos de Poveda.

—¿No ves? Ya está aquí.

—Aquí estoy patrón...

—Nos vamos todos. Antes del amanecer que esté listo todo en el patio. Sillas y carga, ¿me entiendes?

—Escuro toravía, listu tudo en el patio, patrón

—Agora, dime, Damián, ¿cómo se puede asegurar esta alacena? —interrogó golpeando las puertas con sus nudosos dedos.

—Con herrajes, pus, señor.

—¿Y de dónde habremos de sacar herrajes a esta hora?

—Lus cuatro cambiadas a la tordilla, pus, patrón, en sus mesmos clavus.

—Este negro es una maravilla. Ve a traer los herrajes. Pismiente, mi hija. ¿Quieres que contemos antes las piñas? —preguntó aproximándose con precaución a la alacena, y llevando la mano por bajo del colete sin mangas, en el que escondía un puñal— ¿quieres que contemos?

—No, dejad, señor; yo no soy cudiciosa —profirió, entre el rechinar de sus dientes.

—Aquí los herrajes.

—¡Clávalos pronto!

A los primeros martillazos que taladraron el corazón de Doña Laura, y probaron al galán toda la certeza y ferocidad de una venganza, éste empezó a dar voces que salían del fondo de una caja...

—¡Señor! ¡señor! ¡hay alguien dentro!...

—¿No te dije?, brinquiño mío. ¡El ladrón que venía a robarme mi tesoro! ¡Más fuerte, Damián, más fuerte, para escarmiento de ladrones!

—Ya está un herraje.

—¡Pon otro herraje!...

El ruido de los martillazos se confundía con los gritos ahogados del infeliz doblado en la alacena...

Doña Laura cayó de rodillas: ¡Misericordia!... ¡Perdón!... ¡Es Don León el que está ahí dentro! ¡Abrilde, por la Virgen!...

—¿Cómo? ¿Don León ahí dentro? ¿El ha venido a robar mis piñas? ¡No lo creo, váleme Dios! Don León es mi amigo... ¡Más fuerte Damián más fuerte, para escarmiento de ladrones!...

—¡Misericordia! ¡El es, sacalde y matadnos!...

—¡Te digo que no es él! ¡Pismente, Zúñiga no es un ladrón!... ¡Más fuerte, Damián, más fuerte!...

—¡Misericordia! ¡Misericordia!...

—Ya está este herraje.

—¡Ponle otro más!...

Resonaba el martillo lúgubrementemente, como cerrando un ataúd... Doña Laura siguió implorando inútilmente. Y el negro bajó dejando los cuatro herrajes, que relucían en las hojas de cedro de la fúnebre alacena.

Iba ya a amacener. Presentóse el negro: Patrón listu tudito.

—¡Laura, componte, vamos!...

—Misericordia! ¡Sacad a León y matadnos!

—¡Yo no mato a nadie! ¡Ea, Damián lleva a esta señora a la silla!...

—¡Yo no quiero!... ¡yo no quiero!...

—¡Si no quieres, entregaréte a la justicia, como a adúltera! ¡Damián, llévala presto y amarrada en la cabalgadura!... ¡Yo le llevaré las tocas y el manto!...

Don Pablo Jusepe había quedado en medio de la estancia y, en la quietud sepulcral que se produjo, oyó gritar:

—¡Perdón, señor Poveda!...

—¡Pido perdón a vos, señor Zúñiga! ¡No creí que era esta vuestra casa! ¡Agora que lo se me voy!

—¡Abrid, por Dios!...

—Quedaos en vuestra casa. ¡Adios, señor Zúñiga! ¡A ver cómo me reemplazáis en las invenciones! ¡Hasta las carnestolendas!... ¡Hasta el miércoles de ceniza!.....

Sacaron las bestias a la calle. Damián juntó las puertas, y aseguró el pestillo de la cerradura con una enorme llave... el silencio de la casona dominólo todo...

La cabagalta trágica se puso en marcha bajo el rocío que, cristalizándose, caía como una lluvia de estrellas...

PQ
78
P2

JOSE MANUEL APONTE

Don José Manuel Aponte Rivero, tradicionista, historiador y periodista, nació el 18 de marzo de 1874 en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra y murió el 19 de abril de 1923 en Sucre.

Es un escritor boliviano que apartado de las luchas políticas de su época dedicó sus días a expurgar papeles y acopiar material para utilizar en dos quehaceres intelectuales afines, la Historia y la Tradición.

Pero Aponte no es por sus libros de historia, muy meritorios por supuesto: LA REVOLUCION DEL ACRE Y LA BATALLA DE INGAVI, que se afirma en la literatura boliviana, sino por un libro: TRADICIONES BOLIVIANAS, del que su prologador un tanto a desgano dice: "En el libro que el señor Aponte entrega hoy al juicio imparcial y desprevenido de la opinión, no hay positivamente nada que exalte el entusiasmo, ni nada que permita repetir las célebres frases de Lope de Vega al frente de los versos de Fernando de Herrera: no hay otra cosa que una literatura moderada, sencilla y correcta, para realizar una forma artística de las mismas condiciones; lo que me permite afirmar que la empresa está fiel y lógicamente ejecutada". Hoy del prologador cicatero de opinión nadie se acuerda y José Manuel Aponte es y será siempre leído en sus tradiciones, uno: porque es escritor sincero que usa lo nuestro en la temática de su obra, utiliza elementos del país en un afán de ayudar a la formación de una literatura nacional; dos: que Aponte es galano en el escribir, propio en su lenguaje y con un singular sentido de humor para narrar: extraña cualidad ya que la generalidad de nuestros literatos son inclinados a la taciturnidad o la tragedia

PQ
78
P2

en sus escritos. No es gratuito que hubiera florecido en la literatura del pasado las célebres "Coronas fúnebres".

Aponte comienza su libro con una sentimental defensa del indio en la tradición POSESION Y ALINDERAMIENTO, para narrar en la misma las costumbres indígenas referente a la toma de posesión de un terreno. Se vé que el autor vivió mucho tiempo de su vida en las tierras altas bolivianas, observando las costumbres, adentrándose en la mentalidad KOLLA con simpatía y hermandad. Aponte es un escritor cruceño que antes de cruceño se sentía boliviano. Un ejemplo para los habitantes de hoy de los cuatro costados del país.

El libro citado compone 23 temas de los cuales son 14 tradiciones obtenidas del emporio de la ciudad de Potosí 2 correspondientes al ámbito paceño, 4 referentes a Santa Cruz, tierra natal del autor, 2 a Sucre y 1 especie de narración dedicada a criticar algunas malas costumbres del ambiente boliviano. No todos los temas tienen el valor de la novedad, una gran parte de las tradiciones potosinas ha tomado de la fuente inagotable HISTORIA DE LA VILLA IMPERIAL DE POTOSÍ de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela; y muchas narraciones de costumbres bolivianas son repeticiones temáticas escritas por anteriores autores. Lo novedoso del libro de Aponte es el tratamiento, la forma que ha dado a cada tema; y él como la mayoría de los otros tradicionistas: Brocha gorda, Calderón, Berríos, Camacho y hasta el mismo Ricardo Palma tuvieron la influencia de aquel primer tradicionista americano. Gunnar Mendoza asevera con mucho criterio: "Los continuadores de Arzans hicieron lo posible no solo por tomar sus temas y tratar de sugerir su espíritu, sino por adoptar sus peculiaridades de composición".

Entre las varias intenciones que implica este género se cuenta que la tradición como primordial propósito tiene a ser moralizadora, criticar los defectos de los pueblos, valerse de la anécdota para corregir defectos. En suma la tradición pretende ser un género de lectura moralista; y Aponte con las suyas consigue en parte: se muestra pacifista, hace parte con el pobre, ataca la usura, el beaterio; admira el sistema democrático de gobierno, y toda virtud humana para él es merecedora de ensalzamiento.

Si los políticos bolivianos de hoy día, leyeran libros bolivianos, descubrirían en Aponte al escritor nacionalista, relievador de nuestras cualidades, defensor sincero de lo nativo. Insta a que debamos fijarnos en los residuos culturales heredados del nativo para la formación de nuestra cultura. Lo mismo que cincuenta años antes que él dijo otro escritor cruceño Manuel María Caballero. "Todos los países del mundo —dice Aponte en el prólogo de sus tradiciones— tienen su manera especial de manifestar su propia cultura intelectual, remontándose a los orígenes de su existencia, para inquirir su génesis en el pasado, por entre las brumas de la mitología y las leyendas populares, mezcladas con la verdad histórica de los sucesos, en formas fantásticas, a especie de luz crepuscular en la que se confunden los objetos, en sombras vagas e indecisas, que luego se destacan y aparecen en su natural estructura al clarear del nuevo día, que ya es la historia. Así en esa labor incesante de muchas generaciones, acumulando a diario el producto individual de cada cerebro, que trae su contingente a la obra común, se levanta, piedra por piedra, el gran edificio de la literatura de cada país, en sus rasgos peculiares e índole propia".

Otra característica de Aponte es que no pierde ocasión de poner en duda o burlarse de algunos conceptos religiosos o de la fe religiosa que profesa el pueblo. Parece que en este acápite, Aponte fue un ateo o por lo menos irreligioso. Es muy notorio su desafecto a la religión.

Es lástima que hasta ahora no se conozca la obra inédita que dicen dejó Aponte, dedicada al estudio de la historia boliviana y gran parte al tema que tanto prefería el autor de tradiciones: costumbrismo y nativismo nacionales.

La tradición EL SANTO CRISTO DE BRONCE, que hoy incluimos en esta antología, corresponde a la versión publicada por Modesto Omisto en el tomo II de CRONICAS POTOSINAS, en 1919, o sea diez años más tarde de la primera edición de TRADICIONES BOLIVIANAS (1909). Se observa que el autor revisó su estilo literario, para esta segunda publicación.

EL SANTO CRISTO DE BRONCE

JOSE MANUEL APONTE

I

Doña Magdalena Téllez fue allá por los años mil seiscientos sesenta y tres de la era cristiana, una real moza, criolla, viuda, rica, mujer de pelo en pecho y con más ínfulas que un militar novel de espada limpia, y ciertos alres de nobleza de abolengo; pues en la portada de su casa, había un escudo de la madre España, labrado en alto relieve sobre piedra de sillar.

Excusado parece añadir que con tantas prendas personales como **reales**, tenía Dña. Magdalena más pretendientes que una cartera ministerial y que a todos se les hacía agua la boca y se les caía la baba por conquistar el corazón de la viuda; cosa que: a decir verdad, era para deseada y no había mancebo que, desde muchas leguas a la redonda, no viniese a rendir culto a tan sin par belleza, pero a la larga, todos se retiraban medio cariacontecidos, porque la dama no era de las que daba pronto a torcer el brazo.

Que si el difunto marido fue bueno o malo, no lo dicen las crónicas de aquel tiempo, ni yo tampoco. Menos he podido saber cómo se llamaba.

Por entonces gobernaba la villa el General D. Gómez de Avila de la orden de Calatrava, 21 en número de los Corregidores de Potosí, y a quien dos años después depusieron

del cargo los belicosos moradores de la villa, por haberse hecho intolerable su gobierno, habiendo fallecido a poco, envenenado.

II

No sabré decir por qué motivos llegaron a ser enemigas mortales, Dña. Magdalena y Dña. Ana Roéles, legítima esposa de D. Juan Sanz de Barea; pero el caso es que se aborrecían cordialmente y no perdían ocasión de hacerse recíprocos agravios.

Cierto día, en que debía tener lugar una función religiosa en el Templo de la Compañía de Jesús, Dña. Magdalena ocupó maliciosamente el lugar destinado para Dña. Ana, con cuyo motivo se armó entre ambas rivales una escandalosa pendencia, a vista de cuantos allí estaban y sin respetar ni la santidad del lugar. En defensa de Dña. Ana, salió su esposo D. Juan, quien le sacudió a la viuda una furibunda bofetada, de cuyas resultas salió ésta echando pestes y maldiciones, y jurando vengarse pronto.

Pasó algún tiempo, y la rencorosa viuda no perdía la esperanza de tomar la revancha, como que lo había intentado varias veces, infructuosamente.

Persuadida de que por sí sola, nada podría avanzar, se decidió a entregar por segunda vez la mano, ya que no el corazón, a quien quisiera tomar venganza por ella; pues que ésta fue la condición única del matrimonio.

Muchos de los antiguos pretendientes, algo timoratos, no sintiéndose con piernas para exponer sus costillas, y aun la vida, se retiraron de la casa disimuladamente, bajo frívolos pretextos. No faltó un pelaire que sin más mira que la de amanecer rico, aceptó las proposiciones y casó con la noble viuda, quien vino a ser esposa del contador, vascongado, Pedro Arrechua, hombre prudente y nada amigo de andar fresco ni con su misma suegra.

No dicen las crónicas quien fue el cura que les echó la bendición y con ella una cruz más pesada que un fardo de tocuyos de contrabando.

Pasaron y vinieron días y semanas y el S.D. Pedro ni resollaba; quizá porque a esas horas prefería el saborear la luna de miel, que buscarle tres pies al gato.

Entre tanto, Doña Magdalena se volvía puro bilis y no pasada día sin que le recordase a su esposo el solemne compromiso. Ni por esas; el flamenco novio no era de aquellos que meten la mano al fuego por otro, o quien sabe si había olvidado sus juramentos con más facilidad que un Diputado olvida las ofertas a sus electores.

La de Arechua, que por todo habría pasado, menos por verse cruel y ridículamente burlada, exigió, impuso, refunfunó, pero en vano, hasta que al fin se decidió a tomar venganza por sus propias manos, pero no contra Doña Ana sino contra... su marido D. Pedro, a quien quiso darle una lección dolorosa como para que no olvidase él ni los demás maridos habidos y por haber y sirviese de ejemplo sangriento a las generaciones venideras.

III

No hacía mucho que los nuevos esposos se habían retirado a la poética hacienda de Mondragón, propia de Doña Magdalena y situada a una legua río abajo de la aldea de Tarapaya, como quien dice a seis leguas de la Imperial Villa; cuando una tarde, insistió por última vez Doña Magdalena, para que sin más demora se llevase a cabo la proyectada venganza.

Tampoco dicen las crónicas cuál sería ella, porque este fue un secreto que sólo ambos pudieron saberlo.

El resultado fue que en un abrir y cerrar de ojos la señora mandó amarrar con sus criados y colonos al contador, y sin oír súplicas ni gimoteos, hizo crucificar en la gran cruz

que tenía preparada, y lo llevó a un pequeño cuartito de la casa, donde permaneció el infeliz.

Todas las mañanas, tenía cuidado la viuda de hacerle comer lo necesario, como para que no se muera de hambre, y después le pinchaba el cuerpo con alfiler amarillo que lo dejaba como si fuese en una masa inerte. Al día siguiente se repetía la operación y el pobre Arechua soportaba otro alfiler. Ella se retiraba sin proferir una palabra, pero sedienta de venganza y probablemente haciendo de cuenta que su marido era su enemiga Doña Ana.

Al fin, expiró la víctima después de muchas semanas de martirio, pero Doña Magdalena siguió clavándole un alfiler diariamente, hasta que el cuerpo quedó paulatina pero totalmente cubierto de alfileres, y no hubo campo para otros, de tal suerte que más que un hombre, parecía aquel un **Santo Cristo de Bronce**.

La justicia, que a veces husmea con tino, olvidando su tradicional pereza, tomó cartas en el asunto; y no contentos los jueces con saberlo de lejos, se trasladaron a Mondragón donde la viuda les hizo una espléndida recepción digna de mejor causa y sin darse por entendida. Si no fueron tratados en la mesa como unos Duques, al menos comieron como unos Bernardos.

Mientras recibían y despachaban testigos y hacían la inspección de la casa, el alguacil andaba en requiebros y zalamerías con la cocinera, muchacha alegre y rolliza. Como buena amiga, confió a su prometido el terrible secreto de que la comida de esa tarde estaba **condimentada**; e hizo plato aparte para ella y su Adonis. La viuda y su cocinera abrigan la confianza de que los jueces no saldrían vivos de su casa.

Pero el alguacil, que sin duda no tenía pelos en la lengua, corrió a denunciar el hecho; de cuyas resultas los Jueces y los Alguaciles se pusieron en movimiento y sin pérdida de tiempo apresaron a Doña Magdalena y los criados, sin exceptuar ni a la cocinera y junto con las ollas y potajes, die-

ron cara vuelta a Potosí el mismo día, temerosos de que por la noche les jugase la viuda alguna partida serrana.

Ignoro al cabo de que tiempo terminaría el juicio. Lo que puedo asegurar es que la trasladaron a Chuquisaca, de donde la trajeron para ahorcarla públicamente en esta Villa, a pesar de que los vecinos se suscribieron con 200 mil pesos para rescatarla de las manos del verdugo y aun el Arzobispo se arrodilló sombrero en mano a los pies del Presidente de la Audiencia, solicitando la conmutación de la pena. No hubo remedio y fue ejecutada.

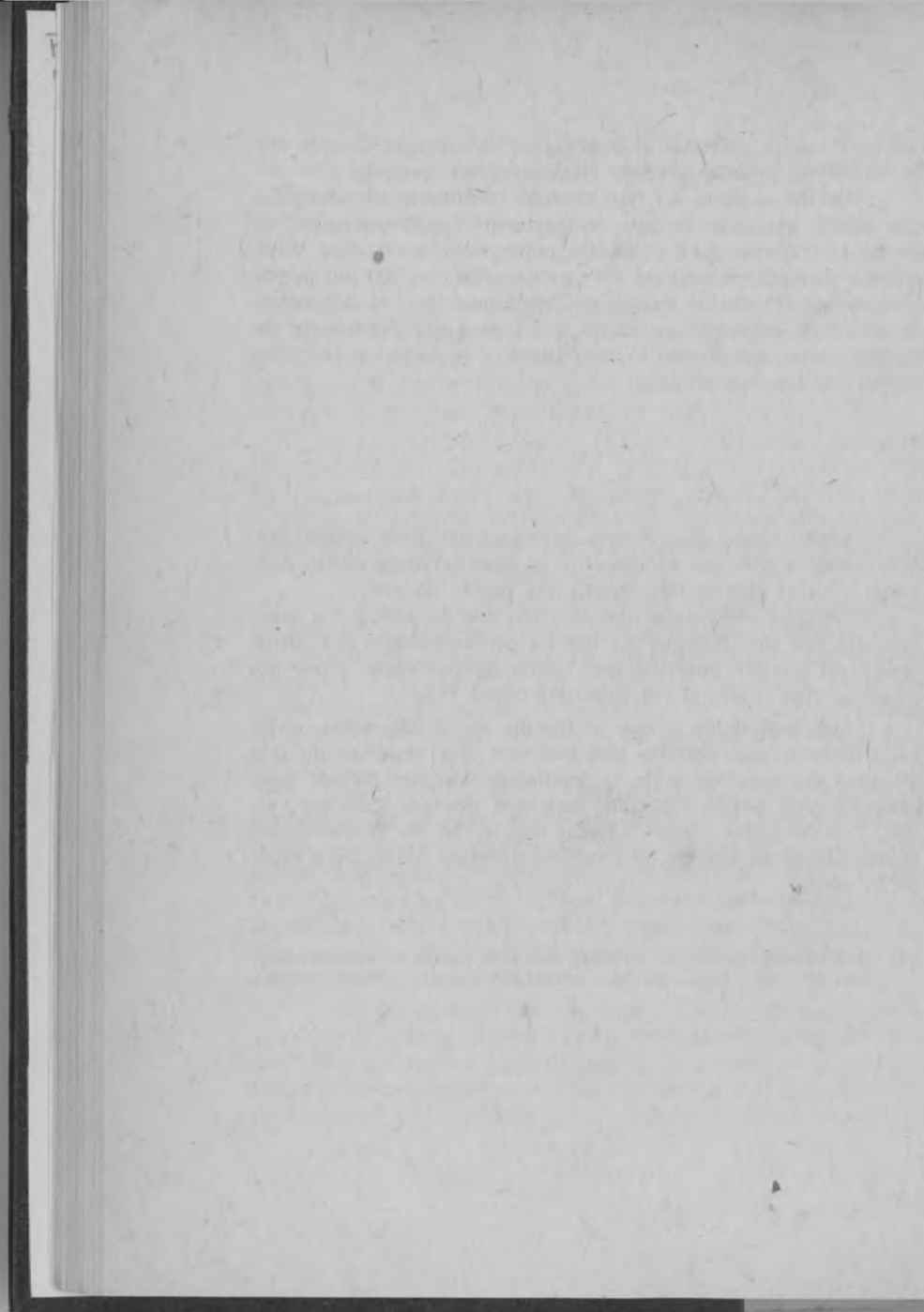
I V

Mondragón, goza desde entonces de triste celebridad. Sobre todo existe allí un cuartito, el mismo donde murió Arechua, y en el que no hay sujeto que pueda dormir.

Muchos individuos que han ido allí de paseo y a quienes, tal vez por malicia, se les ha proporcionado por alojamiento el terrible cuartito, han salido despavoridos y por poco no se han tirado al río, que está cerca (1).

Los incrédulos o que al menos aparentan serlo, dirán seguramente que aquello son visiones que resultan de una imaginación nerviosa o de la predisposición del ánimo; pero aseguro que, según cuentan personas doctas, todo es verdad. Y si lo dudan, vayan a pasar una noche en el cuarto del **Santo Cristo de Bronce**, que no les quedará ganas para repetir la visita.

(1) Esta referencia no es exacta, tampoco existe el aludido cuartito, en cuyo lugar se han levantado nuevas construcciones.



JENARO ASCARRUNZ

Don Jenaro Ascarrunz, periodista y poeta nació el año 1894, en la ciudad de Oruro.

Los trabajos de este escritor orureño ya fallecido se encuentran dispersos en revistas y periódicos de aquella ciudad. Se cuenta de él que era un hombre de entereza y un periodista digno y honrado.

Fue poeta y tradicionista. Dejó muy poca obra. Parece que no pasaron de cuatro los folletos debidos a su pluma.

STANDARD SPECIFICATIONS

The following specifications are intended to be used as a guide in the selection of materials for the construction of buildings. They are not intended to be a substitute for the judgment of the architect or engineer, but rather to provide a basis for comparison of the quality of materials. The specifications are intended to be used in conjunction with the plans and specifications for the building.

1. **Concrete.** The concrete shall be of a strength of not less than 3,000 pounds per square inch at the time of placement. It shall be placed in layers not exceeding 12 inches in thickness, and shall be consolidated by rodding. The concrete shall be finished with a smooth surface, and shall be cured for a period of not less than 7 days.

2. **Steel.** The steel shall be of a grade of not less than A36. It shall be free from rust, scale, and other defects. The steel shall be cut to the required dimensions, and shall be welded in accordance with the specifications of the American Institute of Steel Construction.

3. **Brick.** The brick shall be of a standard size of 8 inches by 4 inches by 2 inches. It shall be of a uniform color, and shall be free from defects. The brick shall be laid in a mortar of not less than 1 part of cement to 3 parts of sand.

4. **Block.** The block shall be of a standard size of 16 inches by 8 inches by 8 inches. It shall be of a uniform color, and shall be free from defects. The block shall be laid in a mortar of not less than 1 part of cement to 3 parts of sand.

UNA GALLINA QUE VALE POR CUATRO GALLOS

JENARO ASCARRUNZ

"Cuando la gallina canta —decían nuestros abuelos después de santiguarse devotamente— debemos esperar grandes desventuras".

Y esta es la verdad.

¡Cuántos acontecimientos funestos no se han presagiado por el canto de las gallinas!

Creo yo en ese mal augurio, con el mismo fervor que creo en la infalibilidad del Papa, y cuando oigo un canto de esos, tan lúgubre para mí, se me erizan los cabellos, me abandona el apetito que, por lo regular lo tengo voraz, y ni siquiera me es dado conciliar el sueño. Esas noches de vigilia me ocasionan tentadores ímpetus, que sé prevenirlos tan bien, a fin de no incurrir en culpa mortal; porque según los teólogos, tanto se peca con el deseo como con la obra.

Si es pues evidente que el canto de una gallina influye en los acontecimientos y altera el sistema nervioso, no es difícil colegir el cúmulo de desventuras que amenaza a la humanidad cuando una gallina de la talla de la heroína de esta mal pergeñada leyenda, calza pitones, afila el pico, yergue la cresta y se lanza sin rumbo fijo en pos de aventuras.

Por fortuna, a las de esta especie nos envía el cielo muy de tarde en tarde, en lo que obra sabiamente, porque si lasuviésemos de jueves a domingo, estaría nuestro planeta aun más revuelto que al presente.

Sabido es que el descubrimiento de los argentíferos filones de Potosí, atrajo inmigración considerable de la península ibérica y que la codicia europea era insaciable. Esta dio origen a los grandes disturbios que, agitados por los explotadores, se tornaron en guerra de exterminio entre los dos bandos contendientes: los **vicuñas y vascongados**.

Fue en esa época turbulenta que un joven gallardo, de mediana estatura, imberbe y de atrayentes sino delicadas facciones, se alistó en la Villa Imperial entre las fuerzas organizadas por el Corregidor Manrique.

Mozo de pelo en pecho era el nuevo miliciano, capaz de habérselas con el mismo Luzbel, si éste príncipe de las tinieblas hubiese osado ponérsele delante. Tan afortunado en lides amorosas como insigne espadachín, salía airoso de toda contienda por temeraria que fuese.

Su fama llenó los ámbitos del Virreinato del Perú, y de la Audiencia de Charcas, y se extendió hasta la Capitanía General de Chile.

El historiador Rosales encarece su valor en la defensa de Valdivia, región muchas veces devastada por las hordas de Caupolicán y Lautaro.

Allí, en una de las batidas a los indómitos araucanos y en singular contienda victimó al feroz cacique Quispihuanca y lo colgó de un árbol.

Lorente nos lo representa en un caso más apurado que el del hijo de Jacob, cuando la antojadiza Putifar quiso atentar contra su castidad.

Digo que el caso fue más apurado, porque si el pundonoroso José se resistió temeroso de ofender a Dios, nuestro miliciano se arrancó de los brazos de la tentadora limeña **por no poder hacer otra cosa**.

Si ésta era su única virtud aparente, vivía en cambio encenagado en todo género de vicios, sin que fuese secundaria su pasión por el juego.

Este inocente entretenimiento le hacia frecuentar la taberna, donde se le presentaban ocasiones de dar pruebas de su destreza en el manejo de la daga. Al golpe de ésta, clavó contra la mesa de juego la mano de uno de sus compañeros de garito, al tiempo que la extendía para recoger los dados falsos con los que acababa de echar una suerte.

Quizás fue merecido el castigo.

Sus blasfemias y juramentos escandalizaban a los mismos gallegos, fuertes en su manejo.

Su extraordinaria audacia y su valor a toda prueba; hicieron que en su carrera militar se le reconociera por cédula real, con el grado de alférez, jerárquico en esos tiempos.

Eran caprichosos los comentarios que recaían sobre éste raro sujeto.

Nadie sospechaba su procedencia.

Colegíase su vida misteriosa por los diferentes nombres y papeles que adoptaba, según las ocasiones.

¡Rarísimo aventurero!

Era nada menos que novicia de un monasterio dominico, a quien la historia denomina **MONJA—ALFEREZ.**

II

Catalina Erauso fue su nombre de pila, y nació de padres hidalgos en San Sebastián de Guipúzcoa en 1585.

Una desavenencia con una religiosa, del Monasterio de Santo Domingo, en el que se había educado y se hallaba a punto de terminar su noviciado, la determinó a quebrantar la clausura y entregarse a los azares de la vida aventurera, no sin haber ocultado antes su nexo con el traje masculino y tomando el nombre falso de Francisco Loyola.

Sirvió de paje en Valladolid; pasó a Bilbao, San Sebastián y San Lúcar, donde sentó plaza de grumete en un galeón del que desertó en las costas de Cumaná, después de haber sustraído al capitán 500 pesos.

Engañado por su disfraz su principal Urquizo, en cuya casa comercial se empleó de dependiente, trató de matrimoniarlo con una joven.

Otra vez, un canónigo de Tucumán, uno de los que en aquellos tiempos felices calzaban espuelas de oro e iban al coro, caballeros en corpulentas y relucientes mulas, cuyos aperos chapeados pesaban algunos buenos marcos de plata, propúsole enlace lucrativo con su sobrina.

Eran peligros serios, ciertamente, de los que se libraba con rara habilidad.

III

Quien encuentra recurso para salvar de aquellos perances, los tiene sobrados para librarse de otros que en verdad son menos graves.

Quien salva de las redes del Himeneo, es capaz de eludir todos los peligros inventados por el poder Infernal.

¿Pruebas?

Allá van.

IV

Por un "quítame éstas pajas" mandaba un hombre a los infiernos.

En la ciudad del Choqueyapu le arrancó el alma del cuerpo a un sirviente del corregidor, por haber cometido el desacato de echarle con un sombrero a la cara.

Los corregidores, en los felices tiempos en que se doblaba la rodilla al tiempo de pronunciar el nombre de Su Majestad el Rey, eran señores omnipotentes.

El sucesor de Alonso de Mendoza no lo fue menos, y habérselas con un magnate de los de horca y cuchillo, era de los más arriesgado.

Intervino la Justicia, la que, aseguran los cronistas, era íntegra en ese tiempo y no se sospechaba un solo caso de prevaricato.

Sentenciósele a muerte.

El día de la ejecución de la sentencia, cuando se preparaba la horca y el pueblo esperaba ansioso la hora de presenciar ese espectáculo sangriento. A tiempo de recibir el reo los últimos sacramentos, arrojó la forma eucarística en la mano, diciendo que "se llamaba a iglesia".

No es difícil presumir el escándalo que esto causó en un pueblo como éste que se educaba bajo el criterio del fanatismo español.

Concurrió el Obispo con el Gobernador, alcaldes y regidores, y el reo fue conducido al templo, bajo de palio y con cirios encendidos.

Pusiéronse en práctica los ritos prescritos por la Iglesia para estos casos.

Resultado: que la **Monja—Alferez** salvó de la horca.

V

¡Cuan feliz era!

¿Necesitaba de asilo?

Pues lo encontraba en todas partes.

Encerrado por largo tiempo en un convento de franciscanos, dejó su retiro por haber sido nombrado padrino de un duelo.

Cruzáronse las espadas. Murió uno de los contendientes y quedó mal herido el otro. Hubo disputa entre padrinos, apelaron a las armas y quedó también muerto uno de ellos:

—¡Era su hermano Miguel Erauso!

¿Protección?

Hasta el Rey Felipe IV se la concedió.

¿Cómplices?

Frailes, prelados y aun el mismo Papa lo fueron.

Un fraile le dió una receta con la que se hizo perder los pechos.

Otro le dió el consejo para que se llamara a Iglesia.

El Arzobispo de Lima la introdujo ante el Virrey Esquivel y le abrió las puertas de todos los monasterios.

El Papa Urbano VIII concedióle permiso para que siguiera vistiendo, hasta su muerte, el traje de hombre.

No hubo para ella excomuniones ni exorcismos.

Ni el Santo Oficio, tan severo en sus célebres autos de fé, la llamó a cuentas.

De todos se burló y a todos venció.

Escribió su autobiografía, en la que declaró haberse abandonado a la corriente de sus feroces instintos.

No le fue menester combatir las pasiones de la carne, porque nunca se le despertaron.

¡Murió virgen!

¿Podrá a esto llamarse virtud?

V I

Presumible es que desde aquella época se hubiese redoblado la vigilancia para evitar sucesivas evasiones de las Vírgenes del Señor.

Si una sola dió abundante materia a la leyenda, tema a muchos escritores y aún a Montalván para su comedia, ¿qué sería del mundo con una docena de ellas?

Procedió como un santo inspirado, un mandatario eminentemente católico, que en La Paz las volvió a su redil, con la imposición de la fuerza, a las que desertaban temerariamente.

V I I

Esta brevemente compendida historia, corrobora el terror que tengo al canto de las gallinas.

De espolones, cantoras y belicosas, son una verdadera plaga.

Si hemos de soportarlas forzosamente, preferible son las que **huevoan y cacarean**, aunque taladren los oídos.

Tal vez lo mejor hubiera sido prescindir en lo absoluto de ellas, si el bueno de nuestro padre Adán no nos hubiese inclinado al mal, saboreando condescendiente la malhadada breva de que nos habla la tradición.

CARLOS BRAVO

Don Carlos Bravo Molina, geógrafo, explorador del territorio patrio, bibliógrafo y archivista, nació el 4 de noviembre de 1849, en La Paz y murió el 17 de marzo de 1902 en la misma ciudad.

De su obra editada se desprende que Bravo fue un civil cuya preocupación era enriquecer la bibliografía boliviana con trabajos de toda índole. Catorce publicaciones son las que firma Costa de la Torre; de variada temática y en su mayoría elaborados en sociedad con el publicista Manuel Vicente Ballivián unos, y otros con Eduardo Idiaques o Eugenio Gimault.

Indudablemente toda su obra es la de un enamorado de su patria, no de un patrioter. El sabía que en Bolivia debían incrementarse los estudios estadísticos, bibliográficos, históricos; que poco se había hecho hasta entonces. Había que conocer la patria, delimitarla, formarla, y mientras los malos bolivianos se preocupaban de encaramarse en el poder aun por medio de luchas fratricidas, Bravo con un grupo de auténticos civiles trabajaba construyendo los antecedentes culturales de la flamante república. Que hoy algunos no les reconozcan, poco importa, día llegará que acabe la impostura en el país y entonces se los llamará beneméritos y ocuparán el sitio que les corresponde en la historia nacional.

Bravo pertenece a ese grupo de investigadores paceños que inició los estudios de carácter científico en Bolivia. El por su lado acopia a ese afán generacional publicando variado material. Tiene un compendio didáctico de HISTORIA DE BOLIVIA para las escuelas, presenta un proyecto de caminos que unirían Zongo y Challana, prepara un CENSO ESCOLAR DE LA PAZ, dicta una confe-

rencia sobre la historia de LOS HOSPITALES DE LA PAZ, incursiona en el estudio de la lengua aimará con un diccionario y una gramática, escribe biografías de bolivianos ilustres; y en el transcurso de su existencia trata de abarcar diferentes disciplinas con el anhelo de ser el iniciador y esperando seguramente que llegarían después los continuadores de su obra.

"DON DIEGO HUALLPA, PRIMER DESCUBRIDOR DEL FAMOSO MINERAL DE POTOSÍ", la tradición que incluimos en la presente antología, al parecer es el único trabajo del autor referente al género de la tradición. Si existen otros permanecen dispersos o han desaparecido junto a la valiosa obra inédita "cuyo paradero se desconoce" según el mismo Costa de la Torre. "DIEGO HUALLPA, ETC.", trata del descubrimiento del cerro rico de Potosí; para narrarla toma la versión menos conocida y aceptada por cierta, ya que se fundamenta en una declaración jurada del protagonista y algunos testigos que tuvieron que ver con el descubrimiento célebre, la amplía con datos obtenidos en otras fuentes y creemos es la tradición más completa sobre el descubrimiento de los minerales de Potosí, escrita en el presente siglo.

DON DIEGO HUALLPA, PRIMER DESCUBRIDOR DEL FAMOSO MINERAL DE POTOSI

CARLOS BRAVO

I

Los conquistadores españoles vinieron al Perú dominados por una fiebre intensa: —la ambición de fortuna.

Jefes y soldados, magnates y desvalidos, se agitaban con la excitación de la fiebre de oro y plata. Su dolencia no se calmaba sino con los descubrimientos de esos apetecidos metales, que se encontraban bajo mil distintas formas en el territorio del Alto y Bajo Perú.

Las más atrevidas exploraciones han tenido por objeto buscar oro y plata, materias conocidas por los Incas y sus súbditos, que con tapices de esos metales adornaban las paredes de sus templos.

El Marqués don Francisco Pizarro, fue dueño de las minas de oro que explotaban los indios en esta cuenca del **Choque-yapu**. Pedro Valdivia poseía la rica mina de **Porco**; y así, los demás conquistadores fueron propietarios de los asientos minerales trabajados por los aborígenes.

El sendero que conducía al alcazar de la **fortuna**, era muy practicable en aquel tiempo. No se necesitaba más que un poco de perseverancia para catear; el esforzado y valien-

te lograba conseguir el premio a sus sufrimientos, pues muy luego hallaba una rica mina de oro o de plata. Después todo estaba hecho: se encontraba en abundancia, indios, coca, chuño y látigo para el trabajo. No está fuera del caso hacer notar aquí una casual circunstancia; se ha dicho que la mina de **Porco**, situada en el Alto Perú (hoy Bolivia) pertenecía a don Pedro de Valdivia. Este valiente castellano trocó para comprar armas y caballos, e ir a descubrir el "mal afamado reino de Chile", como se decía entonces. La primera mina de plata conocida en aquella región, fue la de **Porco**: y esta sirvió para la conquista de Chile...

II

En la mitad del siglo XVI, se hizo el hallazgo más grande del mundo; se descubrió el mineral de Potosí, cuyos metales de plata han dado la ley más subida.

Garzilas de la Vega, decía de Potosí: "en ninguna parte del mundo hay una montaña más rica, y en ninguna parte príncipe alguno ha sacado tantas rentas de una sola ciudad, pues, desde 1548 hasta 1551, el quinto ha dado al rey más de tres millones de ducados".

Ese poderoso venero de plata no ha tenido rival hasta ahora, en adelante quizá tampoco lo tenga, sin embargo de que su decadencia ha principiado en los últimos días del siglo pasado. Su nombre y su fama son conocidos por todo el mundo. Para exaltar a una persona, para realzar sus méritos, o para exagerar el precio de una cosa, se dice: **Vale un Potosí**. Esta sola frase explica la preponderancia de tan legendario mineral.

III

La primera veta del Potosí, se registró con el nombre de **Descubridora**, el 21 de abril de 1545.

La justicia histórica ha dado el primer puesto en este descubrimiento, a un hombre oscuro y desdichado, el indige-

na **Diego Huallpa**, que reveló al orbe los inmensos tesoros que en sus entrañas ocultaba el Potosí. Sin embargo de esa remuneración, su vida habría sido completamente desconocida, a no haber mediado una feliz circunstancia que ha dejado datos para trazar la silueta de aquel hombre. He aquí lo ocurrido:

El 31 de diciembre de 1562, se encontraba en Potosí el Virrey de los reinos del **Perú** y **Tierra firme** don Francisco de Toledo; juntamente con él se hallaban el Presbítero Rodrigo de la Fuente, cuando se acercó un indio al Virrey con una petición y le dijo que era hijo del primer indio que había descubierto **plata** en el Cerro de Potosí. El Virrey mandó al referido La Fuente, que hiciese una información de la verdad de lo dicho; en cumplimiento de esa orden, el comisionado se constituyó en una casa que estaba situada en la **Ranchería**. Allí encontró a un indígena anciano, como de setenta años, que estaba enfermo en cama hacía días; era de "buena disposición y aspecto, y de mejor razón y entendimiento". Sus nueve hijos rodeaban su lecho, cinco de ellos mujeres, todos en edad madura y también con hijos.

En presencia de Don Diego Conde Huallpa Inca, natural de Urcos en el Cuzco, de Pedro Huallpa, natural del Cuzco, de Francisco Hacha Angara, y del intérprete Jerónimo Hernández que era muy ladino para el aymara y el quechua, el Presbítero La Fuente hizo al anciano varias preguntas que fueron completamente satisfechas.

De la relación que escribió aquel, tomamos los datos que nos han servido para contar enseguida y en breves rasgos, la vida interesante del descubridor de Potosí.

I V

Diego Huallpa era natural de Chumbibilca, del llamado **Yanqui**, del repartimiento del licenciado Benito Xuarez de Carvajal, en los términos del Cuzco, su padre era un indio principal nombrado **Alcaxuca**, del **ayllu** de **Anansaya**. Nuestro

protagonista llamábase Huallpa, en su bautismo tomó el nombre de Diego.

Cuando los españoles cometieron la alevosa acción de Cajamarca, estaba al servicio del Inca Huascar; tendría entonces más de 25 años y permanecía en Chumbivilca. Luego que los conquistadores se dirigieron al Cuzco, la curiosidad de ver "qué gente era" lo llevó allí juntamente con otros indios. Se puso al servicio de un soldado Cardozo, oriundo del Portugal, y le sirvió mucho tiempo; Huallpa se aficionó de este soldado por parecerle "en su aspecto y persona, señor". Viajó con él a **Porco**, donde se decía haber mucha plata. En la época de los Incas había sido ya explotado este asiento mineral, indudablemente una gran parte de la vajilla que usó Atahuallpa, estaba trabajada de la plata extraída de las minas de **Porco**.

Un día, Cardozo le dió una carta para que la llevase a unos soldados que estaban en **Chuquiavo** (ciudad de La Paz); Huallpa cumplió el mandato, pero con grave detrimento de su persona, porque luego que los soldados se impusieron del tenor de la carta se enojaron mucho, y para desfogar su ira echaron al mensajero unos perros para que le mordiesen. El infeliz, recibió bastante daño con el aperreo, tanto que estuvo para morir y no pudo volver en mucho tiempo donde estaba. Este averiguando del paradero de su querido Huallpa, supo lo ocurrido y se encaminó de Porco a La Paz. Aquí oyó de boca de su desventurado sirviente los maltratos que había recibido, y la manera como había sido aperreado.

Cardozo escuchó los detalles con grande alteración, y para vengar la ofensa buscó a los que habían inferido a Huallpa tal daño; riñó con ellos, mató al uno e hirió al otro; con esta acción obligó la gratitud del criado.

V

Por negocios favorables que ofrecieron a Cardozo, tuvo que dejar la provincia de los Charcas, y de consiguiente el asiento de Porco para dirigirse a la ciudad de Los Reyes

(Lima); Huallpa quedó al lado de un amigo de Cardozo, un soldado Martín. Con el nuevo amo vivió algún tiempo en rescate y grangerías.

Los soldados Marcos Xaramonte, Alvaro de Olmedo, Gaspar Montecinos y Juan Camargo, hicieron en compañía de Huallpa una expedición para catear **sorojche** (galena argentífera) en una loma que estaba junto al cerro de Potosí; ese lugar se llamó después **Asientos de Gonzalo Pizarro**. Cuando estuvieron en aquel paraje solitario, le dijeron a Huallpa: —"ves aquel cerro y en lo más alto de él hallarás plata labrada y oro ofrecido a la **huaca** que en él está".

Subió al cerro acompañado de un otro indio; con dificultad llegaron a la cima del Potosí, por ser bastante áspero el camino, y vieron que su meseta era efectivamente adoratorio de los indios de la comarca, puesto que encontraron algunas cosas ofrecidas a la **huaca**. Huallpa recogió todos esos objetos que eran de poca importancia, y los envió con su compañero a los españoles que se habían quedado en los **Asientos de Gonzalo Pizarro**; por este motivo, Diego se separó de aquel y se detuvo solo en el cerro.

V I

Se dice que son muy fuertes los vientos que dominan en la cumbre del Potosí.

Al bajar de ella, un golpe recio de viento dió con Huallpa en tierra, le hizo perder el sentido, y permaneció algún espacio de tiempo sin recobrarlo. Luego que volvió en sí, miró por todas partes para ver si volvía su compañero que también se llamaba Huallpa, y era **yanacona** de Marcos Xaramonte; éste y los demás expedicionarios no le aguardaban, porque se habían marchado a **Porco**.

Las cosas que hemos referido hasta aquí, nada tiene de inverosímil; llega el momento de la hipérbole, siguiendo aquella relación de donde tomamos estos hechos, sabrá el lector que: para levantarse Diego tuvo que incorporarse, y con este motivo, asentó sus manos en la tierra y dejó en ella

señal "a manera de la que se suele hacer cuando se ponen sobre barro bien pisado". Conoció ser metal de plata sobre lo que había puesto las manos, por haber visto en Porco otro metal como éste.

Tomó del hallazgo una cosa como de ocho o diez marcos, se bajó del cerro en busca de los cuatro españoles, y como no los encontrase, siguió el camino a Porco; cuando hubo llegado allí mostró a Alvaro de Olmedo el metal y le contó lo sucedido. Olmedo no dió crédito a la nueva comunicada por aquel; juzgaba imposible que del cerro de Potosí se hubiese traído muestra tan rica.

Huallpa replicó que: si Olmedo quería ver la verdad, fuesen juntos a verla. A la insistencia del indio se debió el que Olmedo se resolviese ir con él a Potosí; con dificultad hicieron el ascenso hasta un lugar próximo al del hallazgo, cuando principió la borrasca de viento que se llevó la capa y el sombrero de don Alvaro, lo echó en tierra y lo dejó bastante contrariado.

Dice Huallpa que Olmedo tomó gran disgusto y le pesó de haber venido, porque temió estar en aquel lugar no frecuentado por españoles; como final del incidente, no quiso llegar donde le indicaba que era el lugar en que se encontraba el metal, más bien dió al indio de bofetones y le tiro de los cabellos.

Con esto se bajaron sin lograr su objetivo, y luego que hubieron llegado al lugar que hoy se llama **Huaina Potosí**, Olmedo le dijo a Huallpa: "en este lugar hay minas de plata, que no donde me llevaste, que no hay sino **supayes** o demonios".

Llegando a **Porco**, Huallpa le dijo al español: "toma la mitad de este metal y fúndelo", y el se quedó con la otra parte. Como don Alvaro fundiese el metal obsequiado, se le fue en humo todo, sucedió al contrario luego que Huallpa fundió su parte, echando en ella algo de **sorojche**, sacó tanta cantidad de plata como metal había fundido.

VII

Pasados veinte días después de estos sucesos, Huallpa volvió al Potosí, al mismo lugar del hallazgo, y encontró que: "encima de la tierra estaba (el metal) a manera de sebo regalado (así) del Sol". Lo junto con un palo y echó alguna cantidad en un costalejo, se bajó y se fue a Porco, donde fundió el metal y sacó plata fina.

Tenía Huallpa un amigo y compatriota llamado **Chalco** natural del pueblo de **Accha** en el Cuzco, a este comunicó haber hallado mucha riqueza de plata en el cerro de Potosí, y le mostró lo que tenía en su poder. **Chalco** quiso convencerse de la verdad, e importunó a su amigo para que fuesen al lugar donde había aquel metal.

Fueron efectivamente al cerro de Potosí, **Chalco** se convenció del lugar de Don Diego había sacado la plata; ambos recogieron el metal que tan a mano estaba, y cargados con él se volvieron a Porco; la fundición les produjo casi tanta plata como el metal que habían llevado.

Chalco era **yanacona** de Lorenzo Estopiñán y con otros indígenas que tenía a su servicio en Porco, lo dejó a Diego Villarroel, natural de Medina del Campo, que era su mayordomo, para que los ocupase mientras Estopiñán iba a la ciudad de **Los Reyes**. **Chalco** comunicó a Villarroel lo que había visto en el Potosí y le mostró la plata que había sacado en compañía de Huallpa.

Un día, vió éste que venían del camino de Potosí; Villarroel, Gonzalo Bernal, Juan de Portillo, españoles. **Chalco** y otros indígenas más. No cabía duda, habían ido a Potosí y quedaron satisfechas de la afirmación del **yanacona Chalco**. El secreto de Diego Huallpa pertenecía desde entonces, al dominio público.

Diego de Villarroel hizo registrar en Chuquisaca la mina llamada **Descubridora** (21 de abril de 1545), que está en la veta que después tomó el nombre de **Centeno**, en homenaje de Diego Centeno que a la sazón era Justicia Mayor de

Chuquisaca, y envió setenta y cinco hombres que fueron los primeros pobladores de la **Villa Rica Imperial de Potosí**.

VIII

Un año antes de éste registro, según confesión de Huallpa, dió este a un soldado Antonio Quijada un pedazo grande del metal de Potosí, para que lo enviase al **Hatun Apu** de Castilla Carlos V; Quijada lo envió al presidente La Gazca; el licenciado Polo presenció la remisión de aquel rico metal.

Huallpa aseguraba que, en el tiempo que descubrió metal en el cerro de Potosí, en la cumbre de este había diez o doce árboles de **queñua** (*Polylepis racemosa*); que en el lugar donde está la **Ranchería** de indios, había mucha cantidad de estos árboles. En una descripción de la villa y minas de Potosí hecha el año 1603, se confirma que el lugar indicado estaba lleno de árboles de **queñua**, y de su madera se edificaron las primeras casas de este asiento.

Cuando se divulgó el descubrimiento de las minas de Potosí, los españoles residentes en Porco, unos fueron a catar personalmente, y otros lo hicieron por medio de sus **yanacunas**. Pedro de Fuentes descubrió la veta **Rica** y la hizo registrar; Juan Sánchez la veta del **Estaño**; Rodrigo de Benavente, muchacho de diez y seis años, descubrió la veta que se registró con el nombre de **Mendieta**. Estas tres vetas y la de Centeno fueron las más principales, de donde se ha extraído la mayor parte de la plata de Potosí.

En seguida, descubrieron la veta de **Oñate**, la de **San Juan de la Pedrera**, la del licenciado **Polo**, **Cristóbal López**, las **Flamengas**, y las **Ciegas**.

El cerro de Potosí está situado en la que era jurisdicción de **Chaqui**, encomienda de Gonzalo Pizarro; su hermano Hernando era encomendero de Chichas y tenía una mina de plata muy rica en Porco. Gonzalo fue apoderado de Hernando y tenía que ir y venir muchas veces a aquel asiento pasando juntos al cerro Potosí, y en él se detenía de ordinario para cazar huanacos y perdices.

La Villa de Potosí llegó a ser una de las más pobladas y ricas en el Perú; catorce fueron las parroquias de los indios que se fundaron alrededor de ella.

Estuvo sujeta a Chuquisaca, de la que se eximió el 21 de Noviembre de 1561, por **setenta y uno mil pesos ensayados** con que sirvieron al Rey, capitulando el dicho asiento con el Conde de Nieva, Don Diego López de Zúñiga y de Velasco Virrey, y los comisarios licenciados Birviesca de Muñatones, Diego de Vergara Carvajal y Ortega de Melgosa.

Diego Huallpa tuvo la complacencia de ver el rápido progreso de la Villa, sin mejorar de su condición de **yanacóna**.

En su última enfermedad, hizo su testamento, y encomendando su alma a Cristo, murió el 15 de Enero de 1563.

No se olvidará su nombre, porque el monumento que lo recuerda siempre será Potosí.

The first part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal. The second part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal.

The third part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal. The fourth part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal.

The fifth part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal. The sixth part of the book is devoted to a description of the various species of plants and animals which are found in the region. The author has been very careful to give a full and accurate description of each species, and has also given a full account of the habits and mode of life of each animal.

JOSE MARIA CAMACHO

Don José María Camacho Montalvo, historiador y lingüista, nació en La Paz el 25 de diciembre de 1865 y murió el 5 de mayo de 1951, en la misma ciudad.

La obra de este investigador no es extensa. Más conocido por su libro **COMPENDIO DE LA HISTORIA DE BOLIVIA**, cuya primera edición circuló el año 1896. En el presente siglo fue declarado texto oficial para la enseñanza de nuestra historia en el grado secundario. Es uno de los raros libros bolivianos que ha pasado la décima quinta edición, en razón de ser un texto didáctico que comprende la historia del país desde sus orígenes hasta la época contemporánea. Acequible porque narra los hechos históricos objetivamente, sin artificios ni adornos literarios.

Sobresale José María Camacho en el estudio e interpretación de la cultura almará. Los trabajos que ha publicado: **LA ETIMOLOGIA DE TIAHUANACU**, **LOS AYMARAS**, **EL PUEBLO AYMARA**, **LA LENGUA AYMARA**, dan la pauta de la profundidad de su saber y conocimiento del grupo étnico que pobló gran parte del territorio boliviano.

También dedicó sus afanes a publicaciones de tipo político.

THE HISTORY OF THE

... of the ...

... of the ...

... of the ...

... of the ...

EL MITO DE ITICACA; HUIRAJOCHA

JOSE MARIA CAMACHO

Como todos los pueblos antiguos de la tierra, los **Aymaras** explicaban el principio y los fastos de sus primeras edades por las ficciones de la fábula. Estas tienen aquí la particularidad de encerrar en el fondo las mismas alegorías confesadas por los **Khechuas**, lo cual revela, desde luego, el origen común de ambos pueblos. La substancia del simbolismo peruano está encerrada en el **mito de Iticaca**, cuya figura principal es **Huirajocha**.

Huirajocha es el Supremo Hacedor, causa del mundo.

La primera creación; la Chamajpacha.

En el principio todo era oscuro (**chamaca**). **Huirajocha**, al crear los seres vivientes, plantas y animales, hizo a los hombres de grandes proporciones, después de modelar su figura en piedra. Fueron éstos los **huari-huirajochas**, los hombres primitivos, dotados de atributos divinos. Para vigilar la vida del mundo, **Huirajocha** estableció su trono y su corte en la peña **Iticaca**, que se yergue en la isla que con tal motivo lleva este nombre y que lo ha recibido también el lago.

A poco los hombres se pervirtieron. Irritado **Huirajocha**, fue a Tihuanacu que era el "centro de la tierra", y desde allí dejó caer sobre ellos su divina cólera. A unos trocó en piedras, a otros en animales inmundos, a muchos hizo tra-

gar con la tierra o con el mar. Los últimos sobrevivientes fueron exterminados por un gran diluvio.

Todo esto ocurrió en los tiempos oscuros o de la **Chamajpacha**.

La segunda creación o el reparto del mundo.

Calmado el justo enojo volvió **Huirajocha** a su obra creadora. Como no estaba bien que el mundo viviese en tinieblas, determinó alumbrarle y puso en el cielo el sol, la luna y las estrellas.

Surgió el Sol esplendoroso de la **peña Iticaca**. Siguióle la Luna. Pero como esta se presentase aun más resplandeciente, envidioso el Sol le arrojó un puñado de ceniza al rostro, con que le empañó para siempre.

Huirajocha modeló nuevos hombres; dió a cada uno un especial distintivo, y los despachó por debajo de la tierra, al fondo de las cuevas, a la cima de los altos cerros, al lecho de los ríos y los manantiales. Hecho esto repartió el mundo entre sus cortesanos. "Id —les dijo— a donde os envío, para que a vuestra voz salgan estos hombres en la figura y traje en que los he formado, y pueblen la tierra, y se llamen con el nombre que les he impuesto".

De este modo, **Tocay** fue por las partes del levante, **Pinahua** por las del poniente, y **Manco Khápaj**, presidido por el Sol que lo tomó bajo su amparo, por las del septentrión. Cuando llegaban a su destino gritaban: "¡Oh vosotros, salid y poblad esta tierra que está desierta, porque así lo mandó el que hizo el mundo!" Y conforme decían, brotaban las gentes y sentaban sus reales allí mismo. Estos fueron los **Huaris**, "hijos de cada tierra" con que se formaron las nuevas sociedades humanas. Los puntos de donde brotaban se llamaron **Pakarinas**.

Luego, el mismo **Huirajocha**, legislando y componiendo el mundo, tomó el derecho hasta llegar al mar. Tendió su manto sobre las aguas, púsose encima y desapareció por el occidente.

Thunupa.

Olvidadas con el tiempo las leyes de **Huirajocha**, apareció **Thunupa**, llamado por otro nombre **Táapaj**, que quiere decir: "hijo del creador". Este divino misionero se propuso restaurar en los hombres los sentimientos de piedad, de orden y trabajo. Recorrió gran parte del mundo predicando y obrando maravillas: aplacaba tempestades, bendecía las cosechas, bajaba montes, levantaba llanos, hacía brotar agua de las rocas. Viendo que el oro y la plata eran fuentes de corrupción, desterró esos metales al seno de las montañas y a las regiones inhospitalarias. Sus prodigios no tocaron el corazón de las gentes. En vano hizo llover fuego del cielo, como en **Cacha**, y petrificó a los hombres, como en **Tihuanacu**. En la Isla de **Iticaca**, donde las huellas de sus plantas aun perdura cerca de la Peña sagrada, le golpearon, le amarraron, espetaron su cuerpo en un palo, y le echaron en una balsa. La balsa se deslizó hacia el sud y cuando tocó tierra en **Chacamarca**, ésta se abrió dando lugar a que las aguas corran y sobre ellas siga la frágil barquilla con su preciosa carga, hasta llegar al otro lago, el de **Puúpu**, en los **Aullagas**, donde desapareció para siempre. El canal es hoy día el río Desaguadero.

Tal es, en sus rasgos principales, aunque confusos, la mitología de los antiguos aymaras.



JOSE FELIPE COSTAS ARGUEDAS

Don José Felipe Costas Arguedas, novelista, antropólogo y folklorista boliviano, nació en la ciudad de Sucre el 8 de agosto de 1906.

EL DICCIONARIO DEL FOLKLORE BOLIVIANO (tomos I y II), del que es autor, lo coloca en primera línea de los estudiosos de la antropología cultural del país. Los dos tomos muestran panorámicamente los aspectos más interesantes del folklore patrio. En la elaboración de la obra utiliza el fichaje recogido personalmente IN SITU, y el recopilado por otros investigadores de nuestro folklore.

Su primer libro sobre el tema es FOLKLORE DE YAMPARAEZ, una monografía antropológico-cultural del grupo YAMPARA recogida objetivamente y sujeta a un método de investigación. Es en Bolivia la primera monografía del folklore de una comunidad nativa de determinada área, estudiada con criterio científico desde el punto de vista de esta disciplina. Gran parte de la obra del antropólogo Costas se encuentra dispersa en periódicos y revistas, v.g.: PLANTEAMIENTO DE NUESTRO ARTE POPULAR, ensayo en el que traza lineamientos para el estudio y preservación de las artesanías populares del país, publicado en una revista boliviana. A propósito del folklore oral boliviano, él inicia los estudios del existente folklore negro, transculturación del Africa en Bolivia, publicando en la revista peruana Tradición EL FOLKLORE NEGRO EN BOLIVIA, estudio que sugiere la urgencia de continuar con nuevas investigaciones que amplíen el tema casi intocado.

La tradición que insertamos, EN TIERRAS DE GRACIA, corresponde al folklore oral del ámbito oriental boliviano. La misma

fue recogida antes y después de él por otros tradicionistas, pero ninguno le dio el tratamiento que dá al tema Costas Arguedas. De lenguaje pulido, en veces un poco recargado o detallista, subraya al literato que incursiona en la tradición, ese género literario caracterizado por zumbón y ligero.

La labor del folklorólogo Costas Arguedas es relevante dentro de la actividad internacional de la ciencia. Ha asistido a diferentes eventos alternando con los investigadores más conspicuos del continente. Hoy ocupa la dirección del Instituto y Museo antropológicos dependientes de la universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca, con el mérito de haber sido el creador, fundador y curador de ambas reparticiones, al parecer únicas en el país.

EN TIERRAS DE GRACIA

JOSE FELIPE COSTAS ARGUEDAS

CABALGANDO un mulo remolón tranqueaba tardamente por un atajo. El arriero —buen sujeto que ya me había dicho que era oriundo de Vallegrande— un experto guía en esos caminos, que tal decían ser las gentes de los alrededores apenas les preguntaba por la ruta que debíamos seguir. El arriero cuidaba en primer lugar de lo que pudiera ocurrirme, luego de los bártulos que llevaba consigo a lomos de dos bestias desmedradas, con la pelambre tan estirada, sobre la agresividad de los huesos, que parecían querer hacerse visibles. El paisaje lo formaban alcores, roqueños, grandes montañas y en lo remoto de aquellas tierras, el azul de una lejana cordillera recortándose sobre un cielo deslumbrante. Mientras la vista podía ver hasta el término del vasto horizonte, el sol hostigaba furiosamente la tarda ascensión de nuestras caballerías, destacando las serpientes blancas de los senderos en zig-zag sobre los duros flancos del cerro por el que íbamos subiendo. Podíase también mirar una sombría sima a nuestros pies la que daba inicio al conjunto fronterero que ya llevamos descrito, aquél en que se dice sobre el paisaje. Proseguíamos trepando, a paso menudo y fatigoso, sintiendo la tortura del calor del mediodía y saboreando el agraz de la sed.

El arriero se detuvo, arregló las albardas, procuró dominar la fatiga, quejóse de las agujetas, enjugó el copioso

racimo de sudor que brotaba de su pálida frente, luego extendió el brazo temblón por el cansancio y con voz entrecortada por sus respiraciones aceleradas, me dijo:

—Vea usted... —es lástima olvidé su estilo y metáforas—. Vea usted... Esa montaña que está enfrente... Tiene trazada una gran víbora, es de color negro... Se mueve como si fuera de verdad... Se mueve... Mire... Está clarito...

Yo procuré ver bien, abrí muchísimo los ojos, que no fuera a perder cualquier detalle; para luego contar veraz, que: estando subiendo la empinada cuesta de La Negra, contemplé sin horror un viborón tan grande como una *boyé*, más si quieren, sin perder por eso el ánimo ni los estribos...

—Tienes razón arriero amigo. Es una serpiente extraordinaria, está vivita y coleando. Pero... no haya que habérmola con gigantes y hechiceros adversarios nuestros que mengüen la tamaña visión, trance nunca visto de simples mortales, andantes que asistieran de baratillo a cosas tan extraordinarias...

Mas, el arriero que debió tomar por sandias mis quijotescas razones y percatándose de la fisga conque le respondía, prosiguió sin inmutarse:

—Tampoco lo va Ud. a creer entonces... pero se dice que por todos esos contornos donde está pintado el viborón, no hay pájaros que vuelen, ni ninguna gente. Hay sin embargo personas, que muy bien se les puede creer, mucho de corajudas, que han ido para allá... a ver si podían saber qué era al fin la víbora, que más seguro creían y fue de las tantas otomías que por tentar o dar susto a las gentes hizo el diablo. Y el ratito que iban para allá, de todas las quebradas se alzaban grandes nubes, que no les dejaban ver nada, un sur que no le digo de frío, unos rayos... ¡Mamita de Cotoca!... En fin, cosas de la otra vida que les obligaban a dar media vuelta. Conque ya sabe Don, si le entran ganas de curiosear...

Procuré no menear la sin hueso, sintiendo que más valía la dulce complacencia de dar por cierta aquella expresión folklórica, que no proseguir palique desmañado con aquel

arriero tan comedido en el servir, como interesante en el narrar.

Continuamos en silencio. El sol y el polvo de oro que levantaba nuestras bestias con sus herraduras lucientes como medias lunas de plata, nos obligaban a callar largamente, a darnos posturas desmayadas, a hilvanar monólogos imaginativos de cualquier laya, con tal de que nos distanciaran de las realidades punzantes del malhadado caminejo y de las amarguras incensantes de la sed. La pícara fantasía convencida de mi sed abrasadora, condújome volando hacia deliciosos parajes donde serpenteaban los arroyos en la verde hondonada, donde se deslizaban grandes, buenos y claros los ríos fecundos, donde el piélago inmenso se agitaba en el coro danzante de sus olas azules, bordadas por el armiño de sus crestas armoniosas, donde la fuente cantora alzaba como un brindis su tazón de carrara, rebotante de agua fina, donde la blanca beldad de la luna se miraba en el espejo del lago propicio a las barcas románticas...

El arriero como si adivinara mis divagaciones, dijo:

—Otra cosa parecida a ésta por lo rara, la del viborón de la cuesta de La Negra, es la historia de La Laguna de Chorechoré. ¿La conoce Don?

—Sí hombre, la sé de cabo a rabo...

—Que lindo sería, no le parece, que la laguna estuviera cerquita...

—Sería de primera, para la sed que nos gastamos.

—No estar allí... ¿no?

Una noche ¡cómo lo recuerdo! después del yantar y, en la casa muy andaluza de mi novia, me contaron la historia de La Laguna de Chorechoré, relato extraordinario que tenía la sencillez dulzona y la picardía de todo lo que vive cantando en esas tierras cruceñas, hermanas en gracia de las vegas granadinas, sevillanas o malagueñas; tierras donde el sol vive su perenne señorío enamorado del milagro del paisaje, tierras de la primavera, semejantes a la bulliciosa gitánilla que lanza en medio del gentío la bandada de su risa, hace volar su copla sentida, repica en la luz la campana de su falda

florida y a la postre, se lleva cautivas muchas almas como en las cortes de amor...

La velada había comenzado. Mi novia escuchaba al narrador, con las rosas encendidas de sus mejillas, sus grandes ojos negros quietos y muy abiertos como dos ventanales a los que asomaba su alma curiosa y apasionada, con la roja miel de sus labios estremecidos, donde parecía libar la abeja de oro de un rayo de luz. El que contaba lo hacía con pausa, con gracia inimitable. Era uno de esos hidalgos cruceños con la barba puntiaguda y con los cabellos canos ensortijados. Hablaba con elegancia clarísima; tanto que al comenzar la difícil tarea de recordar la manera cómo sabía decir, siento ser motejado por muchos de atrevido y hasta poco razonable. Valga, y me disculpo, que diré las cosas holgadamente.

La Laguna de Chorechoré la imagino con las aguas azulosas, en cuyo cristal roto por crespo y menudo oleaje, deben verse las sombras de grandes árboles; la laguna también debe tener en sus riberas casitas enjalbegadas, techadas con hojas de palmeras, con sus frentes protegidos por la pestaña sombría de sus corredores; casitas donde viven gentes hospitalarias, mozas bellas que duermen las siestas en las lunas menguantes y móviles de las hamacas,orros alegres de viejos, mozos y niños en las tardecitas, palique tendido entre la niña más linda del barrio con el cortejo apes-
tao, lo mismo apoyando los recios horcones de los corredores, que, al borde de las norias... Mañanitas y atardeceres, presentidores del día luminoso o del apacible nocturno, beleño de los grandes recuerdos, que en mis días de abuelo, desentumecen mi alma con dionisiaco calorcillo, mientras mi corazón, péndulo cansado, paíarillo enfermo de hastío, se mueve un poquito más... un poquitín más alegre, al recordar su lejana tierra de amores...

Diz que antaño en los alrededores a la tantas veces citada laguna hubo un villorrio. El casal parecía ampararse a la sombra de su iglesia, enjalbegada con varias ventanas que daban luz a su única nave; sobre la puerta cerrada con grandes clavos, alzábase la espadaña sostén de dos campanas y

como remate al conjunto, una cruz de hierro amparando la veleta. Arrimándose al templo, mostraba su fábrica añosa la casa parroquial. En ella vivía un anciano sacerdote, buen pastor de almas, que era servido por un sacristán y varias fámulas.

Una tarde, mientras el sol se iba y en la fronda de los huertos poblanos se escuchaba el orquestal de los pájaros, el cura rezaba trabajosamente visperas y completas. Un haz de luz penetraba por la ventana en cuyo vano se bordaban las siluetas de los barrotes. En la penumbra de la estancia surgían los relieves de las cosas.

Llamaron a una de las puertas con los nudillos. El sacristán corrió a ver quien era. La noche había cerrado. Sólo pudo ver, confusamente, hasta tres bultos, uno de ellos asomaba el busto por sobre la media puerta abierta, cosa que es posible en el oriente boliviano dada la costumbre que se tiene de construirlas de tal manera, que, puedan abrirse hasta la mitad. El que asomaba preguntó al sacristán si podía visitar al párroco y que en esto había prisa. El sacristán fuese hacia la habitación de su señor y en ella entró alumbrándose con una mala bujía que parecía llorar sobre la arandela de la palmatoria, para decir con embarazo:

—Parece buena gente... Preguntan por el señor párroco.

—¿Han dicho para qué me necesitan?

—No... Pero dicen que es cosa de no perder el tiempo.

—Entonces, díles que entren.

—Allá voy. Pero no vayan a criticar la casa. Parece gente platuda. Si me da permiso, será mejor llevarles el velón para alumbrarles hasta aquí. Deme una pajuelita para hacerlo arder...

—¡Anda hombre! Si queres con el velón; ahí tienes con qué encender...

Los tres hombres que no eran personas conocidas del cura, ni del sacristán, que los miraba de hito en hito, unos tras otros, con voces pausadas y muy buenos comedimientos que venían a llevarse al párraco, pues debía hacerles la mer-

ced de confesar a un moribundo. Los tres parecían taciturnos, tal dejaban entender por su compostura y rostros embozados. El sacristán al verles de aquella guisa, algo malició, más calló al escuchar a su amo. El cura accedióles al punto y ordenó a sus paniaguados, que prepararan todo lo acostumbrado en parecidas ocasiones. Mientras las sirvientas cuidaban de los bartulillos consabidos, el sacristán fuese para la cuadra con objeto de sacar tirada del ronzal, la acémila del eclesiástico, que a la sazón rumiaba el pienso al amparo del cobertizo. Como dijeron los tres hombres que el lugar estaba muy distante, los alistamientos liminares a la marcha, ocuparon a los criados hasta bien avanzada la velada y pudieron al fin darse a caminar a cosa de medianoche por hilo.

Los cuatro apresuraban porfiadamente sus bestias. La luna espolvoreaba su plata sobre los campos. Caminaban recio los viajeros, casi sin decirse palabra, ajustando a porfía los acicates y menudeando latigazos, al retortero como quien dice.

Mas, de pronto, sin preámbulos, bajadas las capas que les cubrieran los rostros, con ademán resuelto, seguramente realizando un plan preconcebido, los tres hombres a una, rodearon al sacerdote.

—Pie a tierra señor párroco...

—¿Cuál el motivo? —Inquirió el cura.

—Que le debemos vendar los ojos.

No podemos detenernos en cosas que podemos suponer: la sorpresa del eclesiástico y el misterio que los acontecimientos iban tomando.

—Es inútil señor cura —díjole el más comunicativo—. Es inútil que se resista. somos tres contra uno. Está Ud. vencido desde luego. Si pide socorro... tiempo derrochado. Así es que, cállese. Que yo le respondo de todo.

—¿Quién es usted para asegurarme tal cosa y yo creerle como un necio?

—Calma señor. Es mejor que se deje vendar...

El que sostenía el diálogo con el tonsurado hizo a los otros dos, una señal imperativa. Los dos obedecieron al pun-

to. Luego uno de los secuestradores habló de un túnel en el que debían entrar. A poco cruzaban los del grupo por un pasaje húmedo y angosto, las vueltas se sucedían en el vasto dédalo por el que tranquesaban. La ruta proseguía siempre en curvas y rectas, por ella caminaron buen tiempo. Al fin, después de un rápido codo, los que guiaban al sacerdote hicieron alto. Dieron una contraseña los tres hombres y al punto crujieron los goznes de un portal. Dieron unos pasos más. Súbitamente desvendaron al eclesiástico.

Al principio no pudo ver nada por la brusca transición entre la lobreguez a que le habían forzado sus guías y la profunda iluminación del sitio donde se hallaba. Transcurrieron unos instantes. Luego pudo ver que se encontraba en un pasaje de encantamiento.

Era un salón enorme. Se veían unas veces bóvedas de nervios del califato, siglos VIII al XI, cúpulas, claraboyas, lacerías, mocárabes policromos, en fin, todo lo granadino de los siglos XIV y XV, grabados en arquitrabes que maravillaban; otras veces, en capiteles, remate de blancas columnatas, o en zócalos, el oro de las frases coránicas. Gigantescas piedras preciosas labradas en forma de astros y lámparas iluminaban el recinto con luz fascinante. En las paredes, hornacinas con ánforas arábigas; panoplias sostén de cimarras, alfanjes, puñales, lanzas, oriflamas. El suelo lo cubrían grandes mosaicos. Al centro del salón se miraba una fuente de agua perfumada bajo el penacho de cristal del surtidor. Donosamente dispuestos, divanes amplios con miriadas de blandos almohadones, arrimados a mesas enanas de forma estrellada, sobre las que se veían entre otros objetos, graciosas narguilés y, pebeteros que erguían sus ténues y móviles nubecillas.

Contigua a tan esotérica belleza, había otra habitación ricamente decorada y amueblada, sólo que de otro estilo. La conoceremos únicamente en un detalle por no abundar en pormenores no siempre de buen gusto.

Una gran chimenea en mármol blanco con venas azules ocupaba casi un paño de pared. Ardía un grueso leño en

el hogar. Sobre la mesilla, acompañado de dos girándulas de oro, veíase un reloj que con su única manecilla marcaba una frase: **Eternidad**. Sostenían la esfera dos estatuillas que representaban el Amor y la Muerte. El Amor sostenía otras esculturas: la Vida, la Patria, la Madre... Y la Muerte apretaba en sus brazos un pecho de mujer que exprimía en la boca exangüe de la Lujuria, esta madre sin hijos, unido todavía por el cordón umbilical acunaba un ser deforme: el Dolor, cabezudo y con un solo ojo de mirar colérico, con los dientes apretados en un rictus de impotencia y adheridos a sus encías, ya sin labios para maldecir, unos gusanos verdosos que parecían vivir una lenta existencia...

El sacerdote apartó la vista de aquel reloj alucinador. Por algunos instantes deleitóse en la contemplación de tanta hermosura que habían reunido los dueños de aquel palacio subterráneo. Sacole de su ensimismamiento la voz de uno de los misteriosos personajes, el que hablando comedido, no sirvió más que para tornar su actitud hasta entonces resignada en colérica.

—Perdone... Escuche mi petición, le ruego atenderla bondadoso...

—Pronto señor —atravesó el cura iracundo— ¿Dónde está el que debo confesar y luego tomar las de Villadiego? Esto va pasando de castaño a oscuro. Aquí anda metido el mismísimo diablo casi sin lugar a dudas...

—Aquí tiene la criatura —le respondió otro de los tres hombres— ¡Bautísela!...

—¿Cómo? ¿Bautismo en lugar de confesión? ¿Es que se burla desalmado?

—No señor párraco... No lo hemos podido hacer de otro modo... Póngase en nuestro caso... Mire al pequeño... Ya es mayorcito...

Los tres individuos que habían traído al eclesiástico, tuvieron que sostenerle, pues, fue presa de un soponcio. No era una criatura lo que le presentaron, yacente en gran fuente de plata, sino un ser rarísimo: su cuerpo roñoso tenía el grandor de un infante y estaba envuelto en finísimas hola-

das; su cabeza era descomunal, con la faz barbuda, aguzados y desiguales los dientes, ojillos rojos de alcohólico, casi cubiertos por cejas cenicientas y enmarañadas. El fenómeno dijo al cura con voz acariciadora:

—Hijo mío, por lo que más quieras, bautízame, todo lo que ves será tuyo y sabrás lo que la humanidad conoce y hasta lo que supieron los clanes remotos. Yo se los secretos del Arte...

—¡No! Demonio o lo que seas... Mi religión me prohíbe hacer descender la gracia del sacramento sobre seres como tú...

—Si soy bautizado me iré de esta región. No agitaré las aguas tranquilas de la Laguna de Chorechoré en los días de tempestad. No habrán malas cosechas. Todo lo que te he ofrecido será tuyo. Acepta ¿qué te cuesta?

—¡No! ¡Jamás!...

—Bien, testurudo. ¡Vete! Y ustedes —dijo volviendo la cabeza hacia los tres hombres— le recompensarán con un montón de mazorcas de maíz. Supongo que no se negará a tomar tal pequeñez como retribución a su viaje...

El párroco agradeció. Le vendaron como antes. Recorrieron el mismo laberinto. Apenas cabalgó a su acémila el eclesiástico, los tres hombres desaparecieron súbitamente como por escotillón. Apesar de la oscuridad le era conocido aquel paraje próximo al poblado; reconocerle, admirarse y a poco después asomar las narices por la casa parroquial, se tarda más en escribir que en contar. El buen cura sin darse al sueño ni tomar colación alguna para reparar las fuerzas menguadas por tanto trajín y sorpresa, ocupose hasta el amanecer ya próximo, en redactar una muy bien coordinada relación, de cuanto había visto, oído y sobrellevado en toda aquella memorable noche, dirigida al muy virtuoso obispo de Santa Cruz de la Sierra. Para realizar el engorroso menester de trasuntar a la carilla, todo lo que le acaeciera, habíase sentado en un muy cómodo sillón fraileroy de esta quisa hallóle el sacristán a hora muy temprana del día. Cambiaron señor y menestral algunas palabras de cumplimiento y cada cual

satisfizo al otro acerca de lo que fue interrogado. A poco entró al cuarto una de las criadas y solicitó comedia, que le fueran dadas la escudilla y las mazorcas de maíz para las aves de corral. El cura indicole se proveyera de las mazorcas que presumiblemente hallaría en sus alforjas, aquellas, obsequio del castellano, habitante de esotérico palacio subterráneo. Obedeció la fámula. Sacó algunas que brillaban doradas a la luz y al pulsearlas las sintió muy pesadas. El cura, el sacristán y la sirvienta, al verlas de oro macizo, explayáronse en cabriolas y tanto júbilo, que todas las gentes que habitaban la casa y hasta las vecinas, acudieron a presenciar el extraordinario suceso.

Y de todo esto, años van y años vienen. Hoy ya no existe el casal de Chorechoré, es apenas un confuso recuerdo. Cuentan todavía los viejos, que hasta ahora, cuando se desatan hórridas tormentas, la Laguna arroja a sus riberas objetos de oro y plata, se escucha rumor de voces y toque de campanas.

JORGE DELGADILLO

Don Jorge Delgadillo, literato y periodista, según la ficha bibliográfica de Costa de la Torre "Nació en Sucre en 1840. Falleció en 1893. Hijo de Domingo Delgadillo", esto en lo referente a los datos personales del autor.

Fue un apasionado del movimiento cultural del país y un impulsor. Junto a Manuel María Caballero y otros, fundó la revista LA AURORA LITERARIA que agrupó en su tiempo a lo más representativo de la intelectualidad chuquisaqueña. Se buscaba sea el órgano de difusión del pensamiento de un movimiento generacional ansioso de integrar los valores espirituales del país en la formación de una cultura genuinamente boliviana. Anhelaban que la cultura boliviana tuviera silueta propia y para ello se decían: "tenemos los materiales auténticamente nuestros".

Poco ha publicado Delgadillo y la mayoría en periódicos y revistas. En LA AURORA LITERARIA se encuentran gran parte de sus tradiciones y leyendas. En el género es un maestro, donoso en la narración, humorista, burlesco a ratos, describe el tema con la seguridad de quien conoce el camino que atraviesa.

ORIGEN DE LA FRASE "NO SEA USTED FACIO"

JORGE DELGADILLO

Estoy seguro que no habrá un solo paisano mío que no haya oído repetir lo menos unas mil veces la frasecita testada que encabeza estas líneas.

Chuquisaca, que debe considerarse como una de las ciudades más antiguas y de más recuerdos gloriosos en todo el Alto Perú, es el lugar en que se conserva el idioma de Castilla con la pureza del acento madrileño, y casi, podemos decir, con todo ese caudal de chistes, agudezas y refranes de las manolas y manolos del Avapies.

Sin embargo de esto, y de la inmensa riqueza del habla que se presta más que todos los conocidos a los caprichosos giros del ingenio, el pueblo ha adoptado la frase típica, irremplazable a mi juicio: **no sea U. facio**.

¡No sea U. facio! dice tanto y mucho más que todo otro reunido y barajado: **no sea U. tonto, necio, sandio, mentecato, etc.**

Es una frase netamente chuquisaqueña que equivale al mejor libro.

Y no se crea que ella se deriva de **facecía** que, según la aceptación de todos los diccionarios que he podido consultar significa: **chiste graciosidad**.

Voy, pues, a apuntar el origen de ella:

Allí por los años de 1820 a 1825, existía en la ciudad de La Plata un sujeto llamado don Bonifacio Díaz de Carbo-
nel, que, tanto por su modo de presentarse en público, cuanto por lo extravagante de sus costumbres, llamaba la atención general. Vestía casaca bordada con inmensos botones de espejuelos, camisa con chorreras, calzón corto, media de pajarito y zapatos con hebillas guarnecidas de piedras de valor dudoso, completando el aliño de su persona, aparte de la peluca empolvada, un sombrero de tres picos a la manera de los que se usaban, allí en los tiempos de Maricastaña.

Esto por lo que hace a la fachada del gótico edificio, que en orden al fondo, tanto se dice y se repite que apenas me será posible apuntar algunos de sus raros y curiosos accidentes.

Rodeado de pocas pero imperiosas necesidades, había buscado en la honradez y el trabajo los medios de satisfacerlas; y una prueba de ello es que a pesar de sus preocupaciones, respecto a sus pergaminos y a la sangre azul que corría por sus venas, había adoptado el humilde oficio de soldador de pailas y peroles, sin inquietarse de que el coturno y aire de nobleza de su persona, mal podían avenirse con los utensilios de cocina que por necesidad tenía que pasear por las calles.

A más de éste recurso tenía otro.

Se ausentaba de la ciudad periódicamente, y según unos, se iba al gran cerro Sicastica, y según otros a la cordillera de Quilaquila, y después de seis u ocho días regresaba con una buena provisión de minerales de plata, que inmediatamente fundía para proporcionarse lo que él llamaba los **realitos de bolsillo**.

Muchas investigaciones se han hecho posteriormente del lugar en que deben encontrarse las riquísimas vetas de rosicler de donde don Bonifacio se permitía, de vez en cuando, tomar una pequeñísima parte para las fundiciones que le encomendaban; pero todas ellas han sido infructuosas.

Lo que es evidente y queda comprobado es que el cerro donde tales vetas se encuentran, debe contener una rique-

za fabulosa, a juzgar, no solo por el poco tiempo y poco trabajo que don Bonifacio empleaba en elaborar algunas planchas, sino por la ninguna retribución que exigía por sus obras.

Dos reales cobraba por soldar una paila y gastaba en la operación lo menos una onza de plata.

Esto solo basta para presentarle como un tipo de candidez que no ha tenido original, ni probablemente tendrá copia en la historia de nuestro país.

Don Bonifacio, por otra parte, no gustaba de hablar en prosa sino en verso, como él llamaba al chaparrón de consonantes con que solía desternillar de risa a cuantos por divertirse con él le dirigían algunas interrogaciones.

Rodeado de muchachos y colegiales traviesos, hacía gala de no dejarse correr por ellos sosteniendo las más acaloradas disputas sobre cuestiones de géneros y pretéritos.

Algo debió haber estudiado del antiquísimo **Gradus ad Parnasum**, pues tenía momentos en que manifestaba cierta clásica erudición.

Objeto, pues, de compasión para unos, de desprecio para otros y de burla para todos, el doctor Facio había llegado a ser un ente ridículo en la extensión de la palabra; pues que el pueblo adulterando aun su propio nombre, le había dado el título de doctor, sin duda en consideración a sus vastos conocimientos en manejar el soplete y hacer ensayos, tanto por la vía seca, como por la húmeda.

El vulgo tiene ciertos fueros y prerrogativas indisputables; puede aún cometer licencias retóricas y poéticas, y en esta vez, se le antojó hacer una aféresis de Bonifacio y dejar la palabra convertida en Facio.

El doctor Facio era el hombre más popular de entonces, y nada se hacía ni se decía que no se refiriese a su persona.

Cuentan que un día, que debió estar de vena, sostenía con muchos que le rodeaban tal tiroteo de agudezas y dicharachos, que los más estrepitosos aplausos coronaban sus triunfos en la prontitud y oportunidad con que contestaba a

los versos de pie forzado y a los difíciles consonantes que se le proponían.

Este era, como se dice, su flaco; y cuidado que tenía sobrada razón para considerarse el primer rimador de ambos mundos.

Una prueba de ello es el siguiente dialoguito, que un sujeto de aquellos tiempos me repitió, hablándome de ciertos tipos y caracteres que no debían pasar desapercibidos por la generación presente:

- Doctor Facio, doctor Facio:
Consonante a floripondio;
- Tras de la puerta me escondió.
- Doctor Facio, doctor Facio
Consonante para carne
- Que San Roque te dessarne.

Tales eran las salidas que daba cuantas veces se veía apuradillo. Hoy mismo la locución vulgar **tras de la puerta me escondió**, original del héroe que nos ocupa, se la emplea toda vez que se quiere dar a conocer en una composición poética lo impropio y forzado de un consonante

II

El día jueves 3 de noviembre de 1825, que será de eterna memoria y feliz recordación en la historia de Bolivia arribó a esta ciudad de La Plata el padre y Libertador de la patria Simón Bolívar; y todos saben que, aunque ya en tiempos de república libre e independiente, fueron fiestas reales las que se dieron en su obsequio.

Hubo fuegos, pantomima, mojigangas y, amén de otras cosas, hubo templo de la inmortalidad con un coro de hermosas ninfas a donde el vencedor de Pichincha y Junín penetró con una llave de oro para escuchar las arengas y los himnos que se cantaron en su alabanza.

Pues, señor, en ese día en que la ciudad se arremangó como una media; en ese día en que no quedó cosa sobre cosa, ni bicho viviente en su casa, salió el doctor Facio hecho un sol, y muy suelto de cuerpo, se encaramó al padre y fundador de la patria, y sin más ni menos le endilgó el principio de un discurso de largo aliento que decía así: Excelentísimo señor, como primer ensayador de minas...

Bolívar, por de pronto, creyó firmemente que quien tenía tal aspecto y le hablaba con tanta llaneza, no podía ser sino un alto funcionario; y le abrió escuchado todo el cestón de sandeces, si uno de sus edecanes no le hubiera dicho al oído: "Señor es un loco; no le haga caso".

Oír estas palabras don Simón y darse media vuelta todo fue uno.

El pobre doctor Facio quedó pues, con un palmo de narices, y tuvo que confundirse en la multitud que rodeaba los balcones de la casa de gobierno.

Parece que he dado a conocer, al menos con sus rasgos más notables, a don Bonifacio Díaz de Carbonel, que, sea dicho en rigor de justicia; ha alcanzado en el pueblo que le vio nacer, más popularidad y más renombre que otros muchos que se han quemado las pestañas por lograr una sonrisa de la fama.

Réstame únicamente decir como acabó su existencia este ingenioso caballero, digno por mil títulos de la pluma del manco de Lepanto.

En uno de los últimos días del año de 1830, llevado siempre por sus extravagancias y caprichos, había subido a los tejados de su casa, situada en el barrio de Munaipata, con objeto, según unos, de componer algunas goteras que le tenían mortificado, y, según otros, con el de atrapar un rollizo gato que le había tentado el apetito porque, sea dicho, entre paréntesis, el doctor Facio se saboreaba con la carne de estos animales y la prefería a la de pavos y lechones.

Sea, pues, que en esa altura hubiese sufrido algún vértigo, o bien que hubiese pisado mal con los zapatos de muy altos tacones que usaba, el caso es que el pobre hombre vi-

no a tierra y, sin rodar ni una buena ni mala pieza por el campo, quedó muerto en el acto de haber caído.

Así pereció aquel hombre
Aquel hombre original,
Que enriqueció con su nombre
El idioma nacional.

Su muerte fue llorada con lágrimas de verdadero sentimiento, y su memoria... ¡oh! su memoria!, vivirá eternamente, porque jamás dejará de existir esa abundante raza de cándidos, necios, sandios, mentecatos, de **facios** en una palabra.

Sucre, agosto de 1878.

ANTONIO DIAZ VILLAMIL

Don Antonio Díaz Villamil, novelista, dramaturgo, historiador, nació el 13 de junio de 1899 en la ciudad de La Paz, y murió el 21 de mayo de 1948, en la Villa de Obrajes de la misma ciudad.

Si bien su obra se inicia con una comedia teatral *LA CANDIDATURA DE ROJAS* en 1920, sin lugar a dudas el género literario en el que ha sobresalido es la novela y la suya *LA NIÑA DE SUS OJOS*, junto a *LA CHASKAÑAWI* de Carlos Medinaceli, son las dos novelas documentales de nuestra sociedad en determinado tiempo. Trataremos de comentar la obra de este preclaro escritor nacional.

Incursiona en el género novelístico con *EL TESORO DE LAS CHULLPAS* en 1930. El mismo autor la subtitula novela corta. Es un relato que tiene de fondo las creencias supersticiosas ancestrales del pueblo boliviano. Novelín intrascendente; de argumento forzado, cuya ingenua tragedia que se desarrolla en la obrita, no hace entrever al creador del argumento de su tercera novela.

La segunda novela *PLEBE*, de ambiente cholo, es ya el pelotillo cercano a su obra maestra: *LA NIÑA DE SUS OJOS*. En esta obra, que alcanza Díaz Villamil en la madurez, el novelista se pone en evidencia. Es el observador de las costumbres de su pueblo, el perspicaz indagador de la psicología de su gente. El novelista busca los meandros espirituales de las clases que conforman la sociedad boliviana y delinea las figuras de sus personajes con acierto, profundidad y conocimiento. No inventa personajes, los saca de la realidad boliviana. En ella nada es falso. Está la chola como una motivación central, en su verdadera figura, con su auténtico espíritu. Esta la *BIRLOCHA*, apodo que se da a la hija de aquella por-

que ya no lleva el mismo traje que la madre, superada y tratando de incorporarse a una capa social más elevada. "Hermosa historia del linaje criollo llega con un estilo claro, correcto, desenvuelto" dice el crítico de la novelística boliviana Augusto Guzmán y para Oscar Cerruto es "una espléndida novela".

Más fecunda es su obra teatral. Inició su carrera de dramaturgo con una comedia y cultivó el teatro, ese gusanillo a quien se le adentra nunca más lo deja, con ahinco; y al final de su vida Díaz Villamil contaba en su haber más de diez tomos publicados en los que incluía comedias, dramas, sainetes, monólogos, entremeses. En la temática de su obra teatral prefiere el hecho histórico, la anécdota callejera, la escena popular; todo aquello que a su observación significaba crítica social. Solidario con el de abajo buscaba llamar la atención con su obra a gobernantes y clases altas para que se conmovieran ante la pobreza, la ignorancia y el abandono en que se debatían los desheredados de una sociedad clasista.

Como maestro también dió su aporte a la educación boliviana. Sus textos de Historia y Geografía de Bolivia, aun son vigentes dentro de la enseñanza del grado secundario en el país. Pero lo que más nos interesa del autor es Díaz Villamil tradicionista.

El libro más afín con los estudios tradicionistas es KHANTUTAS (CUENTOS BOLIVIANOS), editado en 1922 después de una abundante producción de obras teatrales, al punto que sus contemporáneos ansiaban que Díaz Villamil fuera el dramaturgo que esperaba Bolivia.

KHANTUTAS es su primer intento de tradicionista. Después de la lectura de LA LEYENDA DE LAS KHANTUTAS narración que da el título al libro, el lector queda dudoso de si está frente a una leyenda o a un cuento propio de la creación del autor. El prologuista asevera que Díaz Villamil ha bebido de las fuentes orales y tradicionales del saber popular pero el autor tan solo da a entender. La verdad es que Díaz Villamil era un literato y no un folklorólogo, así que no le interesaba acotar los datos pertinentes que exige la ciencia ni fue su propósito publicar un libro de folklore. De cualquier manera el tema es nativo y adquiere cierta universalidad por el tratamiento literario que da el autor al argumento. Díaz Villa

mil sin pretender elabora literatura boliviana con elementos autóctonos.

Otro de los temas que bien podría pertenecer al género de la tradición es el cuento AVE NEGRA, donde se repite la duda si el autor solo tomó elementos nacionales o relata una leyenda escuchada en labios indios, las que hoy en gran parte han desaparecido de la memoria de nuestros nativos. El tema es similar a otras muchas que guardaba el indigena para explicarse algunos hechos de la naturaleza o de la vida humana. Se trata de la historia de una vestal que rompe el voto de castidad y es castigada por la divinidad convirtiéndola en un avechacho de negro plumaje, cuya presencia es premonitoria del desastre o la tragedia.

LA SIRENA DE LA JALANCHA, del mismo librito, es una tradición referente al mentado bandolero SAMBO SALVITO. Aprovecha una anécdota adjudicada a la hija del bandolero. Elías Zalles Ballivián otro tradicionista que se ocupó del mismo personaje no anota el pasaje que le valió a Díaz Villamil para escribir su tradición.

A más de estas tradiciones y leyendas que son con las que inicia su labor de tradicionista y las que verdaderamente interesarán en los futuros estudios de nuestro folklore, el libro es una colección de cuentos obtenidos de la vida real y creaciones sugerentes basadas en la idiosincracia del pueblo boliviano, característica de toda la obra de Díaz Villamil.

Siete años más tarde publica la primera edición de LEYENDAS DE MI TIERRA (Libro de narraciones basadas en el folklore nacional destinado al uso de los escolares). El título y el subtítulo definirían el contenido de un libro? Creemos que no. Díaz Villamil hizo un intento de literatura folklórica pero no lo consiguió. Mas que leyendas propias y vigentes en los almaras, lo que hizo Díaz Villamil es elaborar leyendas a base de datos obtenidos en los diferentes cronistas. Por supuesto labor nada censurable. Preparó literatura nacional que pudiera ser utilizada como textos de lectura en escuelas y colegios. Es posible que Adhemar Gehain, iniciador de las reformas de la instrucción pública del país hubiera sugerido a los maestros la necesidad de preparar una nueva literatura nacional que pudiera servir a los estudiantes del grado secundario por su esencia boliviana ya que era notoria la incongruencia

de nuestras autoridades que aceptaban de libros de lectura textos preparados en la Argentina o España.

Díaz Villamil conocía en profundidad la psicología indígena y por ello utilizaba algunas observaciones como elementos de sus escritos, lo que daba un viso de autenticidad a sus leyendas. Esto en lo referente a las leyendas insertas en el libro, que las tradiciones pecan de ingenuidad y llaneza.

Seguramente la falta de lectura apropiadas para el estudiante boliviano, hizo que tal librito, —menos que regular— tuviera tanta acogida por parte de los maestros. Solamente la **LEYENDA DE LA COCA** y **LA MUCHACHA QUE NO CONOCIA EL SABOR DE LA SAL**, cuyos temas entrañan novedad, escritos con cuidado y soltura, lo demás que encierra el libro no creemos que merezca tomarse en cuenta. Es explicable, Díaz Villamil antes que tradicionista o investigador del folklore patrio, fue un excelente novelista y un singular dramaturgo.

Pero tiene su obra algo por la que será eterna: es un alegato en favor de la raza nativa; son escritos en que se realzan las virtudes del indio y de las clases populares.

LA LEYENDA DE LA COCA

ANTONIO DIAZ VILLAMIL

No ignoráis, queridos amiguitos, cuán preciada es la coca para nuestros indios. Ellos, masticándola pueden, caminar leguas sin sentir fatiga. Hasta les sirve de algo así como de consuelo en sus horas de sufrimiento: la coca es su estímulo y sostén en el interminable trabajo.

Cuando los pobres indios acampan en sus frías noches de viaje por el altiplano o la montaña, allí junto a sus cargas y cerca de sus asnos, se acurrucan sobre el duro suelo, forman un estrecho círculo y el más anciano y cariñoso saca su **chuspa** o su **tary** de coca y desnudándolo lo deja en el centro, como la mejor ofrenda a disposición de sus compañeros. Entonces, estos, silenciosamente, toman pequeños puñados de la verde hoja y comienzan la concienzuda masticación. Horas y más horas hacen el **aculli** extrayendo y tragando con cierta gula el amargo jugo.

Cuando ya todos han comenzado la masticación, parece que el espíritu de esos parias se despertara bajo el silencio de la noche. Surgen las confidencias sobre las impresiones, esperanzas y amarguras que durante todo el día calaron mansamente bajo la hostil mirada de sus amos, los blancos.

Cierta vez que yo viajaba por el altiplano, me ví obligado a pasar la noche a la intemperie, junto a uno de esos grupos de indios viajeros. Aterido de frío por el crudo viento que soplaba en la desierta pampa, no pude conciliar el sueño. Fue entonces que en medio del insomnio oí referir esta leyenda,

Escuchad:

Era por el tiempo en que habían llegado a estas tierras los conquistadores blancos.

Las jornadas siguientes a la hecatombe de Cajamarca fueron crueles y sangrientas. Las ciudades fueron destruidas, los cultivos abandonados, los templos profanados e incendiados, los tesoros sagrados y reales arrebatados. Y, por todas partes, en los llanos y en las montañas los desdichados indios fugitivos, sin hogar; lloraban la muerte de sus padres, de sus hijos o de sus hermanos.

La raza, señora y dueña de tan feraces tierras yacía en la miseria, en el dolor. El inhumano conquistador, cubierto de hierro y lanzando rayos mortales de sus armas de fuego y cabalgando sobre briosos corceles, perseguía por las sendas y las apachetas a sus espantadas víctimas.

Los indios, indefensos, sin amparo alguno, en vano invocaban a sus dioses, en vano lamentaban su desdicha. Nadie, ni en el cielo ni en la tierra, tenían compasión de ellos.

II

Kjana-chuyma. el yatiri.

Un viejo adivino llamado **Kjana-chuyma**, que estaba, por orden del inca al servicio del templo de la Isla del Sol, había logrado huir antes de la llegada de los blancos, a las inmediaciones del lago, llevándose los tesoros sagrados del gran templo. Resuelto a impedir a todo trance que tales riquezas llegaran al poder de los ambiciosos conquistadores, había conseguido, después de vencer muchas dificultades y peligros, en varios viajes, poner en salvo por lo menos momentáneamente, el tesoro en un lugar oculto de la orilla oriental del lago Titicaca.

Desde aquel sitio no cesaba de escudriñar diariamente todos los caminos y las superficies del lago, para ver si se aproximaban las gentes de Pizarro.

Un día los vio llegar. Traían precisamente la dirección hacia donde él estaba. Rápidamente resolvió lo que debía ha-

cer. Sin perder un instante, arrojó todas las riquezas en el sitio más profundo de las aguas.

Pero cuando llegaron junto a él los españoles, que ya tenían conocimiento de que **Kjana-chuyma** se había traído consigo los tesoros del templo de la Isla, con intención de sus traerlo del alcance de ellos, lo capturaron para arrancarle si fuera preciso por la fuerza el ansiado secreto.

Kjana-chuyma se negó desde el principio a decir una palabra de lo que los blancos le preguntaban. Sufrió con entereza heroica los terribles tormentos a que lo sometieron. Azotes, heridas, quemaduras, todo, todo soportó el viejo adivino sin revelar nada de cuanto había hecho con el tesoro.

Al fin, los verdugos, cansados de atormentarle inútilmente, le abandonaron en estado agónico para ir por su cuenta a escudriñar por todas partes.

Esa noche, el desdichado **Kjana-chuyma**, entre la fiebre de su dolorosa agonía, soñó que el Sol, dios resplandeciente, parecía por detrás de la montaña próxima y le decía:

—Hijo mío. Tu abnegación en el sagrado deber que te has impuesto voluntariamente, de resguardar mis objetos sagrados, merece una recompensa. Pídemelo lo que desees, que estoy dispuesto a concedértelo.

—¡Oh! Dios amado —respondió el viejo— ¿Qué otra cosa puedo yo pedirte en esta hora de duelo y de derrota, si no la redención de mi raza y el aniquilamiento de nuestros infames invasores?

—Hijo desdichado —le contestó el Sol— Lo que tú me pides, es ya imposible. Mi poder ya nada puede contra esos intrusos; su dios es más poderoso que yo. Me ha quitado mi dominio y por eso, también yo como vosotros debo huir a refugiarme en el misterio del tiempo. Pues bien, antes de irme para siempre, quiero concederte algo que esté aún dentro de mis facultades.

—¡Dios mío! —repuso el viejo con pena— si tan poco poder ya tienes debo pensar con sumo cuidado en lo que voy a pedirte. Concédeme la vida hasta que pueda decidir lo que he de rogarte.

—Te concedo, pero no más que el tiempo en que transcurre una luna, —dijo el Sol y desapareció entre nubes rojas.

III

El secreto consuelo de los dioses para la triste raza vencida.

La raza estaba irremediablemente vencida.

Los blancos, orgullosos y déspotas, no se dignaban considerar a los indios como a seres humanos. Los habitantes del inmenso imperio del Sol, sin rey y sin caudillos, no tuvieron más que soportar calladamente la esclavitud para muchos siglos o huir a regiones donde aún no hubiera llegado el poder de los intrusos.

Uno de estos grupos, embarcándose en pequeñas balsas de totora, atravesó el lago y fue a refugiarse en la orilla oriental, donde **Kjana-chuyma** estaba luchando con la muerte.

Los indios, sabedores de cuanto le había ocurrido al noble anciano, acudieron solícitos a prodigarle sus cuidados. **Kjana-chuyma** era uno de los yatires más queridos en todo el imperio, por eso los indios rodearon su lecho de agonía, llenos de tristeza, lamentando su próxima muerte.

El anciano, al ver en torno de sí ese grupo de compatriotas desdichados, sentía más honda pesadumbre e imaginaba los tiempos de dolor y amargura que el futuro guardaba a esos desventurados.

Fue entonces que se acordó de la promesa del gran astro. Resolvió pedirle una gracia, un bien durable, para dejarlo de herencia a los suyos, algo que no fuera ni oro ni riqueza, para que el blanco ambicioso no pudiera arrebatárselos; en fin, un consuelo secreto y eficaz para sus incontables días de miseria y padecimientos.

Al llegar la noche, lleno de ansiedad en medio de la fiebre que le consumía, imploró al sol para que acudiera a oírle su última petición. A los pocos momentos, un impulso misterioso lo levantó de su lecho y lo hizo salir de la choza.

Kjana-chuyma, dejándose llevar por la secreta fuerza que lo dirigía, subió por la pendiente arriba hasta la cumbre del cerro. En la cima notó que le rodeaba una gran claridad que hacía contraste con la noche fría y silenciosa. De pronto, una voz le dijo:

—Hijo mío. He oído tu plegaria. ¿Quieres dejar a tus tristes hermanos un lenitivo para sus dolores y un reconfortante para las terribles fatigas que les guarda su desamparo?

—Sí, sí. Quiero que tengan algo con qué resistir la esclavitud angustiosa que les aguarda. ¿Me lo concederás? Es la única gracia que te pido para ellos, antes de morir.

—Bien, —respondió con dulce tristeza la voz— Mira en torno tuyo. ¿Ves esas pequeñas plantitas de hojas verdes y ovaladas? Las he hecho brotar para tí y para tus hermanos. Ellas realizarán el milagro de adormecer penas y sostener fatigas. Serán el talismán inapreciable para los días amargos. Dí a tus hermanos que, sin herir los tallos, arranquen las hojas y, después de secarlas, las mastiquen. El jugo de esas plantas será el mejor narcótico para la inmensa pena de sus almas.

Después de recibir varias otras instrucciones, el viejo, lleno de consuelo, volvió a su choza cuando la aurora comenzaba a iluminar la tierra y a platear las tranquilas aguas del lago.

Kjana-chuyma, sintiendo que le quedaban pocos instantes de vida, reunió a sus compatriotas y les dijo:

—Hijos míos. Voy a morir, pero antes quiero anunciaros lo que el Sol, nuestro dios, ha querido en su bondad concederos por intermedio mío: Subid al cerro próximo. Encontraréis unas plantitas de hojas ovaladas. Cuidadlas y cultivadlas con esmero. Con ellas tendréis alimento y consuelo.

En las duras fatigas que os imponga el despotismo de vuestros amos, mascad esas hojas y tendréis nuevas fuerzas para el trabajo.

En los desamparados e interminables viajes a que os obligue el blanco, mascad esas hojas y el camino os se hará breve y pasajero.

En el fondo de las minas donde os entierre la inhumana ambición de los que vienen a robar el tesoro de nuestras montañas, cuando os halléis bajo la amenaza de las rocas prontas a desplomarse sobre vosotros, el jugo de esas hojas os ayudará a soportar esa vida de obscuridad y de terror.

En los momentos en que vuestro espíritu melancólico quiera fingir un poco de alegría, esas hojas adormecerán vuestra pena y os darán la ilusión de creeros felices.

Cuando queráis escudriñar algo de vuestro destino, un puñado de esas hojas, lanzado al viento, os dirá el secreto que anhelaís conocer.

Y, cuando el blanco quiera hacer lo mismo y se atreva a utilizar como vosotros esas hojas, le sucederá todo lo contrario. Su jugo, que para vosotros será la fuerza y la vida para vuestros amos será vicio repugnante y degenerador: mientras que para vosotros los indios será un alimento casi espiritual, a ellos les causará la idiotez y la locura.

Hijos míos, no olvidéis cuanto os digo. Cultivad esa planta. Es la preciosa herencia que os dejo. Cuidad que no se extinga y conservadla y propagadla entre los vuestros con veneración y amor.

Tales cosas les dijo el viejo **Kjana-chuyma**, dobló su cabeza sobre el pecho y quedó sin vida.

Los desdichados indios gimieron inconsolables por la muerte de su venerable yatiri. Durante tres días y sus noches lloraron al difunto sin separarse de su lecho. Al fin, fue necesario pensar en darle sepultura. Para ello eligieron la cima del próximo cerro. En silenciosa comitiva fueron los indios hacia la cumbre, conduciendo el cadáver de su yatiri. Fue enterrado dentro de un cerro de las plantas verdes y misteriosas. Recién en ese momento se acordaron de cuanto les había dicho al morir **Kjana-chuyma** y cogiendo cada cual un puñado de las hojitas ovaladas se pusieron a masticarlas.

Entonces se realizó la maravilla. A medida que tragaban el amargo jugo, notaron que su pena inmensa se adormecía lentamente...

JULIO LUCAS JAIMES

(Brocha Gorda)

Don Julio Lucas Jaimes, escritor y tradicionista, nació el año 1815 en la ciudad de Potosí y murió en Buenos Aires el 13 de octubre de 1914.

Durante su vida literaria incursionó en la Historia, el teatro, el folleto de carácter político, el esbozo biográfico. Por lo que más se lo recuerda es por el libro *LA VILLA IMPERIAL DE POTOSI* publicado en Buenos Aires el año 1905. Libro en general referente a las tradiciones potosinas, género en el que Jaimes indudablemente es un maestro.

El libro citado contiene tradiciones pertenecientes a la época colonial y relatos e informaciones hasta más aquí de la fundación de la república. En su prólogo que es un dechado de datos sobre el fabuloso Potosí, cita a los estudiosos que se preocuparon de este, sea en trabajos prehistóricos, históricos, costumbristas, de agricultura, zoología, estadística, economía, etc.

Don Julio Lucas Jaimes más conocido por Brocha Gorda, su segundo pseudónimo, ya que el primero de tono cortesano era Don Javier de la Brocha Gorda, refiriéndose al contexto de su libro escribe: "He llamado a este libro *Historia Anecdótica de la Imperial Villa* porque, en él reunidos en consorcio armónico, lo real y lo fantástico, el cuento y la verdad, la narración que emprendo mezcla en sí misma la historia y la leyenda, para quitar a la primera, su aridez severa y a la segunda su extravío maravilloso que raya en lo inverosímil y en lo absurdo a veces". "Pero no solamente este pro-

ducto mío se ocupa de los sucesos y cosas de la Imperial Villa, sino que amalgama cuanto de fuera se relaciona con sus tradiciones o con su historia, de manera que no son extrañas las excursiones a otras ciudades y aún a otras repúblicas, ni el salir a veces del tema principal para consagrar un párrafo a imborrables recuerdos personales". Lo que no nos convence y a nuestra modesta opinión están demás en el libro de tradiciones de Jaimes, —tan bello de temática y mejor de estilo— los esbozos biográficos de los hombres públicos que conoció y valora el autor.

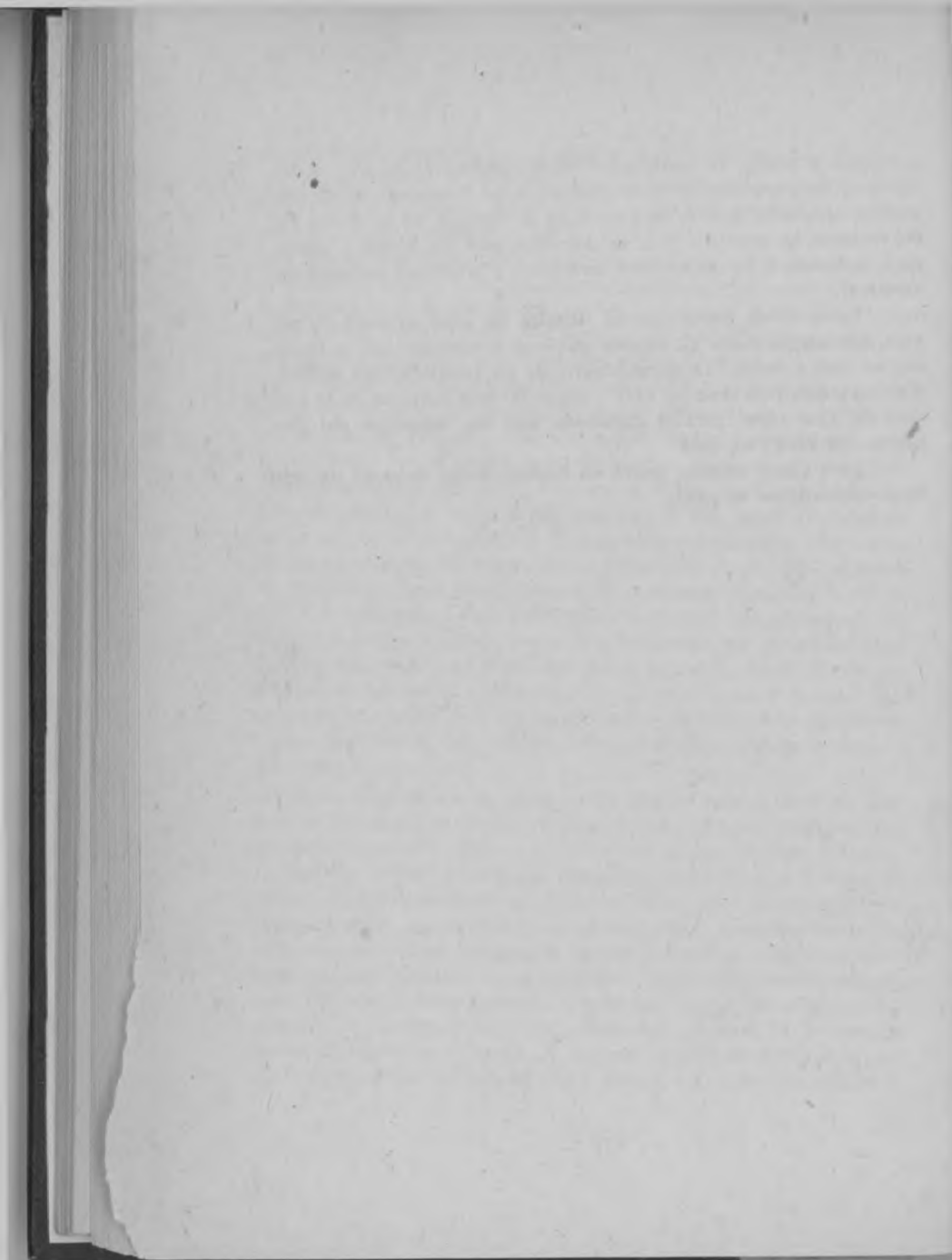
Pensar que este libro llega hasta nuestros días y se perennizará en la historia cultural boliviana, gracias a la munificencia de un hidalgo caballero chuquisaqueño, de yapa acaudalado, don Pastor Sainz, quien auspicia su publicación en aquel tiempo. Esta historia Jaimes la relata así: "Escribí al Dr. Pastor Sainz: Tengo un libro compuesto y ya listo sobre Potosí y sus grandezas. Quiere usted ser colaborador eficaz ayudándome a publicarlo? Me lo había antes ofrecido mi amigo don Francisco de Argandoña, príncipe de la Glorietta; pero ¿quién espera en príncipes? Con que, vea y diga". "La respuesta volvió por telégrafo, diciendo en resumen: "Dé usted los originales al grabador y a las imprentas. El correo lleva libranza para los gastos que me honro en tomar de mi cuenta en servicio de las letras bolivianas y de un autor a quien estimo". Tal anécdota evidencia que en estas tierras también hubo caballeros y diga el lector si Don Pastor Sainz no merecía ser un príncipe?, calidades le sobran.

Las tradiciones de Julio Lucas Jaimes son modelo de perfección en cuanto al singular casticismo de lenguaje empleado como a la belleza del estilo, a la forma o esquema en que ajusta cada historia, al humor fino que despliega. En el no hay la agudeza limeña de las tradiciones de Ricardo Palma, sino la sobriedad donosa y a veces galante. Razones le sobraron a nuestro tradicionista cuando se enfadó frente a la majadería paisana, —siempre ignorante en sus apreciaciones y críticas—, que quiso forzarlo en epigono del tradicionista peruano. Jaimes reaccionó: "Mi estilo, —exclama—, si lo tengo, aunque modestísimo, es mío, es de Brocha Gorda. El fondo no se imita, ni se crea cuando se trata de leyendas tradicionales; se desentraña y alinea y los alieños no cuajan si

prestados o falsos. En todo caso habría imitado, si en ellos había fuerza, a los maestros de la antigüedad, a los recaudadores de elementos populares para la formación de la historia. No creo que nadie racional, se avenga a vivir en una casa, aun que bonita y coquetona, teniendo a su disposición suntuosos y artísticos palacios señoriales".

Tanto Palma como Jaimes, ninguno de ellos es epigono del otro. Contemporáneos sí. Jaimes empieza a publicar sus tradiciones en 1868 y Palma "La primera serie de las TRADICIONES PERUANAS se publicó en Lima en 1872", según la Nota Editorial de la edición de esta obra "Edición publicada bajo los auspicios del Gobierno del Perú" en 1945.

Julio Lucas Jaimes, murió en Buenos Aires después de una larga ausencia de su patria.



AVES NOCTURNAS

JULIO LUCAS JAIMES

(Brocha Gorda)

Era doña Teresa de Jesús Hernando, una viuda que tenía muchos superlativos: era **riquísima**, tal vez la más rica de la opulenta Villa de Potosí, en los prósperos tiempos de nuestro señor el rey hechizado, segundo entre los Carlos. Era "nobilísima" porque sus abuelos iban hasta Gonzalo, llamado el Gran Capitán, por el lado paterno, y por la línea de las hembras hasta Hernando, hermano de Francisco, conquistadores del Perú, y sus maravillas. Era "orgullosísima" y en alto grado vanidosa, y, finalmente, y es lo peor, era feísima, con lo que se completan todas las exageraciones y cualidades contradictorias.

Si el rostro es feo y el alma hermosa, si el frasco es barro y la esencia ámbar, si la envoltura es tosca y lo envuelto noble, entonces el fondo salta a la cara, el alma se refleja en los ojos, el entendimiento brilla en la frente y la bondad se denuncia en la sonrisa de los labios. Pero raramente adunan talento y riqueza, entendimiento y fortuna, fealdad y nobleza. Parece que el genio exigiera que se purgasen las necesidades. "El hambre inspira" decían los convidados de Lúculo, procurando embotar sus facultades intelectuales para evitar la conciencia.

Fea y buena, **rara avis**, fea con talento más comunmente, fea y envidiosa, la regla general.

Mi señora doña Teresa de Jesús Hernando, pese a sus pergaminos y sus talegos, no era de esas feas que producen pasiones como Ana Bolena, ni de las otras que deslumbran como Mme. Stael, ni de las que dominan como Isabel de Inglaterra. Era de las feas que chocan a la vista, que producen malestar, que elevan el celibato, que afianzan la castidad y que traen a la memoria todas las creaciones maléficas, los malos sinos, los augurios tristes, y las corazonadas tétricas y luctuosas. Porque era fea y envidiosa, hasta el punto de ser enemiga mortal de las hermosas, perseguidora viperina de las simpáticas y sombra fatídica de las frescas, lozanas y donairosas.

Habíase casado esta señora con uno de esos calaveras tronados de alta alcurnia, que llegaban a la Villa sin más que sus ejecutorias en el bolsillo y tapando con el hábito de Santiago de Calatrava, su hambre y sus vicios, y que en cambio de buenos marcos de plata apechugaban sin escrúpulo con los siete pecados capitales y las mismas hermanas Harpías.

Más, como doña Teresa de Jesús era peor que todo eso, el valiente marido sucumbió a los seis años de infierno, dejando dos vástagos que eran una verdadera maravilla de Dios. Feos como su madre y sin conciencia como su padre, pues si a éste le dió infierno en vida la otra, a ésta le daban tormentos perpétuos esos dos productos de aquel maridamiento dichoso y codiciable. Pero eran riquísimos, inmensamente ricos, y, lo mismo en tiempo del rey hechizado, que en el del rey rabio, y en estos tiempos de poderosísimos zoquetes, el dinero, lo cubre todo, lo facilita todo y lo abre todo, digo, estando cerrado y urgiendo la necesidad de abrirlo.

Mis dos Picios traían revuelta la Villa con sus aventuras escandalosas y aunque el general don Pedro Luis Enriquez, conde Canillas Torneros, vigésimo tercero de los corregidores de Potosí, era hombre de hígados irritables, no había sanción para ellos, que compraban la justicia desde los corchetes hasta el alcalde mayor y los tenían sujetos a unos por el interés y a los otros por el miedo. Decíase además la doña Teresa, sobrina en segundas, nada menos que del ilus-

trísimo y excelentísimo señor don Melchor de Liñan y Cisneros, arzobispo de Lima, que antes lo fue de los Charcas, y a la sazón 24^a de los virreyes del Perú, de suerte que era la doña Teresa, una nave boyante asegurada con cuatro áncoras.

No quedaba garito por recorrer, ni moza garrida por robar, ni paliza por aplicar, ni botellería por consumir, por aquellos Esopos, que eran a la vez manirroto audaces y desalmados, teniendo siempre resguardo de jayanes y perdonavidas. En todo tiempo las mariposas han acudido a la llama y las moscas a la miel. Llama y ardiente, miel y muy dulce, era entonces la Villa con sus ochenta mil habitantes, sus numerosos templos, sus palacios y revueltas, estrechas, innumerables callejuelas, y su ribera, con paradas de ingenios que semejaban castillos feudales, productos de la plata en pesadas y muy apretadas piñas. Allí reuníanse cortesanas y comediantes, gitanas y moriscas, hermosuras de todos los reinos de España, sin que faltasen criollas de moreno, aterciopelado rostro, ojos y boca de fuego y formas de Venus y Galatea.

Las mascaradas y las danzas eran plato cotidiano. Moradas regamente adornadas y radiantes de luces, abrían sus puertas durante la noche, y los truhanes de coturno, los galanes de aventura, los tahúres millonarios envueltos en amplias capas, con el sombrero hasta los ojos y brillantes por dentro, de oro y pedrería iban a estirar sus miembros ateridos, al calor de los ricos braseros en cuyo fuego se quemaban odoríferas pastas y perfumes fabricados para los antiguos harenes de Córdoba y Granada. En la calle de San Pedro, debajo de una imagen de la Dolorosa, colocada en nicho empotrado en la pared, se abría un callejón tortuoso, polvoriento en los costados, cenagoso en el centro, destinado a salidas ocultas y puertas de escape de las casas de poste y cadena de ambos lados. En el fondo de este callejón y casi oculta por las salientes y curvas de la pared, había una puertecita estrecha, baja y forrada en cuero, como lo eran las de la menguada choza de los indios de mita. Esa puertecita daba a un patio irregular, oscuro, y en el ángulo más lejano, otra puerta daba

paso a una galería y ésta a una escalera que terminaba en una antesala, medianamente arreglada, después de la cual se hallaban las habitaciones y estancias en que el lujo, el arte y la suntuosidad orientales, habían agotado sus tesoros más preciados.

Esa morada que pedía dioses, era el lugar de cita de los vicios. Allí se levantaba el altar a las orgías, al juego, al culto de los placeres sensuales. Allí se compraba la fiebre y se vendía la conciencia; allí se buscaba el placer y se perdía la vida; allí el oro producía paraísos terrenales con ángeles llenos de promesas y sin espada de fuego. Una docena de mujeres hermosas y de todos tipos y de diversos trajes pintorescos, eran las sacerdotisas de ese culto. Dos sobresalían entre ellas, eran dos criollas a cual más lindas, a cual más llena de gracias y atractivos, a cual más rara y lujosa en el vestir, a cual más difícil de contentar y más pródiga en desdeñar. Eran inseparables; era una alma en dos cuerpos, un demonio en dos poseídas. Nunca se les vió de día en parte alguna: nadie conocía su procedencia; pero eran el astro de las tinieblas y sólo brillaban después de puesto el Sol. Se las conocía únicamente por las **Aves nocturnas**.

Inútil es decir que nuestros Picios eran los asíduos concurrentes a esos cultos nocturnos y que tanto como eran odiados, les rendían tributo la bajeza y homenaje de terror todos los demás, con excepción de las **Aves nocturnas** que los miraban con el más soberano desprecio. Promesas y amenazas todo era inútil. Regalos regios enviados, regalos regios devueltos; humillaciones por carcajadas; caricias alcanzadas por la fuerza, a precio de soberbios bofetones. Venía el caso de los recursos desesperados. Los raptos, los bebedizos, los narcóticos. En la misma ya citada casa, había como en toda estancia dudosa, pasadizos abiertos en el grueso de los muros para escapatorias; cuevas, sótanos y galerías subterráneas. El verdugo y la hoguera, tan activos y celosos entonces, exigían tales precauciones. En nombre del rey y del santo oficio, no quedaba puerta cerrada, ni reja entornada, y no

siempre el dinero, que era el aceite en esos tiempos, bastaba a adormecer los instintos del despotismo.

Entre los sótanos más ocultos había, una sala destinada a depósito de robos vivientes, de doncellas arrebatadas al hogar honrado. Su maciza y ferrada puerta no se abría sino por fuerza y se cerraba solamente de golpe. El alcaide de esta prisión oculta era una especie de racimo de horca escapado de galeras, feroz y ambicioso. Ayudábalo en sus faenas una moza bien plantada, doncella de oficio y escanciadora en los festines de aquel palacio encantado. El oro había corrido a raudales por las manos de esa pareja abominable y el bebedizo había caído gota a gota en la dorada copa de las encantadoras y descuidadas **Aves nocturnas**.

Un invencible sueño había cerrado sus párpados, y en el sopor se imaginaban llevadas a través de largos, húmedos y fríos pasadizos, depositadas sobre bancos mullidos por almohadones, mientras los repugnantes rostros de los dos sátiros sonreían con la expresión de Satán y sus horribles bocas tocaban sus delicados labios...

¡Cuán dolorosas debieron ser las realidades de ese sueño! Al despertar, se miraron entre sí y se comprendieron. La venganza en la muerte y la muerte en la venganza; esa fue su resolución heroica y antes de que sus raptores pudieran impedirlo, saltaron sobre el guardián, que en ese momento mantenía con una mano la puerta abierta, y con la otra una linterna para alumbrar a los cuatro personajes de esta historia y arrastrándolo hacia adentro, empujaron la puerta, que se entornó, ajustó y cerró, pesada y muda como la losa del sepulcro...

Veamos ahora los Anales de Potosí, que dicen a la letra:

"1679. Este año, abriendo unos cimientos en una de las casas de los barrios de San Pedro, toparon con un salón debajo de tierra, donde hallaron dos cuerpos o esqueletos de mujer; y por chapines bordados de oro y aljófar, se deslució serían señoras principales. Halláronse muchos otros huesos deshechos, una cadena de oro y unos hilos de perlas con más

siete boquinganas de diamantes, que, el que los halló, ocultó este suceso y quedó muy aprovechado, aunque hizo pasar los huesos a lugar sagrado".

Mi señora doña Teresa hizo demoler medio Potosí, buscando a sus dos vástagos; logró meter en la cárcel del santo oficio a las sacerdotisas del altar de San Pedro, más por odio a su belleza que por instinto de su indirecta culpabilidad y reventó de ira, al caer enferma y saber que a su muerte sus riquezas pasarían todas a la caja de nuestro señor y amo el nuevo rey don Felipe V, nieto del rey de Francia e hijo del serenísimo Delfín que Dios guarde...

En las niñeces del que escribe estas crónicas de su tierra querida, aún se refería la historia y se señalaba la callejuela de las **Aves Nocturnas**.

TREINTA AÑOS DE MISTERIO

I

**Pobre diablo es el demonio
Si no le ayudan las hembras.**

Conocido era como ninguno en Potosí, el hermano Bastián. Y no era fraile, aunque vestía bragas, jubón y calzas de la tela y color del hábito franciscano, medias burdas, zapatos de cordobán, chambergo de fieltro y capa de pañete, eso sí, muy limpio y acepillado, sin manchas, ni puntos, ni zurcidos, ni remiendos. Groseras las calcetas siempre muy blancas como los pedazos de lienzo que asomaban vergonzantes en los puños y el cuello, de entre la jerga gris. Rasurado el rostro, magro aunque terso; rapado el pelo a raíz; abundantes las cejas asaz en remolino al juntarse casi en el nacimiento de la nariz recta y noble; ojos oscuros como noche de truenos con tardíos relámpagos lejanos; boca un tanto cuanto sumida, con labios plegados por la sonrisa triste a par que benévola; sus manos blancas y excentas de insurgencia morrillos, pecas ni cicatrices, siempre teniendo entre ambas un libro en pergamino de cuyas apretadas hojas pendían señales en cintas de colores diversos y envuelto en la diestra el denario de palo santo con **pater noster** como garbanzos bilbainos; su andar precipitado a corto tranco y su estatura que debió ser más que mediana en tiempos no ya próximos, era a la sazón baja y

encorvada como de quién pretende escabullirse evitando miradas importunas.

Y no porque fuese blanco de la curiosidad o la malevolencia, que ésta lo mismo en 1623, que fue cuando sucedían estas cosas, como ahora y como desde que el mundo es mundo, se ha visto subyugada al fin y al cabo por la virtud y la nobleza, sino porque el hermano Bastián no gastaba pique ni perdía el tiempo en charla insustancial, ni admitía cumplimientos, ni satisfacía preguntas vanas, ni le importaban ajenas vidas, ni le desazonaban asuntos concejiles o de real mandato, ni atendía, finalmente, a murmuraciones plebeyas, a desaguisadas curiales, ni a humillos de nobleza y señorío.

No había de vérselo nunca en fiesta alguna, más se le encontraba siempre cerca del lecho de los moribundos. No acudía entre patricios y plebeyos a los comicios públicos del cabildo, pero había de faltar el sol antes que Bastián en la covacha de los niños, de las mujeres y de los ancianos que albergaba la casa de San Juan de Dios. Ninguna alegría, ni contento, ni expansión, ni gozo público o privado, tenían en él un cofrade o adepto; más, si en el hogar entraba la desgracia, si la madre desolada se deshacía en llanto al recuerdo del hijo perdido, si la fortuna al escaparse dejaba franca la entrada en la casa a la miseria y al dolor, si había almas atribuladas para quienes parecía acabarse el mundo y abrirse el abismo que las atraía irresistiblemente, si la desesperación, en fin, no hallaba remedio posible, allí había de estar de fijo el hermano Bastián, que era medicina en las dolencias, bálsamo en las heridas, consuelo en los dolores, apoyo en las flaquezas, auxilio en las miserias, tabla en los naufragios, sacerdote para las confidencias de postrimería y arca cerrada para los secretos y misterios de la humanidad en las continuas batallas del vivir incierto.

Su persona perdiendo mucho de humano en el concepto de las gentes sencillas, tendía hacia lo extraordinario, multiplicándose de manera que la ubicuidad parecía su don propio, y así como siempre estuvo a punto de recibir en sus

brazos al que caía herido, o de impedir que se descalabrara un prójimo, así no se le encontraba ni aun buscando con candil, en donde el sacrificio y la caridad holgasen por los inútiles.

Pensaríamos muchos, pero ninguno osó preguntar quien era y cómo y de dónde vino a la Imperial Villa gobernada entonces por D. Felipe de Manrique, cotorceno corregidor y tenido en mucho por el Excmo., señor don Diego de Córdova, marqués de Guadalcázar y virrey de aquellos reinos del Perú; pero se sabía que una tarde de invierno fría y nevosa, hacía muchos años, llamaron a la puerta del convento de San Francisco, destinada a las caballerías, dos embozados hasta los ojos y hundido el chambergo de viaje hasta las cejas; caballeros sobre una briosa jaca el primero y más distinguido, y sobre un redondo mulo el segundo, que por su actitud servil olía a escudero desde lejos. Abrióse la puerta y cerróse hasta la mañana siguiente, en que el presunto escudero sobre el mismo mulo y llevando del diestro a la jaca sin jinete, traspuso sus umbrales, tomó el camino de las afueras y perdióse como los fantasmas sin dejar huella alguna.

Coincidió con la llegada del hidalgo, que lo era según las trazas, la prosperidad del convento. Los mendicantes acabaron la construcción de su templo y de su huerto, vistieron sus altares, llenáronse sus cofres de ornamentos, sus armarios de vasos áureos para el santo sacrificio recamóse su custodia con preciosas piedras, rodeóse de sillería de Córdoba su refectorio y de abundante acopio de utensilios la amplia cocina.

Los claustros pudieron ostentar la galería de los cuadros, no de inexperta mano, que representaban la vida y milagros del Santo de Asís. Ya era el Cristo que desde la cruz enviaba de sus cinco llagas chorros de preciosa sangre que tocando las palmas, los pies y el costado de su siervo, reproducían en él los sagrados deliquios del sufrimiento glorioso: ya el mismo siervo de Dios en extática contemplación de la vida celestial que se rompía entre nubes de luz, en la azulada bóveda, levantado del mundo terrenal por innumerables

cabecitas aladas y rostro rubicundo y mofletudo; ya, en fin al santo predicando la pobreza, o ya adurmiendo el hambre sobre menguado lecho y almohada de terrones y guijarros.

Una de las mejores celdas enriquecida con visillos en las ventanas, sólido lecho de nogal tallado, reclinatorio bajo la imagen de la virgen dolorosa, biblioteca abastecida de libros piadosos, aljofaina y garrafa de cobre plateado, mesa con escribanía y velón de dos mecheros y una faja ancha y mullida de velludo delante del lecho, apareció una mañana habitada por un huésped que vestía el hábito de la orden sin profesarla; que acudía solamente a la misa que precede a el alba y a los ejercicios en la hora del crepúsculo, que tenía asiento en el refectorio y cubierto y vino, pero no los usaba nunca, porque a desayunarse y tomar colación debió de hacerlo siempre a solas y servido por el mismo viejo lego que, si era tozudo como buen vizcaíno, era callado como cualquiera de los pilares de piedras de los claustros.

Habría en ello algún mandato bajo santa obediencia que estableciera la reserva entre los padres, o andaría en medio el Santo Oficio, lo que se Infiere por la discreción guardada, no preguntando nadie, ni mostrando curiosidad alma ni viviente en aquel santo asilo. Más al cabo de los años pasó el huésped de la celda al refectorio, del refectorio al coro, del coro a la calle, en busca de ajenos sufrimientos, y el hermano Bastián entró en la vida, en las palpitaciones, en la respiración, en la sangre del pueblo, convirtiéndose para la Imperial Villa en enviado de la Providencia, en compensación, sin duda, de largos sufrimientos y desastres padecidos por ella durante la porfiada guerra de los vicuñas.

I .

**A Eva debemos la vida,
A Eva el dolor y la muerte.**

En uno de los pisos altos de una antigua casa de Sevilla, cuyos muros bañaba el Guadalquivir, vivía año más, año

menos, pero treinta antes de los acontecimientos referidos en el párrafo presente, una guapa moza, tan discreta como guapa y habilidosa en extremo en las artimañas que vuelven el seso a los más cuerdos varones. Rondábanla los de más alto copete y más acuartelado blasón, y las músicas y las cuchilladas se sucedían durante la noche bajo las celosías de su balcón morisco, pues andaban revueltos a una, hijodalgos, ricohombres, estudiantes y hasta majos de rumbo, sin exceptuar a la justicia que se mostraba en sus enredos, ciega, blanda y sorda.

Decíase que sus estancias eran regias; que entre perfumes de flores y resinas, reclinaba, en mullido diván, el racimo de hechizos que formaban su cara con grandes rasgados ojos, boquita roja sombreada por sutil vello, cabellera profusa en ondulantes guedejas de azabache, garganta y hombros formados a torno, seno abundante, delicada cintura, amplias caderas movedizas, pie y mano chiquitines, carnuditos, y húmedos efluvios embriagadores que emanaban de esa real personita.

Pero si muchos la rondaban y agasajábanla con músicas y dádivas valiosas, ninguno como D. Sebastián Ponce de León, de la orden de Calatrava, segundón de una casa de marqueses, hermoso en el talante, discreto, rico y resuelto, aunque muy impetuoso y en ocasiones arrojado más de lo justo y conveniente.

Soledad Meneses parecía amar a D. Sebastián con el alma, mientras éste la adoraba como un loco y la guardaba como un furioso, cuando es sabido que más fácilmente se guardan los tesoros que las hembras, y más si son guapas y vanidosas y dadas a la intriga y a los peligros como lo era Soledad, que primero como prueba y luego como inclinación, y finalmente como irresistible sed de vedados goces, dió en la no rara flor de engañar de cotínuo a su amante, que vivía entre tajos, reveses y cuchilladas.

Su hermano el marqués, noble de temple antiguo, apenas un año mayor que D. Sebastián y que profesaba a éste entrañable cariño fraternal, vivía entre zozobras y procurando

do estar siempre a la vela y a tiempo para evitar un descalabro o una catástrofe.

Un día más que otros, había visto señales de inquietud y desasosiego en su hermano y oído palabras entrecortadas que se escapaban de sus labios, oprimiendo ya la cruz de su hoja de Toledo, ya el mango de la daga damasquina. Sin perder tiempo fue a una taberna que le servía de acechadero y comunicaba con el patio de la casa de Soledad. Apostó gente en las cercanías, pronta a su voz, y esperó, prediciéndole el corazón una desgracia próxima.

Al mediar la noche y pasadas algunas de las escaramuzas callejeras de uso y costumbre, apaleados algunos alguaciles y derrengados no pocos jayanes de pelea, escuchó el marqués ruido de pasos, rodar de muebles, estallar de cristales, gritos de mujer ahogados y terribles, amenazadora, jadeante la voz de D. Sebastián, que parecía sostener desigual lucha. Pasos precipitados de gente que huye, lámparas que caen destrozadas sumiendo en profunda oscuridad las estancias, el balcón que se abre con violencia y se precipita desde él una mujer con los cabellos sueltos y las ropas blancas que flotan por un momento y se sumergen sin rastro en el Guadalquivir. El marqués que abre su puerta de escape, buscando a su hermano a tientas y recibe en medio del pecho la hoja de una espada que penetra hasta el puño: he ahí lo ocurrido en menos tiempo que el gastado en referirlo.

III

**Que lo negro de las culpas,
Lava el arrepentimiento,**

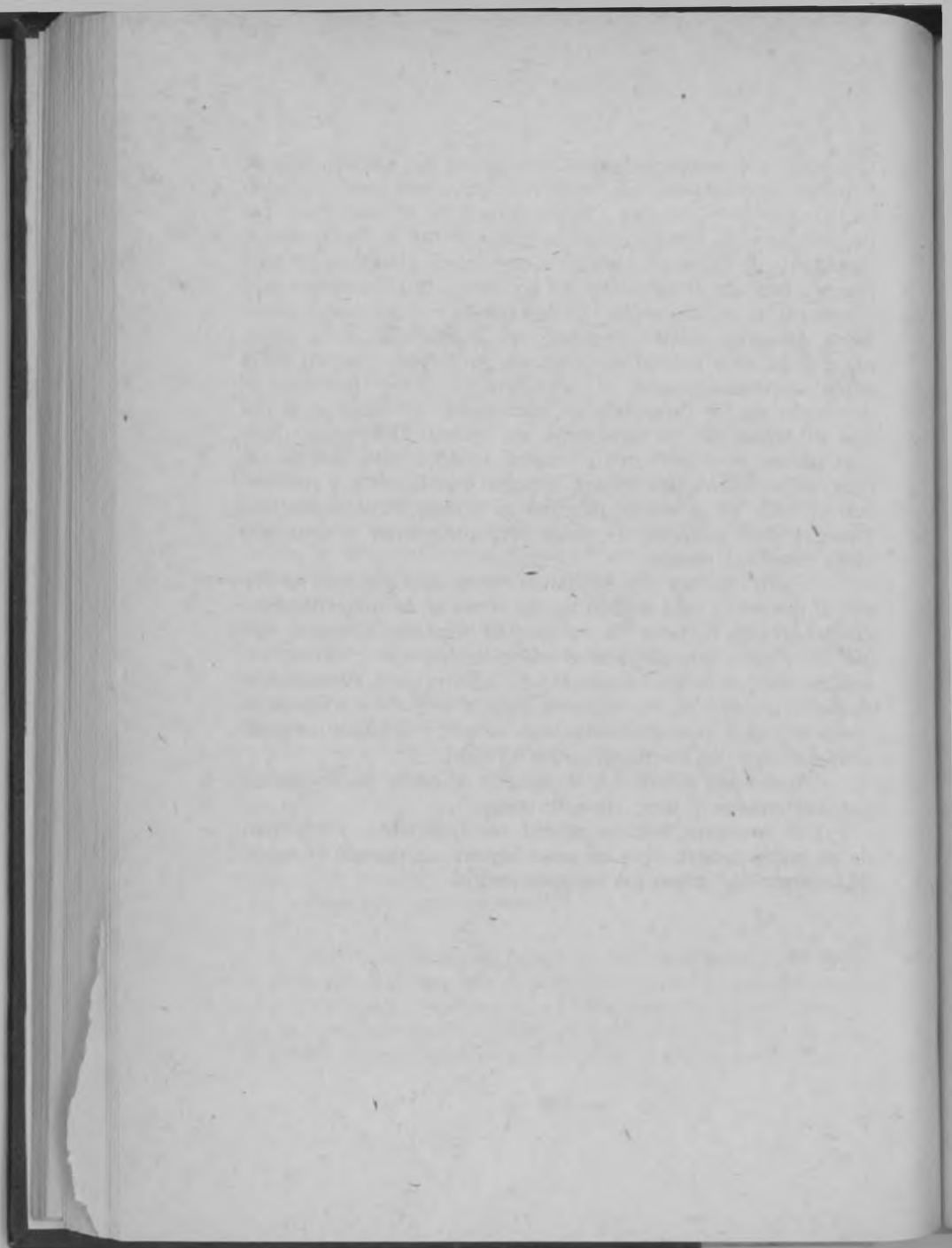
Volviendo ahora al convento de franciscanos de la Villa Imperial de Potosí y a la celda que ya conocemos por anterior referencia, asistiremos a una importante ceremonia con que la iglesia despide de este mundo a los que van en pos de la vida eterna, destinada al espíritu que no muere.

La comunidad toda con hachas en las manos seguida del coro salmodiando los versículos del santo libro, el guión de la orden entre ciriales y turiferarios, y en el fondo, bajo palio, el guardián conduciendo la santa forma al lecho de un moribundo de la orden. Llenos de gentes los claustros, el templo, el atrio, los alrededores del convento, la Villa entera acudiendo, si no en presencia, con el espíritu y el corazón a acompañar el santo viático destinado al hermano Bastián, próximo a dejar este mundo de pasiones y miserias. Avanzó en la celda majestuosamente el sacerdote oficiante, mientras el murmullo de las oraciones se escuchaba unísono, a la vez que el tañido de las campanas de agonía. El hermano Bastián, pálido, pero hermoso el rostro, velados, pero dulces los ojos, débil, pero clara la voz, escogió con la vista y designó con el dedo un grupo de principales y más distinguidas personas y dijo, después de besar fervorosamente la cruz que tenía entre las manos:

—Oid. Yo soy don Sebastián Ponce de León, que no murió, al perder lo más amado de su alma, ni de desesperación al encontrarse matador de su querido hermano, sin duda porque Dios quiso que purgara en una vida ejemplar y consagrada a la caridad, la enorme iniquidad de sus pecados. Perdonadme todos en nombre de mis víctimas y pedid al Poderoso Señor de cielos y tierra sean remitidas mis culpas y lavadas las manchas por obra de su misericordia infinita!...

Todas las manos se levantaron al cielo, todas las voces exclamaron a una: ¡Bendito seas!

El hermano Bastián sonrió seráficamente, y reclinando su noble cabeza libre de peso alguno, se durmió el sueño de la eternidad como los varones justos.



JESUS LARA

Don Jesús Lara, poeta, lingüista, antropólogo y novelista, nació en el departamento de Cochabamba el 7 de enero de 1898.

Su obra es varia y fecunda. Como investigador es notoriamente de alta calidad. Lara conocedor de la cultura quichua transplantada en la región kolla, ha dado al pueblo boliviano estudios que resumen responsabilidad y profunda consubstanciación con el medio. Es en la actualidad el más respetable estudioso de lo nativo. El único reparo que podríamos señalar en su obra de investigador es su premeditado olvido de la influencia aimará en la cultura quichua. Lara trata de ignorar que ese imperio y esa cultura tuvo de matriz al pueblo kolla. Extraña actitud de un escritor de la talla de Lara, hombre que ha visitado más de una vez Europa y otros países extranjeros, que ha participado en eventos internacionales y él en sí es individuo de alta cultura.

Lara es un singular escritor boliviano que su obra y su vida ha puesto al servicio de su pueblo y de su patria. Rebelde y valiente; cuando se tuvo que denunciar un desacierto gubernamental tanto en el plano interno o internacional, él lo denunció. Es célebre en su lucha contra la injusticia social en que vive el humilde en el país. Toda su obra tiene una intención; pertenece a una línea ideológica. Y será impercedera por su autenticidad. Lara es radical para señalar las cosas con propiedad y valentía. Así empezó su carrera de polemista y de escritor polémico. EL REPETE publica después de cuatro libritos de tipo lírico y romántico y este libro tiene la magnitud del estallido de una bomba que estremece a un pueblo conformista y cobarde. La guerra con el Paraguay se la había perdi-

do; en ella sobresalían la ineptitud militar, el desacierto diplomático y un gobierno engañado que se encontraba en un callejón sin salida. Lara es el primero en denunciar tal situación en un relato que tiene el esquema de un diario de guerra. Es libro amargo pero sincero. EL REPETE tuvo la virtud de sacudir nuestro letargo indígena frente al descalabro nacional que tuvimos que soportar. Por quinta vez perdíamos un territorio extenso; aquello de "conservar sobre todos los peligros la obra de mi creación" del fundador de la república ya tenía visos de sarcasmos sangrientos. EL REPETE se unía a ese momento nacional de volver los ojos para remozar la patria. Este libro le valió duelos, persecuciones, enemistades. El libro fue requisado por la Prefectura de Cochabamba. Se hizo una segunda edición y ahí se detuvo la divulgación de un libro patriota que nos muestra la llaga en que se devatió un tiempo la patria boliviana.

Su obra de creación es fecunda; comienza con SURUMI, novela con "un argumento destina a exaltar los sufrimientos y virtudes del indio con menoscabo moral de los criollos", dice respecto al libro Augusto Guzmán. SURUMI a los tres años de circular en Bolivia fue traducida al portugués. La segunda novela es YANAKUNA, cuyo argumento define políticamente al escritor Lara. Es una defensa del indio quichua y un documento de la época feudal que soportó el nativo, al que se trataba menos que a un siervo. Ha sido traducida a diferentes idiomas: ruso, checo, alemán, polaco, húngaro.

Lara es fecundo en el género novelístico. Tiene otros títulos: YAWARNINCHIJ, SINCHIKAY, LLALLIYPACHA, que se desarrollan en el ambiente contemporáneo hasta SIJNAPURA, su última novela, de factura regular, en que no está presente el hábil y sugestivo novelista de YANAKUNA. En nuestra opinión, ni la novela anterior SURUMI ni las posteriores a YANAKUNA, son superiores a ésta. YANAKUNA es la obra cumbre del novelista Lara.

El investigador Lara es punto aparte. LA LITERATURA DE LOS QUECHUAS, título de la segunda edición, corregida y aumentada, de POESIA QUECHUA, comprende un estudio amplio de "las manifestaciones líricas de los quechuas en los tiempos precolombinos, en los del Coloniaje y en los de la República". Aunque el

misino Lara expresa que no pretende que su obra sea exhaustiva en el tema, creemos que la parte referente al territorio nacional se acerca a ser una obra completa, vertebrada sabiamente.

Lara ha recogido su material en fuentes orales contemporáneas, se ha valido de los datos escritos por diferentes autores: empezando por los cronistas como Josph de Acosta, Pablo Josph de Arriaga, Juan de Betanzos, Cieza de León, Morúa, Montesinos, los dos Molinas, Santillán, Sarmiento de Gamboa, Zárate, hasta escritores contemporáneos: Jorge A. Lira, Modesto Omiste, Baudin, Hermann Trímborn, Paul Rivet, Luis E. Valcarcel y otros. La investigación de Lara en fuentes escritas es extensa, y ahonda su obra, tal cual él ofrece, en las fuentes vivas del idioma quichua que Lara conoce con propiedad y ha analizado tanto.

LA LITERATURA DE LOS QUECHUAS es un libro demostrativo de la grandeza espiritual de uno de los grupos nativos componentes de nuestra nacionalidad. Lara ha desenterrado esa riqueza, la ha ordenado, analizado y con esos elementos ha conformado un libro digno de esa cultura.

Si se tuviera que comparar dos obras contemporáneas sobre las diferentes facetas de la cultura Inca: EL IMPERIO SOCIALISTA DE LOS INCAS de Luis Baudin y LA CULTURA DE LOS INKAS de Jesús Lara, en justicia quedaria muy a la zaga la perteneciente al investigador francés. Lara en esta obra en dos tomos vuelca todo su saber del imperio incásico, en lo relativo a gobierno, la organización económica, social y política de ese pueblo en el primer tomo, y en el segundo estudia la religión, la cultura, el arte y la literatura, es decir el emporio espiritual que cultivaban los quichuas. No hay faceta cultural, espiritual o material, correspondiente al quichua que Lara no cite por lo menos cuando no lo investiga y analiza.

Con el DICCIONARIO QHESWA-CASTELLANO Y CASTELLANO-QESHWA, son las tres obras capitulares de Lara para el conocimiento del núcleo cultural Inca en nuestro territorio.

Sobresale en esta meritoria obra la forma de escritura que emplea el autor. Ya no es la sugerida por el III Congreso Indigenista Interamericano que se reunió en la ciudad de La Paz en 1954 y que el gobierno boliviano sugirió su uso, y que Jesús Lara em-

pleó en la mayoría de sus libros. Lara esta vez rechaza tal forma de escritura y justifica así su renuncia: "Al presente, empeñados en un trabajo de Indudable responsabilidad para con el propio idioma y para con nuestro pueblo, hemos realizado estudios y experiencias que nos han llevado a conclusiones que en algunos puntos importantes no se hallan de acuerdo con el alfabeto oficial", dando la razón —después de casi veinte años— al notable aimarólogo don Antonio González Bravo que fue el único que en ese tiempo discutió, argumentó y quizo polemizar para el rechazo del uso del alfabeto que había sido aprobado en el congreso citado. Desde un principio el profesor González Bravo no encontraba conveniente para las dos lenguas nativas principales de Bolivia: aimará quichua la escritura sugerida por ese Congreso.

El alfabeto del III Congreso Indigenista Interamericano consta de 33 letras y el compuesto por Lara solo de 30. Lara defendiendo el idioma quichua suprime la l, rr, y asegura que no existen en la lengua RUNASIMI o quichua y la "consonante Ch que en el alfabeto oficial presenta un fonema prepalatino, semiexplosivo aspirado, no responde con exactitud al carácter esencial de dicho fonema".

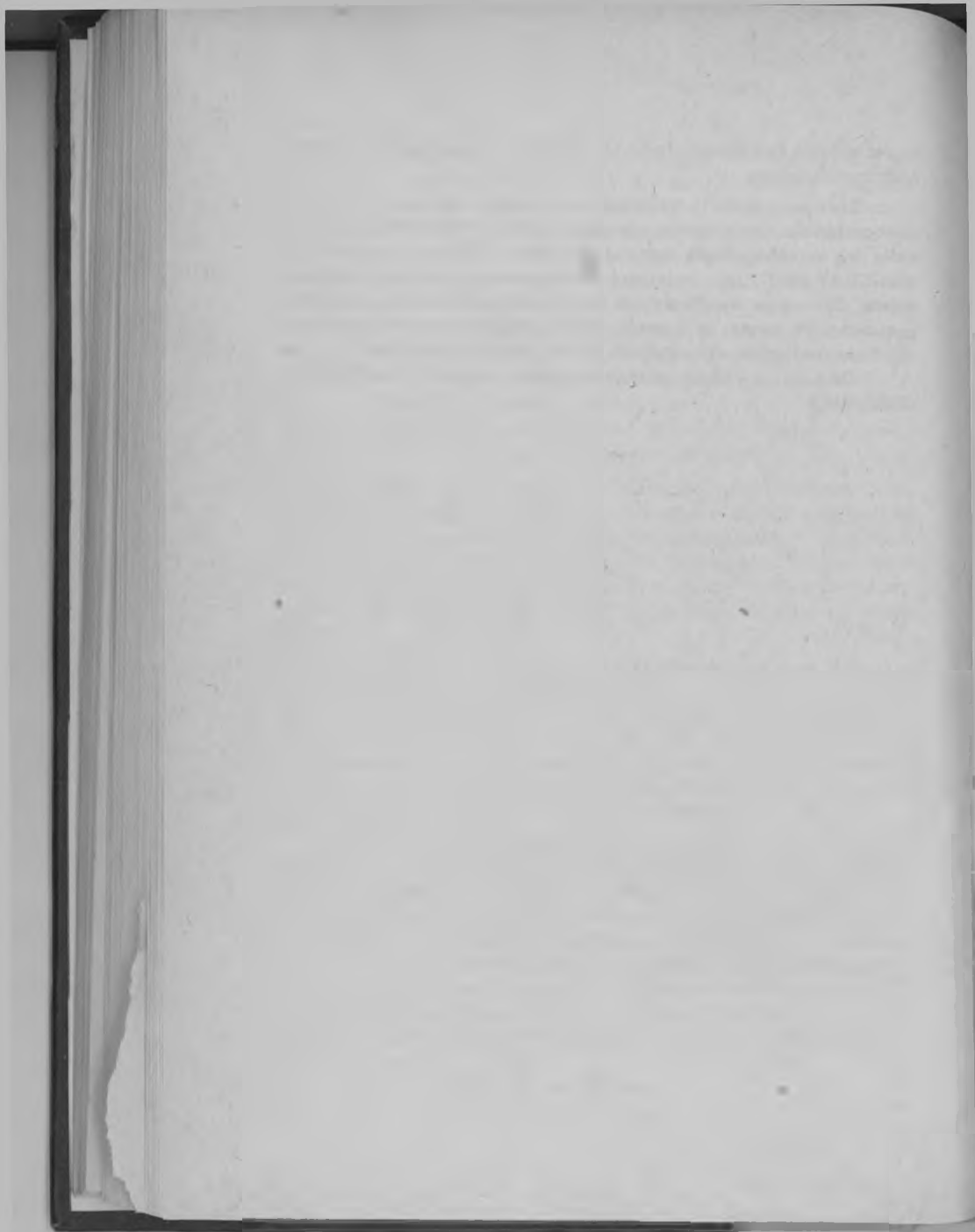
Revisando el diccionario quichua observamos que Jesús Lara consubstanciado con este idioma nativo (alguna vez le escuché decir que él aprendió el castellano a los 14 años), estudioso de los vocabularios y obras referentes al quichua, y sabio quichuista, ha conseguido una investigación de singular valor para el estudio de este idioma que con el otro, el aimara, van camino a desaparecer o amestizarse hasta perder su esencia.

El único trabajo estrictamente de folklore que conocemos del autor comentado es LA POESIA POPULAR QUECHUA, aparte de la literatura autóctona que incluye en su libro LITERATURA DE LOS QUECHUAS, que por sus calidades de anónimas, populares y vigentes, pertenecen en propiedad a la disciplina del folklore. La copletería coleccionada divide en Amatorias, Sentimentales, Picarescas, Políticas, Carnavalescas; WAWAKIYANAKU, copletería de carácter sarcástico y burlesco; y religiosa. El folletito se publicó en 1956 y parte de las coplas que incluye ya fueron publicadas por

otros autores bolivianos. Todo el material corresponde al folklore oral cochabambino.

Lara no cultivó la tradición con el ahinco que puso en la investigación de otros temas, pero sí como un complemento al estudio de la antropología cultural del grupo quichua. La tradición MUNCHAY PUITO que incluimos en la presente antología, tiene el mérito de relatar objetivamente la anécdota que sirvió al pueblo potosino para formar la leyenda, más la poesía en quichua con una acertada traducción al castellano hecha por el mismo Lara.

Otro de sus libros referentes a este capítulo es LEYENDAS QUECHUAS.



MANCHAY PUITO

JESUS LARA

En tiempos de la colonia el indio sólo podía disponer de dos caminos para liberarse del **repartimiento**, forma de servidumbre feudal, y del **yanaconaje**, forma de esclavitud. Esos dos caminos eran el sacerdocio y el arte, este último en su expresión religiosa. Aunque dichos caminos no se hallaban abiertos de modo irrestricto para los indios, muchas veces lograban ellos hacerse sacerdotes, pintores o escultores. La historia nos transmite algunos nombres de sacerdotes indios, ante todo de artistas indios como Diego Kiske Titu y Titu Kusi Yupanqui. El primero, no del todo identificado todavía, es autor de "La Mamacha", célebre óleo que se conserva en el Cuzco, y el otro creó la famosa escultura de la Virgen de Copacabana.

Hacia mediados del siglo XVIII vivía en la Villa Imperial de Potosí un sacerdote indígena cuyo nombre no recuerda la leyenda. Era natural de Chayanta, hijo de un **yanacóna** que servía a un español de rango. Niño él, revelaba una inteligencia poco común, en vista de lo cual el amo resolvió dedicarlo al servicio de Dios y costeó sus estudios en un seminario del Arzobispado de La Plata. Allí se distinguió por su claro talento y, una vez recibidas las sagradas órdenes, fue ejerciendo su ministerio en diversas parroquias alejadas de la diócesis. Pero no era un sacerdote como tantos. Su vida

edificante y sus dotes excepcionales hicieron que pronto, como premio, fuese destinado a la Iglesia Matriz de la Villa Imperial. Desde sus años de seminarista había demostrado aptitudes singulares para la poesía y la música. Sus himnos a la Virgen de Guadalupe —letra y música— fueron muy celebrados en Charcas (Sucre). Componía sus versos en quechua y en su música palpitaba el sentimiento puro de su raza. De ahí que no tardó mucho en rodearse de celebridad y de afecto en la Villa.

No tenía parientes en Potosí; de modo que vivía solo. Para la atención de la casa, el sacerdote contrató, como era costumbre, los servicios de una india salida de comunidad. La india poseedora de muy notables cualidades: ordenada, hacendosa, diligente; pero, ante todo, muy joven y muy hermosa. Por su parte, el sacerdote, aunque tenía muchos amigos, no era partidario de la vida de sociedad; a diferencia de sus colegas de ministerio, no le gustaba acudir a las tertulias ni a los saraos. Pasaba largas horas en su gabinete, sumergido en un laberinto de infolios. A veces, principalmente por las noches, le gustaba hacer música. Su instrumento favorito era la quena. La tocaba con mucha fluidez, con mucha dulzura. A pesar de todo, o por ello mismo, lo quería el pueblo potosino.

Así vivió el sacerdote un buen tiempo, en medio de sus infolios y su música. Los amigos lo buscaban cada vez menos y cada vez menos salía él de la casa. Por su parte, la sirvienta vivía absorbida por los quehaceres. Aunque éstos no eran excesivos ni muy pesados, no le gustaba permanecer inactiva. Llenaba las horas de ocio con el hilado y el tejido, si es que no hacía bollos y confituras u otras golosinas para el sacerdote, su amo.

El género de vida que se llevaba en la casa fue aproximando poco a poco al amo y a la sirvienta. A veces, después del rosario y antes de levantar la quena, el sacerdote conversaba con la joven. La plática era siempre sabrosa y amena. Cada uno se acordaba de los años de la infancia en el terruño y como de suave aroma se impregnaba de nostalgia

la noche. Poco a poco se iban alargando las pláticas, las cuales no tardaron en abarcar inclusive los espacios reservados al rosario. De este modo, poco a poco, fue naciendo entre ellos el sentimiento del amor. El amor echó hondas raíces y fue creciendo con fuerza arrolladora. Al cabo, decidieron ambos unir sus vidas para siempre.

El amor ocupó por entero el sitio de los infolios y la quena misma sólo servía ahora para hacer más dulces las horas de idilio y más plena la ventura de los corazones. Parecía haber detenido su marcha el tiempo y era como si la vida hubiese sido hecha exclusivamente para el culto del amor. El sacerdote apenas salía de la casa y era sólo a fin de no dejar abandonados los deberes de su ministerio.

Pero como nada puede permanecer oculto debajo del sol, estos amores acabaron por deslizarse primero como simple presunción en el chisme callejero, para ir adquiriendo cuerpo en los comentarios de los salones y caer finalmente con colores de escándalo en la intimidad de los hogares. Los rumores y comentarios no se detuvieron en los suburbios de la Villa Imperial, sino que pronto llegaron hasta la ciudad de La Plata y no pararon sino cuando hubieron rebasado las puertas del palacio del Arzobispado. Allí se comprendió que era necesario detener los comentarios y echarle un velo al escándalo. Como el medio más apropiado se escogió el alejamiento temporal del sacerdote. En consecuencia, este recibió la orden de emprender viaje, con cierta misión, a la ciudad de los virreyes (Lima).

No obstante de que el viaje era largo y no exento de riesgos, los amantes no sufrieron mucho al separarse, convencidos como estaban de que al cabo de unos meses, dos o tres, cuatro a lo sumo, se hallarían en condiciones de reanudar la dichosa vida que hasta entonces habían llevado. Pero, contra todas las previsiones de los enamorados, la separación se hizo muy larga y penosa. El viaje resultó lento y salpicado de incidentes a cual más desagradables. Para colmo de males, las autoridades eclesiásticas de Lima le detuvieron, sin necesidad aparente, más tiempo del que él hubiese de-

seado. Como si todo esto fuera poco, de regreso encontró los caminos casi deshechos por las lluvias y los ríos tan cargados que tuvo que quedarse días enteros a la orilla, esperando que mermasen las aguas hasta hacer posible el vado. Entre tanto, la joven vivía en completo aislamiento. No veía a nadie y no salía de la casa sino cuando necesitaba proveerse de subsistencias. Los primeros meses transcurrieron con relativa velocidad. Ella los venció asistida por el constante recuerdo del bienamado y sostenida por la esperanza de que él volvería en el plazo prometido. Una y otra vez reconstruía en su imaginación las horas más dulces y los pasajes más venturosos vividos al lado de su amante. Dormida y despierta soñaba con él. Al cumplirse el segundo mes, ella dijo: "No importa dentro de un mes llegaré". Pero se cumplió el tercer mes y ella pensó: "en fin será dentro de otro mes". No habiendo visto llegar al amante al final del cuarto mes, la joven comenzó a sentir inquietud. Una inquietud que cada día era más honda y más punzante. Mientras crecía su inquietud su esperanza iba languideciendo por grados.

De este modo la ausencia del sacerdote resultó fatal para la pobre enamorada. Las veces que salía en busca de provisiones, caían sobre ella miradas hostiles como saetas. En la recova le dirigían frases aviesas y la trataban con torpeza. Y era que el amar a un ministro del Señor constituía la mayor desgracia para una mujer. Las gentes de su raza la repudiaban y las demás tendían a hacerle la vida insopor- table.

Ahora la soledad de la joven ya no se poblaba de suaves añoranzas ni de dulces sueños. La soledad, ahora, era un verdugo que iba estrangulando su esperanza y al mismo tiempo consumiéndole la vida. La enamorada no salía ya con ningún motivo a la calle. Un día se le acabaron las provisiones y desde entonces no volvió a comer. Y pronto no dió más señal de vida.

Un silencio absoluto reinaba en la casa. Día tras día las puertas permanecían cerradas. Algunos vecinos, curiosos y audaces, decidieron escalar los muros interiores y a la in-

feliz enamorada la encontraron en su lecho, muerta. La noticia cundió rápidamente en la Villa; pero la muerte de la joven causó una impresión que no estaba de acuerdo con la animosidad de que a ella se le había hecho víctima en vida. El vecindario quedó consternado. Largas columnas de gente desfilaron delante del lecho mortuario. Un pensamiento unánime declaraba que el destino había sido demasiado cruel con aquella infeliz criatura y que ella no podía ser merecedora de semejante muerte. El cadáver fue cristianamente sepultado aunque con la discreción que el caso aconsejaba, en el cementerio común de la Villa.

Pocos días después llegó el sacerdote. Traía hermosos regalos para la bienamada. Ropa de lo mejor, joyas de oro y piedras preciosas, perfumes caros. Pero la casa estaba desierta. La vida, la felicidad y la esperanza habían huído de ella. No faltaron quienes acudieran a contarle lo sucedido. El les escuchó en silencio y reprimió el estallido de su dolor. Pero comenzó a alejarse del trato de sus semejantes. Permanecía todo el día encerrado en su casa, angustiosamente amarrado al recuerdo de la difunta, componiendo versos y música para ella. Por las noches, evitando el estorbo de los trasnochadores, iba a visitar la tumba de su compañera de otros días y rociaba con sus lágrimas la tierra que la cubría.

Abandonó totalmente sus deberes de sacerdote y huía de la gente como un réprobo. No sólo no se empeñaba en alejarse del recuerdo de la amada, sino que se aferraba cada vez más a su imagen, a su ternura, a su muerte. En otros tiempos alternaba los deberes de la Iglesia con los goces del amor; ahora todo su tiempo y todo su pensamiento hallábanse consagrados al culto de la muerte. Acudía al cementerio como a una cita. Hacía de cuenta que la bienamada estaba sentada a su lado, sobre la tumba y le hablaba de sus cuitas, de su soledad y de su amor inextinguible.

Una noche, tal era su estado de ánimo, comenzó a arañar la sepultura, ansioso de llegar a descubrir los restos de su amante. A la noche siguiente provisto de los instrumentos necesarios, cavó durante largas horas hasta lograr su pro-

pósito: abrió el ataúd y tuvo en sus brazos a la muerta. La arrulló, la mimó como si estuviera viva, hasta que, estando cerca la hora del amanecer, la devolvió a la fosa, no sin antes haberle separado una tibia.

La tibia fue luego convertida en quena. En ella tocaba el cura uno de los muchos yaravíes que había compuesto para la amada, el más triste, el más expresivo, el más bello. Para tocarlo introducía la quena en un **puitu**, cantarillo hecho de una arcilla especial, con lo que la música parecía un lamento lúgubre, casi pavoroso y traducía mejor la magnitud de su infortunio. En esta forma iba cada noche a tocar el yaraví sobre la tumba de ella.

A la larga, no solo de noche ni sobre la tumba iba a tocar su quena, sino que también de día, en los rincones de los suburbios y en las grietas de los barrancos. De esta manera el cura se volvió loco. Más que locura, monomanía, disimulada por el clero y respetada por el vecindario. Porque huía de la gente y porque introducía su quena en un cantarillo para tocarla, le conocían al cura con el nombre de **Mánchay puitu**, que quiere decir cantarillo del miedo.

Un día el cura no salió de su casa y nadie desde entonces pudo volver a oír los lamentos de su quena. Era que el inselíz había terminado su peregrinación por este mundo.

MANCHAY PUITO

¿Uj k'ata kusiyniy kajta
Mayqen jallp'a mullp'uykapun?
Saqrqani qhallallajta.
¿Sajra wayrachu apakapun?

¿Qué tierra cruel ha sepultado/ A aquella que era mi
única ventura?/ Lozana la dejé como una flor./ ¿Algún vien-
to maligno tal vez se la ha llevado?

Purísqán pallani,
Llanthunta mask ani.
¿Kilin pay llanthuykuwanchu,
Waqayniypaj ayphullanchu?

Voy siguiendo su rastro./ Voy buscando su sombra./
¿Es ella quien me da sombra en el camino./ O es solo el velo
de mis lágrimas?

Mosqochakús much'aykuni,
¡T'ukuni chay, rimaykuwan!
¡Muspani ichás, pay rikuni!
K"anchásqaj phawaykamuwan.
¿Wañuchikuymanchu.
¿Phiñakuwanmanchu?
Wañuchikuspa qayllayman,
Astawanchus karunchayman.

La voy soñando y la beso en mi sueño./ En mi congó-
ja, ella acude y me habla./ En mis horas de turbación la veo:/
En un vuelo de luz baja hasta mí./ ¿Fuera mejor que me ma-
tara?/ ¿Quizás mi muerte la ofendiera?/ Con la muerte po-
dría aproximarme a ella;/ Pero tal vez me alejaría más.

P'añasqannijta jasp'ini,
Waqaspa paran paranta;
Unuyanchus jallp'a nini
Masq'arqonaypaj uranta.
Ñoqan mayllapipis
Jallp'aj sonqonpipis
Ñoqalla munakusqayki,
¡Sapallay wayilukusqayki!

Voy arañando la tumba en que duerme./ Mientras cae
mi llanto como lluvia sin fin./ Creo que así se ha de hablan-
dar la tierra./ Para buscar después en el fondo a mi amada./
Donde quiera que sea./ Así en el seno de la tierra/ Mujer, yo
solo he de adorarte./ Y nadie, sino yo, te ha de mimar.

Aswan q'õni samayniywan
 Phukuykús kutirichisaj,
 Ojllaykúsaj, much"ayniwan
 Alliyman rijch'arichisaj
 Mana chayri, jámuy.
 Múyuj wayra, usqámuy;
 Laqheyayniyki upiykuwanchu
 Ukhunpi chinkachiwanchun.

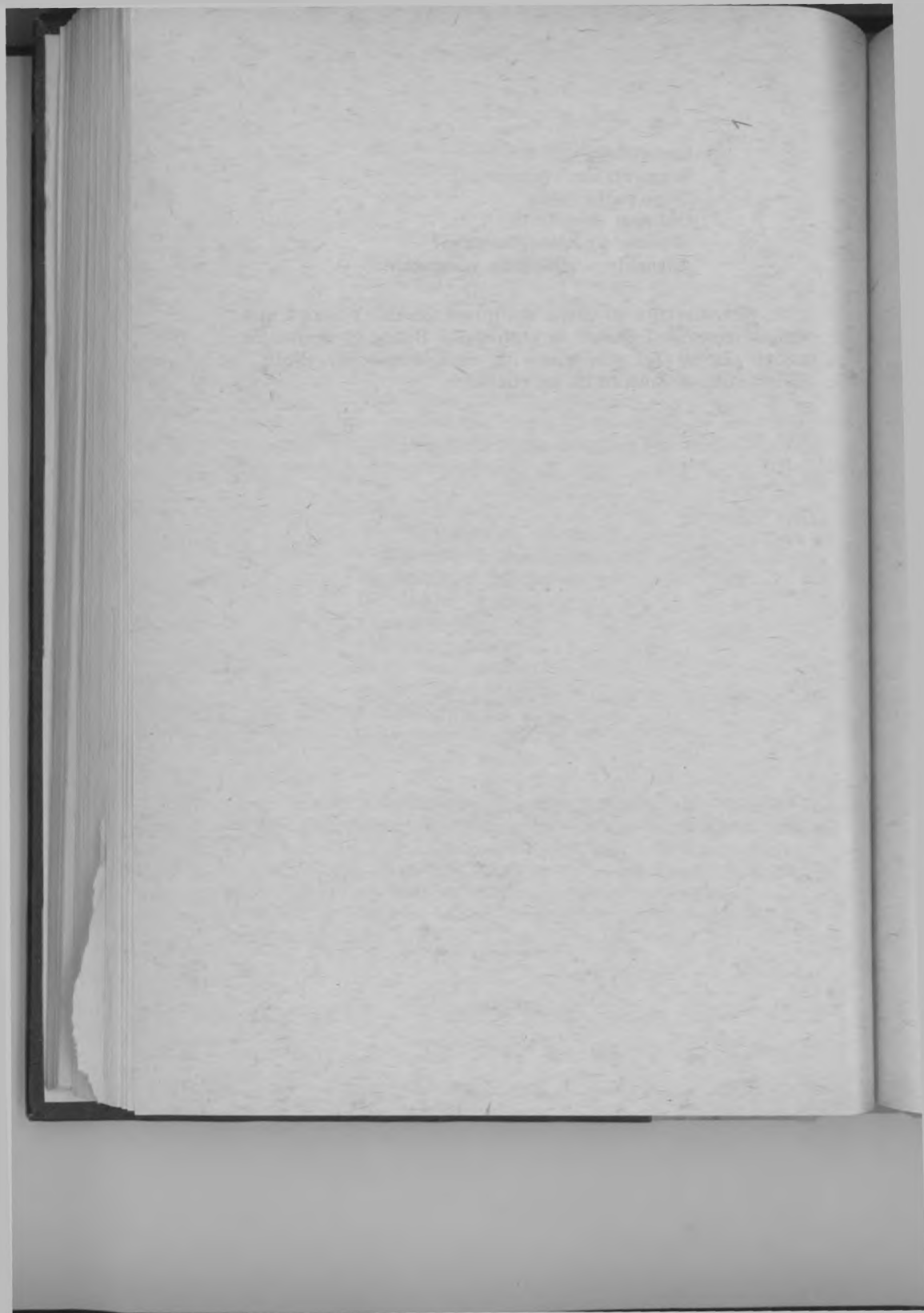
Con el calor más tierno de mi aliento/ Conseguiré devolverle la vida./ La abrazaré, la besaré, y mis besos/ Despertándola irán suavemente./ Más, si así no ha de ser./ Ven no tardes ciclón/ Que tus hondas tinieblas me devoren/Y en ellas para siempre desaparezca mi vida.

Waqayniywan joq"ochasqa
 Khúyaj jallp"a qhataykuwayku;
 Karqaykumin ujllachasqa
 Ujllañapuni kasqaku.
 Ñoqa tuta kani,
 Ch'intamin munani,
 Llákiy kani, yuyayniyta
 Munani chinkarichiyta.
 Tullullantapis sik"isaj
 Ojllayniypi kakunánpaj;

Tú, tierra humedecida con mis lágrimas./ Tú, tierra generosa, alérganos./ Una sola unidad formamos en el mundo./ Quiero que así quedemos para la eternidad./ Yo soy la noche misma./ Busco la soledad./ Yo soy la propia carne de la angustia/ Y quiero huir aún de mi pensamiento./ Más, no. Le arrancaré siquiera un hueso./ Y lo tendré en mi seno tal si fuera ella misma.

Qenamanmin tukuchisaj
Waqayniywan waqanánpaj.
Jánaj pachamanta,
Lliphlpej chaymanta,
¿Paimin sina wajyawasqan?
¡Manan!... ¡Qenállay waqasqan!

Se convertirá en quena entre mis manos/ Y llorará mis
propias lágrimas;/ Desde la eternidad,/ Desde el origen de
la luz/ ¿Es tal vez ella quien me está llamando?/ ¡No!...
¡Es tan sólo el lamento de mi quena!



LUIS D. LEIGUE CASTEDO

Don Luis D. Leigue Castedo, etnógrafo, lingüista y folclorista boliviano, nació en la localidad de San Ramón de la provincia Mamoré, del departamento del Beni, el 12 de mayo de 1903.

Ninguno mejor que el escritor beniano Leigue Castedo para merecer el galardón de cívico y benemérito. Durante 25 años trabajó con los grupos selvícolas del oriente patrio en su calidad de maestro. Gracias a su tesón que el grupo Iténez o Moré, hoy está incorporado a la actividad nacional.

En su larga permanencia en la selva recogió los materiales con los que más tarde elaboró la monografía EL ITENEZ SALVAJE, publicada el año 1957, trabajo de antropología cultural referente al grupo Moré.

El prologuista de su libro, muy acertado dice: "Que ciencia, letras y pedagogía se enorgullezcan de este libro. Saludo en Luis D. Leigue Castedo a uno de esos grandes maestros bolivianos que formados en la tradición del insigne don Elizardo Pérez, están creando la escuela de la educación indígenal y el rescate de las mayorías olvidadas".

Las leyendas que hoy insertamos en la presente antología pertenecen a tal grupo selvícola y han sido recogidas por el patriota maestro beniano.

PA PAT

LUIS D. LEIGUE CASTEDO

Es una especie de bambú, muy resistente que ocupan en la factura de flechas-puñales —**huí quiram**— y cuentan que es la transformación de un hombre sanguinario y brutal que se comía a sus mujeres, por lo cual, cada vez desaparecían y las reemplazaba con otras. Descubiertas sus acciones, cundió el terror por el cual le aislaron y le obligaron a perseguir a las mujeres, por la fuerza, en aguadas y caminos. Falto de mujeres y ya envenenado a comer carne humana, devoró al único hijo que le acompañaba y terminó comiendo sus propias carnes, pedazo a pedazo, hasta quedar esquelético. Desprendidas las carnes flácidas y los nervios, estos tomaron formas de raíces blancas que dieron origen al primer macollo de tacuaras, erizadas de espinas, que ellos conocen y nombran **pa pát**; cuando sopla un fuerte viento de tormenta, el tacuaral silba, y es que **Pa pát** llama a las mujeres que le huyen.

CANI CANI Y CHI CHI CAT

Fueron dos hermanos, menor el primero y mayor el segundo, que vivían en armonía, gobernando un pueblo que existió en la banda del Río Azul o **Izi cacóm**, por el camino viejo a San Joaquín —**maram panavó**— y en el monte **Achiquitu cu mí**.

Cáni cáni tenía como mujer a **Chi muín** y la mujer de **Chi chi cát** se llamaba **Na to vá**. Estos jefes sólo se ocupaban en los arreglos de las casas y viviendas y en la fabricación de plumajes, carapacanes y flechas a cual más pintorescas y novedosas, y el resto de la población, en todos los demás trabajos de fuera de la casa. Un día **Na to vá**, amaneció de mal humor y arrojó al suelo las armas de su marido **Chi chi cát**, ofendiéndole con palabras y ademanes. Para demos-

trarle que era valiente, el marido recogió sus armas y, sin hablar palabra, se metió al monte; tras él siguieron varios hombres y también su hermano **Câni câni**, quienes muy tarde, en la noche, le dieron alcance en una pascana. Al día siguiente los hombres que oficiaban de obreros se repartieron en cerería, y los hermanos se aproximaron al Río Mamoré —**Namá chorao**—, que es la que actualmente ocupa la barraca Warnes. Allí encuentran civilizados —**cara fó**— a quienes matan, salvando uno que corre y vuelve con otros armados de fusiles y se traba la lucha en la que mueren los dos hermanos. Los cazadores, al ruido de las armas de fuego, vuelven y encuentran el monte lleno de cadáveres de ambos bandos y muertos a sus jefes **Câni câni** y **Chi chi cát.**, cuyos despojos conducen hasta las viviendas caminando un día y una noche. Enfurecidos, recriminaron a **Na to vá** como causante de la tragedia y entre todos la flechan, la destrozan y riegan sus miembros en el monte para pasto de los buitres. **Chi muín** llora la muerte de su marido cinco años, y entre todos la reconocieron y dieron la autoridad del mando; murió de vieja, con los cabellos blancos y aún tenía en las mejillas el **fó ma muí**, o sea las huellas o señales del duelo.

CAU TA YO

Es el nombre que los **moré** dan a los indios de la banda brasilera, frente a **Moré**, y que no son otros que los actuales **pacanovas**. Dice la leyenda que **Tontau**, necesitando plumas de parabas —**samuín**—, que son las más primorosas y sabiendo que los **Cau ta yó** las criaban, organiza un paseo y, acompañado de sus hermanos y sus hijos varones, cruza el Río Iténez en la zona llamada **Tinn**, hoy Concepción, cerca del Forte del Príncipe de Beira, y sigue camino adentro hasta llegar a **Una fond** donde encuentra a los **Cau ta yó** en gran fiesta. Luego que llegan les invitan a comer, pero como vieran que lo que se estaba cociendo en un gran **U chún** era carne humana, se resisten a hacerlo, provocando con ello el eno-

jo de los dueños de casa, quienes con las flechas en los arcos les obligan a comer, primero las manos —**pitiche úm**—, después los pies —**pitiche tacát**—, hasta que dieron fin con todas las carnes sancochadas. Como hablan el mismo idioma, cada vez les preguntan si conocían esa clase de carne, informándole que ellos solo comían la carne de los **Carayano** matando a todos los que navegan por esa zona. Entonces **Tontau**, les dijo que eran carnes lindas y gordas, recibiendo esta declaración con muestras de regocijo y tratándoles como a hermanos. Diciéndoles **tipicati ye atín**, le hicieron beber chicha y le obsequiaron toda clase de plumas; ya al despedirse, uno de ellos le tomó por el brazo y palpándole las carnes, puesto que **Tontau** era gordo, le hizo comprender que estaba como para ser devorado. **Tontau**, temiendo ser una víctima más, tomó resueltamente sus armas y acompañado de sus familiares se despidió, a lo que, los **Cau ta yó** prometieron matar a otros civilizados para quitarles sus cuchillos y trazados y obsequiar estas prendas a los visitantes. **Tontau** volvió a su monte **O cóm**, contó a todos sus familiares la fantástica visita y no volvió jamás a repetirla. Desde entonces, los indios **moré** saben que los de la banda brasilera hablan su mismo idioma, pero que comen carne humana, por lo tanto, también, les llaman **Caere nám**.

NICANOR MALLO

Don Nicanor Mallo Orgáz, geógrafo, historiador y tradicionista, nació en la ciudad de Sucre el 17 de junio de 1873 y murió en la misma ciudad el 30 de septiembre de 1944.

El escritor Mallo, más historiador que geógrafo y tradicionista, dió muy poco a las letras nacionales, en relación a lo que prometía en su juventud estudiosa e inquieta por la investigación histórica. Es uno más de los intelectuales bolivianos marcado por aciago destino. A Mallo lo frustró el medio y su poca entereza para enfrentarlo. Bolivia es áspera para las cosas del espíritu, es pueblo que solo vibra el ajetreo político o a la voz de sus pseudo-líderes. Aquí el escritor tiene que enfundar su alma en coraza de hierro, sin flaquear un instante y luchar frente a frente contra la impostura y la politiquería, o sino está obligado, como Mallo, a refugiarse en el alcohol y ser pisoteado por la bestia apocalíptica de una sociedad ignorante.

Como geógrafo Mallo reduce su producción a un **DICCIONARIO GEOGRAFICO DEL DEPARTAMENTO DE CHUQUISACA**, tercer tomo de una obra que se preparaba en escala nacional. Ya habían sido publicados los diccionarios del Departamento de La Paz en 1890 por Manuel Vicente Ballivián, de los departamentos de Cochabamba en 1901 y Oruro en 1904 por Pedro Aniceto Blanco.

El diccionario preparado por Mallo es un indudable aporte al estudio de la geografía de ese departamento. La **INTRODUCCION**, justificación de su obra, divide en: I Importancia y utilidad de los diccionarios geográficos; II Orografía e Hidrografía; III Fincas, terrenos de origen, aillus, etc.; IV Provincias, Cantones y Vice-Can-

tones; V Riqueza animal, vegetal y mineral; VI Población y razas; VII Etimología y escritura y Conclusión. Cada uno de los capítulos cortos en extensión, apuntala al diccionario, ampliando la información sobre ese departamento. El diccionario de Mallo investigación paciente y útil, "contiene cerca de 5.000 voces, y se halla ilustrado con noticias históricas y estadísticas".

El cultivo de la tradición fue para Mallo la preocupación literaria que más tiempo le ocupó. Publicó dos series de tradiciones, en 1918 la primera y en 1925 la segunda. Lamentablemente no logró dominar el género y sus tradiciones, en su mayoría carecen de amenidad; más parecen documentos antiguos escritos de cierta manera moderna.

La tradición es una especie de cuento con un ochenta por ciento de labor creadora del autor. Es necesario elaborarla, hacer literatura tomando de pretexto una anécdota o un documento. Los datos históricos cuentan, son imprescindibles, pero no representan todo. Como en cualquier obra de creación el éxito de la tradición también depende del tratamiento que se da al tema escogido.

De ambas series escogemos tres tradiciones que a nuestro parecer son ejemplos representativos de la obra de Nicanor Mallo en este género literario.

¡AY! GRAS, TE CASARAS, PERO MORIRAS

NICANOR MALLO

Dama de alto coturno y de cuartealeado abolengo, érase que se era doña Juanita Tudó, de ojos rasgados y tentadores, habitadora de casa de cerrojo y cadena, solícitamente servida por esclavos y esclavas, cual se estilaba en esos tiempos del miriñaque y del bailecito **agua de nieve**.

Vivía la susodicha en la calle de Buenos Aires, actual calle de los Bancos, hoy España, y rondaban su casa apuestos galanes, codiciosos de su encantadora hermosura, contentándolos a todos con un guiño, un si es no es picaresco y tentador.

En la misma casa habitaba también don Casimiro Corro, antiguo y ejecutoriado bibliotecario, quien llevaba en las concavidades de su mollera, todos los versículos y notas de la Biblia políglota: por eso, precisamente, era bibliotecario. Pero este señor era, como reza un adagio vulgar, gato con guantes no caza ratón, reduciéndose su papel a ciertas observaciones, de carácter pasivo, más muy reveladoras de lo que el curioso lector sabrá enseguida.

Aberraciones nunca faltan en este pícaro mundo, que mundo al fin es, y entre ellas debería colocarse la del negrito José Manuel, que por ser negro indudablemente tuvo la más negra y arrastrada suerte.

Es el caso que nuestro negrito tenía el privilegio de peinarla diariamente, en su tocador, a la damisela Juanita, y lo hacía con tanto mimo y halago, que el menos avisado habría podido advertir que el dios ciegucecito se descolgaba por ahí...

Esto es lo que observaba, muy pacíficamente, don Casimiro Corro, diciendo para su colete: "Siento humo, algo se quema".

En tanto que los mimos y halagos de José Manuel pasaban inadvertidos para Juanita, que tenía numerosos rondadores, el amor de aquel, que no otra cosa era, iba in crescendo, como las llamas de un incendio. Y la otra... ni por pienso.

En estas y las de más allá, arribó a la ciudad un señor Gras, de noble alcurnia y honorables antecedentes, natural de la Argentina, que venía con negocios particulares.

No tardó mucho en trabar relaciones estrechas con la familia Tudó, y, ¡es claro!, verla a Juanita y apasionarse locamente, perdidamente, fue obra de muy poquísimo tiempo, tanto que aún creemos emplear alguno más, simplemente en narrarlo.

Juanita, tan esquiva y desdeñosa para otros galanes, se ablandó muy suavemente y aguzó con toda solitud sus oídos, ante las almibaradas palabras que le dirigía el doctor Gras, que doctor era, y de rechupete.

Aquí de los furibundos celos del negrito, que veía en Gras un ente extraño, inconcebible, metiéndosele en su duro caletre el sombrío espíritu de la venganza.

Amena tertulia y varias distracciones se improvisaban casi cada noche en la casa de la señora Rosa Lemoine, cita en la calle del Comercio, actual calle Calvo, concurrente asídio a estas reuniones inocentes era el señor Gras, y después de apurar sendos vasos del rico sonosuco, se retiraba a lo de su adorada Juanita.

Muchas noches ya pasaban que a cierta hora, como alma en pena, cual otro Sator Pareja, un hombre, con poncho blanco, mojeño, bien calado y sombrero de anchas faldas, que le tapaba casi todo el rostro, cruzaba las calles Comercio y

Buenos Aires, gritando con voz cavernosa y fatídica: "¡Ay! Gras, te casarás, pero morirás".

Alarmada venía la vecindad con tan curioso modo de ser de este raro nocturno, hasta que en casa de la señora Lemoine previnieron al señor Gras de las amenazas de que era objeto. Pero, a este ni pizca que se le dió, porque era, como se dice, un hombrecito de pelo en pecho y de armas llevar. Y seguía la cantaleta: "¡Ay! Gras, te casarás pero morirás".

Arreglado el matrimonio, se realizaron, con gran fausto y pompa, las bodas de la simpática señorita Juana Tudó, y hubo jolgorio y baile y jaleo y **agua de nieve** y lo demás.

La terrible pasión de los celos, hizo entonces su fenomenal crisis en el pecho del negrito José Manuel, quien se resolvió definitivamente de llevar a cabo sus depravados intentos: matar al Dr. Gras.

Tres días pasaron del dichoso himeneo y la feliz pareja iba rumbo al norte, con viento en popa y brújula segura.

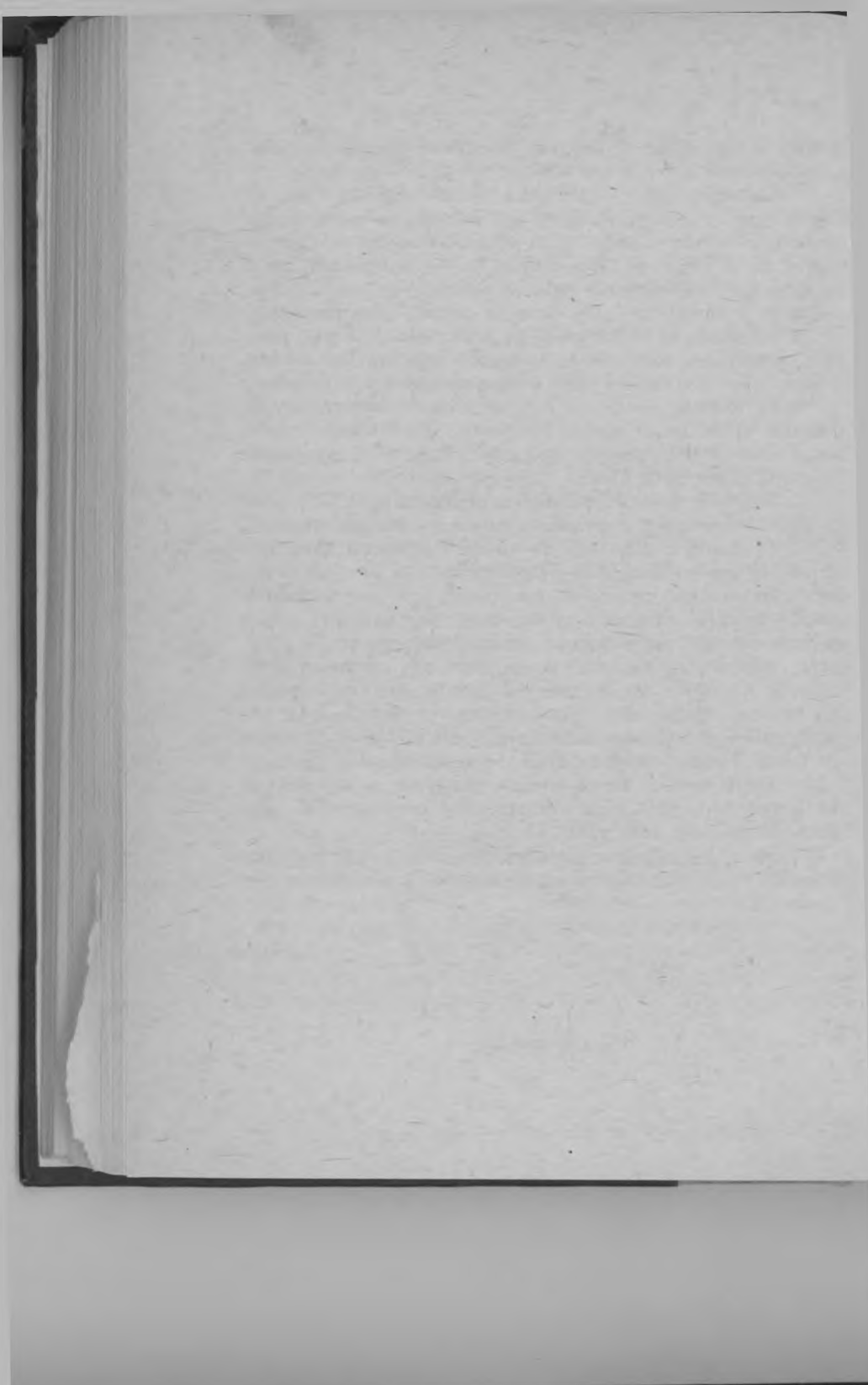
La cuarta noche salía de su casa el doctor Gras, con objeto de ir a su consabida y honesta tertulia, en casa de doña Rosa Lemoine, cuando al transponer los umbrales de la puerta de calle, recibió, a quema ropa, dos fusilazos que lo dejaron tendido, revolcándose en su propia sangre.

Alboroto, gritos, alarma, en tanto que corría en dirección de Kcuripata, un hombre con poncho blanco, sombrero de grandes faldas: era, precisamente, el negrito José Manuel, quien, a poco, fue hecho preso, encerrado en la cárcel de Corte, juzgado sumariamente y sentenciado a la horca.

Dicen que en su encierro y aun al ser suspendido en la famosa N de palo, seguía imperturbable, repitiendo: "¡Ay! Gras, te casarás, pero morirás".

He ahí a lo que expusieron unos ojos garzos y de provocativo mirar, una cabellera espesa, rubia y ensortijada y un andar clmbreador y donairoso

¡Cuidado con las tentaciones!



EL ORIGEN DE UNA COPLA POPULAR

El gran héroe anónimo, que tiene a veces hermosas proyecciones de virtud y justicia, el pueblo, eterno peregrino de las sociedades humanas, es el que mejor sabe Interpretar en ocasiones dadas, los sentimientos de odio y aversión a personas que han resultado aborrecibles por sus hechos o por sus dichos, porque han sido unos bichos... feos, cobardes y maltrechos.

Aguja de acerada punta, que hiere fuerte cuando punza, son las coplas populares, epigramas sangrientos de ese poeta sin lira, que ni bebió en Helicon, ni subió por la suave pendiente del deseado Pindo. ¡Guay! qué iba a subir, este descamisado impenitente, carne de cañón, músculo nervudo de la máquina social, espectro siniestro de la miseria, y qué más? Que al ir por lana, casi salgo trasquilado, es decir, que por escribir una tradicioncilla popular, casi salgo emplumado, que es mucho peor que salir sin lanas, porque... en fin. Uds. ya lo saben, entre lana y pluma la diferencia es suma; y siga y suma, fragante flor de ariruma. ¿Dirán que es verso? Nada de eso; el que van a leer los que sigan con paciencia recorriendo estas líneas, eso sí que es verso, hecho y derecho, que ni los del **Tata Vallejos**, que era un famoso y renombrado desembuchador de acrósticos, todos ellos en homenaje de Dn. M. M. (léase Mariano Melgarejo).

Don José Manuel de Goyoneche, era un arequipeño de tan malas entrañas, que si hubiese vivido en tiempos de Poncio Pilatos, estoy seguro que habría gritado: "¡Crucifícale! ¡Crucifícale!". Si sería píldora dorada el ferrocarril... o, quise decir el Conde de Guaquí; (tanto me preocupa el ferrocarril de Guaquí, que se me ha escapado sin querer, no el ferrocarril, sino la idea de él, Perdón, lector). Este don Manuel, como bien lo sabréis, cuando nuestra enfermisa madras- tra se hallaba de parto, vino con artas reservadas e instrucciones secretas, según decían los que tienen vellos en la blanda, de la Junta de Sevilla, del Gobierno Francés y de la

Serenísima o serenada Princesa del Brasil, doña Carlota Joaquina de Borbón. Vino por Buenos Aires, habló con Liniers, y ¡cataplún!, se coló de ronda y rondín en ésta ciudad de los Charcas. ¿Qué nuevas de tan mal agüero traía el fatídico mensajero? ¡Qué iba a ser, pues! Lerdos nosotros; que estando la madrastra en serios aprietos, los hijastros querían pan con azúcar, es decir, la herencia directa, aún cuando sea sin beneficio de inventario. Unos dicen que sí y otros dicen que **nó**, pero, lo cierto es que Goyeneche trajo instrucciones de doña Joaquina, para someter a su obediencia esta América de los Cid y de los Pelayo. Ya desde entonces, y aún desde mucho antes, se manifestaban las ambiciones de los señores **portuchaos**. Pero, ¡qué queréis! —Cuándo la **berruga** no quiso ser **berrugón**?...

Su venida y los rumores que se esparcieron con tal motivo, alborotaron el cotarro de todas las almas vivientes de esta mi querida ciudad.

Acaecía esto en 1808, que es como si dijéramos antes de ayer, y se hallaba de Presidente de la Real Audiencia de La Plata Dn. Ramón García León de Pizarro, quien fue el que papel principal jugó en nuestro bendito 25 de Mayo de 1809. El bajo pueblo, y aún el alto, que son unos famosos husmeadores, columbraron que de algo grave se trataba, al ver las continuas conferencias y secretos entre enviado, presidente y arzobispo; y allí era lo de las coplas, dicarachos y jerigonza callejera que ponían hechos unos guindos a los hijos de la **madre patria**, hasta que vinieron a rematar en aquella redondilla del cochabambino Luis Manuel de Terrazas, que decía:

"Un Pizarro ganó las Indias,

"Otro Pizarro las perdió,

"Mas el Indiano Terrazas

"Al segundo lo rindió".

Aunque el verso es pati-tuerto y manco por añadidura, pero en cambio, nos demuestra que el tal Terrazas era un muchacho de hígados.

Don Ramon Garcia León de Pizarro, tenía situada su casa en la que hoy es calle Azurduy, o a la última moda, calle N° 39, y es la que en la actualidad pertenece a los herederos del Dr. Marcial Barrientos. Vanidad de soberbio mandatario, lujo inusitado en aquellos dichosos tiempos o sea lo que fuere, ello es que Don Ramón hizo embaldosar la pertenencia de su casa, hasta la media calle; y cualquier curioso transeunte habría todavía podido ver en estos tiempos de ogaño, aquel soberbio adoquinado, que aun se ha conservado ahora último, y ojalá se hubiera conservado no más, porque ese era un verdadero **monumento histórico**. Y por qué no rogamos, para que ello hubiera sido así, a San Juan de Dios, que es un santo tan bueno?... ¡Oh! dichasas lozas, que besásteis la suela de los zapatos de Pizarro! ¡Quién como vosotras!

El tira y afloja entre Presidente, Arzobispado y Oidores, continuaba con más vehemencia, que cuando a uno se le clava el diálogo entre ceja y oreja; no hay exorcismo ni plática cuaresmal que tenga eficacia para hecharlo.

Por fin se consiguió el que se reuniese el claustro de doctores, los que después de una madura deliberación y de otras consideraciones de política trascendental, resolvieron decir a doña Carlota que ¡nones! y que se vaya con la música a otra parte. ¡Viejos bellacos! Esto, sin duda, sulfuró a Don Ramón y le revolvió toda la bilis de que, como buen godo, era andante depósito. Ya me lo figuro yo a este bilioso caballero, después de haber leído la contestación del claustro de doctores, hecho una furia, mesándose la barba. (No se si la tendría), taconeando y maldiciendo, y diciendo cositas que no sabían a mieles, en fin, próximo a reventar como dicen que reventó Luzbel, cuando cayó de la mano de Dios, y de ahí nacieron los mil diablejos que infestan ahora el mundo católico, porque es sabido que los diablos, no conocen otra generación que la por reventazón.

Es a esta época, indudablemente, a la que se refiere una coplilla popular, que mostraba muy a las claras, el odio y mal afecto que ya se tenía a Pizarro, y ante todo, y en su persona, a la dominación española, que se quedaba así...

sóla..., sóla... En calles y plazas, acompañada con vihuelas y flautines, al amanecer y al anochecer, se oía constantemente cantar:

"Ahí baja Pizarro
"Por el enlosado,
"Derramando chispas
"Como un condenado".

Y realmente debería estar condenado el hombre, pero condenado a sufrir mil humillaciones, hasta el extremo de rendir las armas y darse por preso, que no hay deuda que no se pague ni plazo que no se cumpla.

¿Habría algún jolgorio, bautizo o fiesta de la epístola? Pues, se reunían cuatro o seis descamisados, y libando sendos tazones de americano ponche, menudeaban:

"Ahí baja Pizarro
"Por el enlosado,
"Derramando chispas
"Como un condenado".

Llegó la hora en que la América debía cumplir sus grandiosos destinos, y el 25 de Mayo de 1809, dijo: "adios mamadera, que yo ya soy casadera", y como golondrina recién emplumada, se lanzó por el espacio, en busca de los purísimos Ideales de libertad e independencia. ¡Y vaya si los realizó!

La lucha fue cruenta, y entonces empezó a ofuscarse aquellos de: "A Castilla y León, Nuevo Mundo dió Colón", y se convirtió en "A Castilla y León se les cayó el caserón". Y fuimos libres y nos independizamos, quedándonos en nuestro **uti possidetis**, que no es la posesión de derecho, como creen Uds. —sino quiero esto porque es rico—, y ¡zán! se acabó, y venga cualquiera a pagar los vidrios rotos.

MASCARITA, SOY EL GENERAL MELGAREJO

(Un chasco de Carnaval)

El eminente escritor Vargas Vila, dice en sus "**Providenciales**", refiriéndose al General Melgarejo: "Este tirano no tiene biografía. Su historia fue su crimen. Oscuro, ebrio, brutal, fue por sus vicios una especie de Andueza Palacio, pero **masculino** y con machete". No hemos leído apreciación más sangrienta y terrible, por lo que se refiere al mandón del sexenio.

Para nosotros, Melgarejo es algo así como un ser híbrido y raro, que en sus espasmos de fiebre alcohólica descendía ciencodos bajo el nivel de la bestialidad, y en ocasiones demostraba arranques de generosidad, que contrastaban con sus hechos de César del crimen. En otras tenía ciertas humoradas o expansiones, que ahora las conocemos bajo la sugestiva de **Melgarejadas**. Pues, señor, y es de una de ellas que voy a ocuparme en las líneas que a continuación se leerán. Y para **introito ad alterem traditionis**, basta con lo dicho.

A los adeptos del General Belzu, como expresión de menosprecio, los llamaban **pajueleros**, pues, que la gente pobre era la que en general se ocupaba de fabricar adminículos para producir luz, que ahora han sido sustituidos con las aristocráticas cerillas. ¡Si habrá progresado el mundo!

Los **pajueleros** no solamente estaban formados por el sexo barbudo, sino que también, y no por naturales progresos

del feminismo, había **pajueleras**, que eran capaces de renunciar excelentes proposiciones de escuchar la Epístola de San Pablo, por seguir las huellas y la política del **pajuelerísimo** General Belzu. Era de verdad, según cuentan los parientes de Matuzalem, era de ver los festejos, guiños, morisquetas, zalamerías, ojos que miran y corazón que quiere, con que halagaban a Don Manuel Isidoro. Y era también expresión corriente en aquellos tiempos la de "**viene Belzu**", y el abrirse de puertas, ventanas, balcones, etc., esperando sin duda, las escandalosas **jurás**, o derroche de metal blanco siendo muy común que el **pajuelero** se entrase con toda su comitiva a los monasterios, a abrazar y halagar a sus queridas monjitas, las que le obsequiaban merengues, caramelos y pastillas, para el cuerpo, y escapularios, novenas y **detentes**, para el alma. Entrarse un engalonado, con todos sus satélites, franqueando los generalmente infranqueables muros de un Monasterio. ¡Qué escándalo y sacrilegio! Con razón murió Belzu como murió; ¿lo sabéis cómo? Sin confesión y asesinado. Pagó sus culpas.

¿Pero a dónde me lleva esta pluma, que quiere ensayar en baturillos tradicionalistas? Iba del fatídico barbudo, y salgo con el hipócrita poopeño. ¡Ah! esto es, ya me acuerdo; digo, pues, que los cofrades de la institución **pajuelérica** (belzista), eran enemigos acérrimos de los cofrades de la otra institución tiránica (melgarejistas) mezcla de alcohol, leyes, política y amoríos, que era como si dijéramos, un puchero condimentado en los enormes calderos del infierno, por Luzbel, Judas, Belzebú y Satanás, que es el cocinero mayor, según me lo ha contado el tata Zerna.

Partidaria decidida del **pajuelerismo**, era una mujer llamada Rosa Hernández, quien tenía francas las puertas del Palacio, y pertenecía a ese enjambre de palaciegos, que nunca faltan en ningún tiempo ni país, así como no faltan cínifes de agudo trompetín donde la rica miel abunda; o sino que lo diga... ¿quién? cualquiera. La dicha doña Rosa, tenía una hija muy bonita, de nombre Justa Revilla, que en la época a que hago referencia, se encontraba en sus quince primaveras, y por lo airosa, coloradita y llamativa, parecía una guin-

da, la más rica en exuberante guindal, que a todos los golosos descendientes de la línea adánica les decía: "Comedme porque si no me van a escabechar". ¡Si sería prenda de interés la remilgada muchacha!

Uno de los golosos más insaciables de las guindas del guindal femenino, era, pues, el General Mariano I del Alto Perú, como sin duda habréis tenido ocasión de saberlo. Si el travieso Cupidillo, le clavaba una de sus agudas saetas, aquel perdía el juicio y no paraba mientes en la naturaleza de los medios empleados, para dar cima a sus depravados intentos. Melgarejo era un Sátiro con galones y charreteras.

Se trataba de festejar el Carnaval de 186... y las cosas pasaban en esta ciudad de los cuatro nombres y de las siete patas, como dijo el otro; en la plaza principal esperaba la multitud, ansiosa y loca de alegría que venga la **entrada de máscaras**. El Presidente de la República se encontraba en bastante fundamento que la señorita Justa estaría en el balcón de la **alojera**, esperando también la instalación de la pagánica fiesta de Carnestolendas. Pues, señor, las miradas del Sátiro se encontraron de improviso con las de la cándida paloma, y aquí fue, sin duda, el arder y rebullir de la sangre negra del tirano, las violentas crispaturas nerviosas, la intermitencia del cálido aliento de la fiera impúdica, al imaginar los goces que podrían proporcionarle su posición, su carácter audáz y sus doradas monedas. La casta e inocente doncella, le **llenó el ojo** al General, quien llamando a un lado a uno de sus edecanes, le dijo: "Ha visto usted en tal balcón a una mujer que **yo la quiero**? —Pues bien, la sigue usted, después de la entrada, hasta su casa, y anuncia usted que estaremos a la noche de visita". Y como cuando canta el carretón no canta la carretilla, el servil edecán obedeció y cumplió en todas sus partes la orden intimada. Ahora dejemos un momento al Presidente y su adlátere, para ver la impresión que produjo a doña Rosa y su hija, tan singular y atrevido recado.

"¿Esas tenemos? ¡Hola! ¡hijo de oscura noche y recia tempestad; ya verás quien es la **pajuelera** y cómo recibe a los visitantes que traen harina de otro costal!". Y diciendo

esto, salió e invitó a varios Tenorios pisa verdes y pinganillos, recomendándoles que ojalá viniesen disfrazados, porque se trataba de un chasco de carnaval. Los invitados estuvieron puntuales, a la cita, y se presentaron con dominós y antifaces, como seis u ocho jóvenes; el escenario era una tienda de regular aspecto, y en cuanto entraron los máscaras, estalló el Dios Momo, improvisándose una jarana, de las más entusiasmadas y alegres; música, bailecitos lugares, cantos, gritos, chirridos, algazara, en fin, parecía que una compañía de andaluces se había colado a la tienda, porque según se sabe los tales andaluces son muy bulliciosos y alboroteros. Participóles doña Rosa que debía venir el General Melgarejo, y les dijo que le riñeran lo mejor posible, a fin de no dejarle hueso sano en el cuerpo, ni bigote cerdoso en la cara. Allí fue lo de los planes y proyectos, constituyéndose en Parlamento abierto los estantes y habitantes de la tienda que no se quedaría a la zaga de ninguno de los congresos bolivianos, especialmente de la Convención de 1889 y del baturillo de 1902. Seguía ardiente la discusión, hasta que uno de los entusiastas se levantó y cerró la puerta, asegurándola lo mejor que pudo y poniéndola a salvo de cualquier asalto que pudiera realizar el goloso Presidente; luego, dirigiéndose a sus camaradas les dijo: "Ahora que venga ese pillastre de Melgarejo, y siga la jarana".

Las 10 de la noche serian por filo, cuando el General salía de su palacio, disfrazado, en compañía de su predicho edecán, que también lo estaba, y caballero andante, embutido en oscuro dominó, lanzóse el déspota mandatario en pos de aventuras amorosas, que también tienen fibras delicadas los corazones de los Presidentes. ¡Claro! que no por pertenecer a Presidentes, han de dejar de ser carne, aunque según opinión de sabios hipocráticos, el de Melgarejo tenía un cartilago, razón por la cual era tan malo, audáz, y perverso. ¡Pobrecito! si eso es cierto, en nada tenía la culpa, porque nació con esa estrella, o quise decir, con ese cartilago.

Tenía que cruzar casi toda la ciudad, pues la torcaza colocó su nido en uno de los barrios más escusados. Llegó jadeante a la puerta y tocó con imperio; la jarana se convir-

tió en un silencio profundo, hasta que el más valiente de los jóvenes preguntó desde adentro: "¿Quién va?", y una voz aflautada respondió desde afuera: "Abra usted y sabrá quién es". Aquí fue Troya: todos los jóvenes, también disfrazados, se acercaban a la puerta, uno por uno, y le echaban una tanda de dicterios, injurias y palabrotas de tan subido color, que eran capaces de hacer resaltar el carmín del bochorno y la vergüenza al más impávido sargento de caballería, o al más craso marinero de un vapor que se va a pique. El Presidente aventurero, ya casi en derrota, pero aún con la esperanza del triunfo, decía desde afuera: "Abreme **mascarita**, soy el General Melgarejo", y contestaban desde adentro: "¡Hola! ¿el General Melgarejo? qué petimetre, piltrafa, desconocido, sopla mocos será usted que viene a tomar el nombre de S.E. para conseguir que se le abra, Vaya usted a mala parte, y ojalá le parta su dura calavera, una centella que le envíe San Miguel Arcángel!". Iban así las cosas y seguía con más vehemencia el tira y afloja de los sitiados y sitiadores: los de aquí que sí y los de allá que no, hasta que Doña Rosa, ya con los humos alcohólicos en la mollera y más que todo sulfurada por tan pertinaz ataque, se levantó de su asiento y acercándose a la puerta empezó su retahíla de la manera siguiente: "Con que usted es el General Melgarejo? Ira de Dios, malandrín, follón, tuerto al revez y al derecho, cara y barba de chivo divorciado, cojo, cojín y cojete, sapo aplastado del Guadalete, hijo de la pastelera de la esquina, ¿cree usted que no lo conozco? Miren que oso con pantalones, víbora por su veneno y zorro por su astucia. ¡Ha se visto atrevimiento sin igual! Mañanita, a primera hora, he de ir al palacio, a participarle a Don Mariano que un insolente y malcriado como usted ha venido aquí a querer faltar tomando abusivamente su nombre. ¡Perulero vergonzante! Por último, si usted es Mariano Melgarejo, sépaselo que yo soy **pajuelera**, y ninguna de mi calaña recibe así nomás a nadie. Váyase con la música a otra parte, y siga la **jarana**".

El entusiasmo subió de punto; la algazara era fenomenal, de aquellas que sólo se explican en días de Carnaval. ¿Y

qué fue de Don Mariano Melgarejo? Que al ver su completa derrota y descorazonado por tan inesperado lance, retiróse cariacontecido a su palacio, no sin antes encargar a su edicán que se haga el muerto cuando se le pregunte algo acerca del tan singular incidente. Un Jefe de la Nación derrotado vergonzosamente por una mujer, que pertenecía al belzismo más intransigente y acalorado. ¡Qué bochorno!

Tenemos que convenir que la **pajuelera** Rosa Hernández, era una mujer de armas llevar y más astuta que personaje de drama de capa y espada. ¡Vaya si lo era!, cuando enseñó a todo un General Melgarejo cómo se calzan treinta puntos y que al Sol no se vá por vapor! Desde entonces no volvió a acordarse de la guinda codiciada, ni ésta de aquél, así como yo de ninguno de los dos.

ROSA MELGAR DE IPIÑA

Doña Rosa Melgar de Ipiña, pedagoga y novelista, nació en el departamento del Beni el 14 de octubre de 1914.

Por sus escritos publicados estamos frente a una maestra inquieta que ha incursionado en la novela con acierto. Dos son las novelas de la señora Melgar de Ipiña: MAURA y LA CIUDAD CRECE.

LA LEYENDA DE LA CARRETA pertenece a la literatura oral de ese departamento, es la más popular. Otros escritores también la narraron pero no con la simpatía y síntesis que lo hace la escritora Melgar.

THE MOUNTAIN OF THE

The first of the three parts of the book is devoted to a description of the mountain of the ... and the second part to a description of the ... and the third part to a description of the ...

LEYENDA DE LA CARRETA

ROSA MELGAR DE IPIÑA

La carreta tiene también sus leyendas. En todo el mundo es conocida la historia de la "carreta fantasma". En el Beni y Santa Cruz, existe la del "carretón de la otra vida". Cuentan las viejecitas, esas ancianas que usan todavía el mantón de seda negra, que el carretón fatal, cuando hacía un viaje "para llevarse a alguien", sorprendía a las gentes recogidas en sus lechos con súbito ruido. Era tan terrorífico ese ruido que el cuerpo se sacudía con un estremecimiento helado, como si la mano de un muerto rozara la espinal dorsal de quienes lo escuchaban. La carreta se detenía en una determinada casa, y el ruido cesaba. De allí el carretón se dirigía al cementerio, llevándose el alma del pobre condenado; porque la carreta solo conducía a la otra vida, a los perversos.

No faltaban quienes aseguraban haber visto el fantasmal vehículo al recogerse a sus casas, en horas avanzadas de la noche. "No tiene bueyes —decían— pero lo guía un carretero envuelto en una capa negra que solo le deja la cara y las manos en descubierto. Cara de calavera y manos de huesos".

Mi abuelita solía narrarme con voz emocionada, cual si ella mismo hubiera sido testigo del cuento que les voy a referir ahora. Después de la merienda, mientras temblaban las luces en altos candeleros, hacía el relato.

"Los indios itonamas, tienen la costumbre de prender fuego, antes de la siembra, a los grandes pajonales de las

pampas. El fuego arrastrado por el viento, invade de inmediato la llanura y aquello parece un mar de olas llameantes. El incendio es necesario para limpiar de víboras y animales dañinos el campo; y para hacer más fértiles las tierras. Pero una vez, sucedió una desgracia. Todo por un hombre a quien todos conocían, a causa de su terquedad. El iba con su esposa, cruzando la llanura, en el carretón. De pronto ella dijo: —¡Mira Pablo!, por el lado que vamos, han quedado la pampa. El bosque estará ardiendo... ¡Mira el cielo!...

Era el atardecer. La luna había salido y parpadeaban las primeras estrellas. Por el lado opuesto al occidente, el cielo parecía inflamarse. Estaba rojo. Y todo quieto. No se percibía ni el rumor del vuelo de las aves.

—Es mejor que esperemos aquí. Para el carretón, Pablo, por favor...

—Mañana tenemos que estar en Magdalena —respondió él— ¿Perder yo una noche de luna como ésta No estoy loco.

—Pero Pablo, mira que podemos morir entre las llamas...

—Está dicho. Es mi voluntad.

Siguió avanzando el carretón... Días más tarde, se encontraron los cadáveres del hombre y la mujer carbonizados, suspendidos de la rama de un tronco gigantesco. Del carretón, sólo habían quedado las herramientas.

Desde entonces, cuando hace mal tiempo, los viajeros que tienen que pasar por aquel sitio, oyen gritos desesperados, como de gentes que pidieran socorro. Y escuchan algo parecido al estrépito de un enorme carretón que se estuviera partiendo... Y parece que se revolcaran dos bueyes dando fuertes resoplidos de agonía...".

Vieja carreta, símbolo de la época en que todo era bueno. ¡Cómo rodábamos contigo, fuera de la órbita impetuosa de las estancias y de los tiempos abreviados! ¡Estamos muy lejos todavía de la perenne angustia de querer alcanzarlo todo, todo en el loco correr de un solo día!

ZACARIAS MONJE ORTIZ

Don Zacarias Monje Ortiz, dramaturgo, novelista e historiador, nació en la ciudad de La Paz el año 1896.

Es otro escritor boliviano que empieza su labor literaria con el género teatral. De la extensa producción que le adjudica y publica sólo los títulos Arturo Costa en su mamotreto de bibliografía, una mayoría de ellos no se han publicado hasta la fecha o el fichaje de Costa adolece de fallas, porque no se apunta el pie de imprenta de cada uno, ni el número de páginas, ni el formato, como acostumbra hacer con otras obras el mismo Costa. De tres títulos nos consta su existencia: SUPAY MARCA (Teatro); SUCA-SUCA MALLCU (Biografía novelada) y FUNDACION DE LA CIUDAD DE LA PAZ (Prehistoria, historia y tradición).

Si Monje Ortiz no fuera tan sul-générís en su estilo literario, que a momento llega a ser ininteligible, creemos que habria estado en primera línea de los escritores bolivianos. Sabe investigar, conoce mucho del archivo patrio, las fuentes orales toma en cuenta, en fin tiene todo para ser un excelente escritor.

La tradición paceña que Insertamos: AQUELLA CALLE, LA CHOLITA Y EL CORREGIDOR ESPAÑOL. Indudablemente es una pieza de antología. Escrita con gracejo y conocimiento de La Paz antigua. Infortunadamente, Monje Ortíz detuvo su obra de tradicionista en una tradición.

AQUELLA CALLE, LA CHOLITA Y EL CORREGIDOR ESPAÑOL

ZACARIAS MONJE ORTIZ

Hace como tres siglos que la actual calle Figueroa, por las diabluras de la donosa y garrida chola, **La Chepa**, y del caballero de Alcántara, su excelencia don Juan Antonio de Mesa Lugo y Ayala, lleva por añejo remoquete el apodo de **Supay Calle**.

Saliendo de la plazuela de los frailes franciscanos, por la vía que parte hacia el Este, entramos en la calle de Figueroa, que recuerda a aquel don Juan Antonio, el glorioso sastre gallego, de siete vidas, que pagó con las mismas el intento de independencia que iniciándose el 16 de Julio de 1809 terminó a fines de enero de 1810, al lado de los otros americanos sacrificados por el **khala Goyeneche**.

Figueroa se llama desde hace poco la **rúa**. Antes de recibir tan egregio nombre, no tenía oficialmente ningún otro. Pero la ciudad colonial y republicana no podía dejar sin denominación una calle, una esquina o un recodo, así que, de una manera universal ella era conocida por **Supay Calle**. Es decir la calle de Mefistófeles o del mismísimo diablo de cien cachos. ¿Sería porque a su vera hublera localizado la santa Inquisición antros donde floreciese la **magla negra**? Nada de eso ni ocho cuartos de lo mismo. El nombre se debe a muy

riente picaresco motivo, a un algo que evoca la libérrima y enjundiosa crónica de la donosa andaluza, aquella mondaría, bocado de cardenales y grandes capitanes, de los tiempos en que en Roma el pendón de España flameaba sobre sus colinas y palacios.

La leyenda paceña ha llegado hasta nosotros, pues perdura así mismo el castizo nombre de la calle. Pero quien le diera al asunto el valor de una discreta y bien sorteada síntesis histórica, fue un ingenio de esta villa, el presbítero muy ilustre don Nicanor Aranzáes. Amasijo hagamos de tradición e historia, y plugiera a N.S., la Revoltosa Morena Virgen del Carmen, que saliéramos bien del trance para su mayor gloria y la de su pueblo.

* * *

Ella era de garrideza tal, que toda la recoba y cuanto pintiparado había solían rendirle parias sin vacilaciones. ¡Campanitas del Loreto, bronces desaparecidos que sonaban más a prisa cuando la **Chepa**, dejando el puesto de frutas, tomaba el rumbo del templo para ir a cumplir con Dios, ya no estáis en el conjunto de las cosas nobles para pedirlos reviváis la escena dominguera, que ya no ha de ser, por siempre jamás!

Apenas notaba que sus botitas de cabritilla o de felpa se ponían algo contrariadas, daba órdenes al zapatero, al mejor del gremio, especialista en los tacos luisoncenos. Las polleras plisadas de floreados brocados y del no menos valioso "gros" de aguas, no eran ceñidas a su talle de guitarra sevillana más de una vez. Lucía a diario las blusas faldonas que se transparentaban al intento, para dejar ver lo pura, lo limpia y lo fresca que era toda su personita. Y sobre la testa redonda, que peinaba la renegrida cabellera, rematando en las dos trenzas largas y oscuras como dos noches consentidoras de invierno, realizaba los más audaces equilibrios el sombrerete de ala corta y copa alta, blanquito siempre como el blanco Mili-mani. El cutis aterciopelado le envidiaban los duraznos de Luribay. Tipo de mestiza, de la estirpe paterna tal vez tenía el

color agareno y los ojos negros que parpadeaban remolona-mente. Y de la madre el alma melancólica y el cuerpo con temple de acero y carnes prietas y bien bruñidas. Allá, cuando se iba con el grupito parrandero, al "apthapi" del miércoles de ceniza, a la Romería de Cristo de Obrajes, luciendo la manta chulapona de legítimo Manila, daba la hora. Erase un relojito con cuerda para muchos años, y cuyos campanazos se oyen todavía a los tres siglos de andar el mundo dándole rodeos al sol.

* * *

Habiase sentado en aquel sillón de los corregidores, que casi recibe el peso de la humanidad de don Miguel de Cervantes Saavedra —hoy sitio reservado a los alcaldes de La Paz—, desde el 15 de diciembre de 1681, el excelentísimo señor general y caballero de la orden de Alcántara, don Juan Antonio de Mesa Lugo y Ayala, gallego de origen, que vino para hacer la América como servidor del rey nuestro señor. Que si su gobierno fue fecundo en obras de tuición y de justicia, nada dicen los crónicas. A este personaje la historia sólo le toma por el lado del corazón... Pues que, a pesar de haberse traído a costas desde las Españas a su cara mitad legítima, doña María de la Encarnación Ayala, por amor de hembras que fueran canela en grano, él perdía el juicio, aunque cuidaba mucho del incógnito, pues ya que su fama de buen corregidor, no llegaría a sonar, por lo menos en sus correrías no quiso que se mezclaran los cronistas.

* * *

Pasado el toque de queda, es decir cuando, por mandato de la autoridad, no debían haber en las calles más títeres que los serenos (y los frescos que nunca faltan para burlarse de las leyes), el señor corregidor hablaba a su católica consorte de intrincados asuntos del corregimiento, y salía a correr, según lo decía, para ver de que sean efectivas las rondas en bien de la moral cristiana y seguridad del patrimonio

de los súbditos de S. M. Pero escogía siempre para sus actividades nocturnas, el gran chambergo armado y una amplia capa roja que le brindaba excelente embozo. Y el corregidor, que pisaba los talones de las rondas, por muy pocos momentos, daba algunos rodeos y llegaba siempre a la plazuela de San Francisco y se escurría por aquella callesita del riñón de esta muy amada ciudad. Rozando sus paredes, la silueta fantasmagórica, que a veces imprudente arrastraba el sable, paraba de andar, casualmente, o no, en el justo momento de pasar por la puerta de la casa de la flor de las populares hembras paceñas, por la puerta labrada en cedro de la **Chepa**, que esperaba con zozobra el momento de descontornar el postigo, y dar paso al amo y señor de sus encantos.

El romance no fue interrumpido sino con la renuncia que hizo del corregimiento el galante nocturno, hacia el año 1687. Perdida la dignidad y los sueldos, perdió la moza y concubina. Esto ocurre desde que en el mundo existen corregidores o ministros.

La **Chepa**, después de rodar por el lecho de otros galanes, también se eclipsó. Pero el recuerdo de aquel gran diablo que, a cada tantas noches, los tunantes y galloferos miraban, sonriendo con picardía, subir hacia el **callejón del ahorcado**, no ha pasado todavía. Y vivirá la tradición, mientras las gentes de La Paz designen aquella vía por su ancestral apodo, el de **Supay Calle**.

* * *

Os he exhumado del olvido, señora reina de los mercados y cholitas postíneras; señor galán escondido en la pañosa roja de sus trajines donjuanescos. ¡Ah!, y a vos, compañero anónimo del Loreto, que fueras el más risueño campero, el que mejor repicaba en La Paz! Perdonad al indiscreto, y volveos a vuestros lares, sombras queridas, que yo ansío embriagarme de tristeza, en completa solitud. ¡Oh campanas del Loreto que, cuando nacimos, aún alegrábais todos los rincones paceños, por el progreso y sus picotas habéis enmudecido!

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

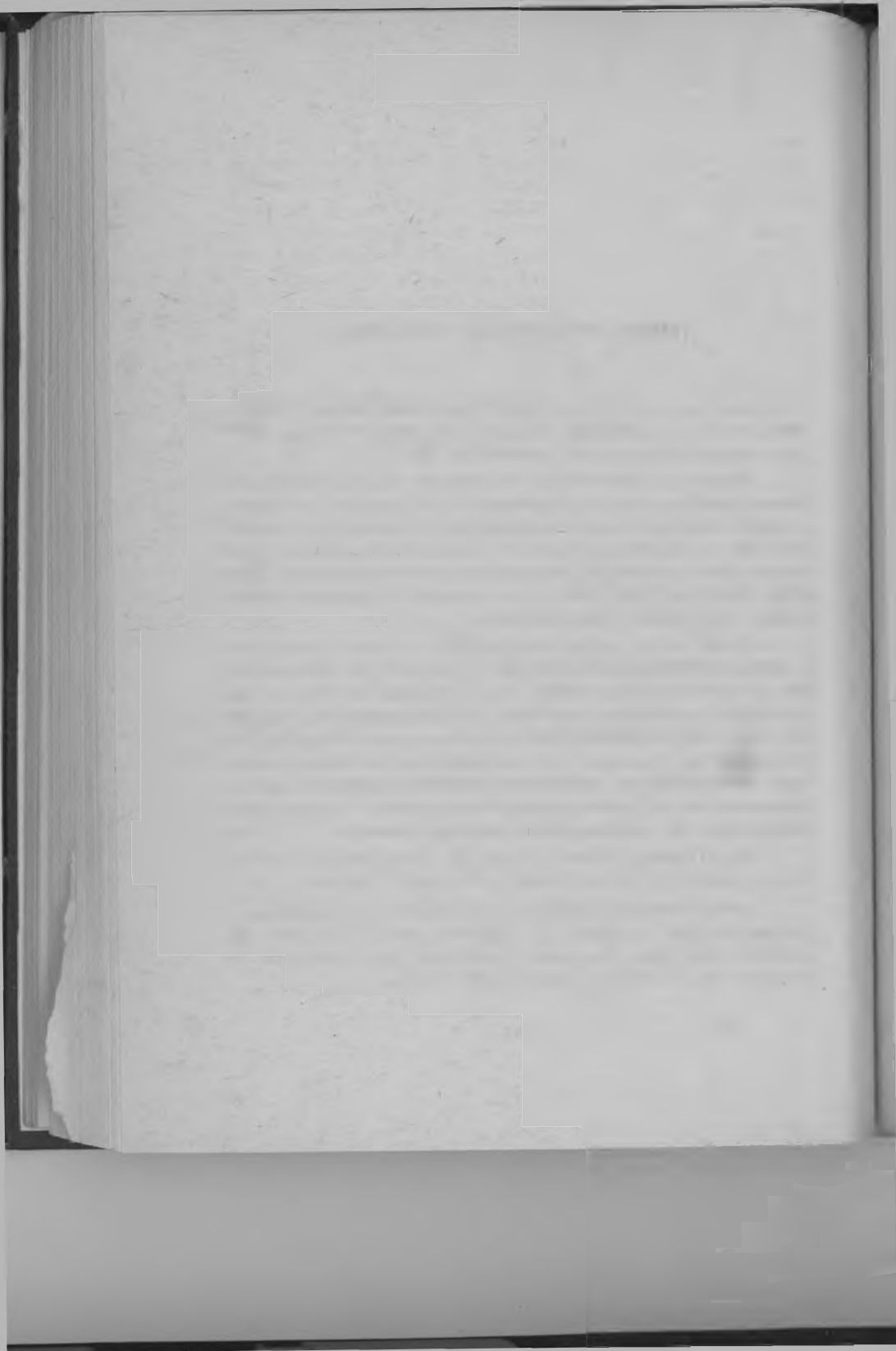
Don Tomás O'Connor D'Arlach, historiador, poeta y tradicionista, nació en la ciudad de Tarija el 7 de marzo de 1853 y murió en la misma ciudad el 9 de diciembre de 1932.

Escritor más conocido por cronista del anecdotario del presidente boliviano Mariano Melgarejo en un librito de poca monta y mucha circulación, pues ha pasado la décima edición. Complementando la investigación sobre el período del funesto personaje escribió JUANA SANCHEZ, biografía de la heroína del tirano, y ROZAS, FRANCIA Y MELGAREJO, en un intento de paralelo político de los tres déspotas latinoamericanos.

Aparte de las publicaciones citadas, O'Connor D'Arlach tiene DOCUMENTOS QUE JUSTIFICAN EL DERECHO DE BOLIVIA SOBRE EL TERRITORIO DE TARIJA, obra de carácter histórico en que plantea documentalmente que Tarija siempre perteneció al antiguo Alto Perú; LOS PRESIDENTES DE BOLIVIA, escorzos biográficos de los presidentes que tuvo esta desgraciada patria durante medio siglo; RECUERDOS DE FRANCISCO BURDETT O'CONNOR, historia documental de los primeros años de la república; y muchas otras publicaciones de carácter político, histórico y poético.

Fue O'Connor escritor fecundo. El número de sus publicaciones alcanzan a cuarenta títulos, entre libros y folletos.

Escribió muchas tradiciones, hoy dispersas en periódicos y revistas. No era un maestro en el género porque lo cultivó esporádicamente, pero las pocas tradiciones que conocemos de O'Connor tienen chispa y causan gozo al leerlas.



EL DIABLO DE CORREGIDOR

TOMAS O'CONNOR D'ARLACH

Endiablada es la tradición que voy a contar, pero ella es la purísima verdad, y el que la ponga en duda puede consultar las crónicas de Potosí, y caso de no dar crédito ni a las crónicas, puede preguntarlo a los sencillos vecinos de Paucarcollo, y si duda del testimonio de estos apele a la palabra de los habitantes de ese lugar a principios de 1600 que a fé han de tener la **memoria fresca**.

Y basta de introducción y **adelante con los faroles**.

Cerca de Puna existe un pueblo llamado Paucarcollo, célebre por haber sido gobernado durante siete años por su majestad cornuda en persona, allá en los primeros tiempos de la Conquista.

Pues, señor, un día de esos, se presentó en el mencionado pueblo un caballero de capa colorada, a tomar posesión del Corregimiento, con despacho en forma del mismo Virrey de Lima; visto lo cual se le entregó el mando sobre la marcha.

Nadie sabía quién era ni por dónde había venido, aunque él protestaba ser de raza española y se daba todo ese tono y ese aire de importancia que se dán, cuando les sopla el viento de la fortuna los que nada valen y de ello tienen conciencia.

Poco tiempo tardó para que los vecinos empezaran a sospechar que su nuevo Corregidor era el mismo Diablo; y

sus sospechas crecieron cuando observaron que la daba de beato, aunque sin querer nunca penetrara en la iglesia; pues no oía misa ni en los días de fiesta; aunque el mismo se colocaba en la puerta del templo, los domingos y apuntaba en un libro, (rojo había de ser puesto que era del diablo) a todos los vecinos que iban a la misa, a los que después les hacía aplicar cincuenta azotes en la plaza pública, por esta falta y para corregir la indevosión, como él decía.

"El, entre tanto, dice Walker, se paseaba a largos pasos por la plaza frente a la parroquia, mirando al soslayo a la puerta, envuelto en los anchos pliegues de su capa colorada".

Fiscalizaba hasta la vida privada de todas las personas y era tan excesivamente severo con los pobres indios, que ya los tenía desesperados. Jamás aflojaba la capa roja y bajo de ella un gran sable, que es el arma favorita de los diablos. Visitaba a todos los del lugar, menos al cura, pretextando que no era de sus mismas opiniones en política.

Muchas veces se había pensado en hacer una revolución para derrocar a tan odioso corregidor, pero apenas un individuo pensaba en esto cuando ya estaba preso; así es que el Corregidor infundió tal medio en el lugar que ya todos se conformaron a soportar tan endemoniada tiranía.

En tal estado se hallaban los infelices habitantes de Paucarcollo, cuando un día, y como caído del cielo, llegó un santo misionero, al que con la mayor reserva del mundo, algunos honrados vecinos manifestaron sus sospechas respecto del maldito Corregidor.

"—Hijos míos, les dijo el religioso: puede ser que efectivamente vuestro Corregidor actual sea el mismo demonio en figura humana y que Dios haya permitido que el os gobierne, a él entregandoos por vuestras culpas.

Lo mejor es hacer penitencia para que Dios se digne libraros de él, y gracias a que estamos bajo el gobierno del Rey nuestro Señor, que bajo el régimen monárquico, el diablo puede aspirar a ser Corregidor cuando más; pero yo os profetizo que día vendrá que en estos países de América desconozcan la autoridad paternal de los reyes de España y recla-

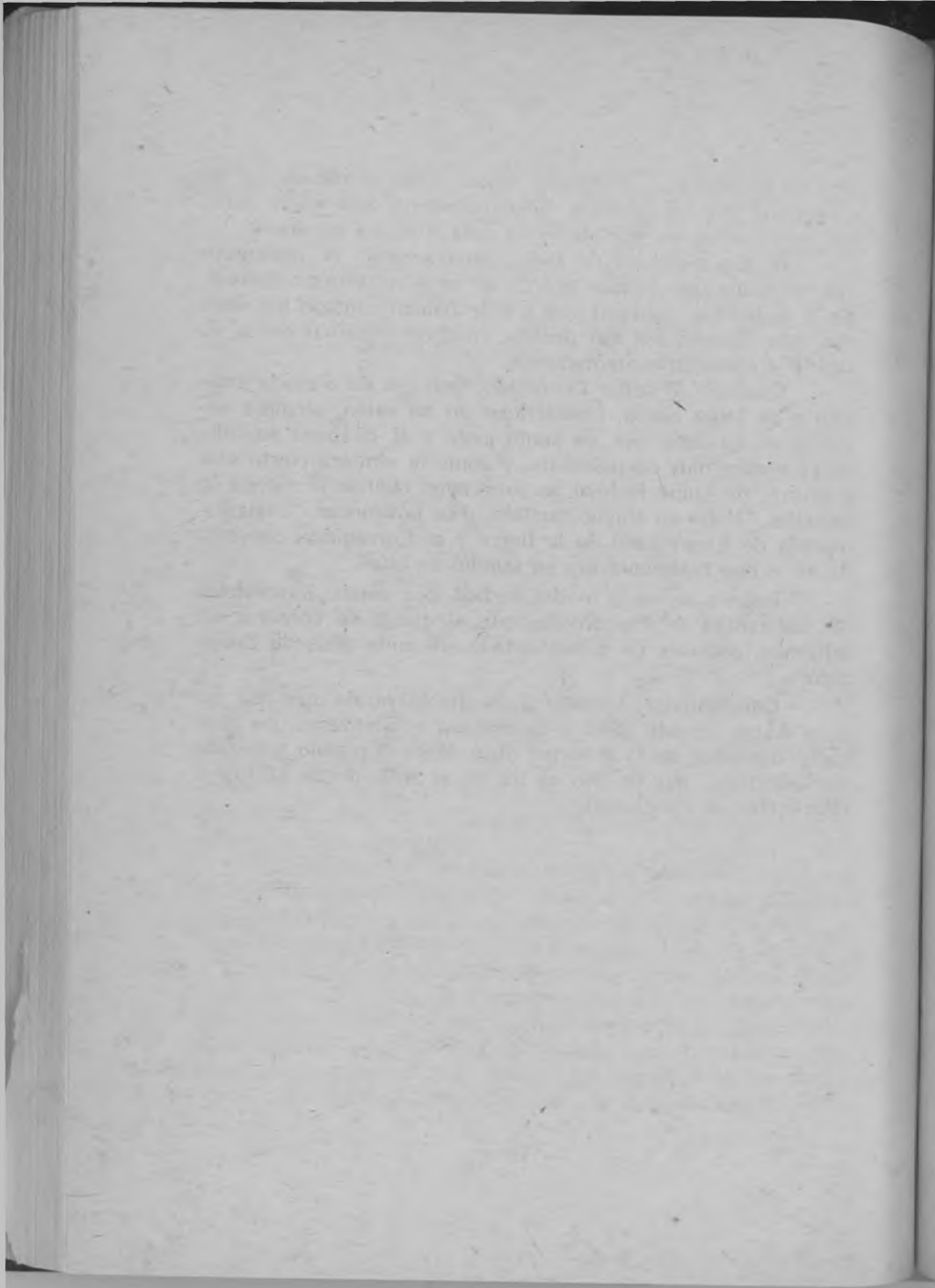
men la república... Entonces, hijos míos, el rabudo no se contentará con un humilde corregimiento y aspirará a puestos mejores en las repúblicas de esta América española".

Al día siguiente de esta conversación, el misionero qué no sabía qué pensar acerca de este misterioso corregidor y de las mil diabluras que a él le habían contado los vecinos más respetables del pueblo, resolvió encaminarse a visitarle y observarle atentamente.

Encontró al señor Corregidor que era de elevada estatura y de larga barba, paseándose en su salón, siempre envuelto en su capa roja, se sentó junto a él, después de saludarse ambos muy cortesmente, y como le sintiera cierto olor a azufre, de golpe le leyó un exorcismo cuando él menos lo pensaba. "Hubo un trueno terrible, dice la crónica... una llamarada de fuego salió de la tierra y el Corregidor, convertido en lo que realmente era se hundió en ella".

Todavía se ve la piedra partida, por donde, juran todos los habitantes de Paucarcollo, que el diablo se volvió a los infiernos, después de haber estado allí siete años de Corregidor.

Conclusión: —Cuando algún diablo, no de más que por puro diablo intente subir a la primera magistratura, en cualquier república de la América libre, léale el pueblo soberano un exorcismo, que de fijo se irá en el acto, donde se fue el Corregidor de Paucarcollo.



ALBERTO OSTRIA GUTIERREZ

Don Alberto Ostría Gutiérrez, internacionalista y literato, nació en la ciudad de Sucre el 7 de febrero de 1897 y murió en la ciudad de Santiago de Chile.

La obra de Ostría, marcadamente está dividida en dos grupos: la de carácter político combativo y la literaria. Empezó su carrera de escritor con un folleto: EL ESTADO DE SITIO y al final de su vida, su última publicación fue un libro de análisis político de la realidad boliviana, traducido al inglés con un título de teatro griego: THE TRAGEDY OF BOLIVIA, condensación de su célebre obra: UN PUEBLO EN LA CRUZ.

Después de revisar los trabajos publicados por Ostría, se llega al convencimiento que el político y diplomático Ostría Gutiérrez fue el enterrador del literato Ostría Gutiérrez.

Quién hoy se acuerda de EL TRAJE DE ARLEQUIN, escrito en colaboración con Adolfo Costa du Rels, o de ROSARIO DE LEYENDAS, presentada por el grande Alfonso Reyes, o de LA CASA DE LA ABUELA, obras literarias que sin ser excelentes, sin mengua alguna pueden ostentar el título de buena literatura boliviana. Es la obra del escritor joven y vocacional. Seguramente pocos han hojeado estos libros. Pero sí todos conocemos y hemos leído hasta con fruición UNA REVOLUCION TRAS LOS ANDES o UN PUEBLO EN LA CRUZ, libros combativos de un escritor político que no transigía con los cambios que se producían en un país que buscaba nue-

vos esquemas gubernamentales, que estuvieran acordes con el tiempo. Ostría Gutiérrez critica duramente ciertos métodos que en veces obligan a tomarlos los empecinados en perpetuar situaciones sociales y económicas injustas en un país. Este tipo de escritos son los que gusta a la sociedad pensante de Bolivia.

Ostría tiene un cuento muy divulgado en el país: SATUCO; participa hasta de una antología preparada por Raúl Botelho Gonsalvez. La pieza literaria no pasa de ser una buena intención dentro del género del cuento.

ROSARIO DE LEYENDAS, colección de tradiciones que el mismo Ostría asevera haber escuchado en su infancia a sirvientes y gentes del pueblo, es un libro que se deja leer en atingencia al buen gusto con que está escrito, a la honda ternura que infunden algunos de sus temas. Ostría en ROSARIO DE LEYENDAS es un auténtico literato, lástima que hubiera preferido otros quehaceres.

RUMIHUACACHI

ALBERTO OSTRIA GUTIERREZ

Cuando nació, la llamaron **Sumaj-tica** (Flor-hermosa) porque era bella como una florecilla mañanera.

Después, en la ranhería, fue la envidia de las mujeres. Y muchos hombres enloquecieron por ella. Pero **Sumaj-tica** no quería a ningún hombre. Para ella solo existían su madre, sus perros, las cabritas del rebaño... Lo demás, nada le importaba.

Sin embargo de vivir así **Sumaj-tica**, —sin hacer nunca daño a nadie, con su madre, sus perros y sus cabritas—, el día en que el ejército de los **godos** pasó por la ranhería, se acabó todo para ella. Sin explicaciones, rudamente, brutalmente, unos cuantos soldados la arrancaron de los brazos de su madre. Entonces comenzó su martirio. Abusaron de ella los soldados. Quedó la piel de su cuerpo y de su cara manchada por los besos y los mordiscos. Fue de muchos, fue de todos los soldados.

Desde aquel día, **Sumaj-tica** tuvo que vivir con sus verdugos y, lo que era peor, seguir siendo de todos. Porque eso sí ella a nadie prefería ni nadie la prefería a ella. Besaba cuando así se lo ordenaban, cuando a los soldados les venía en gana. A ella le parecía que el cuerpo que entregaba no era su cuerpo, y dejaba a los soldados que hicieran con ella lo que quisieran. Mientras tanto, su pensamiento huía lejos, muy le-

jos, hacia el rancho donde quedaron su madre, sus perros, sus cabritas...

Había otra indiecita que, lo mismo que **Sumaj-tica**, dormía con la tropa. Entre ellas no se hablaban nunca. No podían hablarse. De sólo mirarse las sofocaba ya el llanto. Cerrada la noche, algunos soldados se arrastraban hasta el sitio en que dormían las dos.

Cierto día, la indiecita aquella amaneció muerta. Había tosido mucho durante la noche anterior, sin que a nadie inquietara su tos. Al mediodía, dos soldados, arrojaron el cadáver a un barranco. Viéndola desaparecer, **Sumaj-tica** no lloró siquiera, temerosa de que la vieran llorar.

Muchas veces sintió **Sumaj-tica** la tentación de huir.

Pero era inútil pretenderlo. No podía. No tenía coraje. Se sentía sin voluntad, decaída, enferma. Ella misma se comparaba a esas florecillas de la pampa que, sin fuerzas para cerrar sus corolas, dejan que el huracán les arranque sus pétalos uno a uno.

En tanto, los indios de la ranchería hablaban de ella con odio y con desprecio. La creían mala, viciosa traidora. ¿Cómo iban a saber los pobres indios lo que sufría **Sumaj-tica**?

Muy pronto el dolor comenzó a dejar sus huellas en el rostro de **Sumaj-tica**. Hundiéronse los ojos. Una lividez cadavérica borró el carmín de sus mejillas. Manchósele la piel como la corteza de un árbol enfermo. Su cuerpo se deformó también, enflaquecido, semidoblado, reducido al esqueleto que se dibujaba atrevidamente, destacando las costillas y, sobre el pecho, el derrumbe de los senos arrugados como frutos secos. Ya así, —destrozada, fea, repugnante—, no fue extraño que, fácil como se había mostrado antes al primer deseo, manoseada de todos, sumisa a cualquier orden, acabara hastiando a los soldados.

Y cuando, posteriormente, **Sumaj-tica** dejó de servir para lo que había servido, los **indios** la abandonaron al borde de un camino, en un paraje solitario, muy lejos del lugar en que se encontraba su ranchería.

Rudamente, sin compasión, le ordenaron que se quedara allí. Obedeció ella en silencio, con la humildad de siempre. Ni una queja subió hasta sus labios. Esperó que la tropa se perdiera en un recodo del camino. Y entonces pensó por un momento en su madre, en sus perros, en sus cabritas. Pero comprendió que no tendría el valor suficiente para llegar hasta su rancho. Además, ¿con qué objeto? Probablemente, no quedaban vivos ni su madre, ni sus perros, ni sus cabritas. Quizás ni su rancho existía ya. ¡Era tan fácil que en los años lluviosos se derrumbaran los ranchos cuando nadie los cuidaba!...

Para no morir de hambre, **Sumaj-tica** se encaminó hacia una ranchería que se adivinaba a lo lejos, una ranchería cuyos habitantes ella no conocía. Allí pidió limosna tímidamente, como esos perros vagabundos que van de puerta en puerta recibiendo palos tras cada ladrido.

Llegada la noche, se sentó sobre una piedra, no muy lejos del poblado, junto a los maizales. Asomaba la luna en el horizonte, bañando de luz todo el valle. Proyectaban sus sombras los cerros, los árboles, los ranchos. En un pantano vecino comenzaron a croar las ranas. En la copa de molle aleteó un pájaro, cual si fuera a caer en tierra. **Sumaj-tica** miró entonces al cielo, al cielo intensamente azul donde parpadeaban las estrellas, y se echó a llorar. Con ella lloraron también la luna, y los perros, y los árboles, y las piedras. ¡Hasta las piedras!...

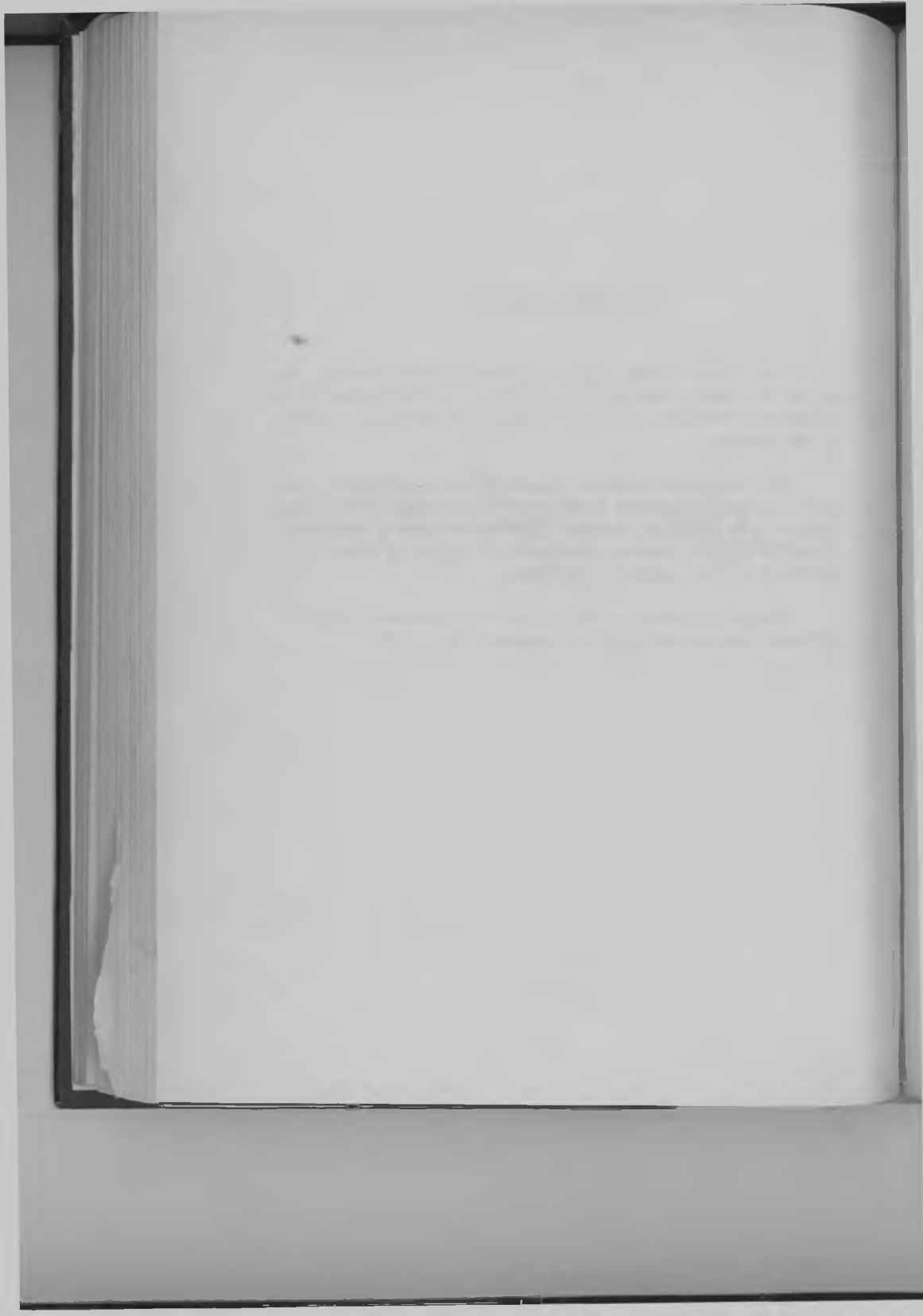
Los indios de la cercana ranchería, que nunca habían visto cosa tan extraña, desde aquella vez llamaron **Rumihua-cachi** a **Sumaj-tica** para significar que hasta las piedras había hecho llorar, ella, la triste Indiecita que nunca había conseguido hacer llorar a los hombres...

RICARDO PALMA

Don Ricardo Palma, escritor peruano del siglo pasado, fue uno de los más grandes cultores del género de la tradición. A él se debe su divulgación y él fue el maestro de muchos tradicionalistas de América.

Con Julio Lucas Jaimes, (Brocha Gorda), tradicionalista boliviano y contemporáneo de Palma, forman la pareja de los iniciadores de esta forma de expresión literaria en nuestro Continente. Si bien la obra de Palma es extensa, la de Jaimes se reduce a un solo libro, pero en calidad van parejos.

Incluimos en esta antología una de las tantas tradiciones bolivianas escritas por el maestro peruano.



CIENTO POR UNO

RICARDO PALMA

(A Jorge Delgadillo)

I

La gran laguna del Titicaca tiene 1.326 leguas cuadradas y su elevación sobre el nivel del mar es de 12.850 pies. Presúmese que el agua va a salir al mar por debajo de la cordillera y a inmediaciones de Iquique.

Dice la tradición que de esta laguna salió, en el siglo XI, Manco Capac, fundador del imperio de los incas, y aún se ve en la isla principal las ruinas del famoso templo que consagró al Sol, así como en la isleta de Coati, a pocas millas de aquella, se encuentran las del templo de la Luna.

La voz Titicaca en aymara significa **peña del metal**, y la palabra Coati reina o señora.

En ambas islas mantuvieron los incas sacerdotisas consagradas al culto, las que eran escogidas entre la nobleza y forzadas a hacer voto de castidad.

Tradicional es también que Santo Tomás predicó el Evangelio en las márgenes del Titicaca, y peñas hay en las que muestran los naturales las huellas del famoso pie de catorce pulgadas, sobre el que hemos escrito largamente en otra leyenda. Añádese que en el Titicaca murió el apóstol empalado por los indios, y que había habitado una cueva en Carabuco, pueblo donde, andando los tiempos, se encontró en-

terrada una gran cruz perteneciente al discípulo del Salvador. Un clavo de esta cruz fue llevado como reliquia a España, y los otros dos, así como parte de la cruz, se conservan con gran devoción en la iglesia de Carabuco. Diversos expedientes se han seguido por la autoridad eclesiástica en comprobación de estos hechos.

Muchos historiadores refieren que, después del asesinato de Atahualpa, los indios arrojaron en el lago la célebre cadena de oro, que medía 350 pies de largo y pulgada y media de espesor, mandada construir por Huayna-Capac para festejar el nacimiento de su hijo Huáscar. Dícese además que, entre otras riquezas escondidas en el Titicaca para que no se apoderen de ellas los conquistadores, se encuentra un brasero de oro que tenía por pies cuatro leones de plata.

II

Copacabana significa **piedra de donde se ve**, porque desde ese punto, se puede contemplar el más bello panorama de la laguna. En Copacabana tuvieron también los incas templo consagrado al Sol, en cuya puerta había dos grandes leones de piedra y dos cóndores. Recientemente, en 1885, se encontró uno de estos, aunque bastante maltratado.

Sobre las ruinas del que fue templo del Sol edificaron los conquistadores en 1550 una iglesia que, en 1638, fue derribada para construir el actual santuario de universal fama por las riquezas que poseyó.

Los naturales de Copacabana vivían divididos en bandos sobre el nombramiento de santo patrón para el pueblo. Unos eran partidarios de Santo Tomás, otros de San Sebastián, y no pocos de la Virgen de la Candelaria. Don Francisco Titu Yupanqui, descendiente de los incas que encabezaba este último bando, se propuso labrar la imagen de la patrona, y aunque poco hábil de escultura, talló un busto que le salió tan deforme que provocó la burla general. No se desalentó Don Francisco por el mal éxito, y emprendió viaje a Potosí donde entró de aprendiz en el taller de un escultor. Después de mil peripecias largamente narradas en el libro del padre

Alonso Ramos, y en el que en 1641 publicó en Lima el agustino fray Fernando Valverde, terminó su obra nuestro escultor, y vencida la resistencia de los bandos tomasita y sebastianista, que a fuer de galantes cedieron el campo a una señora, quedó después de grandes fiestas instalada la Virgen de la Candelaria en la iglesia de Copacabana el día 2 de febrero de 1583.

Tanto el libro de fray Alonso Ramos como en el que en 1860 publicó fray Rafael Sanz, se relatan infinitos milagros realizados por la Virgen de Copacabana, milagros que la rodearon en pocos años de fama y prestigios tales, que de toda América empezaron a acudir los fieles en romería o peregrinación al santuario, cuyo cuidado se encomendó por real cédula de 7 de enero de 1588 a los padres agustinos.

En 1640 se procedió a edificar la actual iglesia, cuya forma es la de una cruz, y mide setenta y cinco varas de largo.

Hablando de la imagen que se venera en este santuario, dice un cronista: "El busto es de maguey bien estucado, con pasta muy compacta que lo hace parecer de madera. Tiene cinco cuartas, y la belleza del rostro maravilla. Sin ser de vidrio, sus ojos son tan hermosos que no se dejan mirar, y ellos parece que le miran a uno lo más secreto del corazón".

A no ser uniforme el testimonio de personas que aún existen y que visitaron el santuario de Copacabana en los primeros años de la Independencia, podría creerse fábula la enumeración de alhajas valiosas encerradas en ese templo. Apuntaremos algo a la ligera.

La custodia era de oro y con su pedestal medía tres cuartas.

El camarín de la Virgen se hallaba sostenido por cuatro gruesas columnas salomónicas de plata maciza.

La imagen lucía una corona de oro cubierta de piedras preciosas, y en circunferencia de ella había un círculo, también de oro, con doce estrellas, el sol y la luna.

Semanalmente se cambiaban las arracadas de brillantes que pendían de las orejas de la imagen. Poseía la Virgen treinta y seis pares de pendientes.

Las alhajas del pecho, los anillos y el bordado de los cien mantos representaban valores casi fantásticos.

En una mano llevaba la Virgen un cirio de oro, en cuyo extremo había un rubí imitando la llama.

El niño que María llevaba en brazos no ostentaba menos lujo. La corona, obsequio del pueblo arequipeño, era de oro y piedras, así como un bastoncito regalo del virrey conde de Lemos.

El cinto de la Virgen tenía, entre otras piedras valiosas, un rubí de dos pulgadas de diámetro, que era la admiración de los viajeros.

La efigie, deslumbrante de pedrería, descansaba sobre un pedestal de plata, imitando hojas de lirio. A los pies de la Virgen veíase últimamente, la espada y el bastón de uno de los presidentes de Bolivia.

Dudamos mucho que en toda la cristiandad haya existido templo en el que, como en el santuario de Copacabana, la devoción de los fieles hubiera contribuido con donativo de alhajas y metales evaluados en más de un millón de duros.

III

En 1616 presentóse, entre los romeros que visitaron el santuario de Copacabana, un joven español de simpática figura y que, por lo melancólico de su rostro, parecía víctima de un gran sufrimiento moral.

Así era, en efecto, Alonso Escoto había venido a América en pos de la fortuna que en el Nuevo Mundo se mostraba ciega y loca para con la mayor parte de los españoles. Sin embargo de su genio emprendedor, de su honradez y de su constancia para el trabajo. Alonso Escoto se veía perseguido por la fatalidad. Agricultor, comerciante, minero, en cuanto ponía mano tenía sombra de manzanillo. Siempre a dos raciones: ración de hambre y ración de necesidad.

Con sus últimos recursos dirigióse a la romería de Copacabana, y una tarde en que la iglesia estaba solitaria arrojóse ante el altar, y dirigióse a la Virgen en estos térmi-

nos: —Madre mía, tú que lees en los pliegues mas secretos del alma, sabes que soy honrado a carta cabal. Te pido que me prestes lo que, por hoy, no te hace falta. Celebremos una compañía mercantil, que yo te juro pagarte ciento por uno. Tú serás el socio capitalista, y yo el industrial. Ampárame, señora, en mi desventura.

Alonso Escoto salió del templo llevándose un par de pendientes y dos candelabros de plata.

Sin pérdida de tiempo emprendió Escoto el viaje para Arequipa, vendió las alhajas en dos mil pesos y los candelabros en quinientos.

Viajando por uno de los valles de este territorio, encontróse con el propietario de una hacienda de viña, quien lo invitó a visitar su feudo. Aceptó Escoto, y recorriendo una de las bodegas, díjole el hacendado:

—Mire vuesa merced en este depósito una fortuna perdida. El Ilcor de estas quinientas cubas fue la cosecha que tuve en el año que reventó el Husyna-Putina. El maldito volcán casi me arruina, porque el vino se ha torcido de tal manera que ni por vinagre logro venderlo.

Alonso Escoto probó del líquido de una de las cubas, y dijo:

—Pues si nos convenimos en el precio, mío es el vinagre, que ya veré yo forma de llevar las cubas a la costa y vender al menudeo.

Formalizado el contrato, pagó Escoto mil pesos a buena cuenta, contrató mulas, puso sobre ellas un centenar de cubas, dejando las restantes depositadas en la bodega del vendedor, y emprendió viaje a Lima.

Llegado a la ciudad de los Reyes destapó una de las cubas, y encontróse con que el vinagre se había convertido en vino generoso de primera calidad, fenómeno que los viniticultores se explican por influencias climatéricas. Además, la oportunidad fue muy propicia para nuestro comerciante, porque el naufragio de algunos buques que salieron de Cadiz con cargamento de vino, había influido en el alza de precio de éste artículo de privilegiado consumo. Dicen muchos cronis-

tas que ocasión hubo en que la arroba de vino llegó a valer en Lima quinientos pesos.

Escoto hizo con toda diligencia traer las cubas que dejara depositadas y en menos de un año se encontró poseedor de una fortuna redonda. Entonces se decidió a liquidar la sociedad con la Virgen de Copacabana.

El 2 de febrero de 1618 se celebraba en el santuario de Copacabana, con mucha pompa, la fiesta de la Candelaria, y frente al altar de la Virgen se veía un gigantesco candelabro de plata con trescientas sesenta y cinco luces, número igual al de los días del año.

Tal fue la parte de la Virgen en la sociedad mercantil con Alonso Escoto, quien además hizo otros obsequios al santuario.

¡El candelabro de plata pesaba veintiseis arrobas!

I V

El 1826 el general Sucre, urgido por las circunstancias especiales y que no me propongo examinar, dispuso que se fundiese y convirtiese en moneda sellada casi todo el oro y plata del santuario. Así desapareció el célebre candelabro de Alonso Escoto.

Muchas alhajas fueron compradas por el dueño de una famosa mina de Puno, la que poco después dió en agua.

Cuéntase que la Virgen poseía un magnífico collar de perlas, el cual fue comprado por un general inglés, al servicio entonces de Bolivia, en la suma de ocho mil pesos. El general lo obsequió a su novia, que se adornó con él una sola noche para asistir a un baile. Desde el siguiente día empezó a padecer una enfermedad de garganta que, a la pobre, la condujo al sepulcro.

Hasta 1826 el santuario corrió a cargo de los agustinos, y desde entonces cuida de él un clérigo capellán.

Poco, muy poco aún, le queda a la Virgen de Copacabana de su antigua riqueza, y según nos afirman su culto ha decaído mucho.

M. RIGOBERTO PAREDES

Don Manuel Rigoberto Paredes Iturri, historiador, sociólogo, etnógrafo y folklorista, nació en La Paz el 17 de abril de 1870 y murió en la ciudad de La Paz el 19 de mayo de 1950.

Dedicó toda su vida a la investigación de diferentes aspectos nacionales y es sin lugar a dudas el precursor de los estudios antropológicos, etnográficos y folklóricos del país. Incursionó en la historia y la sociología. Conocía profundamente el alma nacional y los diferentes problemas patrios le preocuparon y los investigaba de continuo.

Su obra amplia y diversa alcanza a los treinta y cinco títulos. Toda ella inspirada en el tema nacional. El pensamiento de este escritor bolivianista aun es vigente en las juventudes.

De su copiosa producción uno de los libros que más ha llamado la atención y ha sido bien comentado dentro y fuera del país es MITOS, SUPERSTICIONES Y SUPERVIVENCIAS POPULARES DE BOLIVIA. Libro del alma nacional, donde está compendiada la sabiduría popular de las ciudades, el hondo telurismo indígena y todo lo que ha podido quedar de la cultura kolla. Paredes ha recogido ese maravilloso emporio y con el ha formado ese libro en cuya tercera edición deja de tener carácter regional para abarcar en escala nacional sobresalientes aspectos de la folklorística boliviana.

Dos son los libros de Paredes, fundamentales para el conocimiento de la tradición y del folklóre bolivianos: MITOS, SUPERSTICIONES Y SUPERVIVENCIAS POPULARES DE BOLIVIA y EL ARTE FOLKLORICO DE BOLIVIA.

José Antonio Arze y Arze en el prólogo a la primera edición del libro de Paredes, TIAHUANACU Y LA PROVINCIA DE INGAVI, dice así: "Al pasar en revista la vida intelectual de PAREDES, hemos visto también que fue magistrado, historiador, político militante; pero lo que sin duda se destaca como su contribución cualitativa más vallosa es la aportada a la FOLKLORISTICA BOLIVIANA. En esto ha sido no solo un precursor, sino el acumulador más prolijo de materiales para la interpretación de los USOS Y COSTUMBRES de nuestras clases populares... Paredes como Arguedas, atraen por el vigor estético de su prosa. Lo que narra Paredes en sus libros no son personajes ni hechos de ficción, pero lo narrado tiene el poder de excitar la imaginación de modo grato, como sucede cuando se leen las páginas, nutridas de saber anecdótico, de un doctor Cabanés".

THUNNUPA

M. RIGOBERTO PAREDES

Entre las leyendas místicas de los kollas existe la de un misterioso personaje, a quién no le consideran un dios, pero le conceden la facultad de hacer milagros. Le llaman **Thunnupa**, y dicen que vino del norte acompañado de cinco discípulos, trayendo sobre sus hombros una cruz grande de madera y que se presentó en el pueblo de Carabuco, entonces residencia del célebre **Makuri**, el más famoso de sus conquistadores y héroes legendarios, que ha sobrevivido en la memoria colectiva de los pueblos, junto con otro igualmente notable, aunque de tiempos relativamente posteriores, llamado **Tacuilla**. Estos dos nombres son los únicos recitados en sus cantares y aún mencionados confusamente por los indios viejos. La memoria de estos caudillos y de sus hechos tiende a desaparecer y pronto no quedará huella de ellos.

Thunnupa, a quien se le da también los nombres de **Tonapa**, **Tunapa**, **Taapac**, según los padres agustinos que escribieron sobre él, era un hombre venerable en su presencia, zarco, barbado, destocado y vestido de cuxma, sobrio, enemigo de la chicha y de la poligamia. Reconvinó a **Makuri** por las devastaciones que hacía en los pueblos enemigos, por su sed de conquistas y su crueldad con los vencidos, pero éste no hizo aprecio de sus palabras, y lo más que pudo fue permitirle residir en sus vastos dominios sin molestarlo. Ma-

kuri era demasiado poderoso y soberbio para darle importancia. La presencia de **Thunnupa** parece que a los únicos que tenía preocupados era a los sacerdotes y brujos de su imperio, quienes le hicieron guerra encarnizada sin perder ocasión para denigrarle.

Thunnupa se dirigió al pueblo de los **sucasucas**, hoy **Sicacaca**, donde les predicó sus doctrinas. Los indios alarmados de sus enseñanzas, comenzaron a hostilizarle y, por último, prendieron fuego a la paja en la que dormía; logrando salvar del incendio regresó a **Carabuco**. Aquí las circunstancias habían variado durante su ausencia, debido a uno de sus discípulos, llamado **Kolke huaynakha**, que enamorado de **Khanahuara**, hija de **Makuri**, logró persuadirla para que se convirtiese a las doctrinas de su maestro y cuando éste regresó hizo que la bautizara. Sabedor el padre de lo que había ocurrido con su hija, ordenó que **Thunnupa** y sus discípulos fuesen apresados. A los discípulos los hizo martirizar y como **Thunnupa**, le reprochase de esa crueldad, lo atormentaron hasta dejarlo exánime, "hecharon el cuerpo bendito en una balsa de junco o totora, dice el P. Calancha, y lo arrojaron en la gran laguna dicha (el Titicaca) y sirviéndole las aguas mansas de remeros y los blandos vientos de piloto, navegó con tan gran velocidad que dejó con admiración espantada a los mismos que lo mataron sin piedad; y crecióles el espanto porque no tiene casi corriente la laguna y entonces ninguna... Llegó la balsa con el rico tesoro a la playa de **Cochamarca**, donde ahora es el **Desaguadero**. Y es muy acentuada en la tradición de los indios, que la misma balsa rompiendo la tierra, abrió el **desaguadero** porque antes nunca le tuvo y desde entonces corre y sobre las aguas que por allí encaminó se fue el santo cuerpo hasta el pueblo de **Aullagas** muchas leguas distante de **Chuculto** y **Titicaca** hacia a la costa de **Arica**". A este mismo personaje, vuelto en sí se le hace peregrinar en las tradiciones indígenas por **Caranacas** donde vivió junto a un cerro que lleva su nombre, entre los **Calchaquies**, **Chquisaca** y **Paraguay**.

La cruz que había traído consigo, dicen que trataron de destruirla, sin poder lograr su objetivo, ni con la acción de los golpes; que entonces la quisieron echar al agua y como no se sumergiese al fondo, la enterraron en un pozo de donde la extrajeron en 1569.

A **Thunnupa** se le ha confundido con **Huirakhocha**, y aún con **Pacha Achachi**, sin embargo de ser tan distintas las leyendas que rodean a cada uno de estos personajes, y de ser completamente diferentes los mitos que representan y la esfera de acción en que se desenvuelven. Uniforme, con ligeras variantes en los detalles: es la tradición que hace surgir a **Huirakhocha** del lago Titicaca, y marchar hacia el norte, hasta desaparecer en Puerto Viejo; en cambio, a **Thunnupa** se le hace descender del norte hacia el pueblo de Carabuco, que está en la ribera oriental del Titicaca, y después, caminar hacia el sud y el oeste.

Es un afán manifiesto en varios cronistas, el acumular en una sola creación mística, todos los nombres de la variada teogonía indígena; particularmente con **Huirakhocha** se ha hecho esa aglomeración, en una forma en que, si a ello se diera entero asentimiento, resultaría que los primitivos pueblos de esta parte del continente americano, no tuvieron sino una divinidad, que fue **Huirakhocha**; puesto que a él también se le llama **Kon**, **Ekha kho**, **Thunnupa**, **Pachacamak**, **Pachayachachic**, **Pachacan**, etc., etc.

Rastreando con algún cuidado los restos de tradiciones que aún quedan y comparándolos con los relatos de los cronistas, se comprende que la conquista española sobrevino cuando los incas hacían un esfuerzo de identificación y fusión de los dioses de los pueblos conquistados con los suyos propios y que los españoles, lejos de separarlos, los confundieron más, guiados por los prejuicios religiosos de encontrar la concepción del misterio de la Trinidad en los nombres de **Kon**, **Tisi**, **Huirakhocha**, y la obra del diablo en otros llevando así a convertir el politeísmo indígena, en imitación borrosa de la religión católica y a embarullar y confundir en la mente de los indios sus divinidades con las cristianas, **Hui-**

rakhocha, Ekhakho y Thunnupa son los que más han sufrido las consecuencias de este sistema, el cual se ha tratado de evitar en lo posible en los presentes estudios.

Algunos creen que Thunnupa fue el apóstol San Bartolomé, otros Santos Tomás. Felipe Guamán Poma de Ayala manifiesta en su interesante obra: "**El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno**" que ha sido San Bartolomé, que primero llegó al pueblo de Cacha donde los indios lo recibieron mal, quisieron matarlo y hecharlo y habiendo descendido fuego del cielo, los convirtió. Que de aquí se vino con un indio natural de Carabuco llamado **Anti**, que después de bautizado se llamó **Antihuirakhocha**, a este pueblo, en el que habitó en una cueva; que el indio hechicero que vivía en la misma cueva, notó que el diablo que le inspiraba había enmudecido, siendo inútiles los sacrificios que le ofrecían, hasta que en sueños le reveló que por ninguna vía ni manera podía entrar en ese sitio. Entonces fue en busca del Santo, quien le dijo que tornárase a su cueva a hablar con su ídolo. Una vez allí le dijo el demonio que el hombre que había llegado podía más que él. Arrepentido el hechicero se rindió al Apóstol, le besó las manos y los pies, le pidió misericordia y se bautizó. El Santo le dejó la cruz, que más tarde fue hallada.

Esta relación se halla corroborada respecto a que San Bartolomé fue el que aportó a Carabuco, por la tradición conservada en el pueblo, que señala el cerro en que vivió el Santo, o, que hoy mismo se llama de "San Bartolomé" y de ser este después de la cruz el patrono del pueblo, siendo el 24 de agosto día dedicado al Santo celebrado con mucha solemnidad. Más antes existía en el cerro una capilla que se ha destruido por la acción del tiempo y una vertiente que se ha secado.

El texto contiene una ilustración, en la que se halla representado el Santo en actitud de bendecir al indio que está arrodillado a sus pies implorándole ansioso y contento. En el centro ostenta una cruz, con la inscripción de Inri en la parte superior.

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

Don Hernando Sanabria Fernández, historiador, antropólogo, novelista y folclorólogo, nació en la ciudad de Vallegrande el 12 de diciembre de 1913.

Investigador de reconocido prestigio que también incurrió en la obra de creación con su novela LA MUÑA HA VUELTO A FLORECER.

La obra mayor de Sanabria es la referente a la historia y el folklore. Su trabajo sobre el cancionero vallegrandino es único dentro de los estudios del folklore oral boliviano. Está dividido en dos partes: a manera de introducción ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE EL CANCIONERO DE VALLEGRANDE y la coplería propiamente dicha o CANCIONERO POPULAR DE VALLEGRANDE. Obra vertebrada, cuyo material de campo publicado evidencia la responsabilidad del autor que es una de las exigencias de la folklorística. Tal cancionero, indudablemente es un ejemplo, muy valedero y merecedor de aplauso.

Su último libro CRONICARIO DE LA CIUDAD DE JESVS Y MONTES CLAROS DE LOS CABALLEROS, de donde espigamos la tradición inserta en el presente volumen, es un conjunto de piezas literarias cuya temática pertenecen al género de la tradición y fueron recogidas por el mismo autor del acervo oral vallegrandino: pueblo que cala hondo en el espíritu y los afectos del escritor Sanabria Fernández.

CRONICARIO DE LA CIUDAD DE JESVS Y MONTES CLAROS DE LOS CABALLEROS es un libro distraído, en el que los arcaísmos son de preferencia del autor, escrito en estilo cuidadoso y en su mayor parte desplegando humor y buen gusto. Una importante acotación boliviana al género literario de la tradición, género tan parcamente cultivado hoy día en América.

THE HISTORY OF THE
CITY OF BOSTON
FROM 1630 TO 1880
BY
JOHN B. HENNINGSEN
VOLUME I
1630-1700
PUBLISHED BY THE
BOSTON PUBLIC LIBRARY
ASTOR LENOX TILDEN FOUNDATION
1880

CURTIDO, RECURTIDO, REQUETECURTIDO

HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ

La innúmera casta de los que comen su pan con manifiesta infracción del séptimo mandamiento, tiene una infinita variedad de categorías en lo que toca a procederes del oficio. Desde el bandolero que asalta a toda hombría, hasta el gran señor que medra con dineros y expedientes fiscales, la diversidad es tanta que escapa a toda posibilidad de enumeración.

De entre las muchas existe una clase, menos numerosa que las demás, cuya diligencia se reduce a privar al prójimo de lo que le excede, sin dañarle vida, salud, ni honra. Sus individuos operan sin armas que aseguren la eficacia del golpe, ni recursos materiales que valgan para su buen recaudo, ni carteras, bufetes o señoríos que con velo de dignidades y preeminencias encumbran el delito. Sus armas son la astucia y la trapisonda, sus recursos la bellacada y la presteza; su garantía, el dar a los pies toda ligereza y al hecho cometido la mayor suma de picardía.

Individuos tales tienen, en la literatura clásica del idioma, inimitables monumentos tallados sobre el mármol de la novela picaresca. El buscón don Pablos, Guzmán de Alfarache y Marcos de Obregón, por muy truhanes que sean, no viene a nuestra imaginación sin que por lo menos una brizna de simpatía haga más relevantes sus figuras.

De esta truhanería de legítimo cuño picaresco era cofrade cierto Manuelito Velis, cuando el siglo XIX, después de llegado a su cenit, empezaba a dar los primeros pasos de su descenso.

Mozo de buena presencia, pero sin rey ni ley, capigrón, descocado y tan amigo de lo ajeno que nada suyo tenía para obtenerlo todo de los demás. Tal era Manuelito, con perdón de su memoria. Pero en punto a nombres, de nadie era conocido por el que le fue dado en pila bautismal, sino por su remoquete de **El Curtido**.

En la fable provinciana, la palabreja, a más de su acepción corriente de cuero adobado, sirve para calificar a individuo que pasa por todo lo malo, sin que el mal le haga mella y, es, por consecuencia, taimado y cazarro y pícaro del reino de la picardía.

El Curtido era ratero de más de la marca y en el gremio habíase iniciado, según dícere de la época, por la desgraciada consecuencia de una infancia desvalida. Zucría menesteres con hilo de astucia, engatuzaba inocentes a filo de pláticas mañeras y trasegaba peluconas, pesos fuertes y tostones como quien echa un sorbo. Para ponerse en cobro tenía más ligereza que venado arisco y cuando el caso así lo requería solía disponer de más coartadas que bufete de abogado penalista. Como a todo pícaro de esencia placiale por igual la trisca urbana y la correría campestre y era no sólo pulga de barrio, sino también gorgojo de troje y garrapata de ganado menor. ¡Si no sería una alhaja este Vidocq de cepa criolla y tierra adentro!

Fugó de casa por correr mundillo, en un viernes santo y cuando apenas había pasado los doce años, llevando por compañero a un amigo de la misma edad, a quien los chicos del pueblo conocían por **El Matiaso**. Como para el viaje no tenía vitualla alguna, decidieron abastecerse ladinamente con las provisiones de los campesinos que venían a la ciudad para asistir a los oficios religiosos. **El Curtido** se hizo de los enfermos y sentado a la vera del camino esperó al lugareño de

más colmadas alforjas para hacerle su proveedor. No tardó en asomar uno que ni pintado para el efecto.

Al ver al niño enfermo y oír sus lastimeros quejidos, compadecióse el buen hombre y le montó a la grupa de su cabalgadura para entrarle en la ciudad. Era cuanto deseaba el pillete para meter mano en las alforjas repletas de deliciosas humintas del Valle y echarlas fuera mañosamente, con el fin de que el **Matiaso**, que iba a la zaga, las recogiera. Cuando llegó a la cuenta de que el morral de su compinche ya estaba lleno, pidió al compasivo que le desmontara y corrió a unirse a aquél para emprender la jornada.

Tras de varios años corridos, las hazañas del **Curtido** y el **Matiaso** fueron de mayor monta y a ellos vino a agregarse un tercero, mozo de su edad y temple, que tenía el apodo de **Semino**. En adelante los tres corrieron juntos iguales aventuras, bien que las más difíciles el **Curtido** se reservaba para sí y daba a sus subalternos el mero papel de cooperadores.

Cierta vez los tres en una echaron ojo al sacerdote Urtubey para aligerarle de petacas. Penetraron por la noche hasta el mismo aposento en donde el cuitado dormía, no sin ser advertidos de un criado de éste, el cual, dándose maña para salir, corrió con la noticia al corregidor y no tardó en volver a la casa de su amo en la compañía de tres o cuatro alguaciles.

Entre tanto, los bergantes habían desvalijado al sacerdote sin hacer el menor ruido, y disponíanse a emprender la fuga. Al tratar de hacerlo diéronse cuenta de que en la puerta de calle les esperaban para echarles guante el corregidor y sus ministriles. No se descorazonaron por ello, y para escapar de la celada tomaron la más rápida e ingeniosa de las providencias. Vistióse el **Curtido** con las ropas talaras del dormido clérigo, sobrepelliz inclusive, y tomando el fardillo de lo robado con ambas manos a la altura del pecho, hizo que sus cofrades le siguieran como quien sigue a un ministro del altar que lleva los últimos auxilios a un moribundo. El corregidor y sus corchetes al columbrar entre las sombras este

cortejo, creyendo que se trataba del padre Urtubey en piadosa misión, abrieron paso respetuosamente y dejaron pasar a los tunos.

Sonada fue la que hizo el **Curtido**, solo, en un fonducho que por entonces existía en la calle Montes Claros. Jugaban algunos parroquianos al **punto mayor** y corrían las apuestas sin reparar en el postor, como siempre ocurre en casos tales. Entró el belitre en ese momento, y al ver el juego y sobre todo las monedas y el embaimiento de los jugadores, forjó rápidamente su plan. Puso su parada sobre la mesa, y cuando iba a tocarle la vez de recibir cartas, apuntó muy donosamente y como quien tiene la mayor de las seguridades en la propia mano:

—El punto mayor va a ser el mío. Redobló las apuestas. Algunos de los jugadores le hicieron frente.

—Para que la sorpresa sea mayor, señores, sean servidos de cerrar los ojos mientras el cartero da la carta que espero.

Los circunstantes accedieron de buena gana, curiosos por saber en qué paraba aquello. Cuando volvieron a enfilar la vista a los pocos instantes, el tuno había desaparecido, cargando con él tapete de la mesa y todo lo que había encima.

Esta otra fue en el campo y tuvo por víctima a un rico labrador que tenía fama de avaro. De regreso del pueblo a donde había ido a vender los productos de su granja, hallábase el tal en su aposento muy entregado a la gratísima labor de "empetacar" las peluconas ganadas. En ese preciso instante oyó y vió que un hombre se llegaba a la casa a todo correr. Era el **Curtido** en persona a quien el labrador no conocía sino por la celebridad.

—Soy un pobre hombre que va al pueblo con mucha urgencia —díjole el camastrón—. Pero acabo de darme de manos a boca con el facineroso del **Curtido**. Para librarme de él vengo a pedirle a usted su protección y amparo.

—¿Con que esas tenemos? —bravuconeó el dueño de casa— Pues, venga el **Curtido** aquí, y verá cuántas son cinco... Entre el buen hombre, que éste es su techo, y espere

cómo, en menos de santiguarme, cogemos al malhechor y le amarramos codo con codo.

Y sin mas decir lo provino todo, armando su persona y las de cinco o seis jayanes que tenia a su servicio. Cuando todo ello estuvo a punto, el pícaro insinuó muy sagazmente:

—No conoce usted, don, qué laya de bribón es el **Curtido**. Se las gasta muy finas, y a la legua ventea el peligro. Es más seguro tomarle por las mañas, y para ello sería conveniente que sus mercedes le aguarden escondidos en la cuadra. No bien llegue y se desprevenga al no ver a nadie, yo daré la señal para el asalto.

El granjero dio por buena la idea, y él y todos los suyos penetraron en la habitación indicada, sin formular observaciones. Cuando el taimado vió que todos estaban dentro, corrió a cerrarles la puerta asegurándola por fuera con cuanto trebejo hubo a la mano. Y después de obsequiar a los encerrados con una salva de irónicas carcajadas concluyó por decirles:

—El **Curtido** soy yo, y ahora la casa corre por mi cuenta!...

* * *

Era subprefecto el teniente coronel José María Bustillos, veterano de las guerras confederales y de Ingavi, hombre de suficiente fortuna, algo destemplado y gruñón, pero bueno en el fondo y amigo de resolverlo todo por las vías de lo sano.

Meses hacia que el **Curtido** había dado por fin con sus huesos en la cárcel. El encierro y el mal trato que recibió en la casa de tía influyeron de tal modo en su ánimo, que empezó a mostrarse arrepentido de sus pasadas fechorías y dispuesto a vivir en adelante como hombre de bien. Era el más sumiso de los presos y el que con mayor piedad asistía a las obligadas prácticas religiosas.

Vez que el subprefecto realizaba la consabida visita de cárcel con jueces y escribanos, la conducta del antiguo pillastre no podía menos de ser encomiada. A tanto llegó el enco-

mio y a tanto la visible mansedumbre del preso, que el coronel Bustillos se interesó por él. Movido de un algo de lástima y un mucho de curiosidad, resolvió cierto día ponerle a prueba, dándole libertad y llevándole consigo para su servicio.

No tuvo para arrepentirse de la merced. El hombre estaba tan corregido, que ya ni tentaciones le valían. Como sirviente se mostró con todas las virtudes y ninguno de los vicios de la gente del gremio: exacto, obsequioso, diligente y con tal viveza que adivinaba el pensamiento y redondeaba los deseos del amo.

Pero un día... Por mejor decir, fue una noche. El coronel subprefecto había invitado a su mesa al párroco de la Matriz D. Pedro Pablo de Velasco y a dos o tres de los más conspicuos personajes del pueblo. El **Curtido** llenó las obligaciones del caso, sirviendo como todo un señor maestresala en la primorosa vajilla de plata que era el lujo de la mesa del coronel.

Terminada la cena, pasaron los invitados a la sala, en donde el anfitrión siguió agazajándoles con menudas copas de lo espirituoso. Bien entrada ya la noche, su señoría el párroco tuvo necesidad de ingresar patio adentro a salva sea la parte. ¡No lo hubiera hecho! Apenas llegado allí, sintió que dos robustas manos lo acogotaban y amordazaban. Reducido así a la impotencia, fue despojado de sotona y manteo y en prendas menores encerrado allí mismo, todo en el mayor silencio y sin que nadie en la casa se hubiera dado cuenta de ello.

Era el **Curtido**, que habiendo tomado irresistible afición a la vajilla de plata y creyendo que para bueno ya había hecho suficiente vida de bueno, vio que la ocasión se le presentaba mejor que otra alguna para volver a la libérrima vida de antes.

Momentos después el subprefecto y sus convidados, no sin alguna extrañeza, vieron cómo el señor cura o el que tal les pareció, muy embozado en su manteo pasaba directamente del patio al comedor, sin dirigirles palabra... Transcurridos algunos instantes y como el señor cura tardase más de la cuenta en volver a la sala, el coronel Bustillos se puso en pie para ir en su búsqueda. Pero en ese preciso instante

una criada acudió a él con la extraña novedad de que en el más recóndito de los cuartos de la casa alguien daba de empuellones, como si allí estuviera encerrado contra su voluntad. Fueron a ver lo que ocurría, y no es para descrita la sorpresa que experimentaron al encontrar a su señoría en paños menores y sólidamente amarrado. Barruntando el coronel lo que pasaba dirigióse al comedor más que de prisa, y con solo echar una ojeada pudo darse cuenta de que la reluciente vajilla había desaparecido.

Para adquirir plena evidencia llamó a grandes voces al presunto maestresala, pero el granuja ya no estaba en casa, y nadie pudo dar razón de su paradero.

Lanzó su merced un voto de los gruesos, dando rienda suelta a la indignación. Pero ella no debió durarle mucho, pues a poco el semblante se le fue serenando y ludió sus mostachos borgoñones una sonrisa de desenfado. Y concluyó por exclamar como si el muy tuno estuviera en su presencia:

—¡Ah Curtido... Recurtido... Requetecurtido!... Bien debí comprender que viniste aquí solo para jugarme una de las tuyas... Buena la hiciste, y que te sea en provecho. Curtido... Recurtido... Requetecurtido!...

The first of these is the fact that the
the second is the fact that the
the third is the fact that the
the fourth is the fact that the
the fifth is the fact that the
the sixth is the fact that the
the seventh is the fact that the
the eighth is the fact that the
the ninth is the fact that the
the tenth is the fact that the
the eleventh is the fact that the
the twelfth is the fact that the
the thirteenth is the fact that the
the fourteenth is the fact that the
the fifteenth is the fact that the
the sixteenth is the fact that the
the seventeenth is the fact that the
the eighteenth is the fact that the
the nineteenth is the fact that the
the twentieth is the fact that the
the twenty-first is the fact that the
the twenty-second is the fact that the
the twenty-third is the fact that the
the twenty-fourth is the fact that the
the twenty-fifth is the fact that the
the twenty-sixth is the fact that the
the twenty-seventh is the fact that the
the twenty-eighth is the fact that the
the twenty-ninth is the fact that the
the thirtieth is the fact that the
the thirty-first is the fact that the
the thirty-second is the fact that the
the thirty-third is the fact that the
the thirty-fourth is the fact that the
the thirty-fifth is the fact that the
the thirty-sixth is the fact that the
the thirty-seventh is the fact that the
the thirty-eighth is the fact that the
the thirty-ninth is the fact that the
the fortieth is the fact that the
the forty-first is the fact that the
the forty-second is the fact that the
the forty-third is the fact that the
the forty-fourth is the fact that the
the forty-fifth is the fact that the
the forty-sixth is the fact that the
the forty-seventh is the fact that the
the forty-eighth is the fact that the
the forty-ninth is the fact that the
the fiftieth is the fact that the
the fifty-first is the fact that the
the fifty-second is the fact that the
the fifty-third is the fact that the
the fifty-fourth is the fact that the
the fifty-fifth is the fact that the
the fifty-sixth is the fact that the
the fifty-seventh is the fact that the
the fifty-eighth is the fact that the
the fifty-ninth is the fact that the
the sixtieth is the fact that the
the sixty-first is the fact that the
the sixty-second is the fact that the
the sixty-third is the fact that the
the sixty-fourth is the fact that the
the sixty-fifth is the fact that the
the sixty-sixth is the fact that the
the sixty-seventh is the fact that the
the sixty-eighth is the fact that the
the sixty-ninth is the fact that the
the seventieth is the fact that the
the seventy-first is the fact that the
the seventy-second is the fact that the
the seventy-third is the fact that the
the seventy-fourth is the fact that the
the seventy-fifth is the fact that the
the seventy-sixth is the fact that the
the seventy-seventh is the fact that the
the seventy-eighth is the fact that the
the seventy-ninth is the fact that the
the eightieth is the fact that the
the eighty-first is the fact that the
the eighty-second is the fact that the
the eighty-third is the fact that the
the eighty-fourth is the fact that the
the eighty-fifth is the fact that the
the eighty-sixth is the fact that the
the eighty-seventh is the fact that the
the eighty-eighth is the fact that the
the eighty-ninth is the fact that the
the ninetieth is the fact that the
the ninety-first is the fact that the
the ninety-second is the fact that the
the ninety-third is the fact that the
the ninety-fourth is the fact that the
the ninety-fifth is the fact that the
the ninety-sixth is the fact that the
the ninety-seventh is the fact that the
the ninety-eighth is the fact that the
the ninety-ninth is the fact that the
the hundredth is the fact that the

ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO

Don Ismael Sotomayor y Mogrovejo, historiador y tradicionista, nació en la ciudad de La Paz el 12 de octubre de 1904 y murió el año 1961 en la misma ciudad, desconociéndose el día de su deceso en circunstancias tristes.

La obra de Ismael Sotomayor se encuentra dispersa en periódicos y revistas, componen artículos, relatos, pequeños ensayos de investigación histórica y biografías cortas, aparte de algunos trabajos de índole folklórica, pero hoy nos ocuparemos de *AÑEJERIAS PACEÑAS*, obra central en la producción de este autor.

En nuestros apuntes sobre bibliografía especializada de folklore, habíamos lamentado que tan insigne tradicionista no hubiese publicado más obra para bien de nuestras letras, subrayando que lo poco que escribió Sotomayor en el renglón de la tradición es genuinamente de interés boliviano. Sus tradiciones y sus trabajos de investigación folklórica nos dan la medida de su inquietud cívica y la evidencia de que no le faltó voluntad sino estímulo para dejarnos mayor obra.

AÑEJERIAS PACEÑAS fue el primer libro de Sotomayor. Lo publicó cuando tenía veintiseis años de edad, lo que es bastante significativo dada la calidad de este trabajo. Sensible que no hubiera seguido en ritmo ascendente, porque aquella vez ya representaba una realidad promisoría. Dos años después de esta publicación, de él decía Gamaliel Churata "la poesía, el cuento y el teatro, tampoco le son ajenos, y podría resumirse cuanto él vale, diciendo que en la obra del joven intelectual se sustenta una grávida esperanza de la bibliografía boliviana". Y téngase en cuenta que en aquellos años el escritor puneño era sumamente severo en sus críticas literarias.

ANEJERIAS PACEÑAS es un libro de evocación, salpicado de fina ironía. Como su nombre advierte, trata de las antigüedades paceñas, de hechos acaecidos en época en que cada calle de la ciudad de La Paz, —antigua MARKA aimará—, tenía su duende, su viuda o un alma en pena; en el que el mito autóctono adquiría sabor hispano y ya no se sabía a qué grupo étnico pertenecía tal o cual leyenda. Cada familia tenía su apodo y muchas veces algún secreto que guardar celosamente. Para realizar su obra, Sotomayor tuvo que hacer acopio del documento escrito y de la tradición oral; en algunos casos, el primero debía reforzar al segundo, y en otros éste era la pauta para que el tradicionista encontrara el papel impreso o manuscrito. Enorme trabajo, que en nuestra patria se duplica por no tener organizados los muchos archivos, donde polvo, polillas y ratones tienen seguro acomodo. ¡Ah!, triste destino el nuestro que ni las reprimendas de aquel preclaro Gabriel René Moreno, nos hacen enmendar el mal camino! Solo falta que hoy se sigan vendiendo AN-CUCUS en los manuscritos o libros del archivo del acervo nacional.

Pero volviendo al punto de partida: refranes, coplas, dichos y hechos de gente antigua, anécdotas, cuentos, leyendas, etc., hacen el cuerpo de este libro del alma paceña. Desfilan por sus páginas, personajes y personajillos todos ellos célebres. Desde Don Pedro Domingo Murillo, benemérita figura de nuestra historia, a quien, audazmente y sin equidad el tradicionista rectifica su epopéyica frase; hasta el famoso KHOLO TOMASITO, un vulgar zapaterillo, cuya pasión o su yo vengativo lo tornaron en nefando criminal. Relata con amenidad y picardía las fiestas populares LA FERIA DE ALACITAS, o aquella otra, licenciosa y báquica, llamada en el pasado SIHUAY-SAAHUA que dió origen a la actual FIESTA DE LA CRUZ del barrio de Caja del Agua. Como bien apunta su prologador Rigoberto Paredes, Sotomayor escribe sobre todo donde "palpita la vida del pueblo, en las personas de los individuos que figuran, caracterizados por sus costumbres privadas, sus vicios, sus virtudes y sus peculiaridades".

No hay lugar a duda que Ismael Sotomayor y Mogrovejo, en la tradición, género literario cultivado por Ricardo Palma y Julio Lucas Jaimes, —quienes tuvieron pocos continuadores en las letras

americanas que hicieran gala del mismo humor y sabor que ellos pusieron en su obra—, sin rubor ni balanceos, puede estar al lado de estos maestros como uno de los más aventajados discípulos.

AÑEJERIAS PACEÑAS, a tiempo de ser un libro recreativo, es documental. Está destinado a servir a lectores comunes, a gente que busca solaz en la lectura y a investigadores de nuestras cosas pasadas.

Pulcramente impreso, contiene ciento diez y seis tradiciones paceñas, bien documentadas y mejor escritas; nos dan la fisonomía antigua de una ciudad que hoy se perfila en moldes de progreso.

COSAS DE AMBOS MUNDOS

ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO

I

Pues bien. Este caso o esta cosa, es del tiempo de Atahualpa, —digo mal— ocurrió cuando esta querida y valerosa tierra de Don Alonso, el de Mendoza, aún estaba dividida en ciertos sectores o zonas, que hoy hánse venido a incluir en el "radio urbano", por ejemplo, pongo: "chojña-larka", "huajra-pila", "thujsa-calle", "khara-huichinca", "karkantía", etc.

En este período de tiempo y vida, en que campeó un gran romanticismo a la par que un santo temor a Dios entre nuestros bisabuelos, intercalado con credulencias para con el diablo, las ánimas y las brujas, aparecieron en esta parte de América los egregios juanes sin miedo, y precisamente uno de estos, fue el hombre de nuestro cuento.

Don Juan de San Ginés, el protagonista, mozo de pelo en pecho, de blasonado solar, y por ende, gente de añaja alcurnia; descendiente del Inquisidor Don Pedro de Alcudia Suárez y San Ginés, Caballero del Toisón e individuo de la Real Orden de Alcántara y, si hacerse quiere alquillo más de genealogía, añado que el abuelo de Don Juan, fue Don Tadeo de San Ginés, Oidor de Cabildo; habiéndole dado a luz doña Manuela Josefa Caicedo y Matas en 21 de Junio del gracioso

año de 1718 en esta ciudad del Choqueyapu. Impúsole óleo y santo crisma el Cura de almas de la parroquia de San Sebastián Don Anselmo Ustariz, doctor en Cánones y Sacra Teología.

II

Yendo al grano y hacia las espeluznantes proezas de Don Juan de San Ginés, —y por qué no decirlo— de este espadachín de tomo y lomo, que echando a ruar la nobleza de su sangre, dedicó sus floridas primaveras a cortejar damiselas de dudosa traza y procedencia, en desmedro asaz de los cuarteles de su escudo.

Así, llegó ocasión en que al recogerse santa y honestamente a su aposento, oído apenas el primer canto del gallo y el lejano del "sereno", en acompañamiento de contunos varios, ocurrióseles a todos torcer un poco de tabaco para matar el frío y entretener a las horas, descendieron la calle de San Juan de Dios, sin encontrar ánima viviente para solicitarla una cerilla y pensando en salvar tal situación, detuviéronse casi al frente mismo del templo de juandedianos, mientras que en la calle, ni chis ni mus.

Cabe, empero, lector, que en el entonces de aquestas tramas, la actual Iglesia de dicho San Juan de Dios, era convento hecho y derecho y por tal motivo, administrado estaba por sus paternidades los frailes juandedianos, desde 1629, bajo la advocación del Señor de la Buena Muerte, (suplico no confundirla con la humanitaria hermandad de religiosos del mismo nombre, fundada veintinueve años atrás).

La susodicha iglesia, servía para depositar a los desvalidos cadáveres caídos en la tarde de cualquier día (no existían días fijos para descasar); en la noche velábanse allí mismo a puerta abierta hasta la siguiente aurora; para luego ser inhumados mediante la caridad de los hermanos jaudedianos, bajo de muy santa sepultura. Cierro el paréntesis, le pongo punto y sigo.

Nuestro Juan sin Miedo (el de San Ginés) fue tímidamente indicado por uno de sus amigos para que entrase al templo y encendiese su tabaco de la llama de uno de los velones que alumbraban a los cadáveres depositados. Don Juan, no esperó palabras nuevas y terciándose la capa, se dijo: ¡aquí los de San Ginés! y ante el estupor de todos, en faciendo y en diciendo se introdujo a la iglesia.

Los amigos, que a pesar de todo, esto y mucho más habrían esperado de la temeridad arrojada del compañero acabaron por poner pies en polvorosa con la carne hecha de gallina.

San Ginés, encendió su cigarrillo del fuego que dicha queda y ¿quién le vió?, ¿quién le oyó...?, nadie. Para otro cualquiera, el chisporrotear de los velones, la soledad sepulcral y el tétrico silencio en la bendita casa, vigilada únicamente por un hermano lego, presente por turno, musitando alguna oración en algún rincón del templo, habrían sido suficientes causales para ponerle los pelos de punta, pero se trataba de un calaverón de siete suelas y media.

Saliendo del templo, echando bocanadas de espeso humo con aires de gran home, buscó a los amigos, pero no los halló porque sabemos ya lo que pasó con ellos; en cambio, vió que en dirección del camino por todos antes recorrido subía una garrida moza: verla y enamorarse de ella, todo fue uno y siguióla hasta perder el seso; pero cuanto más apuraba el paso para encontrarla, más aún apretaba el caminar la moza como para esquivar el tope y así, anda que te anda, ya por la calle de Chirinos (hoy Potosí), ora por la de las Cajas (hoy Ayacucho), atravesaron la Plaza de Armas; siempre el uno muy cerca de la otra, Don Juan parecía decirse: allá te pesco, aquí te cojo, hasta quedar ambos, al fin de la ciudad, es decir en Khellapat-paciencia (hoy parte de la convergencia entre la calle Ingavi y la Avenida Montes, 12 de Julio, Tarapacá, etc.).

En este paraje, Don Juan tuvo por cogida a la moza, ya que logró arrebatarla la verónica que llevaba puesta mas, ésta (la moza, no la verónica) hizo un ligero quite de cuerpo y como queriendo seguir su caminata, torció un breve recodejo y... hasta hoy día. Don Juan no tuvo más que arreglarse el borceguí y luego arrechuparse un dedo; la moza estaba perdida.

I V

Ya sea por cansancio o porque no pudo hallar de nuevo a la incógnita de sus anhelos, (que era ánima como luego se verá) el persecutor contentóse con el trofeo conquistado a fuer de ser pertinaz andariego y diciendo en su magín; ¡qué niña ni que ocho cuartos!, tornó a caminar rumbo a su aposento; hallándose en casa, encendió la bujía, sometida en fina palmatoria de rica plata, se santiguó y durmióse hasta el siguiente día como un lirón. La verónica quedó perfectamente doblada y guardada en baúl de cedro con siete llaves, compra de amorosa e intransigente aventura, que habría de ser seguramente recomenzada al siguiente día, apenas cesara el toque de la oración.

Aquí parece acabar el cuento, lector paciente, pero no todo es del color del cristal con que se mira. Paciencia y terminaremos, ya que ahora viene, no lo flaco sino lo regordo de esta tradición.

No bien hubo despertado nuestro fidalgo galán, despedida ya su testa de los humos de bon vino en noche anterior libado, de lo primero que hizo memoria fue de la moza perseguida y de la manta cogida; incorporarse y abrir el emporio de sus secretas prendas fue cosa de siz saz.

Difícil es describir a pluma el estupor que Don Juan sintió al ver la famosa partichela de indumentaria tornada en algo que su sesera no atinaría a comprender; su tenedor apenas si pudo balbucear un ¡Dios me valga...! La Verónica de sin par fama, habíase convertido en denegrido terlíz, de sucia franja plateada, orlado y salpicado de infinidad de manchas de

sebo; érase la tal verónica —lo repito— un terliz de catafalco, idem a los de la misericordia, camposanto o depósito de cadáveres del templo de San Juan de Dios.

San Ginés, el mancebo temerario, reconstruyendo detalles y desempolvando recuerdos, terminó por refijarse en que hubo encendido su tabaco del velón que servía para custodiar los juzgados restos de una mujer, algo joven y desde ese momento hizo conciencia para no volver a jugarse con ánimas que al fin y al cabo ya no pertenecen a este mundo sino al de más allá.

.....

Por vez única y postrera, Don Juan tuvo desenlace tal en aventura suya; recién, al cabo de luengos años, acordóse que tenía fe de cristiano bautizado; recién se santiguó, contritamente, seis veces, creo que de un solo golpe, oró arrepentido y prometió al Cielo, no meter más la pata en fandangos de tal corte y descrédito, en tales calaveradas de cien quilates por peso y menos, a jugarse con despojos humanos que a Dios le son de pertenencia.

LINAJUDO ENTUERTO

Por el año de 1695, aquí en La Paz, cuando los señores de solar blasonado, y por ende, certificaban sus amarillentos y ranclos pergaminos en un lance nocharniego y arrojando capa y guante al rostro del rival, no había farol que se hubiese vuelto a encender, ni menos asno que, estando fallido, se hubiera atrevido a rebuznar.

En tiempos semejantes cada familión hidalgo tenía para sus órdenes a décadas de esclavos los que los más de ellos eran gentuza de color, sumisos, leales y fieles servidores de sus patronasgos. Y familia de linajudo godo y neto, con escudo y nobiliarios títulos expedidos por Real Cédula, fue de aquestas líneas. Intérprete de mi indiscreta pluma: más, para resguardarla de que pavezas la haan los residuos familiares que aún quedan, permuto —obligado por sano criterio— nombres y lugares.

Armado de peto tal, empiezo en desenrredar el hilo de mi madeja.

II

Erase el jefe de la casa Don Crédulo Buenasangre, rico en hacienda. De las bellisimas Florianas sus hijas, una era la predilecta que ni a rezar el **padrenuestro** quedaba sin compañía, desempeñando papel tan especial un esclavo, quien, Cancio tenía por nombre.

Tiempo fue en que Don Crédulo debía marchar a sus viñedos y como sus ocupaciones múltiples no le dejaran tiempo, encomendó a su hija el cometido y para mejor hacerlo, adjuntóla a la nunca inseparable compañía del aludido esclavo, armádoles, al fin, a ambos, de un respetable trabuco para que les fuese útil en algún fortuito caso.

Estando ya ama y esclavo en el lugar de la comisión, la tentación del pecado tentó a Cancio, que, estudiadamente, sorprendió en su oportunidad la candidez de la doncella, quien, premeditando en el escándalo y las consecuencias sociales de un nebuloso futuro y notándose que había sido hollada en su pudor ante la hipócrita y armada amenaza del esclavo, hecha con el arma destinada, precisamente a hacer respetar a Floriana no tuvo más que sacrificarse. Una hermosa noche de luna sirvió como único testigo a la atroz mancilla.

La ofendida, desde ese día no cesó de pensar en la venganza que su sangre, su belleza, su arrogancia y su responsabilidad filial la imponían. El intento fermentó progresivamente pero sin demostrarse exteriormente.

III

Tras días pasados del sacrificio, al pensar de Floriana, necesidad hubo de conducir a Cancio al interior de la bodega de la hacienda, pretextando cuidar de la mala fermentación de las bebidas espirituosas guardadas en los tinajones y para que Cancio sondease el contenido a efecto de cerciorarse personalmente del estado de aquellas.

Una vez aquí, amita y esclavo, fue ella la primera en subir a la patillada y diciendo que no alcanzaba a la altura de un "pipón" insinuó a Cancio que él la sustituyeran en la tarea de revisión —[solos estaban en la bodega]— éste, más acaquible que nunca subió hasta el borde mismo de la enorme tina ayudándose de una escalera y teniendo tras sí a su amita que le sujetaba; el negro introdujo primero la mano, luego el brazo, pero, como todavía ni así llegara a tocar ni siquiera medio fondo, Floriana le dijo que procurase inclinar el cuerpo hasta donde más le fuese posible para efectuar con acierto su ocupación; el otro, continuó siendo condescendiente hasta que tuvo necesidad de establecer un ligero balanceo de su cuerpo sobre el borde de la boca del tinajón haciendo así un peligroso equilibrio, acrobacia que duró un abrir y cerrar de ojos.

Fue este instante decisivo para Floriana que cogiendo al negro esclavo por una de las piernas y dándole el necesario impulso le precipitó dentro; inmediatamente cogió la pesada y tamaña tapa con la que cubrió el botijón a más de pasarle con brea; saliendo fuera del depósito o bodega, fingiendo notar que demasiado aire entraba a ese pipón, ordenó que a su vista aún fuera cubierto de algunas piedras, mandato que los demás sirvientes se apresuraron a cumplir.

Recién, entonces, quedó tranquila Floriana; su honor estaba vengado; Cancio habría muerto ya atocigado y ahogado por el vinagre descompuesto, nadie sabría detalles de lo ocurrido, advirtiéndole que esos enormes tinajones jamás se movieron ni tampoco nunca se moverían de sus antiguos sitios en cuyo fondo perfecta y cómodamente podían caber ocultos dos hombres juntos.

Alguien preguntó por la intempestiva desaparición de Cancio, pero la niña dijo —con su palabra siempre había sido respetada— que había marchado con un menester a la hacienda próxima y que quizá su tardanza se debía a una libertad definitiva que voluntariamente el muy socarrón se la estaba dando.

Una vez vuelta Floriana a casa de sus padres, expresó iguales razonamientos; a Don Crédulo no le preocupó más el caso, puesto que un esclavo más u otro menos ninguna mella hacía en su servidumbre y acabó por decir, con aire de énfasis: ¡loado sea Dios que a los Buenasangre seis cincuentenas de esclavos fieles les diera para mayor servicio de aquel y comodidad de estos!

I V

Transcurrido el tiempo, Floriana tuvo un niño robusto, sonrosado, vivísimo, ágil e idéntico a su madre; el contento de ella, extremado fue, puesto que por seguro esperaba tener, meciendo entre sus brazos a un otro Cancito. Con envidiable tino y cordura habíase venido tegiendo una trama de nobles aventuras con mandobles y cruzadas con la finalidad de preparar el advenimiento del niño ante el concepto de los padres de Floriana, los que a la postre se dieron por felices con el vivarracho nietecín, felicidad que empero, equivalía a tragarse todo un ladrillo.

Cinco lustros y algo más, vencidos estaban. Crisóforo —el hijo de Floriana— que antes fuera niño púsose buen mozo, casadero y poco picarón; sus abuelos habían dejado de existir mucho tiempo ha. El joven contrajo nupcias con gente de la misma elevada alcurnia y a poco nació el retoño y... ¡Oh, santos cielos! El chiquitingo tenía la cabecita cubierta de pasas capilares; la frente era prominente y angosta; los ojos blanquísimos; ángulo facial, deprimido; labios protuberantes y más rojos que las guindas; era el chico todo un exponente perfecto de la raza diametralmente opuesta a la blanca.

El recién nacido fue un golpe mortal e inexplicable para los jóvenes esposos; sus padres por tan inesperado desenlace tuvieron para mucho pensar, pero, por más esfuerzos imaginativos no dieron en bola. Floriana, únicamente era la que sabía lo que estaba escondido tras de las cortinas y a fin de descargar su conciencia de tan abrumador peso moral pa-

ra felicidad y tranquilidad definitivas de sus hijos y de su nietecito oscuro —(que por suerte no vivió sino cuarenta días escasos)— resolvió esclarecer debidamente todas las cosas.

V

Al otro día, estuvieron todos en viaje hacia la hacienda de la historia, llegaron; se previno mucho sigilo para efectuar la revelación. Floriana llamó a parte a su querido hijo Crisóforo y de pe a pa le puso en antecedentes previos del asunto.

Más tarde, bajaron a la bodega para cerciorarse de lo que hasta la fecha hubiese ocurrido del cuerpo del malvado Cancio (que era ya abuelo del hijo de Crisóforo). Fue un momento solemne: destaparon el tinajón —tumba que efectivamente por nadie había sido movido ni tocado desde la muerte del esclavo— vieron que dentro estaba el cuerpo de Cancio, juzgado descompuesto, pero, por el contrario le hallaron convertido en escabeche humano.

Convencidos todos de las afirmaciones secretas de Floriana y de su deslíz efectuado a traición, el cuerpo del difunto fue sacado del tinajón para ser enseguida sepultado bajo de tierra y en lugar convenientemente reservado.

Hablando en buen momento, se trataba de los siguientes: La criatura negrita hijo de Crisóforo era un caso de transgresión biológico-racial; porque siendo Crisóforo el hijo directo de Cancio debió el haber nacido con demostraciones notables de la naturaleza de su padre; pero por un caso de trasgresión —repito— el nieto fue el heredero de los signos visibles de su abuelo, el negro Cancio.

Con macabro esclarecimiento e íntimo y aunque mal disimulado regocijo siguió quedando en incógnita —para todos los extraños— este borrón enorme y desgraciados en los anales genealógicos de la empigorotada familia de los Buena-sangre...

Por eso no es bueno contarle al vecino de glorias fingidas cuando en la verdad hay un lodazal.

VICENTE TERAN ERQUICIA

Don Vicente Terán Erquicia, novelista y tradicionista, nació en la ciudad de Potosí el 31 de enero de 1899.

La obra de Terán Erquicia comprende tanto la novela como la biografía y la tradición, a más de numerosa producción en artículos de prensa.

El título que interesa para el estudio del folklore oral boliviano es **CHIHUANHUAYUS Y ACHANCKARAS**, subtitulado en la primera edición, 1943, **CUENTOS Y LEYENDAS KESHUAS** y en la segunda, 1969, **FLORES DE LEYENDAS QESWAS**, libro que encierra venitiocho temas nativos a cual más interesantes y narrados en lenguaje atildado.

Terán Erquicia es un pionero en la faena de la investigación folklórica en Bolivia. Su trabajo en este acápite comprende exclusivamente la recopilación de la literatura oral nativa en las propias fuentes para después transmitirla en forma literaria y con ropaje elegante. No es estrictamente un folklorólogo, pero indudablemente su obra tiene valor para la investigación del folklore ciencia. Es más un tradicionista que ha tomado la temática de propiedad del nativo o del hombre folk como un pretexto para su creación literaria.

Su libro **CHIHUANHUAYUS Y ACHANKARAS** es una obra que siempre estará presente en los centros de estudio del país porque en esencia es boliviana, hondamente boliviana.

MEMORANDUM

Subject: [Illegible]

Date: [Illegible]

Reference: [Illegible]

1. [Illegible]

2. [Illegible]

3. [Illegible]

4. [Illegible]

5. [Illegible]

6. [Illegible]

7. [Illegible]

8. [Illegible]

9. [Illegible]

10. [Illegible]

11. [Illegible]

12. [Illegible]

13. [Illegible]

14. [Illegible]

15. [Illegible]

16. [Illegible]

17. [Illegible]

18. [Illegible]

19. [Illegible]

20. [Illegible]

SARA CHOJLLU

(La leyenda del maíz)

VICENTE TERAN E:

En la región de Kollana, existieron dos viejas tribus formadas por los **aillus** de los **chayantas** y los **charcas**, y a pesar de toda la armonía de todos los pueblos en la circunscripción del Kollasuyo, aquellos aillus no pudieron acabar con sus tradicionales disputas. Eran, en realidad querellas originadas sin causa de enojo alguno. Una antigua costumbre había establecido que en determinada festividad se dispusieran pugilatos, luchas y guerrillas conocidas con el nombre de **champa-mackanacus** o **tincus**. Estos combates tenían un cierto parecido a los lances de honor de tiempos del medioevo europeo, y los guerreros asistían a aquellas justas revestidos de coraza de cuero.

Por el bando de los **charcas** se indicaba la lucha con flecheros que hacían hábiles escaramuzas y enviaban con los arcos de sus flechas proyectiles formados de ramas de árboles y cuando se enardecían sustituían sus inofensivas armas con flechas de **ckuri** (bambú). Estas flechas estaban hábilmente aguzadas. Los **chayantas**, por su parte hacían llover con sus hondas los frutos de los árboles, pero los proyectiles, tan luego la fiereza de la lucha animaba a los combatientes, eran cambiados con piedras de agudas aristas.

Y así de año en año, se sucedían los **champa-mackanacus**, que resultaban magníficos cuando había víctimas, señal

cierta de que serían años de abundante cosecha; pero malos cuando no corría sangre o si salían llesos los combatientes de ambos bandos.

Uno de aquellos años, siguiendo esta costumbre guerrero-deportiva, **Huyru**, un muchacho del aillu de los chayantas, recientemente casado con **Sara-Chojllu**, la dulce y preciosa indiecita de Charcas, había ido al combate contra el aillu de su mujer; pero, ésta, en su angustia, se le había colgado del cuello, rogándole que evitara marchar contra los suyos; pero aquello habría sido cobardía, que habrían censurado los chayantas, y no hubo disculpa ni persuasión posibles. **Huyru** marchó a la lid pero le siguió su esposa, para evitar desgracias que presentía llegar.

Comenzó la lucha, seguida de bárbara algazara. Llovieron las piedras, y los charcas, enardecidos por la muerte de dos de los suyos, lanzaban flechas. Los chayantas, por su parte, enviaban guijarros que, hendiendo el aire, al girar de las hondas, iban a caer en las filas contrarias. Las voces y los gritos hacían más patético y más bárbaro el combate. **Huyru** hacía girar su honda, que chasqueaba al lanzar el proyectil. **Sara Chojllu**, se encargaba de proporcionar las piedras.

Cuando la noche amenazaba ocultar al dios de los incas, enrojando el crepúsculo encendido de púrpura, y como nunca, bañando el horizonte de montañas con siniestro fulgor, una flecha de los charcas, que salió del arco del padre de **Sara Chojllu**, se clavó en el corazón de esta ñusta, que rodó por el suelo pálida y sonriente, **Huyru** dejó su honda e, inclinado sobre el cadáver de su mujercita, le regó con su llanto. Ayudado por sus compañeros, se hizo la sepultura en aquel mismo lugar y cuando todos se habían retirado a sus ranchos, solo **Huyru** quedó junto a la tumba de su adorada **Sara Chojllu**. El inconsolable esposo, lloró; mucho, y con su llanto regó la tierra, que a la mañana siguiente dejó brotar una planta hasta entonces desconocida.

Creció el tallo, que cuidó con solicitud el inconsolable viudo. La nueva planta fue creciendo lozana con el riego del llanto de **Huyru**, mostrando su tallo erguido, esbelto y arro-

gante como en vida había sido **Sara Chojllu**. Y algo raro: esa planta tenía los mismos trajes, con los mismos colores que usaba la indiecita: enaguas de verde claro, pollerines superpuestos: y algo más, cuando llegó a su total crecimiento, devolvió a la tierra los cabellos de **Sara Chojllu**, los cuales se hicieron rubios con la luz del sol que le envió sus rayos de oro. En el fruto de la planta se reprodujeron también los dientes de **Sara Chojllu**, su rostro pálido, pero sonriente, como aquel que mostrara la tarde fatal en que la flecha la hirió mortalmente. La hermosa indiecita, al salir del seno de la tierra en forma de planta, con todos los atributos que en vida tuvo, creció sostenida por la flecha de bambú que salió del arco de su padre y que la hirió en el corazón. Por eso la planta de maíz tiene la forma de flecha, cuyas cañas cerca de la cabeza del choclo conservan las lágrimas de **Huyru**. A esto se debe que sean dulces y un tanto saladas: dulces, porque es la dulzura del amor, saladas, porque en ellas aún queda la amargura del infortunado **Huyru**.

VOCABULARIO

Kollana o **Kollasuyo**, una de las divisiones del Imperio de los Incas, actualmente ocupada por el territorio nacional.

Chayantas, pueblos que forman la región de la actual provincia de Chayanta.

Charcas, los antiguos habitantes de Chuquisaca.

Champa-Mackanacus, enredo y pelea, respectivamente, de donde se forma la palabra que, traducida, sería pelea enredada.

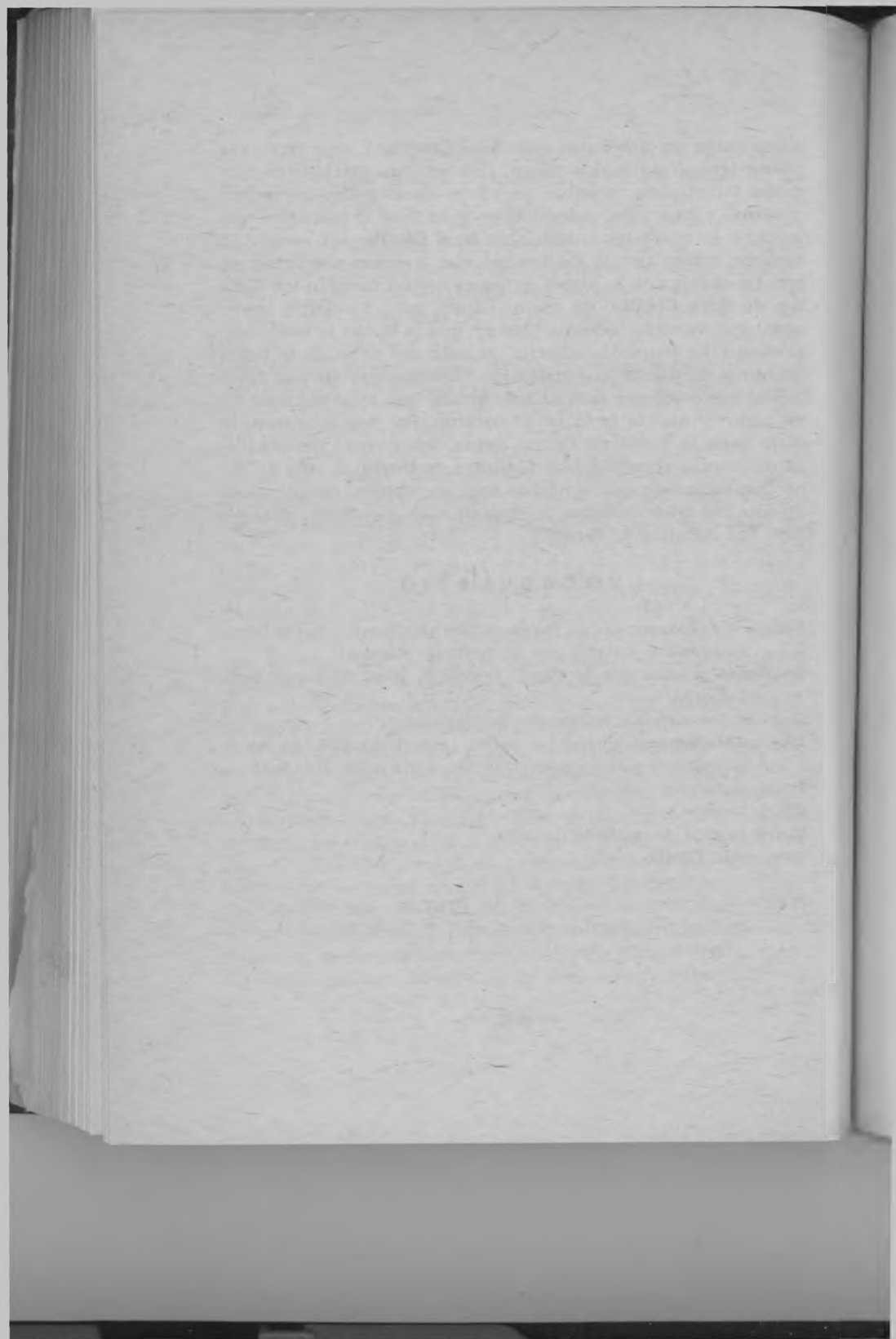
Tincu, encuentro, pelea.

Churi, bambú.

Huyru, la caña de la planta del maíz

Sara, maíz, **Chojllu**, cholo.

Nota.— Esta leyenda fue tomada en Pitantora, provincia de Chayanta, del departamento de Potosí, límite con el de Chuquisaca.



ANGEL CASTO VALDA

Don Angel Casto Valda, escritor y periodista, nació en la ciudad de Sucre el 28 de junio de 1845 y murió en la misma ciudad el 15 de abril de 1923.

Poco se sabe de la vida íntima de este irónico escritor. Dirigió la revista AURORA LITERARIA, órgano de divulgación de la literatura eboliviana de esa época.

Su obra se encuentra dispersa. Es una casualidad que hubiera llegado a nuestros días el folletito donde publica la tradición que en esta antología insertamos. "Para muestra basta un botón" dice la sabiduría popular y en verdad no es común encontrar en nuestra literatura trabajos que trasuntan ironía y sean narrados con incomparable gracejo, como lo hace Valda en: UNA CRONICA DE NUESTRO EJERCITO EN QUE ENTRA VICTOR HUGO.

THE CASTLE

The first castle was built by the
king of the island in the year 1000
and it was the first of its kind.

The second castle was built by the
king of the island in the year 1100
and it was the second of its kind.

The third castle was built by the
king of the island in the year 1200
and it was the third of its kind.
The fourth castle was built by the
king of the island in the year 1300
and it was the fourth of its kind.
The fifth castle was built by the
king of the island in the year 1400
and it was the fifth of its kind.

UNA CRONICA DE NUESTRO EJERCITO EN QUE ENTRA VICTOR HUGO

ANGEL CASTO VALDA

Dedicada al señor Héctor Sanjines

I

El Coronel Yáñez.

En la vida de los cuarteles hay hechos interesantes que yacen bajo el polvo del olvido. Exhumaré uno que, hasta hace pocos años, contaban los militares que sirvieron durante la Dictadura del Dr. José María Linares.

Para esto es preciso conocer al Coronel Plácido Yáñez, el indio Yáñez, distinto de su coetáneo el rubio Yáñez.

Plácido Yáñez era severo hasta la brutalidad y cruel hasta el crimen. Fue él quien preparó y ejecutó el asesinato de más de trescientas personas la noche del 23 de Octubre de 1861; crimen conocido en nuestra historia por "Las matanzas de Yáñez".

II

El Batallón Angelito.

Plácido Yáñez era jefe de un batallón al que los sucrenses llamaron "Batallón Angelitos". ¿Por qué?

Porque todos eran jovencitos; porque jamás salieron a la calle; porque nadie los vió ni los trató individualmente.

El Coronel Yáñez dormía en el cuartel, comía en el cuartel como un soldado cualquiera, en esos tiempos en que no había rancho y había rabonas: vivía en el cuartel.

Al mes y medio de que llegó el batallón a Sucre, Yáñez lo acantonó en Yotala. Ahí reclamaron oficiales y soldados que deseaban conocer Sucre, pasear la ciudad. Yáñez llevó el batallón a las cinco de la mañana, paseó la ciudad en formación, y a las once entraba en Yotala de regreso.

III

La Fortaleza de Oruro.

Estaban en Oruro Gobierno y ejército y, por ende, Yáñez con sus Angelitos.

La Fortaleza podía alojar tres cuerpos de línea, pero Yáñez, temiendo que los otros batallones contaminaran al suyo con actos de indisciplina, tomó una casa para cuartel.

IV

Horario de digestión.

La ciudad de Oruro está situada en un plano que no permite albañales o alcantarillas para el aseo. Los escusados no están servidos por cloacas ni cosa parecida: el aseo se hace de otro modo.

Yáñez, para salvar este inconveniente, ordenó que el batallón saliera cada día por compañías, a hora determinada. Los Angelitos obedecieron.

Caso único en que la digestión de seiscientas personas se sujetó a horario.

V

El Corpus.

Vino esta fiesta religiosa.

En esos tiempos había asistencia oficial; el ejército concurría y solemnizaba la procesión.

Esa mañana fueron al muladar las compañías del batallón. Un soldado regresó tal como fue: **ni más, ni menos.**

Más tarde, a horas once, estuvo el batallón de gran parada en la plaza.

Durante la misa, Yáñez puso centinelas en las esquinas y dió soltura a los soldados con sus armas.

VI

Donde falla el horario.

Aquel soldado que en la mañana regresó indemne del muladar, conoció que su estómago faltaba al horario; que se vefía en apuros; que no podía salir de la plaza; que no sabía que hacer.

Atisbó una casa; la puerta estaba abierta; nadie parecía en el edificio; entró: arrimó el fusil, y... ¿Cómo digo? ¿de qué palabras me valgo para que me entiendan y no me entiendan?

VII

Quien puede más.

Desgraciadamente un gringo, como llama el pueblo a ingleses y yanques, de genio violento, habitaba la casa; vió al Angelito desde la ventana; salió furioso; tomó el fusil y en actitud resuelta dijo: bolivianos cochinos, ensuciar mi casa; ahora comer eso, y quería atravesarlo con la bayoneta.

El soldado explicó, rogó; el gringo implacable, hasta que el soldado obedeció.

El gringo le tuvo lástima, pero sin manifestarlo, dijo: ¡basta!

El soldado se abrochó; reclamó su rifle y estalló en justa indignación por ultraje al gringo a que comiera, e intentaba ya destriparlo a bayonetazos.

El gringo comprendió que obró mal; que estaba perdido, y obedeció también.

El soldado dijo: ¡basta! y salió. Ya tocaban llamada cornetas y tambores.

VIII

Véngase al cuartel.

El inglés o yanque sabía lo que era Yáñez; meditó vengarse; esperó al Coronel, quien apareció horas después en la plaza, y se produjo este diálogo:

—Señor Coronel, sus soldados ser unos cochinos, unos sucios.

—Mis soldados, no: serán los de otros cuerpos.

—Los Angelitos, Coronel, los Angelitos, uno de ellos ha venido a ensuciar mi casa, que es aquella.

—Repito que no será de mi batallón.

—Repito que es, y que lo conozco.

—¿Le conoce usted?

—Sí, que le conozco.

—Véngase mañana al Cuartel a horas ocho a.m.

IX

Mil palos, cuando menos.

El gringo estuvo exacto a la cita.

Yáñez hizo formar el batallón.

El soldado vió a su adversario y tembló. Sabía que el Coronel castigaba cruelmente la indisciplina, la suciedad y el embuste. ¿Confesar el hecho? malo, ¿negarlo? peor; la verdad resultaría. Me esperan mil palos, cuando menos, se dijo.

Entre tanto pasaban revista Coronel y gringo, el uno preguntando: ¿éste es?, y contestando el otro: no es.

X

Victor Hugo.

El gringo dijo: —Este es, y señaló.

—¿Conoce Ud. al señor?, interrogó Yáñez al soldado.

Este se cuadró militarmente, levantó la mano derecha a la altura de la cabeza y dijo: —Sí, mi Coronel, ayer almorzamos juntos.

—No es este, no es éste, se apresuró a decir el gringo.

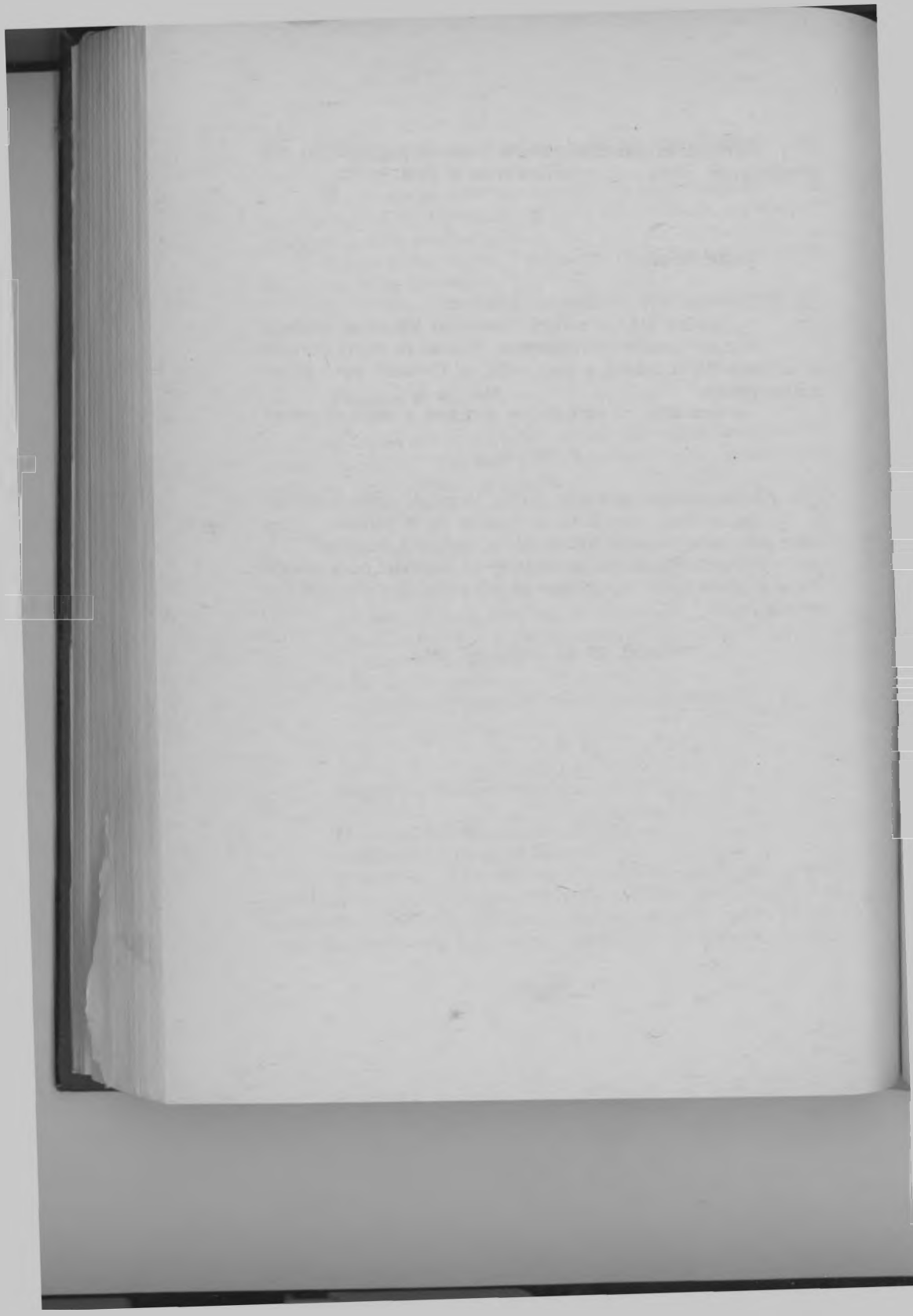
* * *

¿Qué hubiera pensado Victor Hugo de éste Angelito?

Víctor Hugo, que hace un poema de la palabra... lanzada por Cambronne al rostro de la coalición europea?

Víctor Hugo habría construido un pedestal para colocar ahí al soldado que a la amenaza de mil palos correspondió con un almuerzo.

Potosí, 27 de Enero de 1912.



JULIO CESAR VALDES

Don Julio César Valdés Cardona, bibliógrafo, biógrafo, geógrafo, internacionalista y tradicionista, nació en "Sud Yungas en 1856. Falleció en Buenos Aires en 1918", anota Carlos Medinaceli en su BIBLIOGRAFIA DE JULIO CESAR VALDES de su libro ESTUDIOS CRITICOS (Primera ed. 1938. Segunda ed. 1969); y por otro lado Arturo Costa de la Torre en su CATALOGO DE LA BIBLIOGRAFIA BOLIVIANA (Primera ed. 1966), asevera que "Nació en Chulumani, Sud Yungas, Departamento de La Paz, el 8 de febrero de 1862. Falleció en La Paz, 12 de Julio de 1918".

Infatigable en su producción literaria, Valdés incursionó en el cuento, la novela, la tradición, en estudios monográficos de Historia y geografía del país. En fin, fue un auténtico intelectual, vocacional e insistente en su afán.

Medinaceli, el escritor que más inteligentemente analizó la obra de Valdés en dos artículos periodísticos, dijo: "Valdés escribía artículos cortos, pero enjundicosos, sembrados de chiste, y, en donde, descubriendo el lado cómico o ridículo de personas o cosas, las presenta así, caricaturizándolas, para que despertando la risa moralizadora en los lectores, éstos noten el defecto y lo corrijan". En esto consistiría la intención del tradicionista Valdés, pero hay que agregar que además poseía ingenio, estilo agradable y fue un precursor en utilizar la temática nacional en su obra de creación.

Valdés, lamentablemente aún no ha sido estudiado por la crítica literaria del país. Cuando se haga se descubrirá un intelectual de altísimo valor y un escritor singular por la corrección en el uso de su lenguaje escrito.

EL PUENTE DE LOS AMORES

JULIO CESAR VALDES

¡Son tan tristes los domingos en La Paz!

Para pasar un día racional, de santo descanso, como lo manda la Iglesia, es necesario ajustar la cincha al caballo y tomar al trote caminito del Obraje.

Así lo hicimos un caballero y yo el domingo pasado.

Cuando llegamos al endeble puente **ideado** por aquel célebre barón (barón no tanto por el título dudoso como por el sexo), que tan buenas jugadas hizo a algunos capitalistas de La Paz, no pude menos de lamentar la desaparición del antiguo puente de cal y piedra, el único que hasta 1885 había fiado a la corriente destructora del ChuquiagUILlo.

—Es verdaderamente lamentable la desaparición de ese **histórico** puente, me dijo mi compañero, gran conocedor de las cosas de antaño.

Cuando oí la palabra **histórico**, me pico de tal manera la curiosidad que le dije:

—Gustaría mucho saber la historia de ese puente (q.e.p.d.).

—Satisfaré su curiosidad, me contestó el amable caballero, con la condición de que Ud. aproveche la narración para sus crónicas.

La historia referida por el caballero y trasladada pállidamente a este papel por este humilde servidor de ustedes, es como sigue:

Entre las autoridades que con más tino y menos crueldad, gobernaron esta ciudad de La Paz, en la época colonial, debemos colocar en primera línea a **Don Juan Sánchez Lima**, gobernador Intendente y Teniente Coronel de infantería.

Sánchez Lima ha dejado en La Paz memoria impercedera. Su nombre es el único que vemos grabado en mármol y granito en las obras públicas de aquella época (1817) y es también el único que no lleva salpicaduras de sangre en sus áureas cifras.

Espíritu progresista, no se detiene ante las dificultades, vence los imposibles y sale siempre triunfante de sus empresas.

Hizo bien el poeta en escribir sobre la transparente berenguela de la fuente que puso Sánchez Lima en la plaza mayor de La Paz, esta correcta décima:

"Tu nombre con letras de oro
En este mármol bruñado
Será don JUAN repetido
De tu fama con decoro.
SANCHEZ LIMA, que sonoro
Suenan en LA PAZ tu apellido,
Por haberte merecido
Obras que aplauden tu gloria:
Y hará eterna tu memoria
La fuente que has irigido".

Era Sánchez Lima uno de esos caracteres esencialmente dominadores. A la energía de la acción, sabía unir la certeza del cálculo. Vencer era su lema: obrar, su eterna ambición.

Su elegante apostura, sus maneras intachables, su palabra fluida, su cultura esquisita; hacían por otra parte, más fáciles sus triunfos. Lo que no podía alcanzarlo con la perseverancia, podía lograrlo con el carlino.

Sabía dar a cada cual lo que le correspondía: a los hombres su inteligencia, a las mujeres su corazón.

¿Para qué negarlo?

Sánchez Lima perdía los estribos cuando veía a una de esas hembras salerozas que en cada guiño se llevan pedazos del corazón.

No de balde se llamaba don Juan.

Don Juan era en las lides del amor. Sabía todas las estrategias necesarias para asaltar una plaza enemiga y conocía la manera más segura de abrir brecha en las fortalezas del hogar o del claustro.

Si amor clavaba el dardo de flores en su corazón ¿quién era capaz de contenerlo?

Si una moza llegaba a perturbar su calma ¿cómo librarse de ser suya?

¡Oh, resistencias vanas, dejad pasar a Don Juan!

II

Si el lector se detiene un momento en el ángulo occidental de la plaza 16 de Julio, de donde arrancan su origen las calles del Comercio y Socabaya, es seguro que fijará su mirada en una maciza casa, de aspecto claustral, que parece decirle constantemente, en tono de zumba, a la Catedral inconclusa de enfrente: *ociosa, tu no te mueves, ni tomas ejemplo de mí que recibo los retoques de la civilización*. Si después de esto vuelve la cara para escuchar lo que dice la aludida, puede que le oiga decir a ésta: *señora mía, no me vengas con esas pullas, si yo no me muevo es porque la molicie de los que deben moverme no me lo permite ¡oh si me vieras en otras manos!* Esa casa con humos aristocráticos y pretenciosillas rancias, es la que fue de la MURCIANA y es hoy del laborioso industrial don Jorge Chinel.

Allí pasaba en Verano sus horas de felicidad la distinguida dama, y cuando el invierno empezaba a presentarse con su cortejo de catarros y zabañones, hula la mimada hija de la fortuna a sus posesiones de Obrajes.

III

¿Y quién es esta señora que así deja correr las horas de su existencia **envidiada pero no envidiosa**? Es Doña Maria Pilar Cruzado; natural de Murcia (de dónde le viene el apodo de la **Murciana**), dama distinguida de la sociedad pacaña y favorita oficial del señor Gobernador.

El nombre de la Murciana va tan íntimamente unido al de Sánchez Lima, como el de Beatriz al del Dante, como el de Laura al del Petrarca, como el de la Fornarina al de Rafael.

¡Siempre una mujer ha de guiar nuestros pasos sobre la tierra!

La Murciana, con ese tacto exquisito, solo propio de la mujer, había logrado doblegar el carácter inflexible de Sánchez Lima.

Si el Gobernador mandaba sobre diez mil hombres, la Murciana manda sobre diez mil uno. ¡Qué triunfo más espléndido para una mujer!

Mucho arte debió necesitar, sin embargo, la dama favorita para tener constantemente a sus plantas a un hombre que, por su posición social y su gallarda estampa, estaba propenso a cansarse con los amores perpétuos.

El mérito de la Murciana consiste en haber hecho de don Juan un amante fiel.

IV

Era una noche oscura, y sin embargo llovía, —como decía un literato chirle de nuestros días en una novela que principiaba: "Era el año 17... y daba las doce en el reloj de la plaza mayor de la ciudad de La Paz..."

Era, pues, lóbrega y endiablada. El viento norte sopla-ba reciamente trayendo en sus transparentes alas los átomos de la nieve, que en el alto de La Paz, comenzaba a caer. El río rugía, como un león enjaulado, azotando con sus olas los grandes pedrones de las orillas.

Nadie transitaba el camino de los Obrajes...

¿Nadie?

Nó. Había alguien que indiferente a la tempestad, indiferente a los peligros, estimulaba a su caballo con espuelas, látigo y palabras ásperas.

Un mozo precedía la marcha llevando un farolillo en la mano.

Cuando los misteriosos viajeros llegaron al río del Chulaquillo (venían de los Obrajes), sólo entonces se oyó la voz de persona que iba en el caballo.

—¿Cómo está el río Pedro?

El mozo se colocó sobre una piedra, alzó el farolillo a la altura de la cabeza, dilató sus pupilas para abarcar el mismo radio que proyectaban los rayos de luz, y dijo:

—Señora es imposible pasar. La avenida ha amontonado aquí las piedras más grandes y en los huecos de las piedras se ha detenido la mazamorra.

—¡Dios mío! —exclamó la dama— ¡Dios mío!... y pensar que sólo en un minuto de demora pueden arrebatárselo!... ¡Oh, no queda ser ADELANTE!

Y aún oír las raciones observaciones de Pedro, clavó sus espuellitas doradas en las híasas del bruto.

El caballo caminaba a saltos, arrancando con mortal esfuerzo los cascos de las grietas llenas de mazamorra. La dama se sostenía serena y azuzaba al animal ya con palabras de cariño o ya con exclamaciones de ira. Pedro saltaba de piedra en piedra como un corrión y ayudaba al caballo a vencer los obstáculos.

Un esfuerzo más y estarían a salvo, pero ese esfuerzo era el peligroso.

El caballo se detuvo un momento para reunir sus escasas fuerzas. Intentó salvar la distancia de un salto rápido; pero cuando iba a ejecutar su maniobra tropezó contra un pedrón y cayó clavado en el fango.

—¡Jesús! —exclamó la señora— ¡Pedro, aquí, aquí, me rompí la canilla!...

El criado fiel no necesitaba ese llamamiento, cogió en sus brazos a la señora y la condujo a salvo. Después socorrió al caballo y en menos de tres minutos se pusieron los viajeros en marcha.

V

Cuando supo el Gobernador la penosa aventura de su bella María del Pilar, rugió de ira y de desesperación.

—¡Soy un bestia! —dijo— pero antes de todo ¿te has hecho algún daño mi dulce amiga?

—Casi nada —respondió la dama, levantándose el vestido hasta la rodilla.

El Gobernador aflojó la liga y contempló ¡Oh dolor! una... magulladura en la soberbia pantorrilla de la Murciana.

VI

Al día siguiente cien indios colocaban el puente de los Obrajes.

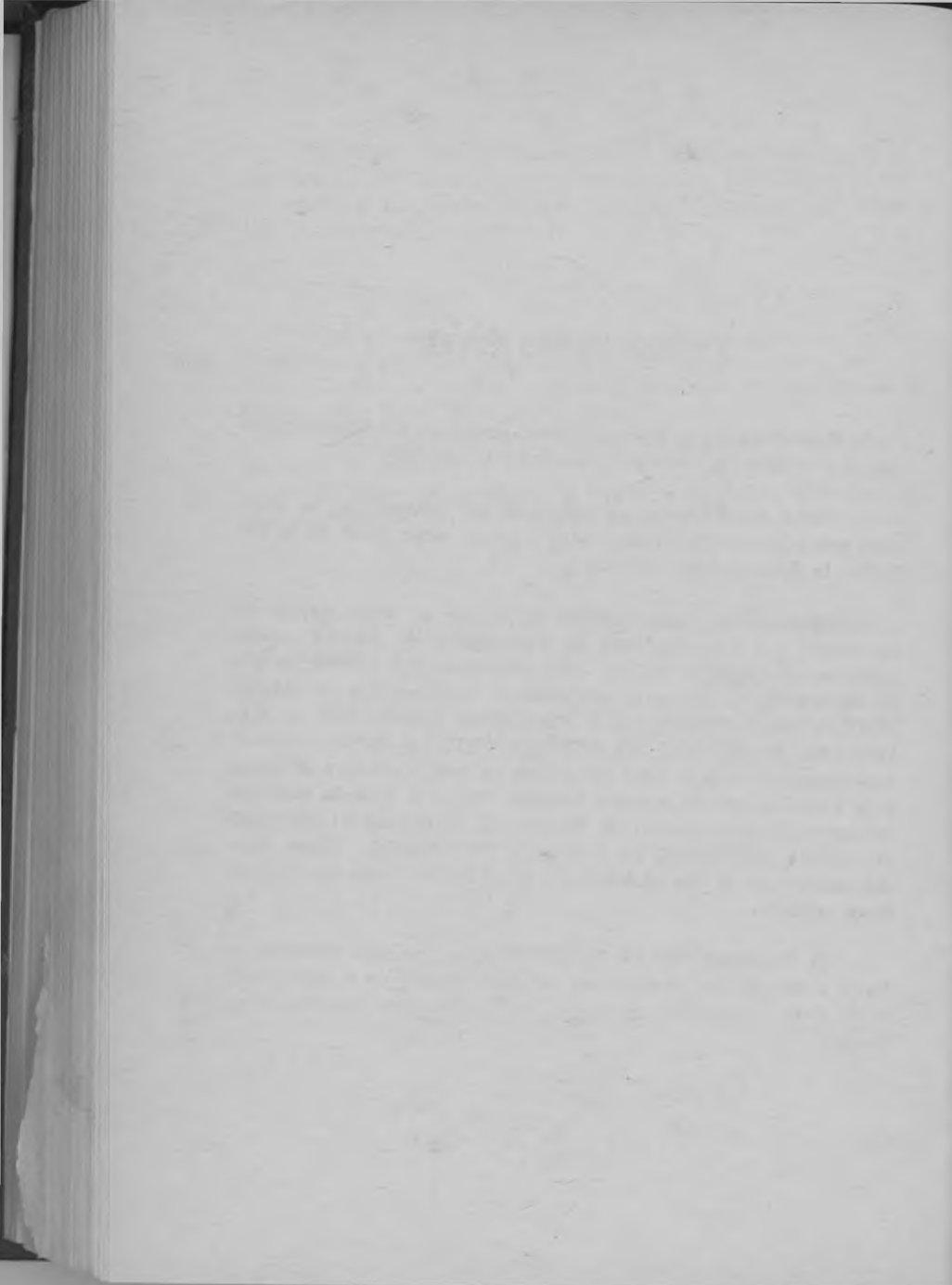
VICTOR VARAS REYES

Don Víctor Varas Reyes, biógrafo, pedagogo y folklorólogo, nació en la ciudad de Tarija el 10 de diciembre de 1904.

Víctor Varas Reyes es ante todo un folklorólogo, su vasta obra sobre la materia lo dice, pese a que a ratos gusta de la biografía, la didáctica y la crónica.

Haciendo una ligera revisión de la obra de Varas Reyes, encontramos que inicia su obra de investigador de nuestro acervo folklórico con HUIÑAYPACHA, libro misceláneo del folklóre de cinco departamentos del país, continuando su labor con el estudio INVOCACIONES INDIGENAS Y POPULARES BOLIVIANAS; el CALENDARIO FOLKLORICO DEL DEPARTAMENTO DE TARIJA, segunda investigación sobre el tema en el país ya que la primera se debió a la investigación de Antonio Gonzáles Bravo y Yolanda Bedregal referente al departamento de La Paz; EL CASTELLANO POPULAR EN TARIJA, URDIMALIS EN TARIJA Y CH'AJMIDAS, último libro del escritor en el que el folklóre y la tradición tienen sus respectivos capítulos.

EL CASTIGO POR LA MALEDICENCIA, tradición recogida en Tarija y narrada por el autor, es una bella página de la cultura popular cuyo argumento a más de perfección tiene sentido moralizador.



EL CASTIGO POR LA MALEDICENCIA

VICTOR VARAS REYES

Esta verdadera y moralizadora historia, pasó hace muchos, muchos años. La relataron los más viejos pobladores a los que les seguían en edad: los ancianos a sus hijos, éstos a sus descendientes y duraron décadas que no se habló de otra cosa en el vecindario. El suceso me lo contaron en círculo femenino de ancianas y de señoras maduras que rodeaban a la bisabuela, quien, recostada en su lecho, ponía como testigo de la verdad a las esculturas ascéticas de santos que abundaban en sendos fanales, lucíéndose también en los muros de la alcoba conmovedores óleos coloniales de ejemplarizadora haglograffa.

—La protagonista del caso se llamaba Encarnación —dijo la bisabuela comenzando el relato—. Y parece que cuando la bautizaron con este nombre sus padrinos adivinaron que iba a encarar el mayor pecado femenino; la maledicencia. Por razones no conocidas, la pequeña pasó de niña a la adolescencia y de este período a la juventud y madurez mordíéndose del bien ajeno que imaginativamente se convertía en insoportable daño suyo...

—Sería por fea —interrumpió tía Trinidad.

—No, no era fea de físico —acalaró la narradora y continuó: —Tenía algunas dotes naturales que pudieran hacerla triunfar, pero se tornaba intolerable porque todo lo que ocu-

rría —y eso desde su niñez— se traducía en comentario desdorado de la vida y hechos corrientes de sus relaciones sociales, a los que añadía de su cosecha propia fuertes dosis de malignidad. Lo peor era que casadas sus compañeras de generación, así como las anteriores a ella y las que inmediatamente sucedieron, como sus padres —siendo hija única— dejaron a Encarnación discreta herencia con la que podía vivir sin apremios económicos, tomó hábito el distribuir su tiempo entre su casa, el templo vecino y a la salida de sus devociones, visitar de paso a algunas personas, las que tenían que ser afectadas, a las que contaba algo malo de determinadas gentes conocidas. Así llegó a interrumpir bodas, destruir hogares, perjudicar negocios, cancelar viajes de estudios, provocar reyertas familiares, romper noviazgos, destruir progresos personales, esparciendo descrédito y atacando satánicamente la honra de los que caían bajo la embestida fatal de su lengua. Declaraba sus pecados a su confesor, cumplía las penitencias, contribuía con limosnas a las diversas congregaciones y de pronto, individuos que se tenían cordial aprecio desde niños llegaban a odiarse y a hacerse todo el mal posible. Era Incansable. . .

—¿Y por qué se la toleraba tanto? —preguntó Consuelo la sobrina-nieta.

—Porque era muy hábil en lanzar la piedra y luego ocultar la mano.

—Que siga la historia —pidió Teresa, la más joven, llena de curiosidad.

—Bueno. Pero no hay mal que dure cien años ni cuerpo que lo resista. Enfermó de un mal que los médicos no conocieron bien. Se dijo que necesitaba someterse a una operación que su pudor le impedía aceptar. Fue agotándose poco a poco, no obstante que tenía todos los recursos para tonificarse y recuperar perdidas energías. No asimilaba su organismo lo que ingería para nutrirse y parece que tampoco se servía las medicinas. Desoués de inútiles cuidados, Encarna falleció, llenándose el dormitorio de una pestilente fetidez. . .

—¡Qué horror! . . . —comentó alguna.

—No me interrumpas, Justina, que no quiero perder el hilo. Inmediatamente de muerte, los parientes tomaron toda clase de precauciones y cuidados. Hicieron bendecir la casa. Zahumaron con yerbas aromáticas. Y conforme a costumbre, tratándose de persona principal del pueblo, se la veló en el templo, rodeada de un hermoso catafalco en la nave central...

—¿Así se la premió? —preguntó irónicamente la tía Tránsito.

—No, espera, que los juicios de Dios son invalores para los humanos. Lo peor sucedió precisamente en la noche del velorio. Después que desfilaron por el oratorio casi toda la población, echando agua bendita con hojas de palma y rezando individualmente las consabidas oraciones, se aseguró las puertas. En la nave central y en todo el interior reinó profundo silencio, interrumpido sólo por el chisporroteo de los cirios encendidos. De pronto, como con un solo soplo, todas las luces se apagaron. El alre cobró cierta pesadez. Una forma blanca surgió desde el fondo de la nave donde estaba arreglado el catafalco. La aparición asumió forma humana con alas resplandecientes que hacían destacar su larga y nivea vestidura. Su rostro era el del Ángel del Castigo. Así debió ser el del que arrojó a Adán y Eva del paraíso. Con gesto solemne, señalando con el índice de su diestra mano el atáud, ordenó a la yacente:

—¡Levántate!

La finada, con fuerzas extrañas levantó la tapa del féretro, la puso a un lado y dirigiendo la vista al ángel, temerosa lo miró como interrogándole. El raro visitante mandó luego:

—¡Toma las lámparas y extiende el aceite de ellas en el pavimento!

Obedeció lo impuesto con paso trémulo. Como eran muchas las destinadas para el velorio, fue arrojando a turno el contenido de cada una, que se diseminó por el santuario.

Cuando todo el piso estuvo regado y no quedaba el líquido elemento en ninguna, el ángel determinó:

—¡Recoge con tus manos el óleo vertido y pon en las lámparas!

—No, por Dios, perdón!...

—¡Has levantado el nombre de Dios toda tu vida para los malos menesteres y ahora no te valdrá de nada! ¡Cumple con lo ordenado!

Comenzó Encarnación a raspar el piso con las manos, primero con una y luego, para hacerlo mejor, con ambas a la vez. ¡Nada! Rascaba con las uñas. ¡Tampoco! Formáronse grietas y heridas en las escasas carnes reseca. Ya nada quedaba de materia blanda. ¡Nada! No podía recoger ni una gota del aceite extendido. Suponía que con los huesos tendría mejor resultado. ¡Imposible! Después de cada empeño, dirigiendo su mirada al castigador, éste, inexorablemente imponía:

—¡Sigue, desdichada!

Pero ya no quedaban los huesos de las manos. Con los antebrazos y a falta de éstos, con los brazos, la faena obtenía peores resultados. Ya no restaba nada de las extremidades superiores, cuyos residuos, así como la lujosa vestimenta hecha jirones, desparramaron en el suelo.

Con la conciencia de su perdición irremediable, la penitente imploró con gritos que no tenían nada de humano:

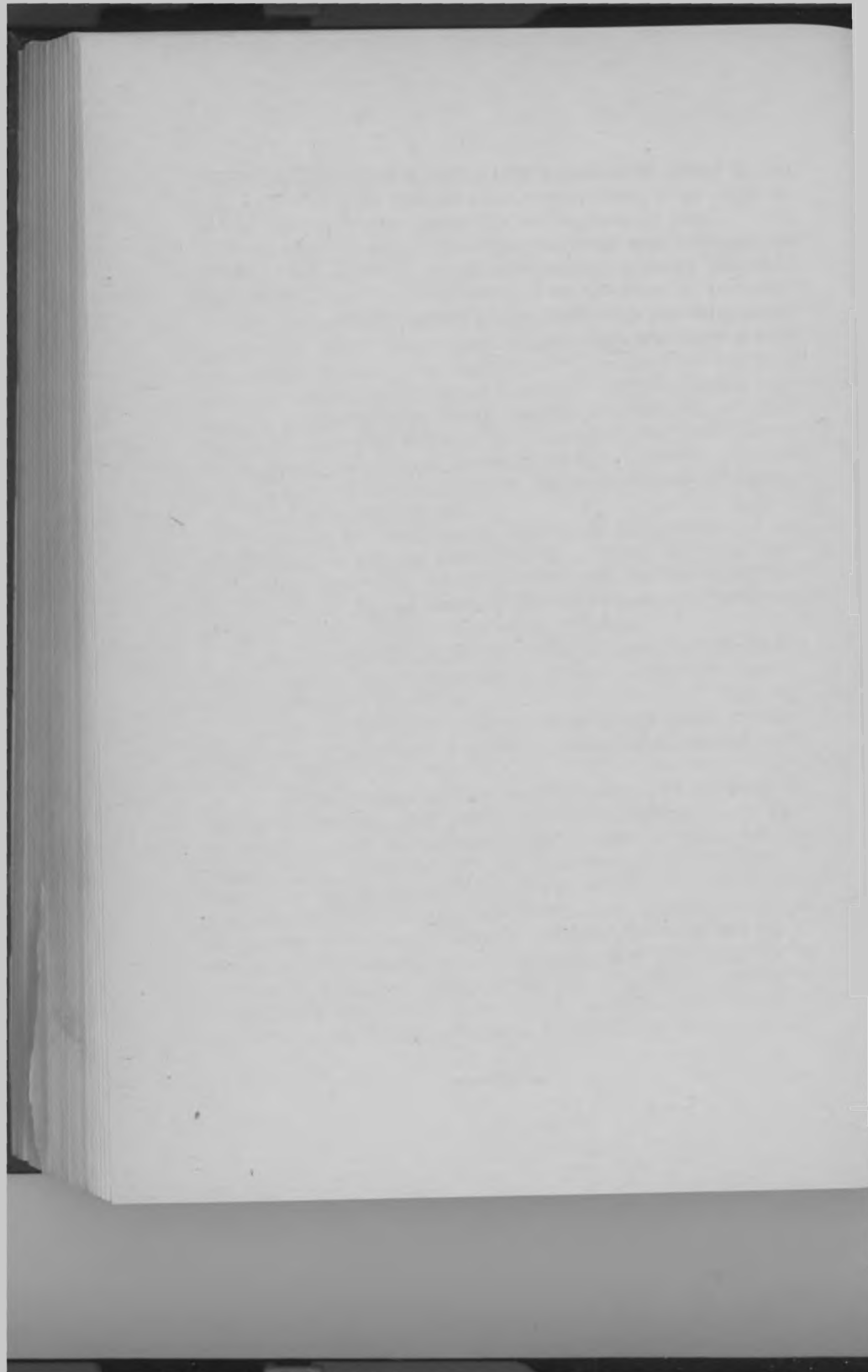
—¡Piedad! ¡Por Dios!...

—El comisionado celestial para tan dantesco castigo, hizo volver a la cultada a su caja y enseguida, con voz lenta y grave, díjole:

—¿Has tenido, no digo respeto, que es lo corriente en personas normales, sino piedad, que es de nobles, por la honra ajena? ¿Acaso no has hecho de tu vida un culto para el desprestigio de los demás? ¿No has abusado del nombre de Dios y de los santos para envenenar el alma de gentes que merecían ser felices? ¿No has ido de casa en casa, de puerta en puerta, destruyendo honor y dignidad hasta de los de tu propia sangre? Pues, para lo que has sembrado durante tu existencia todavía es poco el castigo. Cuando se enloda el honor ajeno con la maledicencia, con la intriga, con la calumnia, ello es tan irreparable como el aceite que has esparcido

por el suelo: se extiende más y más y es imposible recogerlo. Dura es la lección, pero ójala sirviera de provecho...

Como la anciana dió muestras, con la modulación de su voz, de haber terminado la relación, las oyentes quedaron calladas, mustias. Temerosas bajaron la vista, quizá prometiéndose íntimamente en lo sucesivo no correr el riesgo de recoger petróleo derramado en el pavimento por dar libre soltura a su lengua...



EUFRONIO VISCARRA

Don Eufronio Viscarra, historiador, biógrafo y tradicionista, nació en la ciudad de Mizque, Cochabamba, el 20 de agosto de 1858 y murió en la misma ciudad el 27 de junio de 1911.

Entre su obra de historia sobresalen un estudio histórico sobre Alejo Calatayud y la BIOGRAFIA DEL GENERAL ESTEBAN ARZE, libro documentado, ecuaníme sobre el patriota cochabambino. El también se ocupó de la publicación de tipo político, alguno de ellos con carácter polémico. Viscarra compartía su preocupación de escritor con la actividad política.

CASOS HISTORICOS Y TRADICIONES DE LA CIUDAD DE MIZQUE es la publicación de la cual extraemos la tradición para esta antología. El único libro referente al género de la tradición que escribió Viscarra y con acierto. De él dice Luis Salinas Vega en el Prólogo "será leído con interés por todos, porque es, a la par que ameno y curioso, instructivo y edificante".

Es un estudio hecho con amor a su terruño y con la responsabilidad del investigador que mansía bien los instrumentos primordiales para este tipo de obras como son los documentos. Viscarra ha salvado valioso material para la historia, el costumbrismo, la tradición, es decir materiales que un día servirán para la creación de una cultura boliviana.

THE HISTORY OF THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

IN TWO VOLUMES

HISTORIA TRADICIONAL DE DOÑA

INES DE TABOADA

EUFRONIO VISCARRA

En esos memorables tiempos de ruidosas fiestas y de devoción sin límites, vivió en Mizque doña Inés de Taboada cuya singular historia la relataremos en seguida.

Era doña Inés, una aristocrática y garrida moza, que, allá, en las postrimerías del siglo XVII, frizada en los 25 años, y se sabe que nadie en la orgullosa ciudad de don Francisco de Alfaro, se le igualó en hermosura. Su carita sonrosada era algo como una bendición y su talle gentil y donairoso tenía de palma en primavera.

Amén de su belleza, poseía doña Inés por juro de heredad, valiosas tierras que le producían veinte mil pesos al año.

La fama de sus encantos y de sus riquezas se había extendido, por lo menos, a ciento leguas a la redonda, y no es extraño, por tanto, que de cerca, y de lejos acudiesen a verla pretendientes, entre los que había muchos caballeros de chapa y de bigote al ojo.

Entre ellos, eran tres los que más la requerían de amores. Asediaban a todas horas a la joven con inusitado empeño y por las noches, apenas resonaba el toque de la queda en los conventos, se organizaban grandes serenatas a las puertas de la casa que ella habitaba. Arpas y violas gemían en el silencio de la noche y salteríos y laudes, acompañados de

ayes y suspiros que salían de pechos profundamente apasionados, herían el aire con sus notas quejumbrosas.

A pesar de todo, doña Inés, se mostraba desdñosa como la que más, y no habían llegado en verdad, el caso de que dirigiera una sola mirada a ninguno de sus favorecedores devotos.

Entre tanto; las músicas nocturnas y los ruidos extraños que se producían en el barrio, alarmaron a sus habitantes, y principió la murmuración que es muy explicable en tales casos.

Dos fenomenales jamonas que vivían en el mismo barrio y que se sentían acojadas no tanto por la incomodidad como por la envidia de que estaban poseídas, comenzaron a dar rienda suelta a sus lenguas viperinas.

—No se puede vivir, decía doña Juanita, en este maldito lugar que se ha convertido en morada del mismo Satanás y de sus huestes infernales. Músicas por acá y suspiros por allá. No parece sino que los tarambanas que hacen esto, se hubieran propuesto matarme lentamente, robándome el sueño que es el mayor beneficio que Dios ha otorgado a la humanidad. Repito que no se puede soportar lo que pasa. Lo sabrá el señor Corregidor y lo sabrá la señora alcaldesa, y si ellos no ponen remedio al daño abandonaré el barrio y en su caso la ciudad. Empero, ya pronto se averiguará quien es la causa de este infernal alboroto...

—Quien ha de ser, bufada doña Pancha, jamona más entrada en días que la anterior y fea como escuerzo, quien ha de ser, repetía, sino la muy casquivana de la Inés, que con su carita de amapola del campo y sus repulgos de hojuela de vanidad, está alborotando a esos papanatas, que andan de zoca en colodra, haciendo el amor a unas y a otras y que tan pronto se encuentran aquí como allá. Está visto que en los abominables tiempos que alcanzamos, todo se encuentra torcido y enrevesado. Ahora son las mujeres que solicitan a los hombres, y no éstos a aquéllas como debe ser. Cuando yo era joven, bien escarmentados quedaban los audaces que osaban suspirar al pie de mis ventanas, pues en menos que cante un

gallo, tenía el agua en las narices y se iban para no volver más. Empero, quien tiene la culpa es la tarambana de la Inés que anda alborotando el cotarro para mi mal. Tendré paciencia, sin embargo, y ya se sabrá después, si le valen las pomadas y menjures con que se adoba el rostro. Que siga por ese camino y pronto la veré más pálida y flaca que un cirio pascual.

Después de todo, continuaban las músicas nocturnas, y las jamonas seguían poniendo lengua en doña Inés y murmurando a más y mejor. Sea que esta alcanzara a saber por fin, lo que de ella se decía, o que estuviese cansada de sus empalagosos adoradores, es el caso, que para librarse de ellos, ideó un ingeniosísimo expediente y puso por obra su plan, con admirable serenidad de espíritu.

De repente y con gran sorpresa de los amartelados mancebos, doña Inés cambió por completo. De zahareña y adusta que era, tornóse risueña en demasía y dirigió a los que suspiraban por ella, enloquecedoras y afectuosas miradas. No tardaron, por cierto, los enamorados en buscarla y tal era la prisa que se dieron que abrían entrado por las ventanas, si no encuentran abierta la puerta principal de la casa.

Doña Inés, habló separadamente con cada uno de ellos, cuidándose de que unos no se apercibieran de lo que decía a los otros.

Expresó al primero, que antes de dar su mano quería tener seguridad de la adhesión que se le manifestaba, y le exigió, por tanto, que hiciera un sacrificio, duro, en verdad, pero necesario, para que en lo sucesivo pudiera vivir convencida de su cariño. Díjole, en seguida, que a media noche, fuera a la iglesia Matriz de la ciudad y permaneciera recostado, y en actitud de muerto, durante dos horas, en el féretro donde solían colocar los cadáveres un día antes de sepultarlos.

Cuando se presentó el segundo, le manifestó lo mismo que al primero, en cuanto a la necesidad del sacrificio, y le impuso que en la noche indicada, se constituyera, media hora después de las doce, vestido de diablo, en la capilla de las benditas almas del purgatorio, que es donde se depositaba a los muertos, y permaneciera también dos horas.

Finalmente, le dijo al tercero, que poco después de la media noche, fuera a velar al muerto en la capilla indicada.

Es inútil expresar que los tres aceptaron la imposición con marcadas muestras de regocijo.

Llegada la hora señalada, el primero de los citados personajes, penetró a la capilla. El aspecto que éste tenía, era capaz de infundir pavor al hombre más despreocupado y animoso. Emblemas mortuorios cubrían las paredes. Angeles vestidos de negro y con las grandes alas abiertas, como si quisieran volar, adornaban los altares. Con todo, nuestro personaje, supo dominar por el momento el miedo de que estaba poseído, y se apoyó al féretro que, felizmente, se hallaba vacío. Púsose un sudario que allí encontró; recostóse después cautelosamente dentro del mortuario carromato, cruzó las manos sobre el pecho y cerró los ojos, en seguida, imitando la actitud dolorosa y resignada de los muertos. Dos buhos pintados en la cubierta del féretro y que al desventurado le parecían vivos, le miraban fijamente con sus hundidos ojos preñados de tristeza.

Era tan absoluto el silencio que reinaba en la capilla, que se hubiera podido escuchar el vuelo de las moscas. Sólo de vez en cuando se dejaba oír el chisporroteo de un cirio, que con luz pálida y moribunda alumbraba a medias aquel lúgubre recinto.

De repente, se oyó el crujido de una puerta acompañado de lejano rumor de pasos. El desgraciado cerró fuertemente los ojos; pero un segundo ruido mucho más fuerte que el anterior, le obligó a abrirlos de un modo desmesurado y "cosa estupenda" vió en su presencia al demonio, que agitaba su larga cola de fuego y sus inmensas y negras alas de murciélago.

Ante esa horrible visión, el que hacía de muerto ya no pudo contenerse por más tiempo, se incorporó de súbito sobre su fúnebre lecho, desgarró bruscamente el sudario que cubría su cuerpo y huyó despavorido con dirección a la puerta.

Entretanto, el diablo que creía a pie juntillas que el muerto había resucitado, huyó también en la misma dirección.

En cuanto al individuo que había ido a velar al muerto, se sabe que fue el primero que consiguió franquear la puerta, corriendo desesperadamente como los otros; siendo de notar que el muerto huía por miedo al demonio, este por miedo al muerto y el tercero por miedo a los dos.

Mientras que los tres personajes echaban los bofes, corriendo cada uno por su camino, desde el balcón de una casa situada a poca distancia del templo, una hermosa dama, arrebujada en su amplio mantón de invierno, contemplaba con risa diabólica la original aventura.

Desde entonces, cesaron las músicas nocturnas, las jamonas del barrio dejaron de agitar sus lenguas de víbora, y lo que es mejor, pudo ya dormir en paz la bellísima doña Inés.



ELIAS ZALLES BALLIVIAN

Lamentablemente de este autor se sabe poco. Solo ha quedado su modesta obra: un texto de aritmética que llegó a la tercera edición, otro LECCIONES DE TRIGONOMETRIA Y TOPOGRAFIA, un informe sobre LA NUEVA CATEDRAL DE LA PAZ y el precioso folletito ANECDOTAS Y TRADICIONES.

Este folletito inadvertido dentro de la inquietud cultural boliviana y hoy completamente olvidado, merece un lugar preferente en las publicaciones dedicadas a divulgar tradiciones y leyendas nacionales. Escrito en lenguaje claro y objetivo, sin ninguna pretensión intelectual, nos dice de muchos episodios históricos que ya nadie los recuerda porque lindaron en lo anecdótico y narra leyendas que aún superviven. Con el tiempo esta publicación será documento invaluable para el estudio del folklóre oral boliviano.

Consignamos el índice de la publicación: "Prólogo. El duende de Quila-Quila. El molino quemado. Don Manuel. El pleito de la Condesa. Quien estrenó el Cementerio? Refugiado en el Sagrario. El collar de la Virgen. Heroísmo e Hidalguía. ¡Qué vuelve la vieja! Los apuros de don Fermín. El Tata Kori Sunkha. ¡La cabeza del carcelero! La sentencia. La coca. Fundación del Convento de Carmelitas de La Paz: kaura cancha, Fiador cumplido, La Madre María de San Angel Montenegro, Pobre agradecido, El mismo y la monja Sánchez, La monja Parada. La Patrona de la República. La Mecapaqueña. Anécdota otra. El peregrino. Las aventuras de doña Mariquita. La Haulancha.

En 58 páginas impresas, Elia Zalles elabora un librito gracioso, de agradable lectura, que da contento y está lleno de humor, sabor y color local. Podríamos conceptuarlo como uno de los mejores tradicionistas paceños.

EL DUENDE DE QUILAQUILA

ELIAS ZALLES BALLIVIAN

I

Hasta hoy son preverbiales las asperezas y dificultades que ofrecen al viajero los caminos, en la apartada provincia de Caupolicán, siendo antes, por lo escabroso y desiertos, objeto de heroísmo para los que transitaban por ellos en larga y fatigosa peregrinación, teniendo que medir forzosamente sus jornadas por las postas o paraderos, distantes de ocho a diez leguas unos de otros.

Allá por el año 1870 a 71, al término del bosque por el que ascendía el camino a Pelechuco, a nueve leguas de éste pueblo, existía un rancho, al que se llegaba después de fatigoso subir y bajar de todo el día por la desierta montaña que le daba acceso, y en el que, por lo mismo, era forzoso el pasar la noche.

Aún cuando había en el expresado rancho, una habitación techada y medianamente confortable, los viajeros preferían alojarse fuera de ella, buscando sólo la seguridad de sus bestias, en el canchón, soportando en sus personas la inclemencia de la intemperie, no obstante las pésimas condiciones del lugar, frecuentemente cubierto de densas nieblas y molestando por constantes lluvias, sin querer penetrar en la habitación, siempre desocupada y como brindándose a dar abrigo al aterido caminante.

Era, pues, de todos conocida la siniestra historia de la posada de Quilaquila, y nadie que la supiese se aventuraba a correr la suerte de los temerarios que habían dejado el pellejo en el lugar, por haberse alojado en el citado desván, al que le llamaban la tienda del Duende.

Frente a esa pieza había una pobrísima cocinita, habitada por un sujeto llamado Marccs, el que se contentaba con cualquier pitanza, en cambio del forraje y el agua caliente al que la pedía.

Refería el buen Marcos, que un caballero, que se había alojado en el desván fronterizo a su cocina, había amanecido muerto, sucediendo otro tanto a los que, no obstante sus advertencias, habían ocupado el cuarto; por lo que él presumía que aquel sitio fuese la mansión de algún fantasma o duende carnívoros, que daba fin con los que se le iban a las manos.

Como en resguardo de su honrosidad, nuestro hombre se tomaba el trabajo de presentar en Pelechuco, los objetos que cada víctima del Duende dejaba a su muerte, entregándolos a las autoridades; estas, viendo que las visitas de Marcos menudeaban, creyeron de su deber averiguar la causa de tales fenómenos extraordinarios, en los que entreveían la culpabilidad del que, con aparente honradez, presentaba los despojos de las víctimas de Quilaquila. A fin de esclarecer la verdad, acordaron sujetar a una estricta vigilancia a Marcos, de quien se sabía que era el único habitante del lugar, para lo que comisionaron a dos vecinos, de los más listos, encargándoles que no se separaran de aquel ni un solo momento, a fin de sorprenderlo en su crimen e imponerle ejemplar castigo.

Los comisionados se constituyeron en la posada, teniendo buen cuidado, por supuesto, de no alejarse en la mansión del duende, habiéndose cerciorado, desde luego, que ésta era una habitación destartada y sucia, sin más menaje que un catre de adobe. Como no tenía más comunicación que la puerta que daba al canchón, con situarse en la cocina, podían los comisionados ejercer desde allí la vigilancia que se les había encomendado.

Estos, viendo que al cerrar la noche se apeaba de su rendido mulo un viajero, impusieron a Marcos que se abstuviera de referir al pasajero la consabida historia del duende y le ofreciese llanamente el cuarto. Así lo hizo nuestro hombre con repugnancia, y el alojado se instaló en la morada del duende, encendiendo una luz. Marcos se despidió dando a su huésped las buenas noches, dirigiéndole una mirada compasiva y fue a situarse en su cocina en unión de los comisionados, dominando apenas el remordimiento que le causaba entregar a segura muerte a un inocente, sin advertir el peligro.

En cuanto se apagó la luz en la habitación del pasajero, Marcos se puso a echarle cruces, invitando a sus compañeros a rezar un padrenuestro por el alma de aquél, repitiendo: es hombre al agua, ¡está perdido!

Apenas comenzó a clarear el día, Marcos y los comisionados, que no habían pegado los ojos durante la noche, se dirigieron a la habitación fronteriza, cuya puerta tocaron por repetidas veces, arrechando los golpes, sin obtener respuesta alguna, forzaron la puerta y precipitándose adentro, quedaron atónitos ante el cuerpo rígido del que horas antes les hablara con tanta animación; examinaron el cadáver, en el que no encontraron lesión alguna, y, con ayuda de Marcos, lo trasladaron al pueblo, donde dieron cuenta de su cometido al vecindario, el que quedó horrorizado con la relación de los comisionados, quienes concluían diciendo: —Juramos que ningún ser humano ha intervenido en esa muerte, la existencia del fantasma es un hecho, ¡creer o reventar!

Entre todos los que habían escuchado la relación, sólo una persona se singularizaba por su incredulidad: era el Párroco, que aunque no podía explicarse el misterio, movía la cabeza en señal de duda, porque, decía que en sus libros de teología no había encontrado cosa parecida a las conclusiones dadas por los comisionados.

||

Marcos se hallaba rehabilitado ante la opinión de sus conciudadanos, de las sospechas que sobre él habían recaído,

y regresaba, no obstante, afligido por el remordimiento de haber consentido en sacrificar la vida de un hombre a su reputación; por lo mismo, estaba resuelto a oponerse a todo trance a que nadie volviera a pasar la noche en la fatídica habitación.

Corrían los días, cumpliendo Marcos con su propósito cuantas veces se presentaba la ocasión, cuando una tarde se apeó en la posada un extranjero que, por lo jovial y su locuacidad, parecía ser francés de nacionalidad. A la benévola acogida de Marcos correspondió el turista con prodigalidad, exigiéndole que le proporcionase toda la comodidad posible, y, como es natural, se resistió a dar crédito a la consabida historia del duende, que cuanto antes le espetó el buen Marcos, terminando por rogarle que de ningún modo se alojase en la habitación.

El forastero se instaló, no obstante, en ella, hizo su cama en el poyo y sacando su revólver, que colocó a la cabecera, dijo a su huésped: —Mire, amigo, yo no le doy crédito a las relaciones que acaba de hacerme; si usted o algún otro hace aquí el papel de duende, para aprovecharse de los despojos de los pasajeros, sepa que le costará caro, porque, este revólver, que se manejar con primor, vengará a las víctimas de Quilaquila.

Vencido con semejantes argumentos, salió Marcos de la habitación, despidiéndose hasta la eternidad del bravo turista.

El francés aseguró la puerta, recorrió con la luz en la mano todos los rincones de la habitación, cerciorándose que no existía ninguna comunicación oculta en la pieza que ocupaba, notando solamente una grieta que había en el viejo tamborillo, conservando prendida la vela hasta bien tarde; al fin, cansado de esperar en vano al fantasma de que se la había hablado, apagó la luz y trató de conciliar el sueño.

Marcos, que observaba desde su cocina, apenas vió que la luz desaparecía, dió por muerto al hombre y encomendó su alma. De improviso volvió a encenderse la luz y enseguida se oyó una detonación, volviendo a producirse la oscuridad.

Al día siguiente despertaba Marcos con voces afectuosas con que lo llamaba el presunto muerto; frotándose los ojos para cerciorarse que no soñaba, se levantó, y cuánta fue su admiración al ver al francés sano y bueno en la puerta de su alojamiento; sobrecogido de terror en presencia de un ser que conceptuaba sobrehumano, oyó las carifosas expresiones del extranjero, que, tomándolo de la mano, le decía: —Buen hombre, yo había formado un mal concepto de usted con la relación de increíbles fantasmas que me hizo anoche, y estaba resuelto a jugar cara la partida; me propuse descubrir el ardíd, dando fin con el que se trataba de burlarse de la credulidad para saciar su rapacidad. Dominé mi cansancio y me propuse vigilar, apagué la luz para fingirme dormido, precipitando el desenlace de mi aventura.

A pocos minutos oí un pequeño ruido como cruído de cautelosa pisada, tomé al instante mi revólver, encendí un fósforo, dirigí la vista instintivamente al tumbadillo y ví que por la grieta aquella se había deslizado una inmensa araña que pendía en dirección de la almohada, apunté sin acilar y dí en tierra con este perverso animal, causa de tantas víctimas. Ahora pasaré a Pelechuco, donde daré parte de lo ocurrido a las autoridades, para tranquilidad de ese pueblo y en resguardo de la reputación de usted que ha de estar bien comprometida.

Sobre la maleta que hacía de mesa de cabecera, se hallaba una apasanca (araña huesosa y cubierta de pelusa café, especie de tarántula), del tamaño del puño del hombre, la que había hecho su nido en el velo tumbadillo de la habitación, y que, desliziéndose por la grieta que caía sobre el poyo que servía de lecho, se descolgaba directamente a la sien del rendido pasajero y daba fin con su vida.

Tal era el duende de la posada de Oullaquilla.

1871
The first of the year was a very
cold one, and the weather was
very disagreeable. The snow
was very deep, and the wind
was very strong. The people
were very much distressed,
and the cattle were very
suffering. The people were
very much distressed, and the
cattle were very suffering.

The second of the year was a
very cold one, and the weather
was very disagreeable. The
snow was very deep, and the
wind was very strong. The
people were very much
distressed, and the cattle
were very suffering. The
people were very much
distressed, and the cattle
were very suffering.

The third of the year was a
very cold one, and the weather
was very disagreeable. The
snow was very deep, and the
wind was very strong. The
people were very much
distressed, and the cattle
were very suffering. The
people were very much
distressed, and the cattle
were very suffering.

INDICE

	Pag.
— NATANIEL AGUIRRE	7
La Bellísima Floriana	9
— ABEL ALARCON	43
De "Era una Vez"	45
— JOSE MANUEL APONTE	53
El Santo Cristo de Bronce	57
— JENARO ASCARRUNZ	63
Una Gallina que vale por cuatro gallos	65
— CARLOS BRAVO	71
Don Diego Huallpa, primer descubridor del famoso mi- neral de Potosí.	73
— JOSE MARIA CAMACHO	83
El mito de Itica; Huirajocha	85
— JOSE FELIPE COSTAS ARGUEDAS	89
En tierras de gracia	91
— JORGE DELGADILLO	101
Origen de la frase "No sea usted facio"	103
— ANTONIO DIAZ VILLAMIL	109
La Leyenda de la Coca	113
— JULIO LUCAS JAIMES (Brocha Gorda)	119
Aves Nocturnas	123
Treinta años de misterio	129
— JESUS LARA	137
Manchay Pulto	143
— LUIS D. LEIGUE CASTEDO	153
Pa Pat	154

Canl Canl y Chi Chi Cat	154
Cau Ta Yo	155
— NICANOR MALLO	157
¡Ay! Gras, Te casarás, pero morirás	159
Origen de una copla popular	163
Mascarita, soy el General Melgarejo	167
— ROSA MELGAR DE IPIÑA	173
Leyenda de la Carreta	175
— ZACARIAS MONJE ORTIZ	177
Aquella calle, la cholita y el corregidor español	179
— TOMAS O'CONNOR D'ARLACH	183
El Diablo del Corregidor	185
— ALBERTO OSTRIA GUTIERREZ	189
Rumihuacachi	191
— RICARDO PALMA	195
Ciento por uno	197
— RIGOBERTO PAREDES	203
Thunupa	205
— HERNANDO SANABRIA FERNANDEZ	209
Curtido, Recurtido, Requetecurtido	211
— ISMAEL SOTOMAYOR Y MOGROVEJO	219
Cosas de ambos mundos	223
Linajudo entuerto	227
— VICENTE TERAN ERQUICIA	233
Sara Chojllu	235
— ANGEL CASTO VALDA	239
Una crónica de nuestro ejército en que entra Víctor Hugo	241
— JULIO CESAR VALDES	247
El Puente de los Amores	249
— VICTOR VARAS REYES	255
El castigo por la maledicencia	257
— EUFRONIO VISCARRA	263
Historia Tradicional de Doña Inés de Taboada	265
— ELIAS ZALLEZ BALLIVIAN	271
El Duende de Quilaquilla	273

El presente Libro LAS MEJORES TRADICIONES
Y LEYENDAS DE BOLIVIA, de **Antonio Paredes
Candia**, Editado por "Puerta del Sol", se ter-
minó de imprimir el 1º de febrero de 1973 en
Imprenta y Librería "Renovación" Ltda.,
Almirante Grau Esq. Boquerón 605.
La Paz — Bolivia.

LIBRERIA Y EDITORIAL PUERTA DEL SOL

DE OSCAR CRESPO V.

**Oficina y Depósito calle Oruro 124 — Casilla 2188
Teléfono 53044 — La Paz - Bolivia**

PAGINAS DE SANGRE — Moisés Alcázar — 3a. edición —
Este libro puede considerarse un balance trágico, resultado de la convulcionada historia de Bolivia.

PUEBLO ENFERMO — Alcides Arguedas — Este libro ha provocado las mayores tempestades polémicas. El análisis de la realidad boliviana es fuerte y a la vez amargo.

HABLA MELGAREJO — Thajmara (Isaac Tamayo) — 2a. edición — El autor en su condición de colaborador del tirano, recurre a la ficción para conocer algunas facetas de esta personalidad de leyenda.

HISTORIA GENERAL DE BOLIVIA — (1809 - 1912) Alcides Arguedas — 2a. edición — Este libro cáustico es sin embargo lectura obligada para conocer el pasado histórico de Bolivia.

JUAN DE LA ROSA — Nataniel Aguirre — La epopeya más gloriosa que narra con sencillez y belleza la resistencia de las heroínas de la Coronilla.

METAL DEL DIABLO — Augusto Céspedes — 4a. edición — "Libro bello, amargo y profundo" — Es sin duda el libro que más impacto ha causado en la conciencia social de Bolivia.

DICHOS Y HECHOS DEL GRAL. MELGAREJO — O. C. d'Arlach — Este libro es sin duda el más popular y jocoso sobre la faceta más pintoresca del famoso tirano.

JUANA SANCHEZ — T. O'Connor d'Arlach — 2a. edición — Biografía de la mujer que le tocó vivir los momentos más trágicos de la historia boliviana a lado del tirano Melgarejo.

LA CASA SOLARIEGA — A. Chirvech — 3a. edición — Este clásico, pinta magistralmente la muerte y nacimiento de una nueva época en la sociedad de Sucre.

HISTORIA DE LA MONEDA EN BOLIVIA — Benavides Obra premiada en el Concurso Literario, de la Universidad Técnica de Oruro en 1969.

OLLANTAY — Anónimo — Drama Kechua.

LAS MEJORES TRADICIONES Y LEYENDAS DE BOLIVIA — Antonio Paredes: — (Antología).

EDUCACION COOPERATIVA Y DESARROLLO DE LA COMUNIDAD — Anexo Ley Gral. de Cooperativas — Casto Uriona F. (ex-Director Gral. de Cooperativas) — Libro único y fundamental sobre esta materia.

RESPUESTA AL CLAMOR DE LOS POBRES — MANIFIESTO DE OBISPOS DEL TERCER MUNDO — Helder Cámara y A. Devoto — Vibrante manifiesto, importante para conocer a la iglesia post conciliar.

RAZA DE BRONCE — Alcides Arguedas — Ed. Boliviana — Este libro constituye una de las glorias de nuestra literatura — Su lectura resulta indispensable para conocer nuestro pasado.

LA CANDIDATURA DE ROJAS — Armando Chirveches — Edición popular — Libro irónico sobre la política boliviana.

DICCIONARIO MITOLOGICO DE BOLIVIA — Antonio Paredes Candia.